HISTORIA de la REFORMACIÓN

1

del SIGLO DECIMOSEXTO

JEAN HENRI MERLE-D'AUBIGNÉ

Copyright © 2024. Empresa de Publicaciones Luz del Mundo.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónica o mecánicamente, salvo si la ley lo permite, sin permiso del titular del derecho de autor; excepto en el caso de breves citaciones en artículos de crítica literaria y revistas.

Todos los derechos reservados. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN: 359-2-85933-609-1

Catalogación en datos de Publicación

Editado por: Light of the World Publications Company Ltd.

Impreso en Torino, Italia

Publicado por Light of the World Publications Company Ltd.

P.O. Box 144, Piazza Statuto, Torino, Italia

"Lux Lucet in Tenebris"

La Luz brilla en la Oscuridad

Light of the World Publication Company Limited

La Luz del Mundo

P.O. Box 144 Piazza Statuto, Turin, Italy

Email: newnessoflife70@gmail.com

HISTORIA

DE LA

REFORMACIÓN

DEL SIGLO DECIMOSEXTO

POR J. H. MERLE D'AUBIGNÉ.

Llamo accesorio, el estado de cosas caducas y transitoria de esta vida: Llamo principal, el gobierno espiritual en el que reluce soberanamente la providencia de Dios." ---

TEODOSIO DE BEZE

Tomo Primero.

NUEVA YORK,

RAMON MONSALVATGE

MDCCCL

Esta página se quedó intencionalmente en blanco.

PRÓLOGO

Esta edición ha sido reproducida por Light of the World Publication Company. Este libro pretende ilustrar las verdaderas controversias reflejadas en la lucha incesante y los múltiples dilemas morales. Las explicaciones y las ilustraciones están especialmente diseñadas e incorporadas para situar al lector sobre los desarrollos pertinentes en las esferas histórica, científica, filosófica, educativa, religioso-política, socioeconómica, legal y espiritual. Además, se pueden discernir patrones y correlaciones claras e indiscutibles en los que se puede percibir el trabajo en red, el interfuncionamiento y la superposición de Escuelas de Pensamiento antitéticas pero armoniosas.

La larga trayectoria de coerción, conflicto y compromiso de la tierra ha preparado la plataforma para el surgimiento de una nueva era. Las preguntas candentes se enfocan en el advenimiento de esta nueva era anticipada, acompañada por sus superestructuras, sistemas de gobierno, regímenes basados en derechos e ideales de libertad y felicidad. Sobre el tapete, el engaño, la represión estratégica y los objetivos del nuevo orden mundial, este libro electrónico conecta los puntos entre las realidades modernas, los misterios espirituales y la revelación divina. Este persigue el progreso cronológico desde la catástrofe nacional hasta el dominio mundial, la destrucción de un sistema antiguo y la creación de un sistema nuevo, iluminando sucintamente sobre el amor, la naturaleza humana e incluso la intervención sobrenatural.

Una y otra vez, esos eventos extraordinarios han moldeado el curso de la vida y la historia, mientras que incluso prefiguran el futuro. Viviendo en tiempos de gran turbulencia e incertidumbre, el futuro ha sido apenas comprendido. Afortunadamente, este trabajo permite una visión panorámica del pasado y del futuro, destacando los momentos críticos de la época que se han desarrollado en cumplimiento de la profecía.

Aunque nacidos en condiciones poco prometedoras, afligidos en crisoles extenuantes, varios individuos se han atrevido, han perseverado en la virtud y sellado su fe, dejando una marca inefable. Sus contribuciones han dado forma a la modernidad y han allanado el camino para una culminación maravillosa y un cambio inminente. Por lo tanto, esta literatura sirve como inspiración y como herramienta práctica para una comprensión difícil y profunda detrás del manto de las cuestiones sociales, la religión y la política. Cada capítulo narra tanto el mundo como la condición humana, envueltos en la oscuridad, asediados en agudos enfrentamientos e impulsados por agendas siniestras, ocultas y motivos ulteriores. Aquí, están expuestos sin vergüenza a simple vista. Sin embargo, cada página irradia rayos resplandecientes de coraje, liberación y esperanza.

En última instancia, nuestro ferviente deseo es que cada lector experimente, crezca para amar y aceptar la verdad. En un mundo permeado de mentiras, ambigüedad y manipulación, la verdad permanecerá para siempre como el anhelo por excelencia en el alma. La verdad engendra vida, belleza, sabiduría y gracia, resultando en un propósito renovado, vigor y una transformación genuina, aunque personal, en perspectiva y vida.

TABLA DE CONTENIDO

LIBRO PRIMERO. ESTADO DE COSAS ANTES DE LA REFORMACIÓN 10
CAPÍTULO I. 10
CAPÍTULO II 23
CAPÍTULO III 30
CAPÍTULO IV 34
CAPÍTULO V 42
CAPÍTULO VI 45
CAPÍTULO VII 54
CAPÍTULO VIII 60
CAPÍTULO XI 73
CAPÍTULO X 80
CAPÍTULO XI 86
LIBRO SEGUNDO. JUVENTUD, CONVERSION, Y PRIMEROS TRABAJOS DE LUTERO 1483—1517. 94
CAPÍTULO I. 94
CAPÍTULO II 103
CAPÍTULO III 108
CAPÍTULO IV 117
CAPÍTULO V 127
CAPÍTULO VI 131
CAPÍTULO VII 140
CAPÍTULO VIII 147
CAPÍTULO IX 154
CAPÍTULO X 158
CAPÍTULO XI 163
LIBRO TERCERO - LAS INDULGENCIAS Y LAS TESIS. 1517 - MAYO 1518. 168
CAPÍTULO I. 168
CAPÍTULO II 178
CAPÍTULO III 183
CAPÍTULO IV 188

CAPÍTULO V 195
CAPÍTULO VI 206
CAPÍTULO VII 215
CAPÍTULO VIII 222
CAPÍTULO IX 230
CAPITULO X. 240
CAPÍTULO XI 246
LIBRO CUARTO - LUTERO ANTE EL LEGADO. MAYO - DICIEMBRE, 1518. 256
CAPÍTULO I 256
CAPÍTULO II 264
CAPÍTULO III 270
CAPÍTULO IV 276
CAPÍTULO V 283
CAPÍTULO VI 291
CAPÍTULO VII 297
CAPÍTULO VIII 301
CAPÍTULO IX 304
CAPÍTULO X 314
CAPÍTULO XI 319

TABLA DE CONTENIDO DETALLADA

LIBRO PRIMERO - ESTADO DE LAS COSAS AIÍTES DE LA REFORMACION.

CAPÍTULO I.

Decadencia del paganismo. —El cristianismo.—Dos principios distintivos. —Formación del papado.—Primeras invasiones.—Cooperación de los obispos.—Patriarcados.—Cooperación de los príncipes.—Influencia de los barbaros.—Poder secular de los papas.—Las decretales.—Desordenes De Roma.—Nueva época.—Hildebrando.—Sus sucesores.—La Iglesia.

CAPÍTULO II.

Corrupción de la doctrina.—La buena nueva.—La salvación entre las manos de los sacerdotes.—Las Penitencias.—Las indulgencias.— Méritos supererogatorios.—El purgatorio.—Tarifa.—Jubileos.—El papado y el cristianismo

CAPÍTULO III.

Estado de la cristiandad —Teología.—Dialéctica.—Trinidad.—Predestinación.—Estado primitivo.—Redención.—Gracia.—Penitencia

CAPÍTULO IV.

Religión.—Reliquias.—Risa de Pascua.—Costumbres.—Corrupción.—De los órdenes de los sacerdotes,—de los obispos,—de los papas.—Borgia.— Instrucción.—Ignorancia.—Ciceronianos

CAPÍTULO V.

Esfuerzos de la reforma.—Los príncipes.—Los letrados.—La Iglesia

CAPÍTULO VI

Naturaleza indestructible del cristianismo.—Dos leyes de Dios.—Fuerza aparenta de Roma.—Oposición oculta.—Decadencia.—Transformación de la Iglesia.—Descubrimientos de los reyes.—Descubrimientos de los pueblos.—Teología romana.—Teología escolástica.—Restos de vida,— Desarrollo del espíritu humano.—Renacimiento de las letras

CAPÍTULO VII.

Principio reformador.—Testigos de la verdad.—Claudio de Turín.—Los místicos.—Los Valdenses.—Valdo.—Wiclef.—Juan Huss.—Testigos en la Iglesia

CAPÍTULO VIII.

Estado de los pueblos de Europa.—El imperio.—Preparaciones providenciales.—Estado llano.—Carácter nacional.—Fuerza nativa.—Servidumbre de la Alemania.—

Estado del imperio.—Oposición a Roma.—Suiza.— Pequeños cantones —Italia.—Obstáculos a la reforma.—España.—Portugal.—Francia.—Esperanzas fallidas.—Países Bajos.—Inglaterra.—Escocia.—El Norte.—Rusia.—Polonia.—Bohemia.—Hungría

CAPÍTULO IX.

Hombres de la época.—Federico el Sabio.- Maximiliano.—Dignitarios de la Iglesia.—Los letrados.—Reuchlin.—Reuchlin en Italia.—Sus trabajos.—Lucha con los dominicos

CAPÍTULO X.

Erasmo.—Erasmo en Paris.—Su profesión.—Sus trabajos.—¿ Era posible una reforma sin sacudimiento ?—Su timidez,—Su indecisión

CAPÍTULO XI.

Los nobles.—Hütten.—Sus escritos.—Cartas de algunos hombres oscuros. —Hütten en Bruselas.—Sus cartas.—Su fin.—Sichingen.—Guerra.—Su muerte.—Cronberg.—Hans Sachs.—Fermentación general

LIBRO SEGUNDO - JUVENTUD, CONVERSION, Y PRIMEROS TRABAJOS DE LUTERO 1483—1517.

CAPÍTULO I.

Padres de Lutero.—Su nacimiento.—Pobreza.—La casa paterna.—Rigor. —Primeros conocimientos.—La escuela de Magdebourg.—Miseria.— Eisenach.—La Sunamita.—La casa de Cotta.—Recuerdo de aquellos tiempos.—Sus estudios.—Frebonius...,

CAPÍTULO II.

La universidad.—Devoción de Lutero—Descubrimiento.—La Biblia,—Enfermedad.—Perturbaciones.—Muerte de Alexis.—Rayo.—Providencia.—Despedida

CAPÍTULO III.

Su padre.—Superstición.—Trabajos serviles.—Valor.—Estudios.—La Biblia.—Acetismo.—Angustias

CAPÍTULO IV.

Hombres devotos.—Staupitz.—Su visita.—Conversaciones.—La gracia de Cristo.—El arrepentimiento.—La elección.—La Providencia.—La Biblia. —El viejo fraile.—La remisión delos pecados.—Consagración.—La comida.—Corpus Cristi—Vocación en Wittemberg

CAPÍTULO V.

Primeras enseñanzas.—Lecciones bíblicas.—Sensación.—Sermones en Wittemberg.—La capilla vieja.—Impresión

CAPÍTULO VI.

Viaje a Roma.—Un convento en las márgenes del Pó.—Recuerdos de Ro ma.—Devoción supersticiosa.—Profanación del clero.—Conversaciones. —Desordenes de Roma.—Estudios bíblicos.—Influencia sobre la fe.—La puerta del Paraíso.—Confesión

CAPÍTULO VII

Regreso —El doctorado.—Carlstadt.—Juramento de Lulero.—Principio de la reforma.—Valor de Lutero.—Caridad.—Los escolásticos.—Spalatin.— Negocio de Reuchlin

CAPÍTULO VIII.

La fe.—Declamaciones populares.—Enseñanza académica.—Pureza moral de Lutero.—El fraile Spenlein.—Justificación por la fe.—Erasmo.—Las obras

CAPÍTULO IX.

Primeras tesis.—Visita de los conventos.—Dresde.—Erfurt.—El prior Tornator.—Resultados de su viaje.—Trabajos.—Peste

CAPÍTULO X.

Relaciones con su elector.—Consejos al capellán.—El duque Jorge.—Lu tero en la corte.—Comida en la corte. —Cena en casa de Emser 230

CAPÍTULO XI.

Libertad y servidumbre.—Tesis.—Naturaleza del hombre.—Racionalismo. —Súplica a Juan Lange de Erfurt.—Eck.—Urbano Regius.—Modestia de Lutero

LIBRO TERCERO - LAS INDULGENCIAS Y LAS TESIS. 1517 - MAYO 1518.

CAPÍTULO I.

Agitación.— Comitiva,— Tezel.— Su discurso.—Confesión.—Venta.—Penitencia publica.—Una carta de indulgencia.—Excepciones.—Diversiones y disoluciones

CAPÍTULO II.

Tezel en Magdebourg.— El alma del cementerio.—El zapatero de Hague nau,—Los estudiantes.—Miconius.— Conversación con Tezel.—Astucia de un gentil hombre.—Discursos de los sabios y del pueblo.—Un minero de Schneeberg ni.

CAPÍTULO III.

León X.—Alberto de May ene e.—Arriendo de las indulgencias.—Los franciscanos y los dominicanos

CAPÍTULO IV.

Se presenta Tezel.—Las confesiones.—Cólera de Tezel.—Lutero sin plan. —Discurso de Lutero.—Sueño del elector

CAPÍTULO V.

Fiesta de todos los santos.—Las tesis.—Su fuerza.—Moderación.—Providencia.—Carta a Alberto.—Indiferencia de los obispos.—Bropagación de 280 las tesis

CAPÍTULO VI.

Reuchlin.—Erasmo.—Fleck..—Bibra.-—El emperador.—El papa Miconius.—Recelos. Adelmann.—Un anciano sacerdote.—El obispo—El elector.—Las objeciones de Erfurt.—Respuesta de Lutero.—Combates interiores.—El móvil de Lutero

CAPÍTULO VII.

Ataque de Tezel.—Respuesta de Lutero.—Buenas obras.—Lutero y Spalatin.—Estudio de la Escritura.—Scheurl y Lutero.—Lutero y Staupitz. Lutero y su pueblo—Un habito nuevo

CAPÍTULO VIII.

Disputa de Francfort.—Tesis de Tezel.—Amenazas.—Oposición de Knipstrow.—Tesis de Lutero quemadas.—Los frailes.—Paz de Lutero.—Tesis de Tezel quemadas.—Sentimiento de Lutero.—Visita del obispo

CAPÍTULO IX.

Prierio.—Sistema de Roma.—El diálogo.—Sistema de la reforma.—Res puesta a Prierio.—La palabra,—El papa y la Iglesia.—Hochstraten,.—Los frailes.—Responde Lutero.—Eck.—La Escuela.—Los obeliscos.—Sentimientos de Lutero.—Los asteriscos.—Ruptura

CAPÍTULO X.

Escritos populares.—Padre nuestro.—Venga el tu reino.—Hágase tu voltad.—Kl pan nuestro de cada día.—Sermón sobre el arrepentimiento,— La remisión viene de Cristo

CAPÍTULO XI.

Temores de los amigos de Lutero.—Viaje a Heidelberg.—Bibra.—El palacio Palatino —Rompimiento.—Las paradojas.—Controversia.—El audito rio.—Bucer.—Brenz.—

Snepf.—Conversaciones con Lutero.— Trabajos de estos jóvenes doctores.—Efecto producido en Lutero.—El viejo profesor.—La verdadera luz.—Llegada

LIBRO CUARTO - LUTERO ANTE EL LEGADO. MAYO - DICIEMBRE, 1518.

CAPÍTULO I.

León X.—Lutero a su obispo.—Lutero al papa. —Lutero al vicario general.—Rorere al elector.—Discursos sobre la excomunión.—Influencia y fuerza de Lutero.

CAPÍTULO II.

Dieta en Augsburgo.—El emperador al papa.—El elector a Royere.—Lu tero emplazado para Roma.—Pax de Lutero.—Intercesión de la universidad.—Breve del papa.—Indignación de Lutero ni. El armero Schwarzerd.—Su mujer.—Felipe —Su talento.—Sus estudios. La Biblia.—Llamada a Wittemberg.—Partida y viaje de Melanchton —.Leipzig.—Equivocación.—Gozo de Lutero.—Paralelo.—Revolución en la enseñanza Estudio del griego

CAPÍTULO IV.

Sentimientos de Lutero y de Staupitz.— Orden de comparecer.—Alar más y animo. —El elector en casa del legado. —Salida para Augsburgo. —Permanencia en Weimar.—Nuremberg.—Llegada a Augsburgo 386 De Vio.—Su carácter.— Serralonga.—Conversación preliminar.—Visita de los consejeros.—Regreso de Serralonga.—El prior.—Prudencia de Lu tero.—Lutero con Serralonga.—El salvo conducto. —Lutero a Melanchton

CAPÍTULO VI.

Primera comparecencia. —Primeras palabras.—Condiciones de Roma. — Proposiciones presentadas para su retractación —Respuesta de Lutero ; —él se retira.—Impresión causada en ambas partes.—Llegada de Staupitz.— Comunicación al legado

CAPÍTULO VII

Segunda comparecencia.—declaración de Lutero.—Respuesta del legado. — Volubilidad del legado. —Petición de Lutero

CAPÍTULO VIII.

Tercera comparecencia. —Tesoro de las indulgencias.—La fe. —Humilde petición.— Respuesta del legado.—Replica de Lutero.—Culera del lega do.—Lutero sale.— Primera defección

CAPÍTULO IX.

De Vio y Staupitz.—Staupitz y Lutero.—Lutero a Spalatín.—Lutero a Carlstadt.— La comunión.—Link y de Vio.—Partido de Staupitz y de Link. —Lutero a Cayetano.—

Silencio del cardenal.—Despedida de Lu tero.—Partida,—Apelación al papa-- Huida de Lutero. —Admiración.—Deseo de Lutero.—El legado al elector. —El elector al legado.—Prosperidad de la universidad.

CAPÍTULO XI.

Proyectos departida.—Despedida a la iglesia.—Momento crítico.—Entrega de Lutero :—Valor del mismo.—Descontento de Roma.—Apelación a un concilio

HISTORIA DE LA REFORMACION DEL SIGLO DECIMOSECSTO.

LIBRO PRIMERO. ESTADO DE COSAS ANTES DE LA REFORMACIÓN

CAPÍTULO I.

Decadencia del paganismo. —El cristianismo.—Dos principios distintivos. —Formación del papado.—Primeras invasiones.—Cooperación de los obispos.—Patriarcados.—Cooperación de los príncipes.—Influencia de los barbaros.—Poder secular de los papas.—Las decretales.—Desordenes De Roma.—Nueva época.—Hildebrando.—Sus sucesores.—La Iglesia.

El mundo debilitado se tambaleaba sobre sus cimientos cuando apareció el cristianismo. Las religiones nacionales que habían satisfecho a los padres ya no bastaban para los hijos. No podían contentarse las nuevas generaciones con las formas antiguas...

Los dioses de todas las naciones, concentrados en Roma, perdieron sus oráculos, así como los pueblos su libertad ; puestos frente a frente en el Capitolio, se destruyeron mutua mente y desapareció su divinidad. Las religiones nacionales que habían bastado a los padres, no satisfacían ya a los hijos : la nueva generación no podía conformarse con las antiguas formas. Un gran vacío se notaba en la religión del mundo, y en este estado de desfallecimiento apareció el cristianismo. Un cierto deísmo, falto de espíritu y de vida, fluctuó por algún tiempo sobre el abismo en que se habían sumergido las vigorosas supersticiones de los antiguos ; pero así como todas las creencias negativas, no pudo edificar. Las mezquinas nacionalidades cayeron juntamente con sus dioses los pueblos se mezclaron unos con otros ; en Europa, Asia, y África, no hubo más que un imperio ; y el género humano comenzó a sentir su universalidad y unidad. Entonces fue cuando el Verbo se hizo carne.

Apareció Dios entre los hombres, y como hombre, afin de salvar lo que estaba perdido. En Jesús de Nazaret reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad. Este es el mayor acontecimiento de los anales del mundo ; los tiempos antiguos lo habían preparado, y los nuevos dimanan de él, él es su centro, su vínculo, y su unidad.

Desde entonces todas las supersticiones de los pueblos fueron insignificantes, y los débiles restos que ellas habían salvado del gran naufragio de la incredulidad, se eclipsaron ante el sol majestuoso de la verdad eterna.

El hijo del hombre vivió treinta y tres años en la tierra, curando enfermos, instruyendo pecadores, no teniendo ni siquiera un lugar donde reclinar su cabeza, y haciendo resplandecer en medio de aquel abatimiento una grandeza, una santidad, un poder, y una divinidad, que el mundo no había conocido jamás. El sufrió, murió, resucitó y subió a los cielos. Sus discípulos, empezando por Jerusalén, recorrieron el

imperio y el mundo, anunciando su Maestro en todo lugar como " el autor de la salvación eterna." Del seno de un pueblo que rechazaba todos los demás, salió la misericordia que los llamaba y los reunía. Un gran número de Asiáticos, Griegos, y Romanos, conducidos hasta entonces por sacerdotes a los pies de ídolos mudos, creyeron al Verbo. Este iluminó repentinamente la tierra como un destello del sol, dice Eusebio.1 Un soplo de vida empezó a moverse en el vasto campo de la muerte. Un nuevo pueblo, una nación santa se formó entre los hombres ; y el mundo todo atónito contempló en los discípulos del Galileo una pureza, una abnegación, una caridad y un heroísmo, del cual había perdido hasta la idea.

Dos principios distinguían sobre todo la nueva religión, de todos los sistemas humanos que ella disipaba con su presencia : el uno atendía a los ministros del culto, y el otro a las doctrinas.

Los ministros del paganismo eran casi los dioses a quienes se atribuían aquellas religiones humanas. Los presbíteros guiaron los pueblos mientras estuvieron en la ignorancia. Una orgullosa y formidable jerarquía subyugaba el mundo. Jesucristo destronó estos ídolos vivientes, destruyó esta jerarquía arrogante, quitó al hombre lo que éste había usurpado a Dios, y puso el alma en contacto inmediato con el manantial divino de la verdad, proclamándose único medianero : " Cristo solo es vuestro maestro, y vosotros todos sois hermanos." (Math. xxiii., ver. 8.)

En cuanto a la doctrina, diremos, que las religiones humanas habían enseñado que la salvación procedía del hombre ; así las religiones de la tierra crearon una salvación terrena. Ellas habían dicho al hombre que el cielo le seria dado como una recompensa ; y aun habían fijado su precio, ¡ y que precio ! La religión de Dios enseñaba que la salud eterna venía de Dios, que es una dadiva celestial, que procede de una amnistía, de un gracia del Soberano : " Dios, dice ella, ha dado la vida eterna."1

Sin duda que el cristianismo no puede resumirse en estos dos puntos ; pero ellos parecen dominar el asunto, sobre todo cuando se trata de historia ; y en la imposibilidad en que nos hallamos de discernir la verdad del error en todas sus relaciones, hemos tenido que escoger los más predominantes. Estos dos eran, pues, los principios constitutivos de la religión que tomaba entonces posesión del imperio y del mundo ; con ellos, se encuentra uno en los verdaderos términos del cristianismo ; fuera de ellos, el cristianismo desaparece ; de su conservación o de su perdida dependía su caída ó su realce. Uno de estos principios debía dominar la historia de la religión, y el otro su doctrina : ambos reinaron al principio : veamos como se perdieron, y sigamos ante todo los destinos del primero.

La Iglesia fue en su origen un pueblo de hermanos ; todos recibían la instrucción de Dios ; y tenían derecho de acudir a la divina fuente de la luz.1 Las epístolas, que decidían entonces grandes cuestiones de doctrina, no traían el nombre pomposo de un

solo hombre, de un jefe. Las sagradas Escrituras nos enseñan que leían en ellas simplemente estas palabras : Los apóstoles, los ancianos, y los hermanos a nuestros hermanos."

Ya los escritos mismos de los apóstoles nos anuncian, que de en medio de estos hermanos, se levantará un poder que trastornará este orden simple y primitivo.2 Contemplemos la formación de este poder extraño a la Iglesia, y sigamos sus desarrollos.

Pablo de Tarsis, uno de los más insignes apóstoles de la nueva religión, había llegado a Roma, capital del imperio y del mundo, predicando la salud eterna que dimana de Dios. Formose una iglesia al lado del trono de los Cesares ; fundada por este apóstol, fue compuesta primeramente de algunos Judíos convertidos, de algunos Griegos, y de varios ciudad nos de Roma. Durante largo tiempo resplandeció ella como una antorcha luciente y pura, colocada en la cumbre de un monte ; su fe fue celebre en todas partes ; pero se desvío luego de su estado primitivo. Fueron débiles principios que encaminaron las dos Romas a la dominación usurpada del mundo.

Los primeros pastores u obispos de Roma se dedicaron muy pronto a la conversión de los lugares y villas que ave cindaban aquella ciudad. La necesidad en que se hallaban los obispos y pastores de las cercanías de Roma, de recurrir en los casos difíciles a un director entendido, y el reconocimiento que ellos debían a la iglesia metropolitana, les obligaban a permanecer unidos a ella. Entonces se vio lo que siempre se ha visto en circunstancias análogas ; es decir, que aquella unión tan natural, degeneró enseguida en dependencia.

Los obispos de Roma consideraron como un derecho, la superioridad que las iglesias vecinas le habían libremente concedido. La mayor parte de la historia se compone de las usurpaciones del poder, y el resto, de la resistencia de aquellos cuyos derechos son usurpados. El poder eclesiástico no podía prescindir de la propensión natural que impele a cuantos se hallan elevados, a querer subir todavía más ; así pasó el suyo por los tramites de esta ley natural. Sin embargo, la supremacía del obispo romano se limitaba entonces a inspeccionar las iglesias que se hallaban en el territorio sometido civilmente al prefecto de Roma pero el rango que aquella ciudad de emperadores ocupaba en el mundo, presentaba a la ambición de su primer pastor, destinos más vastos todavía. La consideración que gozaban en el siglo segundo los diferentes obispos de la cristiandad, era proporcionada al rango de la ciudad en que residían. Es in contestable que Roma era la mayor, la más rica y la más poderosa ciudad del orbe ; ella era la capital del imperio y la madre de los pueblos : " Todos los habitantes de la tierra le pertenecen ;" dice Juliano,2 y Claudiano la proclama " la fuente de las leyes."*

Si Roma es la reina de las ciudades del globo, ¿ Porque razón no sería su pastor el rey de los obispos ? ¿porque la Iglesia romana no sería la madre de la cristiandad? ¿por que los moradores de los pueblos no serían sus hijos, y su autoridad su ley soberana ? Era fácil al corazón ambicioso del hombre hacer tales razonamientos : la insaciable Roma los hizo.

De este modo Roma pagana, al caer, envió al humilde ministro del Dios de la paz, sentado en medio de sus ruinas, los títulos pomposos que su invencible espada había con quistado sobre los pueblos de la tierra.

Los obispos de diferentes partes del imperio, arrastrados por aquel hechizo que Roma ejercía ya de siglos sobre todos los pueblos, siguieron el ejemplo de la campaña de aquella capital, y ofrecieron la mano a esta empresa de usurpación. Se complacieron en ofrecer al obispo de Roma, parte del honor que pertenecía a la ciudad reina del mundo. Al principio, no había ninguna dependencia en aquel honor ; los obispos trataban al pastor romano, de igual a igual ;1 pero los poderes usurpados toman cuerpo como los aludes. Los consejos que en el principio eran meramente fraternos, se convirtieron pronto en la boca del pontífice, en mandamientos obligatorios ; un primer puesto entre iguales, fue considerado como un trono.

Los obispos del occidente favorecieron la empresa de los pastores de Roma, ya por envidia a los obispos del oriente, ya porque preferían hallarse bajo la supremacía de un papa, a verse bajo la dominación de un poder temporal. Por otra parte, los partidos teológicos que despedazaban el oriente, buscaron cada uno por su lado, como interesar Roma en favor suyo ; esperaban su triunfo del apoyo de la Iglesia principal del occidente.

Roma enregistraba con cuidado aquellas suplicas e intercesiones, y sonreía viendo que los pueblos se echaban espontáneamente en sus brazos ; no dejaba pasar ninguna ocasión de aumentar y extender su poder : alabanzas, adulaciones, cumplimientos exagerados, consultaciones de otras iglesias, todo se trocaba a su vista y en sus manos, en títulos y en documentos de su autoridad. Tal es el hombre entronizado : el incienso le embriaga, y se le vuelve el juicio. Lo que posee, es a su modo de ver, un motivo para obtener todavía más.

La doctrina de la Iglesia y de la necesidad de su unidad exterior, que empezó a extenderse ya en el siglo tercero, favoreció las pretensiones de Roma. El poderoso vinculo que' unía primitivamente los miembros de la Iglesia, era la fe viva del corazón, por la cual todos consideraban a Cristo como a su jefe común. Mas, diversas circunstancias con tribuyeron muy presto a engendrar y a desenvolver la idea de la urgencia de una sociedad exterior. Ciertos hombres acostumbrados a los lazos y a las formas políticas de una patria terrenal, trasladaron algunas de sus miras y costumbres hacia el reino espiritual y eterno de Jesucristo. La persecución, ineficaz

para destruir y aun para conmover aquella nueva sociedad, hizo que se sintiese más ella misma, y que se formase en una corporación más compacta.

Al error que nació en las escuelas teosóficas, o en las sectas, opusieron la universal y única verdad recibida de los apóstoles, y conservada en la Iglesia. Esto era bueno, mientras la Iglesia invisible y espiritual, y la Iglesia visible y exterior no formaban más que una ; pero pronto empezaron a desunirse, y las formas y la vida se separaron. La apariencia de una organización idéntica y exterior, se sustituyó poco a poco a la unidad interior y espiritual que constituye la esencia de la religión de Dios. Despreciaron el incienso precioso de la fé, y se prosternaron ante el incensario. No estando ya unidos los miembros de la Iglesia por la fe interior, se buscó otro vinculo que los uniera por medio de obispos, de arzobispos, de papas, mitras, ceremonias y ca nones. Hallándose la Iglesia viviente reducida al santuario de algunas almas solitarias, establecieron otra Iglesia exterior, que declararon ser de institución divina. Desconocida ya la Palabra y no dimanando de ella la salvación, establecieron que era transmitida por medio de las formas que habían inventado, y que nadie la conseguiría, sino por aquel conducto. Nadie, dicen, puede por su propia fe, obtener la vida eterna. Cristo ha comunicado a los apóstoles, y estos a los obispos, la unción del espirita santo ; y este espíritu, no se encuentra sino por este orden ! En el estado primitivo de la cristiandad, cualquiera que tuviese el espíritu de Jesucristo, era miembro de la Iglesia ; ahora se in vierten los términos y se pretende, que solamente el que es miembro de la Iglesia, recibe el espíritu de Jesucristo.

Desde que el error de la necesidad de una unidad visible de la Iglesia se hubo establecido, vióse nacer otro error ; el de la necesidad de una representación exterior de aquella unidad. Aunque no se encuentre, en parte alguna del evangelio, ningún vestigio de la preeminencia de san Pedro sobre los demás apóstoles ; a pesar de que la sola idea de primacía sea contraria a las relaciones fraternas que unían los discípulos ; y aun al mismo espíritu de la dispensación evangélica, que, al contrario, llama a todos los hijos del padre a servirse unos a otros, no reconociendo más que un solo doctor y un único jefe ; aunque Jesús hubiese reprehendido fuertemente a sus discípulos siempre que salían, de su corazón carnal, ideas ambiciosas de preeminencia ; con todo inventaron y apoyaron en textos mal comprehendidos, una primacía de san Pedro ; y luego saludaron, en aquel apóstol y en la de su pretendido sucesor en Roma» a los representantes visibles de la unidad visible, los jefes de la Iglesia.

La constitución patriarcal contribuyó también a la exaltación del papismo romano. Ya en los tres primeros siglos, las iglesias metropolitanas habían gozado de una consideración particular. El concilio de Nicea, en su sexto canon, señala tres ciudades cuyas iglesias tenían, según él, una antigua autoridad sobre las de las provincias cercanas : estas eran, Alejandría, Roma, y Antioquia. El origen político de esta distinción, se descubre en el nombre mismo que die ron primeramente al obispo de

aquellas ciudades : le llama ron exarca, como gobernador politico.1 Mas tarde se le dio el nombre más eclesiástico de patriarca ; el cual lo hallamos empleado por primera vez en el concilio de Constantinopla. Este mismo concilio fundó un nuevo patriarcado ; si mismo de Constantinopla, de la nueva Roma, y de la segunda capital del imperio. Roma participaba entonces, con aquellas tres iglesias, de la supremacía patriarcal ; pero, cuando la invasión de Mahoma hubo hecho desaparecer las sillas de Alejandría y de Antioquia ; cuando decayó la de Constantinopla, y más tarde aun se separó del occidente, Roma sola se quedó en pie, y las circunstancias reunieron todo alrededor de su silla, que desde entonces quedó sin rival.

Nuevos y más poderosos cómplices que todos los demás, se presentaron todavía en su apoyo : la ignorancia y la superstición se apoderaron de la Iglesia, y la entregaron a Roma, los ojos vendados y con esposas en las manos. Sin embargo aquella cautividad no se efectuaba sin combates ; muy a menudo la voz de las iglesias proclamó su independencia. Esta enérgica voz resonó sobre todo en el África proconsular, y en el oriente.1

Mas Roma halló, para sofocar los gritos de las iglesias, nuevos aliados. Ciertos príncipes, que las borrascas de los tiempos hacían vacilar sobre sus tronos, le ofrecieron su apoyo, si ella quería en desquite sostenerlos. Ellos le cedían un poco de su autoridad espiritual, a trueque que ella se la devolviese en poder secular ; le hicieron concesiones tocante a lo espiritual, con la esperanza de que ella les ayudaría a obter otras de sus enemigos.

El poder jerárquico que subía, y el poder imperial que bajaba, se unieron uno con otro, y aceleraron con esta alianza su doble destino. Roma no podía perder en ello. Un edicto de Teodosio II. y de Valentiniano III., proclamó al obispo de Roma rector de toda la Iglesia.1 Justiniano promulgo también un edicto semejante. Estos decretos no contenían todo lo que los papas pretendían ver en ellos ; más en aquellos tiempos de ignorancia, les era fácil hacer prevalecer la interpretación que más favorable les era. Llegando a ser cada día más vacilante la dominación de los emperadores en Italia, los obispos de Roma supieron aprovecharse de aquel estado de cosas, para sustraerse a la dependencia de ellos.

Pero habían salido ya, de las selvas del Norte, los ver daderos promotores del poder papal. Los Barbaros que habían invadido el occidente y establecido en él su domicilio, novicios en la cristiandad, desconociendo la esencia espiritual de la Iglesia, teniendo necesidad en la religión de un cierto aparato exterior, se prosternaron medio salvajes y medio paganos, ante el gran sacerdote de Roma. Con ellos se prosternó también todo el occidente. Al principio los Van dalos, luego los Ostrogodos, después los Borgoñones y los Alanos, más tarde los Visigodos, y finalmente los Lombardos y los Anglo-Sajones, fueron a doblar la rodilla ante el pontífice romana. Los que acabaron de colocar en el

trono supremo de la cristiandad, uno de los pastores de las orillas del Tíber, fueron los robustos naturales del Norte idolatra. Al principio del siglo séptimo se efectuaron estas cosas en occidente, en la misma época precisamente en que asomó en oriente el poder de Mahoma, dispuesto a invadir también una parte de la tierra.

Desde entonces el mal no deja de crecer. Se ve en el siglo octavo, a los obispos de Roma rechazar por un lado a los emperadores griegos, sus soberanos legítimos, y buscar como expulsarlos de la Italia, mientras que por el otro adulan a los Mayordomos de Francia, pidiendo a esta nueva monarquía, que empieza a extenderse en occidente, algunos de los despojos del imperio. Boma estableció su autoridad usurpada, entre el Oriente que rechaza, y el Occidente que atrae ; erige su trono entre dos rebeliones. Asustada del grito de los Árabes que, dueños de la España, se jactan de llegar pronto a Italia por las puertas de los Pirineos y de los Alpes, y hacer proclamar en la cumbre de las siete montañas el nombre de Mahoma, asustada de la audacia de Astolfo, quien, a la cabeza de sus Lombardos, hace oír los rugidos del león y vibrar su espada ante las puertas de la ciudad eterna, amenazando degollar a todos los Romanos "Roma próxima a su ruina fija despavorida sus miradas en derredor suyo y se echa en los brazos de los Francos. El usurpador Pepino pide a Roma para su nuevo cetro una supuesta sanción ; el papado se la concede y obtiene en cambio el que su majestad se declare el defensor de la "Republica de Dios. Pepino roba a los Lombardos lo que ellos habían usurpado al emperador ; más en vez de restituirlo a este príncipe, depone sobre el altar de san Pedro las llaves de las ciudades conquistadas, y levantando las manos, declara con juramento que ha tomado las armas no por un hombre, sino para obtener de Dios la remisión de sus peca . dos, y para hacer homenaje de sus conquistas a san Pedro. De este modo la Francia estableció el poder temporal de los papas.

Aparece Carlo-magno ; sube por primera vez a la basílica de san Pedro, besando devotamente los escalones. Se presenta en ella una segunda vez dueño de todos los pueblos que componían el imperio de Occidente, y aun de la misma Roma. León III. cree deber conferir el título al que ya tiene el poder ; y en el año 800, por la fiesta de Navidad, coloca en la cabeza del hijo de Pepino, la corona de los emperadores de Roma.2 Desde entonces el papa pertenece al imperio de los Francos, y sus relaciones con el Oriente han cesado ; se desprende de un árbol podrido que va a caer, para enjertarse sobre un silvestre vigoroso. Entre las razas germánicas a que se entrega, le espera un porvenir que no hubiera jamás osado pretender.

Carlomagno no legó a sus débiles sucesores sino restos de su poder. En el noveno siglo, la desunión debilitó en todas partes el poder civil. Roma conoció que era el momento oportuno para levantar la cabeza. En efecto ; ¿ cuándo pudo mejor la Iglesia

sustraerse de la dependencia del Estado, que en aquella época de decadencia en que se hallába destrozada la corona de Carlos, y sus fragmentos esparcidos* por el suelo de su antiguo imperio ?

Entonces fue cuando aparecieron las falsas decretales de Isidoro. En esta recopilación de supuestos decretos de los papas, los obispos más antiguos, los contemporáneos de Tácito y de Quintiliano, hablaban el bárbaro latín del siglo nono. Las costumbres y constituciones de los Francos eran seriamente atribuidas a los Romanos del tiempo de los emperadores. Los papas citaban en las decretales la Biblia en la traducción latina de san Gerónimo, que vivió uno, dos, o tres siglos después de ellos ; y Víctor, obispo de Roma, en el año 192, escribía a Teófilo, que fue arzobispo de Alejandría en 385 ! El impostor que fabricó dicha recopilación, se esforzaba en establecer, que todos los obispos recibían su autoridad del obispo de Roma, y que éste la recibía inmediatamente de Jesucristo. No solamente anotaba él todas las conquistas de los pontífices, si que también los hacia subir hasta los tiempos más antiguos. Los papas no tuvieron vergüenza de apoyarse en esta invención despreciable : ya en 865, Nicolas primero escogió en ella armas1 para luchar contra los príncipes y obispos. Esta fabula impudente fue por muchos siglos el arsenal de Roma.

Sin embargo los vicios y crimines de los pontífices debían suspender por algún tiempo los efectos de las decretales. El papado señaló su entrada a la mesa de los reyes, con libaciones vergonzosas ; se embriaga y pierde la cabeza en medio de los excesos. Por aquellos tiempos es cuando la tradición coloca en el trono papal, a una muchacha llamada Juana, refugiada en Roma con su amante, en cuya ciudad asaltándole los dolores del parto, descubrieron en medio de una procesión solemne, ser hembra el pontífice. Empero no aumentemos inútilmente la vergüenza de la corte pontifical. En aquella época reinaron también en Roma otras mujeres disolutas. Este trono que pretendía elevarse sobre la majestad de los reyes, se hundió en el fango del vicio. Teodora y Marozia instalaban y destituían a su gusto a los pretendidos señores de la Iglesia de Cristo, y colocaban en el trono de Pedro, a sus amantes, a sus hijos y nietos. Estos escándalos demasiado verídicos, han dado quizá origen a la tradición de la papesa Juana.

Roma llega a ser un vasto teatro de desórdenes, cuya posesión se disputan las familias más poderosas de Italia. Los condes de Toscana consiguen ordinariamente la victoria. En 1033 esta casa se atreve a poner sobre el trono pontificio, bajo el nombre de Benito IX., un joven educado en la disolución. Este muchacho de doce años, prosiguió como papa sus horribles infamias.1 Un partido eligió en su lugar a Silvestre III. y Benito IX. con la conciencia cargada de adulterios y con la mano teñida de la sangre de sus homicidios,11 vende enfin el papado a un eclesiástico de Roma.

Indignados los emperadores de Alemania de tantos desordenes, los extirparon de Roma con la espada.

Haciendo prevalecer el imperio sus derechos feudales, sacó la triple corona del lodo en que yacía, y salvó el papado envilecido, dándole hombres decentes por caudillos. Enrique III. destituyó en 1046 los tres papas, y su dedo adornado con el anillo de los patricios romanos, designó el obispo a quien debían ser entregadas las llaves de la confesión de san Pedro. Cuatro papas, todos alemanes y nombrados por el emperador, se sucedieron unos a otros. Cuando fallecía el pontifico de Roma, los diputados de esta Iglesia se presentaban en la corte imperial, como los enviados de las demás diócesis, para pedir un nuevo pontífice. El emperador vio hasta con alegría a los papas, reformar abusos, fortificar la Iglesia, convocar concilios, instituir y destituir prelados, a despecho de los monarcas extranjeros : el papado, con estas pretensiones, no hacía sino exaltar el poder del emperador, su señor feudal. Pero permitiendo tales juegos era exponerse a grandes peligros ; porque las fuerzas perdidas, que los papas recobraban poco a poco, podían volverse de repente contra el mismo emperador. Crecido que sea el viborezno, picará los pechos que lo avivaron. Hé aquí lo que aconteció.

Aquí comienza una nueva época para el papado. Saliendo de su humillación, huella pronto bajo sus plantas a los príncipes de la tierra. Levantar el papado, es levantar la Iglesia ; es extender la religión ; es asegurar al espíritu la victoria sobre la carne, y a Dios el triunfo sobre el mundo. Tales son sus máximas : la ambición encuentra en ellas su provecho, y el fanatismo su disculpa.

Toda esta nueva tendencia está personificada en un fraile, en Hildebrando. Hildebrando alternativamente é indiscretamente exaltado o injustamente denigrado, es la viva imagen del pontificado romano, en su fuerza y gloria : es una de aquellas apariciones normales de la historia, que encierran en sí todo un orden de cosas nuevas ; semejante a las que ofrecieron en otras esferas, Carlomagno, Lutero, y Napoleón.

León IX. tomó al fraile al pasar por Clugny y lo condujo a Roma, desde entonces Hildebrando llegó a ser el alma del papado, hasta que fue papado él mismo, gobernó la Iglesia bajo el nombre de muchos pontífices antes de reinar el mismo bajo el de Gregorio VII. Una gran idea se apoderó de su espíritu superior, quiso fundar una teocracia visible en que el papa como vicario de Jesucristo fuese el jefe. El recuerdo de la antigua dominación universal de Roma pagana persigue su imaginación y anima su fervor. Quiere devolver a la Roma pontificia lo que ha perdido la Roma Imperial. “Lo que Marius y Cesar, dicen sus aduladores, no han podido hacer con torrentes de sangre, tú lo realizas con una palabra”.

Gregorio VII no fue animado del espíritu del Señor cuyo espíritu de verdad, de humildad, de dulzura, le fue desconocido. Sacrificaba lo que sabía ser verdad, siempre

que lo juzgaba necesario a sus designios, como lo hizo en particular en el asunto de Berenger. Sin embargo, un espíritu muy superior al del común de los pontífices y una íntima convicción de la justicia de su causa le animaron sin duda. Atrevido, ambicioso e inflexible en sus designios, se mostró a un tiempo, hábil y diestro en emplear los medios que debían asegurarle el buen éxito.

Su primer trabajo fue constituir la milicia de la Iglesia porque era preciso hacerse fuerte antes de acometer el imperio. Un concilio congregado en Roma, expulsó a los pastores de sus familias y les obligó a consagrarse en un todo a la jerarquía. La Ley del Celibato concebida y ejecutada bajo el dominio de los papas, frailes, ellos mismos, hizo del clero una especie de orden monástico. Gregorio VII pretendió tener sobre todos los obispos y sacerdotes de la cristiandad el mismo poder que un abate de Clugny ejercía sobre la orden que presidía. Los legados de Hildebrando que se comparaban ellos mismos a los procónsules de la antigua Roma, recorrían las provincias para sustraer a los pastores sus mujeres legítimas, y, si necesario era, el mismo papa sublevaba la plebe contra los ministros casados.

Lo que más particularmente se proponía Gregorio era emancipar a Roma del imperio, es probable que jamás se hubiera atrevido a concebir un designio tan audaz, si las discordias que turbaban la minoría de Enrique IV, y si la rebelión de los príncipes alemanes contra este joven emperador no le hubiesen facilitado la ejecución. El papa era entonces como uno de los magnates del imperio. Uniendo su causa a la de los demás poderosos vasallos, Gregorio saca partido del interés aristocrático y luego prohíbe a todos los eclesiásticos, la pena de excomunión, recibir del emperador la investidura de su ministerio. Rompió los antiguos lazos que unían las iglesias y sus pastores a la autoridad del príncipe, pero fue por asegurar con ellos el trono pontificio, pretendía encadenar en él, con una mano fuerte, el clero, los reyes, y los pueblos y hacer del papa un monarca universal.

Roma sola debe ser temida por los sacerdotes y únicamente en Roma deben fundar su esperanza, los reinos y los principados de la tierra son el dominio del soberano pontífice, todos los reyes deben temblar ante los rayos que arroja el Júpiter de la Roma moderna. ¡Desgraciado del que resiste! Los súbditos son absueltos del juramento de fidelidad, todo el país se halla en interdicción, cesa el ejercicio de todo culto, los templos están cerrados, ya no suenan campanas, no se administran los sacramentos y la palabra de maldición alcanza hasta a los mismos muertos, a quienes la tierra rehúsa, a la voz de un pontífice soberbio, la paz de los sepulcros.

El papa, sometido, desde los primeros días de su existencia, a los emperadores romanos, a los emperadores francos y finalmente a los emperadores de Alemania, fue entonces emancipado y marchó por primera vez como igual suyo, si ya no es como

amo. Sin embargo, Gregorio VII fue humillado a su vez. Roma fue tomada, Hildebrando tuvo que huir y falleció en Salerno, pronunciando estas palabras.

He amado la justicia y detestado la iniquidad, es por esto que muero desterrado. 1 ¿Quién se atreverá a tildar de hipocresía estas palabras pronunciadas a la puerta de la tumba? Los sucesores de Gregorio, parecidos a los soldados que llegan después de alcanzada una gran victoria, se arrojaron como vencedores sobre las iglesias avasalladas.

La España sustraída al islamismo y la Prusia al paganismo cayeron en los brazos del sacerdote coronado. Las cruzadas que se levantaron a su voz, extendieron y aumentaron por todas partes su autoridad, aquellos devotos peregrinos, que habían creído ver los ángeles y santos conducir sus ejércitos armados, entraron humildemente y descalzos, dentro los muros de Jerusalén, donde quemaron los judíos en su sinagoga y regaron con la sangre de muchos millares de Sarracenos los lugares a donde iban a buscar las huellas sagradas del Príncipe de la Paz, proclamaron en el Oriente el nombre del papa, a quien desconocían, desde que, por la supremacía de los francos, había abandonado la de los griegos.

Por otro lado, lo que las armas de la República Romana y las del imperio no pudieron efectuar, lo efectuó el poder de la Iglesia. Los alemanes depusieron a los pies de un obispo los tributos que sus antepasados habían rehusado a los más poderosos generales. Sus príncipes, cuando llegaron a ser emperadores, creyeron que recibirían la corona de los papas, más los papas, en lugar de ella, les impusieron un yugo. Los reinos de la Cristiandad, sometidos ya al poder espiritual de Roma, fueron desde entonces sus tributarios y sus siervos. De este modo, todo cambió en la Iglesia.

Al principio, la Iglesia era un pueblo de hermanos y hoy día se ve establecida en su seno una monarquía absoluta. Todos los cristianos eran sacrificadores del Dios vivo y tenían por guías espirituales humildes pastores pero una cabeza altanera se ha levantado entre ellos, una lengua misteriosa pronuncia discursos llenos de orgullo, una mano de hierro constriñe todos los hombres, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, a tomar el insigne distintivo de su poder. Perdida esta, la santa y primitiva igualdad de las almas ante Dios. La cristiandad a la voz de un hombre, se ha dividido en dos campos desiguales, en un lado vemos una casta de clérigos que se atreve a usurpar el nombre de Iglesia y pretende estar revestido a la vista del Señor de grandes privilegios, en otro contemplamos una sujeción, reducida a una ciega y pasiva obediencia, un pueblo encadenado y entregado a una casta arrogante. Todas las tribus, lenguas, y naciones de la cristiandad sufren la dominación de este rey espiritual que ha recibido el poder de vencer.

FOOTNOTES

(1) Historia Eccl, ii, 3;

(2) Juan v. ver. 11

(3) Suburbicaria loca - Vease el 6th (6 degree) canon del concilio de Nicea, que Rufino (Hist. Eccles x, 6) cita asi, Et ut apud Alexandriam et in urbe Roma, vetusta consuetudo serrvetur, ut vel ille Aegipti, vei hic suburbicariarum ecclesiarum solllicitudinem gerat etc"

(4) Juliano, Or., i (Claudio in paneg etilic, lib. 3

(5) Eusebius, Hist. Eccles, i , 5. c. 24 Socrat., Hist. Eccles, c. 21;

(6) Cyprian, ep. 50, 72, 75

(7) Vease el concilio de Calcedonia, canon, 8 y 18;

(8) Cipriano, obispo de Cartago, dice Estevan, obispo de Roma: Magia ac magiis ejus errorem denotabis, qui hereticorum causam contra christianos et contra ecclesiam Dei asserere conatur; qui unitatem et veritatem de divina lege venientem nom tenens consuetudo sine veritate, vetustas errroris est" (Epist. 74)

(9) Rector totius ecclesiae; Fremens ut leo ... asserens omnes uno gladio guulari. Anastasius Bibl. Vit. Pontif., p. 83 ;

(10) Visum est et ipsi Apostolieo Leoni... ut ipsum Carolum, imperatorem nominare beduiset, qui ipsam Romam tenebat ubi semper Caesares sedere soliti erant et reliqua sedes (Analistia Lambecianus ad an. 801)

(11) Vease la Ep. ad univer. Episc. Gall, (Mansi XV)

(12) Cujus quidem post adeptum sacerdotium vita quam torpis quam foeda, quamque execranda exstiterit, horresco referre." Desiderium abate de Cassino, y despues papa Victor III. De miraculis a S. Benedicto etc. lib. 3 iniit)

(13) Theophilactus... cum post multa adulteria et homicidia manibus suis perpetrata, etc. (Bonizo, obispo de Sutri y despues de Piasencia, liber ad amicum

(14) Hi, quocumque prodeunt, clamores insultantium, digitos ostendentium colaphos puisantium perferunt. Alii membris mutilati ahi per rlongos cruciatus superbe necati, & c (Martene et Durand) Thesaurus, Nov, Anecd, I, 231)

(15) Dilexi justiciam et odivi iniquitatem, proterea morior in exilio

(16) Epist. 1a de Pedro, Cap. ii, vers. 9

CAPÍTULO II

Corrupción de la doctrina — La buena nueva — La salvación entre las manos de los sacerdotes — Las Penitencias — Las Indulgencias — Méritos supererogatorios — El Purgatorio — Tarifa — Jubileos — El Papado y el Cristianismo.

Al lado del principio que debía dominar la historia del Cristianismo se hallaba otro que debía dominar también la doctrina. Esta era la gran idea del cristianismo, la idea de gracia, de perdón, de amnistía, y de la diva de la vida eterna. Esta idea suponía en el hombre, un alejamiento de Dios y una imposibilidad de volver a entrar por sí mismo en comunión con este ser infinitamente santa. La oposición entre la verdadera y la falsa doctrina no puede sin duda reasumirse toda entera en la cuestión de la salvación por la fe, y la salvación por las obras, sin embargo, este es el asunto principal. Aun hay más, considerada la salvación como procedente del hombre, es el principio creador de todos los errores y de todos los abusos.

Los excesos producidos por este error fundamental atrajeron la reformación y la profesión del principio opuesto, hizo que ella fuese efectuada. Conviene que este hecho resalte en una introducción a la historia de la reforma.

La salvación por gracia, tal era pues, el segundo carácter que distinguía esencialmente la religión de Dios de todas las religiones humanas. ¿Qué fue de ella? ¿La iglesia había acaso conservado como un depósito precioso este gran y primordial pensamiento? Prosigamos la historia. Los habitantes de Jerusalén, de Asia, de Grecia y de Roma, en el siglo de los primeros emperadores oyeron esta buena nueva, "De gracia sois salvos por la fe y esto no de vosotros porque es un don de Dios." 1 A esta voz de paz, a este evangelio, a esta palabra poderosa, muchos pecadores creyeron, se aproximaron al que es manantial de paz y muchas iglesias cristianas se formaron en medio de las generaciones degeneradas del siglo.

Mas presto se cometió un grande equivoco sobre la esencia de la fe que salva. La fe, según San Pablo, es el medio por el cual todo el ser del creyente, su inteligencia, su corazón, su voluntad, entran en posesión de la gloria que la encarnación y la muerte del Hijo de Dios le han adquirido. Es por la fe que se recibe a Jesucristo y desde entonces llega a ser todo por el hombre y en el hombre. El comunica una vida divina a la naturaleza humana y el hombre, así renovado, libre del poder del egoísmo y del pecado, tiene nuevas afecciones y hace nuevas obras. La fe, dice la Teología, para expresar estas ideas, es la apropiación subjetiva de la obra objetiva de Cristo. Si la fe no es una apropiación de la salud eterna, ella es nula y entonces toda la economía cristiana se halla trastornada, las fuentes de la vida nueva cerradas y el cristianismo destruido por su base.

He aquí lo que aconteció. Este punto práctico de la fe fue poco a poco olvidado, luego no fue más que lo que es todavía para muchos, un acto de la inteligencia, una simple sumisión a una autoridad superior. De este primer error dimanó necesariamente otro. Despojada así la fe de su carácter práctico, fue imposible el decir que ella sola salva no siguiendo ya las obras a la fe preciso era que la acompañarán y la doctrina que el hombre es justificado por la fe y por las obras, entró en la Iglesia. A la unidad cristiana, que encierra bajo el mismo principio la justificación y las obras, la gracia y la ley, el dogma y el deber, se siguió esta triste dualidad que hace de la religión y de la moral dos cosas enteramente distintas, error funesto que separando lo que para vivir debe hallarse unido colocando el alma en un lado y el cuerpo en otro, causa la muerte. La Palabra del Apóstol, resonando de siglo en siglo, dice: "¡Vosotros habéis comenzado por el espíritu y ahora acabáis por la carne!"

Otro error no menos grave vino también a alterar la doctrina de la gracia, fue el Pelagianismo. Pelagio pretendió que la naturaleza humana no ha decaído, que no hay corrupción hereditaria y que habiendo recibido el hombre el poder de bien obrar, no tiene más que querer para ejecutar. Si el bien consiste en algunas acciones exteriores, Pelagio tiene razón, pero si se atiende a los principios de donde provienen estos actos exteriores al conjunto de la vida íntima del hombre, entonces se encuentra por todas partes, en el hombre, egoísmo, olvido de Dios, liviandad e insuficiencia. He aquí lo que hizo sentir San Agustín, el cual demostró, que para ser aprobada tal o cual obra, no bastaba que pareciese buena considerada exterior y aisladamente, sino que ante todo fuese santo el origen que ella tenía en el alma. La Doctrina Pelagiana, rechazada de la Iglesia por Agustín, cuando se mostró frente a frente, se presentó luego de lado, como semipelagiana y bajo el disfraz de fórmulas Agustinianas.

En vano siguió oponiéndose a ella el gran doctor pues habiendo fallecido por aquel tiempo, el error se propagó en la cristiandad con asombrosa rapidez pasó de occidente a oriente y la Iglesia está aun alterada y desfalleciente. El peligro de este sistema se manifestó sobre todo en que, poniendo el bien fuera y no dentro, dio mucha importancia a las obras exteriores, a las observancias legales, y a los actos de penitencia. Cuantas más prácticas de estas hacía uno, tanto más santo era, con ellas se ganaba el cielo y bien pronto se creyó ver hombres (idea asombrosa por cierto), que para santificarse hacían más de lo necesario.

Así el orgullo del corazón del hombre no quiso dar la gloria a este Dios a quien pertenece toda gloria, pretendió merecer lo que Dios quería dar, se puso a buscar en sí mismo esta salvación que el cristianismo le presentaba toda cumplida del cielo. Echó un velo sobre esta verdad saludable de una salvación que viene de Dios y no del hombre de una gloria que Dios da pero que no la vende, desde entonces todas las demás verdades de la región fueron oscurecidas, las tinieblas se extendieron sobre la Iglesia y de esta triste y profunda noche, se vieron salir, uno tras otro, muchos errores,

desde luego las dos grandes especies de errores se hallaron reunidos. El Pelagianismo a la par que corrompió la doctrina fortificó la jerarquía, deprimió la gracia y ensalzó la Iglesia porque la gracia es Dios y la Iglesia es el hombre.

Así que la salud eterna fue quitada de las manos de Dios, cayó en las de los sacerdotes, estos se pusieron en el lugar del Señor y las almas ansiosas de perdón, ya no tuvieron que mirar hacia el cielo, sino hacia la Iglesia y principalmente hacia su pretendido jefe. El pontífice romano ocupó el lugar de Dios según los ignorantes. De ahí vinieron toda la grandeza y toda la autoridad de los papas y también indecibles abusos.

Ciertamente que la doctrina de la salvación por la fe no fue enteramente usurpada a la Iglesia, la encontramos aun en los padres más célebres de ella, ya después de Constantino, ya en la Edad Media. Esta doctrina no fue formalmente negada, los concilios y los papas no lanzaron contra ella ni sus bulas ni sus decretos, pero pusieron a su lado alguna cosa que la anulaba. Con todo, ella subsistió para muchos doctores y para muchas almas humildes y cándidas más la multitud tuvo otra cosa. Los hombres habían inventado todo un sistema de perdón. La muchedumbre corrió y se adhirió a él más bien que a la gracia de Jesucristo y el sistema de los hombres ahogó el de Dios. Recorramos algunas fases de esta triste metamorfosis.

En tiempo de Vespasiano y de sus hijos, el que había sido más intimo amigo del Galileo, el hijo de Zebedeo, había dicho: “Si confesamos nuestros pecados a Dios, él es fiel y justo para perdonárnoslos”.

Cerca de ciento veinte años después, bajo Cómodo y Sétimo Severo, un ilustre pastor de Cartago, Tertuliano, hablando sobre el perdón, usó ya un lenguaje muy distinto: “Es preciso,” dice, "un cambio en el vestir y en el comer, es preciso revestir del saco y de la ceniza, renunciar a toda comodidad y a todo ornato del cuerpo, prosternase ante el sacerdote y suplicar a todos nuestros hermanos que interceden por nosotros”. He aquí el hombre desviado de Dios y confiado en sí mismo.

Las obras de la penitencia substituidas a la salud de Dios se multiplicaron en la Iglesia, desde Tertuliano hasta el siglo XIII. Es preciso ayunar, ir descalzo, no vestirse de lienzo, etc., o bien abandonar su casa y su patria para ir a países lejanos, o bien, renunciar al mundo y abrazar el estado monástico.

En el siglo XI, añadieron a todo esto las flagelaciones voluntarias, las que llegaron a ser después en Italia, entonces violentamente agitada, una verdadera manía. Nobles y plebeyos, jóvenes y ancianos y hasta los niños de cinco años, van de dos en dos, a centenares, a millares y por decenas de millares, atravesando las aldeas, pueblos, y ciudades, vestidos únicamente de un delantal, atado en la cintura, visitando en procesión las iglesias durante lo más fuerte del invierno armados de unas

disciplinas, se azotaban inhumanamente y las calles resonaban de los gritos y gemidos que arrancaban lágrimas a cuantos les oían.

Sin embargo, mucho antes que el mal hubiese llegado a tal extremo, los hombres oprimidos por el clero habían suspirado por el rescate. El mismo clero había comprendido que si no remediaba todo esto perdería su poder usurpado. A este fin inventaron el sistema de cambio, célebre bajo el nombre de indulgencias. Tuvo principio en tiempo de Juan el Ayunador, arzobispo de Constantinopla. El clero dijo entonces: Vosotros no podéis o penitentes cumplir todo lo que os está impuesto, por consiguiente, nosotros, Ministros de Dios y pastores vuestros, tomaremos en nuestros hombros esta pesada carga: ¿Quién ayunará mejor que nosotros? ¿Quién sabrá arrodillarse mejor y salmear con más mérito?". Pero todo trabajador es acreedor a su salario. Por esto lleno, abate de Prum, dice: "Por un ayuno de siete semanas, el rico pagará veinte sueldos, el que lo sea menos, pagará solo diez y el pobre, tres, así por lo demás. Enérgicas voces se levantaron contra este comercio, más en vano.

El papa descubrió luego las ventajas que podía sacar de estas indulgencias, las necesidades que tenía de dinero no dejaban de aumentar y he aquí un recurso fácil que, bajo la apariencia de una contribución voluntaria, llenara su erario. Es preciso dar bases sólidas a un descubrimiento tan precioso. Los jefes de Roma se dedican a ello. El doctor irrefragable, Alejandro de Hales, inventó en el siglo XIII, una doctrina a propósito para asegurar este inmenso recurso del papado. Una bula de Clemente Vil, la proclamó artículo de fe, y las más santas doctrinas deben contribuir a fortalecer esta industria romana. Jesucristo, dicen, ha hecho mucho más de lo que era necesario para reconciliar los hombres con Dios, una sola gota de su sangre hubiera bastado para esto y sin embargo, él ha derramado muchísima, a fin de fundar, para su Iglesia, un tesoro que la eternidad misma no podrá agotar. Los méritos superrogatorios de los santos, el precio de las obras que ellos hicieron además de las obligatorias, han aumentado también este tesoro. La custodia y la administración de este caudal, han sido confiadas al vicario de Jesucristo en la tierra el cual aplica a cada pecador por las faltas cometidas después del bautismo, estos méritos de Jesucristo y de los santos, según la medida y en la cantidad que sus pecados lo exigen. ¿Quién tendrá la osadía de atacar un uso de un origen tan santo?, luego se despliega y se complica esta increíble industria.

El Precio imponía diez, veinte años, por tal o cual género de pecado. No es solamente, exclamó el clero codicioso por cada especie de pecado, más por cada acto pecaminoso, que son necesarios tantos años y ve ahí el hombre abrumado bajo el peso de una penitencia casi eterna.

Pero, ¿Qué significa esta penitencia tan larga, si la vida del hombre es tan corta?, ¿Cuándo podrá cumplirla?, ¿Dónde encontrará el tiempo necesario para ello?, le

imponéis muchos siglos de prácticas austeras en el día de la muerte se reirá de todo, pues que ella le descargara de tan enorme peso. ¡Dichosa muerte! Sin embargo, se halló remedio a este inconveniente. Los filósofos de Alejandría habían hablado de un fuego en el que los hombres debían ser purificados, muchos antiguos doctores habían admitido esta idea y Roma erigió en doctrina de la Iglesia, esta opinión filosófica.

El papa por medio de una bula reunió el purgatorio a su dominio y decidió que el hombre expiaría allí lo que no hubiese podido expiar acá abajo, pero que las indulgencias podrían librar las almas de este lugar intermediado en el cual sus pecados debían retenerlas. Tomás de Aquino expuso esta doctrina en su famosa suma teológica. Nada se omitió para llenar los ánimos de terror.

El hombre es naturalmente inclinado a temer un porvenir desconocido, y las sombrías moradas que se figura más allá del sepulcro. Pero agravaron todavía este temor, pintando con horrendos colores los tormentos que deben sufrir en el fuego purificador, los que caen en sus llamas. Aun hoy día se ven, en muchísimos países del catolicismo, de estos cuadros expuestos en los templos y en los callejones en los cuales están retratadas las pobres almas cercadas de ardientes llamas, implorando con angustia algún socorro. ¿Quién hubiera podido rehusar el dinero redentor, el cual cayendo en el erario de Roma, debía redimir el alma de tantos tormentos? 1

Un nuevo medio se descubrió para aumentar este tráfico. Hasta entonces no se habían explotado sino los pecados de los vivos se creyó necesario explotar también los de los muertos. En el siglo XIII se publicó que los vivos podían, mediante algunos sacrificios, abreviar, terminar las penas que sufrían en el purgatorio sus antepasados, y sus amigos. E incontinente el compasivo corazón de los fieles ofreció al clero nuevos tesoros.

Poco después, para regularizar este tráfico, se inventó (es probable que fuese Juan XXII), la famosa y escandalosa tarifa de las indulgencias de la cual hay más de cuarenta ediciones. Si se quisiese relatar las infamias que en ella se encuentran, se ofenderían los oídos menos delicados. El incesto, si no es conocido, costara cinco dracmas y si es conocido, seis. Tanto costara el homicidio, tanto el infanticidio, el adulterio, el perjurio, el robo con fractura, etc., etc.

¡O vergüenza de Roma! exclamó Claudio de Esperso, teólogo romano y nosotros añadimos: ¡O vergüenza de la humanidad! pues que nada puede reprocharse a Roma que no recaiga sobre el hombre mismo. Roma, es la humanidad exaltada en algunas de sus malas inclinaciones: esto decimos porque es verdad y porque es justo. Bonifacio VIII., el más atrevido y el más ambicioso de los papas después de Gregorio VII., supo hacer aun más que lo que hicieron sus antecesores.

En el año 1,300, publicó una bula en la cual anunciaba la Iglesia, que cada cien años, todos los que fuesen a Roma, obtendrían allí una indulgencia plenaria. De Italia, de Sicilia, de Cerdeña, de Córcega, de Francia, de España, de Alemania, de Hungría, de todas partes corrieron a tropel. Ancianos de sesenta a setenta años se ponían en camino y en Roma se contaron en un mes hasta dos cientos mil peregrinos. Todos estos extranjeros llevaban ricas ofrendas, el papa y los romanos vieron llenar sus arcas de oro.

No tardó la codicia romana en establecer cada jubileo de cincuenta años más tarde de a treinta y tres y por último de a veinte y cinco. Después, por la mayor comodidad de los compradores y mayor provecho de los vendedores, se extendió de Roma a todos los puntos de la cristiandad, el jubileo y sus indulgencias. Ya no era necesario salir de su casa lo que otros habían ido a buscar más allá de los Alpes, cada uno podía comprarlo delante de su casa.

El mal no podía empeorar ya más. Entonces se manifestó el reformador. Hemos visto ya en que vino a parar el principio que debía dominar la historia del cristianismo y acabamos de ver lo que sucedió con el principio que debía dominar la doctrina; es decir que ambos se perdieron. Establecer una casta medianera entre Dios y el hombre y hacer comprar con obras, con penitencias y a precio de oro, la salvación que Dios da, he aquí el papismo.

Facilitar a todos, por Jesucristo, sin medianero humano, sin este poder que se llama la Iglesia, la entrada franca al sublime don de la vida eterna que Dios hace al hombre, he aquí el cristianismo y la reformación.

El papismo es una barrera inmensa, puesta por el trabajo de los siglos entre el hombre y Dios: si alguno quiere vencerla, que pague o que sufra y con todo esto no la vencerá.

La reformación es la fuerza que ha destruido esta barrera que ha restituido Cristo al hombre y que se ha abierto un sendero llano para acercarse a su Criador.

El Papismo interpone la Iglesia entre Dios y el hombre. El Cristianismo y la Reformación hacen encontrar a Dios y el hombre cara a cara. El Papismo los separa, el Evangelio los une. Después de haber trazado así la historia de la decadencia y del anonadamiento de los dos grandes principios que debían diferenciar la religión de Dios de todas las religiones humanas, veamos cuales fueron los resultados de esta inmensa transformación.

Pero hagamos desde luego algún honor a esta Iglesia de la Edad Media, que sucedió a la de los Apóstoles y de los padres, y que precedió a la de los reformadores. La Iglesia, permaneció Iglesia bien que decaída y más cautiva que nunca. Es decir, que ella fue siempre la amiga más poderosa del hombre.

Sus manos, aunque ligadas, pudieron bendecir todavía. Grandes siervos de Jesucristo esparcieron durante varios siglos una benéfica luz y en el más humilde convento, en la parroquia más inferior, se hallaron míseros frailes y pobres sacerdotes para aliviar grandes dolores. La Iglesia Católica no era entonces el papado, este obró como opresor y aquella como oprimida. La Reformación, que declaró la guerra al uno, vino a libertar la otra. Y es menester confesarlo, el mismo papado fue alguna vez, en las manos de Dios, que hace salir el bien del mal, un contrapeso necesario al poder y a la ambición de los príncipes.

FOOTNOTES

(1) Efesios, Cap. V, ver. 8.

(2) Velle et esse ad hominem referencia sunt, quia de arbitrii fonte descendunt. (Pelaos inAug. de Gratia Dei, cap. 4.) Ref. Span, ' 8

(3) Tertull., De Poenit.

(4) Libriduo de ecclesiastlcis disciplinis.

(5) Libri duo de ecclesiasticia disciplinis

CAPÍTULO III

Estado de la cristiandad — Teología — Dialéctica — Trinidad — Predestinación — Estado primitivo — Redención — Gracia — Penitencia.

Echemos ahora una ojeada sobre el estado en que se hallaba la cristiandad. La Teología y la Religión eran entonces bien distintas, la doctrina de los doctores y la práctica de los sacerdotes, de los frailes, y del pueblo, ofrecían dos esferas muy diferentes.

Sin embargo, ellas influían una sobre otra y la Reformación tuvo que hacer con las dos. Recorramos ambas y tomemos desde luego una idea de la Escuela 6 de la Teología.

La Teología se hallaba todavía bajo la influencia de la Edad Media. La Edad Media se había despertado y había producido grandes doctores, pero su ciencia no se dirigió a interpretar las Sagradas Escrituras, ni a examinar los hechos de la Iglesia. La exposición y la historia, estos dos grandes manantiales de la ciencia teológica, estaban abandonados. Una nueva ciencia tomó su lugar y fue la Dialéctica. El arte de raciocinar llegó a ser la mina fecunda de la nueva Teología.

La Edad Media descubrió los libros de Aristóteles, empezó a conocerlos, ya en las antiguas traducciones latinas y en las traducciones árabes. Resucitado Aristóteles, apareció como un gigante en el occidente y dominó los espíritus y casi las conciencias. Su método filosófico vino a robustecer la inclinación que esta época tenía por la dialéctica. En efecto, el método aristotélico era propio para investigaciones sutiles y a las sofísticas distinciones. La oscuridad de las traducciones del filósofo griego favoreció también la sutileza dialéctica que se había apoderado de los occidentales. Alarmada la Iglesia, combatió algún tiempo esta nueva tendencia, ella temía que esta manía de raciocinar, no produjese herejías. Sin embargo, la Dialéctica se mostró dócil y los frailes la emplearon contra los herejes y desde entonces su triunfo fue seguro.

* Ref. Span. 3*

El carácter distintivo de este método fue el de inventar una multitud de cuestiones sobre todas las materias teológicas y decidirlas en seguida por una solución. Frecuentemente estas cuestiones rodaban sobre los más frívolos asuntos. Se preguntaba, por ejemplo, si todos los animales habían entrado en el Arca de Noé y si un difunto puede celebrar la misa. 1 Pero no juzguemos los escolásticos solo por tales rasgos muchas veces, al contrario, debemos reconocer la profundidad y la extensión de su espíritu.

Muchos de entre ellos distinguían las verdades teológicas de las filosóficas, afirmando, que alguna cosa podía ser verdadera teológicamente y falsa

filosóficamente. De este modo pensaban conciliar la incredulidad con una fría y muerta adhesión, a las formas de la Iglesia.

Pero otros doctores y Tomás de Aquino al frente sostenían que la doctrina revelada no se hallaba nunca en contradicción con una razón ilustrada y que así como la caridad en el cristianismo no destruye las afecciones naturales del hombre, sino que las endereza, las santifica, las ennoblece y las domina del mismo modo la fe no destruye la Filosofía, más puede servirse de ella santificándola o iluminándola de su luz.

La Doctrina de la Trinidad ejercitó mucho la dialéctica de aquellos teólogos. A fuerza de distinciones y de razonamientos se les vio caer en errores opuestos. Unos distinguieron las tres personas de modo que hacían de ellas tres dioses, eso hicieron Roselin de Campiegne y sus secuaces. Otros las confundieron de manera que las consideraban como una simple distinción de ideas, es lo que hicieron Gilberto de Potiers y los suyos. Más, la Doctrina Ortodoxa fue sostenida con vigor por otros doctores.

1 Hottinger, Hist. Eccles., V.

La sutileza dialéctica de aquellos tiempos las hizo también con la doctrina de la Voluntad Divina. ¿Cómo reconciliar la voluntad de Dios con su omnipotencia y su santidad? Los escolásticos encontraban en esto grandes dificultades y buscaban como resolverlas con distinciones dialécticas. "No se puede decir que Dios quiere el mal," decía Pedro Lombardo; "pero tampoco puede decirse que él no lo quiere".

La mayor parte de aquellos teólogos procuraban debilitar, con sus trabajos dialécticos, la Doctrina de la Predestinación que hallaron admitida en la Iglesia. Alejandro de Hales, se sirvió para esto de aquella aristotélica distinción que cada acción supone dos agentes, a saber, una causa operante y una materia que debe recibir la acción de esta causa. La predestinación divina, dice él, opera sin duda para la salvación del hombre, pero debe hallarse también una receptibilidad para esta gracia en el alma del hombre.

Sin este segundo agente, el primero nada puede y la predestinación consiste en que Dios, conociendo por su presciencia a aquellos en quienes este segundo agente puede hallarse, ha determinado comunicarles su gracia.

Tocante al estado primitivo del hombre, aquellos teólogos distinguían los dones naturales y los dones gratuitos. Los primeros consistían en la pureza de las fuerzas primitivas del alma humana, los segundos eran los dones de la gracia que Dios concedía a esta alma a fin de que ella pudiese ejecutar el bien.

Pero aquí también se separaban estos doctores, los unos pretendían que el hombre no tuvo en su origen más que los dones naturales y que según el uso que haría de ellos, merecería o no, los dones de la gracia. Pero Tomás de Aquino, que, en general está por la sana doctrina, pretendía que los dones de la gracia estuvieron íntimamente unidos desde el principio, con los dones de la naturaleza, pues que el primer hombre se hallaba en una perfecta salud moral. La caída, decían los primeros, que se inclinaban hacia el libre arbitrio, ha quitado al hombre los dones de la gracia pero ella no le ha despojado enteramente de las fuerzas primitivas de la naturaleza porque toda santificación hubiera sido imposible, sino se hubiese hallado en el hombre ninguna fuerza moral. Mientras que los teólogos más rígidos pensaban que la caída, no solamente había despojado al hombre de la gracia, más también corrompido la naturaleza.

Todos reconocían la obra de reconciliación que Cristo ha cumplido por sus padecimientos y por su muerte. Pero los unos pretendían que la redención no podía virtualmente efectuarse sino por la satisfacción expiatoria de la muerte de Jesucristo mientras que otros intentaban probar que Dios estaba anexo a esta reconciliación, la redención y la gracia. Otros todavía, y entre ellos Abelardo, hacían consistir los efectos saludables de la redención en que ella hacia nacer en el corazón del hombre, la confianza y el amor de Dios.

La Doctrina de la Santificación o de la Gracia, nos manifiesta nuevamente, en todo su lujo, la sutileza dialéctica de estos teólogos. Todos, admitiendo la distinción de Aristóteles, de que hemos hablado, establecen la necesidad de la existencia en el hombre de una materia dispuesta a recibir la gracia. Materia deposita. Pero Tomás de Aquino atribuye esta disposición a la gracia misma. La gracia, dicen ellos, era formadora para el hombre antes que cayese ahora que hay en él algo que destruir, ella es gracia reformadora. Distinguen todavía la gracia dada gratuitamente, gratia gratis data, y la gracia que hace agradable, gratia gratum faciens, y muchas otras.

La Doctrina de la Penitencia y de las Indulgencias que hemos expuesto ya, vino a coronar todo este sistema y a malograr lo que podía tener de bueno. Pedro Lombardo fue el primero que distinguió tres géneros de penitencia: La penitencia del corazón o la compunción, la penitencia de boca, o la confesión y la penitencia de las obras, o la satisfacción exterior.

Es verdad que distinguió una absolución ante Dios y otra ante la Iglesia y aun dijo que el arrepentimiento interior bastaba para conseguir el perdón de los pecados pero, por otro lado, cayó en el error de la Iglesia. Admitió que, por los pecados cometidos después del bautismo, era preciso sufrir en el fuego del purgatorio, o someterse la penitencia eclesiástica, exceptuando el que tuviese una contrición interior tan perfecta, que pudiese suplir todas las demás penas. Se propone enseguida tales

cuestiones, que, a pesar de toda su dialéctica, se ve embarazado para resolverlas: Si dos hombres, iguales en su estado espiritual, uno pobre y otro rico, mueren a la vez, que uno no tenga más sufragios que las oraciones ordinarias de la Iglesia, y que para el otro, al contrario, se puedan celebrar muchas misas y hacer muchas obras, ¿Que sucederá? El escolástico se vuelve y revuelve por todos lados, y finalmente dice: Los dos tendrán igual suerte, pero no por las mismas causas, el rico no será libertado más perfectamente del purgatorio pero lo será más prontamente.

He aquí expuestos algunos rasgos de la Teología que regía en las escuelas en tiempo de la Reformación: distinciones, ideas a veces justas, otras falsas, pero nada más que ideas. La Doctrina Cristiana había perdido este aroma del cielo, esta fuerza y esta vida práctica que dimanan de Dios, y que la caracterizaron en tiempo de los apóstoles; ellas debían bajar otra vez de lo alto.

FOOTNOTES

(1) Ref. Span. 3*

(2) Hottinger, Hist. Eccles., V.

CAPÍTULO IV

Religión — Reliquias — Risa de Pascua — Costumbres — Corrupción — Desórdenes de los sacerdotes — de los obispos — de los papas. — Borgia — Instrucción — Ignorancia — Ciceronianos.

Sin embargo, la ciencia de las escuelas era pura, comparada con el estado real de la Iglesia. La Teología de los doctores era floreciente cotejada con la religión, con las costumbres y con la instrucción de los sacerdotes, de los frailes y del pueblo. Si la ciencia tenía necesidad de una reforma, la Iglesia tenía mucha más necesidad de ser reformada.

El pueblo de la cristiandad, y en este pueblo es preciso comprender casi todo, no esperaba ya de un Dios vivo y santo el don gratuito de la vida eterna. Para obtenerlo tenía, por consiguiente, que acudir a todos los medios que podía inventar una imaginación supersticiosa, temerosa y alarmada. El cielo se pobló de santos y medianeros, que debían solicitar esta gracia, la tierra se llenó de obras pías, de sacrificios, de ritos, y ceremonias que debían merecerla. He aquí el cuadro que de la religión de aquel tiempo, nos hace un hombre que fue fraile muchos años y después colega de Lutero, a saber, Miconio.

Los padecimientos y méritos de Cristo eran considerados como vana historia o como fábulas de Homero. No se hablaba de la fe, por la cual se asegura la justicia del salvador y la herencia de la vida eterna. Cristo era un juez severo, pronto a condenar todos los que no recorriesen a la intercesión de los santos o a las indulgencias de los papas. Figuraban como intercesores en lugar del único Medianero, en primer lugar la Virgen Maria, semejante a la Diana del Paganismo, enseguida los santos, de los cuales los papas aumentaban continuamente el catálogo.

Estos medianeros no concedían sus oraciones, sino a los que se habían hecho acreedores a ello en las órdenes fundadas por ellos. Para ello era preciso hacer, no lo que Dios manda en su palabra, sino un gran número de obras inventadas por los frailes y por los curas, que producían mucho dinero. Eran Ave Marías, las oraciones de Santa Úrsula, de Santa Brígida, etc. Se tenía que cantar, gritar día y noche. Había tantos lugares de peregrinación, como montes, bosques, y valles.

Pero con el dinero podía uno conmutar esta fatiga, bastaba pues llevar a los curas y en los conventos un poco de dinero y cuanto pudiese tener algún valor, como pollos, gansos, patos, huevos, cera, cáñamo, manteca, queso, etc.; entonces resonaban los cantos, las campanas se ponían al vuelo, los santuarios se llenaban de incienso, se ofrecían sacrificios, en las cocinas reinaba la abundancia, había brindis, las misas concluían y tapaban todas estas obras pías. Los obispos no predicaban, pero

consagraban a los sacerdotes, a las campanas, a los frailes, a las iglesias, a las capillas, las imágenes, los libros, los cementerios; todo esto aumentaba la renta. Huesos, brazos, y pies se conservaban en relicarios de oro o plata, cuyos objetos se daban a besar durante la misa y esto también producía mucho.

Todas estas gentes afirmaban que el papa, ocupando el puesto de Dios, 1 no podía engañarse, y sobre esto no admitían contradicción. *

En la Iglesia de todos los santos de Wittemberg hallaron un pedazo del arca de Noé, un poco de sebo procedente del horno en el cual fueron arrojados los tres mancebos, un pedazo de madera del pesebre del Niño Jesús, algunos pelos de las barbas del Gran Cristóbal, y diez y nueve mil otras reliquias de más o menos consideración. A Schauffouse le mostraron el aliento de San José que Nicodemo había recibido en su guante. En Wittemberg se halló un vendedor de indulgencias, esparciendo sus mercancías con la cabeza adornada de una larguísima pluma, arrancada del ala del arcángel Miguel.

*** 1 No era menester ir lejos para procurarse estas preciosas prendas, los traficantes de reliquias recoman el país, con el fardo de mercaderías, como se ha hecho después con la Sagrada Escritura, y las presentaban a los fieles en sus casas para ahorrarles el trabajo y los gastos de la peregrinación. Las exponían con pompa en las iglesias. Estos mercachifles errantes pagaban una cierta cantidad a los dueños de las reliquias, y ¡les daban tanto por ciento de sus ganancias!....E1 reino de los cielos había desaparecido, y los hombres lo habían sustituido en la tierra un vergonzoso mercado.

Un espíritu profano había invadido la religión y los recuerdos más sagrados de la Iglesia, las fiestas consagradas, particularmente al recogimiento y al amor de los fieles, eran deshonradas con chocarrerías y profanaciones enteramente paganas. La Risa de Pascua era muy solemne en los actos de la Iglesia. Debiéndose celebrar con alegría la fiesta de la Resurrección de Jesucristo, se buscaba en los sermones todo lo que podía excitar mejor la risa del pueblo. Tal predicador cantaba como un cuclillo, tal otro como un gallo. Uno arrastraba al altar a un laico disfrazado de un hábito, otro contaba las historias más indecentes y otro refería los chascos del Apóstol San Pedro, entre otros aquel en que engañó al bodegonero, no pagándole su escote. El bajo clero se aprovechaba de la ocasión para ridiculizar a sus superiores. Los templos eran transformados en tablados y los sacerdotes en titereros.

Si tal era la religión, ¿Qué debían ser las costumbres? Sin duda que la corrupción no era entonces universal, es preciso no olvidarlo, la equidad lo exige. De la misma reforma, se vio surgir abundancia de piedad, de justicia y de fuerza, la espontanea acción del poder del Dios fue la causa de ello. ¿Quién puede negar* que Dios no hubiese depuesto ya antes el germen de esta nueva vida en el seno de la Iglesia? Si en nuestros días, se amontonasen todas las inmoralidades, todas las torpezas que se

cometían en un solo país, sin duda que esta masa de corrupción aun nos asombrarían. Con todo, el mal tuvo en aquella época, un carácter y una generalidad que no ha tenido desde entonces; y sobre todo la abominación desolaba los lugares santos, de un modo que no le ha sido permitido ejecutar desde la venida de la Reformación.

La vida decayó con la fe. La nueva del don de la vida eterna, es el poder de Dios para regenerar a los hombres quitad la salud eterna que Dios da y quitareis la santificación y las obras, es lo que aconteció.

La Doctrina y el Despacho de las Indulgencias provocaban poderosamente al mal un pueblo ignorante. Es verdad que, según la Iglesia, las indulgencias no podían ser útiles, sino los que prometían enmendarse, y cumplían su palabra. Pero, ¿Que podía esperarse de una doctrina inventada con miras codiciosas? Los traficantes de indulgencias, a fin de despachar mejor sus mercancías, eran naturalmente interesados en presentar la cosa al pueblo del modo más propio a atraerlo y seducirlo. Los mismos sabios no comprendían casi esta doctrina. Todo lo que la muchedumbre veía en ella era, que las indulgencias permitían el pecar y los mercaderes no se curaban de disipar un error tan favorable a la venta.

¡Cuántos desórdenes y crímenes en aquellos siglos tenebrosos en que se obtenía la impunidad a precio de dinero!, ¿Qué podía temerse, cuando una mínima contribución, para construir una iglesia, era suficiente para librar a uno de las venganzas del mundo venidero?, ¿Qué esperanza de renovación podía haber, cuando ya no existía comunicación entre Dios y el hombre, y cuando este alejado de Dios, que es espíritu y vida, no se movía sino en medio de las ceremonias insignificantes, en las prácticas groseras y en una atmósfera de muerte?

Los sacerdotes eran los primeros que se hallaban sometidos a esta influencia corruptora y queriendo elevarse, se habían bajado. Quisieron usurpar a Dios un rayo de su gloria y abrigarlo en su seno pero su tentativa fue vana porque no depositaron en él sino una levadura de corrupción, robada al príncipe de la maldad. Los anales de aquel tiempo abundan en escándalos. En muchos lugares se complacían al ver que un sacerdote entretenía una mujer, a fin de que las casadas estuviesen más seguras contra sus seducciones. 1

¡Cuántas escenas humillantes ofrecía entonces la casa de un cura párroco! El infeliz sostenía, con el diezmo y las limosnas, a la madre y a los hijos que ella le había dado. 2 Le remordía su conciencia, se avergonzaba ante el pueblo, ante sus criados, y ante Dios. Temiendo la madre caer en la miseria, si el sacerdote venía a morir, se prevenía de antemano, y robaba en su misma casa, su honra estaba perdida, y sus hijos eran constante acusación contra ella. Despreciados estos de todos, se entregaban a riñas y desordenes, ¡eh ahí la casa del sacerdote! Estas escenas espantosas eran una instrucción, de la cual el pueblo sabía aprovecharse.

Los campos eran el teatro de numerosos excesos y los lugares en que residían los eclesiásticos eran muy a menudo las guaridas de la disolución. Cornelio Adriano en Bruges, 4 y el abate Tinkler en Cappel, 6 imitaban las costumbres del oriente, teniendo también sus harems. Se veían sacerdotes que asociados con gente depravada, frecuentaban las tabernas; jugaban a los dados completaban sus orgías con riñas y blasfemias. 6

El Consejo de Schaffouse prohibió al clero el bailar en público, excepto en los días de bodas y el llevar dos especies de armas. Mandó también que fuesen despojados de sus vestidos cuantos eclesiásticos fuesen hallados en casas de meretrices. 1 En el arzobispado de Mayanza, saltaron de noche por encima de las paredes, haciendo ruido y cometiendo todo género de desórdenes en posadas y tabernas y rompieron las puertas y cerraduras. 3 En muchos lugares, el sacerdote pagaba al obispo una contribución por la mujer con la cual vivía y por cada hijo que tenía de ella. Un obispo alemán, hallándose un día en un gran convite, dijo públicamente, que, en un año se habían presentado en su palacio, once mil sacerdotes con tal objeto. Erasmo lo refiere. 3

Si pasásemos al orden jerárquico, hallaríamos que la corrupción no era menor. Los dignitarios de la Iglesia preferían el tumulto de los campos, al canto de los altares. Una de las primeras calidades de los obispos, era saber obligar, lanza en mano, a la obediencia a los que les rodeaban. Baldovino, arzobispo de Treves, siempre guerra con sus vecinos y vasallos, demolía sus castillos, construía fortificaciones y no pensaba más que en agrandar su territorio. Cierto obispo de Eichstadt, cuando administraba justicia, llevaba bajo su vestido una cota de malla y una enorme espada en la mano. El mismo solía decir que desafiaba a cinco bárbaros con tal que no lo atacasen traidoramente.* En todas partes los obispos estaban en continua guerra con los habitantes de las ciudades. Los paisanos pedían la libertad y los obispos querían una obediencia absoluta si estos conseguían la victoria, castigaban la rebelión, inmolando muchísimas víctimas a su venganza. Pero la llama de la insurrección resplandecía en el mismo momento que se creía haberla extinguido. ¡Y qué espectáculo ofrecía el trono pontificio en los tiempos que precedieron inmediatamente la reformación!

Roma, es preciso confesarlo, rara vez vio tanta deshonra como entonces. Rodríguez Borgia, después de haber vivido con una dama romana, continuó el mismo comercio ilegítimo con Rosa Vanozza, hija de la misma señora de la que tuvo cinco hijos. Borgia era en Roma, cardenal y arzobispo viviendo con Vanozza y con otras más y frecuentando al mismo tiempo las iglesias y los hospitales, cuando la muerte de Inocencio VIII dejó vacante la silla pontifical. Supo obtenerla comprando los cardenales a precio de oro. Cuatro mulos, cargados de dinero, entraron públicamente en el palacio del cardenal Sforza, el más influyente de todos. Borgia fue nombrado

papa bajo el nombre de Alejandro VI..., y se alegró de haber ascendido, de este modo, al colmo de los placeres.

El día de su coronación nombró a su hijo Cesar joven de feroces y depravadas costumbres, arzobispo de Valencia y obispo de Pamplona. Después celebró, en el vaticano, las nupcias de su hija Lucrecia con fiestas, que solemnizaron con comedias y canciones obscenas a cuyas bodas asistió Julia Bella, otra concubina de Alejandro VI. "Todos los eclesiásticos, dice un historiador, 1 tenían sus queridas, y todos los monasterios de la capital eran casas de prostitución." Cesar Borgia abrazó el partido de los Güelfes y cuando con su ayuda hubo destruido a los Gibelinos se volvió contra los mismos Güelfes y los extirpó también porque quería aprovecharse de todos sus despojos. En el año 1497, Alejandro dio a su hijo primogénito el ducado de Benevento. El duque desapareció. Un tratante de madera de las orillas del Tiber, Jorge Schiavonivio, durante la noche, arrojar un cadáver al rio pero nada dijo porque era cosa ordinaria en aquel tiempo. Hallaron el cadáver del duque y su hermano César había sido el autor de su muerte. 1 Eso no era bastante, un cuñado suyo también le hacía sombra por esto, un día, César hizo que le diesen una estocada, en la misma escalera del palacio pontificio lo transportaron ensangrentado a su habitación, su mujer y su hermana no se separaban de él, temiendo el veneno de César y ellas mismas le preparaban los alimentos.

Alejandro puso guardias a su puerta pero, César se reía de estas precauciones y cuando el papa fue a ver a su yerno, César le dijo: "Lo que no se ha hecho en la comida, se hará en la cena." En efecto, entró un día en el cuarto del convaleciente, echó fuera a su mujer y a su hermana, llamó su verdugo Michilotto, el único hombre a quien manifestaba alguna confianza e hizo ahogar a su cuñado en su presencia. Alejandro tenía un favorito llamado Perotto, cuyo favor molestaba también al joven duque, éste le persiguió, Perotto se refugió bajo el manto pontifical y abrazó al papa, César le hirió y la sangre de la victima saltó al rostro del pontífice. "El papa," añade el testigo contemporáneo de estas escenas, "ama a su hijo el duque y teme mucho por él".

César fue el hombre más hermoso y más forzudo de su siglo. Seis toros indómitos caían fácilmente a sus golpes en combate. Todas las mañanas se encontraban en Roma personas que habían sido asesinadas durante la noche y el veneno consumía los que no había podido alcanzar la cuchilla. Nadie osaba moverse ni respirar en Roma temiendo que no llegare su vez. César Borgia ha sido el héroe del crimen. La mayor altura a que ha llegado la iniquidad en la tierra es en el trono de los pontífices. Entregado ya el hombre al genio del mal, cuanto más pretende elevarse ante Dios, tanto más se hunde en los abismos del infierno. Las fiestas disolutas que el papa y sus hijos, César y Lucrecia, celebraron en el palacio pontifical, no pueden describirse ni aun pensarse sin horror en las florestas impuras de la antigüedad, no se vieron quizás fiestas semejantes.

Los historiadores han acusado a Alejandro y Lucrecia de incesto pero este hecho no parece suficientemente probado. Este papa habiendo preparado veneno a un rico cardenal, en una cajita de dulces que debía servirse a los postres de un suntuoso banquete, el cardenal advertido sobornó al mayordomo, se puso la cajita envenenada delante de Alejandro quien comió de lo contenido y murió. 1 Toda la ciudad corría a verle, y no podía saciarse de contemplar aquella víbora muerta. 2 Tal era el hombre que ocupaba la silla pontificia al principio del siglo en que estalló la Reformación. Así el clero había envilecido la religión y se había envilecido a sí mismo, por lo que una voz poderosa podía exclamar, el estado eclesiástico es opuesto a Dios y a su gloria. El pueblo no lo ignora pues que demasiado lo demuestran tantas canciones, tantos proverbios, tantas mofas contra los sacerdotes, que tienen curso entre la plebe y todos estos retratos de frailes y curas que se ven pintados en las paredes y aun en los naipes. Todos se disgustan al verte oír a un eclesiástico. Lutero es quien habla así.

El mal se había extendido en todas las clases una eficacia de error había sido enviado a los hombres, la corrupción de costumbres correspondía a la corrupción de la fe, un misterio de iniquidad agravaba la Iglesia subyugada de Jesucristo. Otra consecuencia dimanaba necesariamente del olvido en que había caído la doctrina fundamental del Evangelio. La ignorancia del espíritu era la compañera de la corrupción del corazón. Habiendo los sacerdotes tomado a su cargo la distribución de la salud eterna, que solo pertenece a Dios, adquirieron un título suficiente al respeto de los pueblos. I ¿Tenían acaso necesidad de estudiar las Sagradas Letras?

No se trataba ya de explicar las Escrituras sino de dar bulas de indulgencias y no era menester adquirir con trabajo mucha sabiduría para ejercer este ministerio. Escogían para predicadores en los campos, dice Wimpheling, hombres miserables sacados de la mendicidad y que habían sido cocineros, músicos, cazadores, mozos de cuadra, y ¡peor todavía! 1

Aun el clero superior se hallaba sumergido en una grande ignorancia. Un obispo de Dunfeld se consideraba feliz por no haber aprendido jamás ni el griego ni el hebreo. Los frailes pretendían que todas las herejías dimanaban de estas lenguas, y sobre todo de la griega. “El Nuevo Testamento”, decía uno de ellos, “es un libro lleno de culebras y de espinas. El griego, proseguía el mismo, es un nuevo idioma recientemente inventado del cual es menester guardarse. Tocante el hebreo, caros hermanos, es cierto que todos cuantos lo aprenden se vuelven judíos en el mismo acto. Heresbach, amigo de Erasmo, escritor respetable, refiere estas palabras. Tomas Linacer, doctor y célebre eclesiástico, no había leído jamás el Nuevo Testamento en sus últimos días (en 1524), se hizo traer un ejemplar del pero en seguida lo arrojó lejos de sí con un juramento, porque al abrirlo tropezó con estas palabras: "Mas yo os digo que no juréis de ningún modo”. Y, como él era un famoso jurador, por esto dijo:

¡O esto no es el Evangelio, o en verdad no somos cristianos!* La misma Facultad de Teología de París no temía el decir ante el parlamento, "se acaba la religión, si se permite estudiar el griego y el hebreo".

Si había, entre los eclesiásticos, algunos conocimientos, no era en las Sagradas Letras. Los ciceronianos de Italia aparentaban despreciar la Biblia a causa de su estilo. Algunos pretendidos ministros de la Iglesia de Jesucristo, traducían los escritos de los santos hombres inspirados por el Espíritu de Dios, en estilo de Virgilio y de Horacio, a fin de deleitar los oídos de la buena sociedad. El cardenal Bembo, en vez del Espíritu Santo, escribía: El soplo del Céfiro celeste en vez de perdonar los pecados, escribía: Aplacar los manes y los dioses soberanos y finalmente en vez de Cristo hijo de Dios, ponía, Minerva salida de la frente de Júpiter. Habiendo hallado un día al respetable Sadoleto, ocupado en una traducción de la Epístola a los romanos, le dijo, "deja esas niñerías, semejantes necedades son indignas de un hombre grave". 1

He aquí expuestas algunas consecuencias del sistema que agravaba entonces la cristiandad. Ese cuadro manifiesta hasta la evidencia, tanto la corrupción de la Iglesia, como la urgencia de una reforma. Esto es lo que nos hemos propuesto haciendo su bosquejo. Las doctrinas vitales del cristianismo habían casi desaparecido enteramente, y con ellas, la vida y la luz que constituyen la esencia de la religión de Dios. Las fuerzas del cuerpo de la Iglesia se habían disipado. Se hallaba enflaquecido y postrado el cuerpo, casi sin vida, sobre esta parte del mundo que el imperio romano había ocupado.

¿Quién lo resucitará? ¿De dónde vendrá el remedio a tantos males?

FOOTNOTES

(1) 2ª los Thes., II, ver. 4.

(2) Myconius, Hist. de la Reform. Seckendorf, Hist. de Luter.

(3) Müller's Reliquien, vol. 3° p. 22. Œcolampedius Paschali.

(4) 1 Nicol. De Clemangis, de presulibus simoniacis.

(5) Palabras de Sebastián Stor, Ministro de Lichstall en el año 1524. * Füsslin Beytrage, 11.234.

(6) Carta Pastoral del 3 Marzo de 1517, de Hugo, obispo de Constancia.

(7) Müller's Belg., III. 251.

(8) Sleubing, Gesch. der Nass.-Oran. Lande. “Uno anno ad se delata undecim millia sacerdotum palam. concubinariorum.” (Erasmi Opp., tom. IX. p. 401.)

(9) Schmidt, Gesch. der Deutschen, Tom. IV

(10) Infessura

(11) Amazzó il fratello ducha di Gandia e lo fa butar nel Tevere (S. M. O. de Capello, ambassad. a Rome en 1500, ext. par Ranke.)

(12) lntro incamera .... fe ussir la moglie e sorella . . . . e strangoló detlo giovene. S. M. C. de Capello, ambassad. a Rome én 1500, ext. par Ranke.)

(13) Adeo il sangue li saltó inla faza del papa. (Ibid.)

(14) E messe la scutola venenata avant il papa. (Sanuto.) ' Gordon, Tomasi, Infessura, Guicciardini, etc.

(15) Da man an lale Wande, auf allerley Zeddel, zuletzt auch aufden

(16) Kartenspielen, Pfaffen, nnd Mftnehe malete. (Luth., 11., 674.)

(17) Apología pro Rep. Christ.

(18) Müller's Reliq., Tom. III, p. 253.

(19) Pelleri, Mon. ined., p. 400.

CAPÍTULO V

Esfuerzos de la Reforma — Los príncipes — Los letrados — La Iglesia.

Desde hace muchos siglos, un grito universal pedía una Reforma en la Iglesia y todas las potencias la habían intentado, más solo Dios podía efectuarla. Empezó pues por humillar todos los poderes humanos a fin de patentizar su incapacidad, así es que los vemos estrellarse sucesivamente a los pies del coloso que ellos pretendían derrocar.

Los príncipes de la tierra lucharon desde luego con Roma. Todo el poder de los Hohenstaufens, aquellos héroes que la corona imperial ciñe la cabeza, parece empeñado en abatir, en reformar Roma, en libertar los pueblos y en particular la Alemania, de su tiranía. Pero el Castillo de Canosa nos manifiesta lo que puede la fuerza del imperio contra el caudillo usurpador de la Iglesia. Un príncipe muy temible, el emperador Enrique IV, después de haber peleado mucho tiempo y inútilmente contra Roma, se ve reducido a pasar tres días y tres noches en los fosos de aquella fortaleza italiana, expuesto a todas las intemperies del invierno, despojado de sus vestidos imperiales, descalzo, cubierto con un poco de lana, implorando con gritos que sus lágrimas ahogan, la conmiseración de Hildebrando, a cuyos pies se prosterna, finalmente este papa se deja ablandar y después de tres lamentables noches, resuelve hacer gracia al suplicante. 1

He aquí como el mismo papa Hildebrando refiere este acontecimiento, aquí el poder de los grandes de la tierra, de los reyes y de los emperadores del mundo contra Roma. Aparecieron luego otros adversarios más temibles quizás, los hombres de ingenio y de saber. Las Letras renacieron en Italia y su Renacimiento es una protesta enérgica contra el papado.

El Dante, este padre de la poesía italiana, coloca audazmente en su infierno a los papas más poderosos, oye en el cielo al apóstol Pedro pronunciar las palabras más duras y más humillantes contra sus indignos sucesores y hace también las más horribles descripciones de los frailes y demás clero. Petrarca, aquel grande ingenio, dotado de un espíritu superior al de todos los emperadores y papas de su tiempo pide con osadía el restablecimiento de la constitución primitiva de la Iglesia. A este efecto invoca el auxilio de su siglo y el poder del emperador Carlos IV, Lorenzo Valla, uno de los más ilustres sabios de Italia, ataca con grande energía las pretensiones de los papas y la pretendida herencia que tienen de Constantino. Una legión de poetas, de sabios y de filósofos sigue sus huellas. La antorcha de las letras se enciende por todas partes y amenaza reducir a cenizas esa andamiada romana que la ofusca, pero inútiles son todos sus esfuerzos. El papa León X empeña entre los apoyos y los oficiales de su corte, la literatura, la poesía, las ciencias y artes, las que vienen

humildemente a besar los pies de un poder que en su orgullo pueril, habían intentado destruir..., ¡he aquí el poder de las letras y de la filosofía contra Roma!

Pareció finalmente un adversario que prometía ser más capaz de reformar la Iglesia y era la Iglesia misma. A los gritos de reforma, de todas partes repetidos, y que resonaban ya de siglos, se reunió la más imponente de las asambleas eclesiásticas, el concilio de Constancia. Un número inmenso de cardenales, arzobispos, obispos, mil ocho cientos sacerdotes y doctores en teología, el emperador, con un acompañamiento de mil personas, el elector de Sajonia, el elector Palatino, los duques de Baviera y de Austria, con los embajadores de todas las cortes, dan a esta asamblea una autoridad tal, que jamás había existido semejante en la cristiandad.

Sobre todos es menester señalar a los ilustres e inmortales doctores de la Universidad de Paris, a los Ally, los Gersons, los Clemangis, estos hombres piadosos, doctos y firmes, quienes, por la verdad de sus escritos y la eficacia de sus palabras, dan al concilio un enérgico y saludable impulso. Todo cedió ante aquella asamblea, con una mano derribó tres papas a la vez, mientras que con la otra entregó:

Juan a las llamas. Se nombró una comisión, compuesta de diputados de todas las naciones, para proponer una reforma fundamental. El emperador Segismundo apoyó este designio, con todo el peso de su poder. No hay más que una voz en el concilio. Todos los cardenales juran, que el que de entre ellos sea elegido papa, no despedirá la asamblea, ni saldrá de Constancia antes que la Reforma tan deseada se realice. Colona es elegido, bajo el nombre de Martín V. He aquí el momento que va a decidir de la reformación de la Iglesia. Todos los prelados, el emperador, todos los príncipes y los pueblos de la cristiandad la aguardan, con un deseo incomprensible.

¡El concilio está cerrado!, grita Martín V, apenas se ha puesto la tiara en su cabeza. Segismundo y la Iglesia despiden un grito de sorpresa, de indignación y de dolor, pero este grito se desvaneció en el aire y el dieciséis de mayo de 1418, revestido de todos los ornamentos pontificales, el papa montó sobre una muía capa razonada, el emperador a la derecha, el elector de Brandeburgo a la izquierda, teniendo cada uno las riendas de su montura, cuatro condes llevan un magnifico palio cubriendo la cabeza papal, muchos príncipes alrededor sostienen el caparazón, un acompañamiento a caballo de cuarenta mil personas, dice un historiador, compuesto de nobles, de caballeros, de eclesiásticos de toda categoría, acompaña solemnemente al pontífice fuera los muros de Constancia.

Y Roma, sola, sobre su muía, serie interiormente de la cristiandad que la rodea y le muestra que su magnificencia es tal cual la necesita para vencerla, otro distinto poder que el de los emperadores, de los reyes, de los obispos, de los doctores, y de toda la ciencia y todo el poderío de aquel siglo y de la Iglesia.

¿Cómo hubiera podido ser reformador lo que debía ser reformado?, ¿Cómo hubiera podido curarse la llaga a si misma? Los medios empleados para reformar la iglesia, cuya insuficiencia probó el resultado, contribuyeron, sin embargo a aminorar los obstáculos y prepararon el terreno a los Reformadores.

FOOTNOTES

* Tandem rex ad oppidum Canusii inquo morati sumus, ¿um paucis advenit, ibique pertriduum ante portam, deposito omni regio cultu, miserabiliter, utpote discalceatus et laneis inductus, per-sistens, non prius cum multo fletu apostolica! miserationis aurilium, et consolationem implorare destitit, quam omnes qui ibi aderant, Ref. Span. 4

* Ad tantam pietatem et compasciónis misericordiam movit, ul proeo multis precitas et lacrymis intercedentes, omnes quidem insolitara noslrtE mentís duritiam mirarentur, nonnulli veró non apostolica» se-veritatis gravitatem.sed quasi tyrannicae feritatis crudelitatem esse cla maren!. — (Lio. iv., ep. 12, ad Germanos.)

CAPÍTULO VI

Naturaleza indestructible del Cristianismo — Dos leyes de Dios — Fuerza aparenta de Roma — Oposición oculta — Decadencia — Transformación de la Iglesia — Descubrimientos de los reyes — Descubrimientos de los pueblos — Teología romana — Teología escolástica — Restos de vida — Desarrollo de espíritu humano — Renacimiento de las Letras.

Los males que afligían entonces la cristiandad, a saber, la superstición, la incredulidad, la ignorancia, las vanas especulaciones y la corrupción de costumbres, frutos naturales del corazón humano, no eran nuevos en la tierra. Muchas veces habían figurado en la historia de los pueblos, habían atacado, sobre todo en el oriente, diversas religiones que habían tenido sus días de gloria. Estas religiones enervadas habían sucumbido bajo el peso de estos males y ninguna volvió a levantarse jamás.

¿Debe ahora el Cristianismo experimentar la misma suerte?, ¿se perderá como aquellas antiguas religiones de los pueblos?, ¿el golpe que les causó la muerte, será bastante fuerte para quitarle la vida?, ¿no habrá nada que lo salve? Estas fuerzas enemigas que lo agobian y que han destruido tantos cultos diversos, ¿podrán afirmarse sin oposición sobre las ruinas de la Iglesia de Jesucristo?

No hay en el Cristianismo lo que no había en ninguna de las religiones de los pueblos. Este no presenta, como aquellas, ciertas ideas generales, mezcladas de tradiciones y de fábulas, destinadas a sucumbir, tarde o temprano, bajo los ataques de la razón humana, encierra en sí una verdad pura, fundada sobre hechos capaces de sostener el examen de cualquier espíritu recto e iluminado. El Cristianismo no se propone únicamente excitar en el hombre sentimientos religiosos vagos, cuyo prestigio, una vez desvanecido, no pudiera renacer, tiene por objeto satisfacer, como en realidad satisface, todas las necesidades religiosas de la naturaleza humana, cualquiera que sea el grado de desarrollo al que haya llegado. El Cristianismo no es obra del hombre, cuya labor pasa y se borra, es la obra de Dios que conserva cuanto ha criado y tiene por prenda de su duración, las promesas de su divino jefe.

Es imposible que la humanidad se sobreponga jamás al Cristianismo y si alguna vez ha creído no necesitar de él, luego se le ha aparecido con nueva juventud y nueva vida, como único remedio de las almas. Entonces los pueblos degenerados se dirigen con nuevo ardor hacia estas verdades antiguas, simples, y poderosas, que han podido desdeñar en los momentos de su atolondramiento.

En efecto, el Cristianismo desplegó, en el siglo XVI, el mismo poder regenerador, que había ejercido en el siglo primero. Al cabo de quince siglos, las mismas verdades produjeron los mismos efectos. Tanto en los días de la Reformación, como en los tiempos de Pablo y de Pedro, el Evangelio, con una fuerza invencible, derribó

inmensos obstáculos. Su fuerza soberana manifestó su eficacia, del Norte al mediodía, entre las naciones las más diferentes en costumbres, en carácter, y en desarrollo intelectual. Entonces, como en tiempo de Esteban y de Santiago, encendió el fuego del entusiasmo y del sacrificio en las naciones apagadas, y las elevó hasta el martirio.

¿De qué manera se realiza esta vivificación de la Iglesia y del mundo? Puédanse considerar en este caso dos leyes, por las cuales Dios gobierna en todo tiempo el mundo. En primer lugar, prepara lentamente y de lejos lo que quiere cumplir, suyos son los siglos para ejecutarlo. Enseguida, cuando el tiempo ha llegado, efectúa las cosas más grandes por los medios más pequeños. Así obra en la naturaleza y en la historia. Cuando quiere hacer crecer un árbol inmenso, siembra un granito en la tierra, cuando quiere renovar su Iglesia, se sirve del más mezquino instrumento, para cumplir lo que los emperadores, los sabios y los hombres eminentes de la Iglesia, no han podido efectuar.

Luego buscaremos y descubriremos aquella pequeña semilla, que una mano divina colocó en la tierra en los días de la Reformación. Al presente debemos discernir y reconocer los diversos medios, para los cuales prepara Dios esta gran Revolución. Echemos primero una ojeada sobre el estado del papado mismo; pasaremos enseguida en revista las diversas influencias, que Dios hizo concurrir a sus designios.

En la época en que la Reformación estaba a punto de estallar, Roma parecía en paz y en seguridad. Se hubiera dicho que nada podía turbarla en su triunfo, grandes victorias habían sido conseguidas por ella. Los concilios generales, estas cámaras altas y bajas de la catolicidad, habían sido subyugados. Los valdenses, los Husitas, habían también sido comprimidos. Ninguna universidad (a no ser quizás la de Paris, que levantaba alguna vez la voz cuando sus reyes le daban la señal), dudaba de la infalibilidad de los oráculos de Roma. Cada uno parecía haberse adherido a la autoridad papal.

El alto clero prefería dar la decima parte de sus rentas a un jefe lejano y gastar tranquilamente las otras nueve, antes que arriesgarlo todo por una independencia, que le hubiera costado caro y producido poco. El bajo clero, cebado con la perspectiva de los puestos eminentes que la ambición le hacía imaginar y descubrir en lo futuro, compraba con una corta esclavitud la esperanza lisonjera que anhelaba. Por otra parte, él se veía casi en todas partes oprimido de tal modo, por los caudillos de la jerarquía, que apenas podía desasirse de sus fuertes manos, y aun menos relevarse osadamente y hacerles cara. El pueblo doblaba la rodilla ante el altar romano y los reyes mismos, que empezaban a despreciar en secreto al obispo de Roma, no se hubieran atrevido atacar su poder, sin ser notados de sacrílegos en aquel siglo.

Con todo, si la oposición parecía amortiguada exteriormente o aun haber cesado cuando estalló la reforma, no por esto había dejado de crecer su fuerza interiormente.

Si consideramos de más cerca el edificio, descubrimos más de un síntoma que presagiaba su ruina. Los concilios generales, al caer, habían propagado sus principios en la Iglesia y suscitado la discordia en el campo de sus adversarios. Los defensores de la jerarquía se dividieron en dos bandos, los que sostenían el sistema de la absoluta dominación papal, según los principios de Hildebrando y los que querían un gobierno papal constitucional, ofreciendo garantías y libertades a las iglesias.

Todavía había más, en ambos partidos la fe en la infalibilidad del obispo romano, se hallaba fuertemente alterada. Si no se levantaba ninguna voz para atacarla, consistía en que todos procuraban más bien retener con ansia la poca fe que aun poseían. Temías el más leve sacudimiento porque éste debía derribar el edificio. La cristiandad retenía su aliento, más esto era para precaver un desastre, en medio del cual ella temía perecer. Desde el instante que el hombre teme abandonar una persuasión por largo tiempo venerada, ya no la posé y aun la misma apariencia que quiere conservar no la sostendrá mucho tiempo.

Veamos lo que acarreó este singular estado de cosas. La primera causa era la misma Iglesia. Los errores y las supersticiones que ella había introducido en la cristiandad, no eran propiamente lo que le descargó un golpe fatal para esto hubiera sido preciso que el Cristianismo hubiese sido superior a la Iglesia, tocante al desarrollo intelectual y religioso, para poderla juzgar en este concepto. Pero había en ella un orden de cosas que llegaban al alcance de los seglares y sobre esto fue juzgada la Iglesia, que había degenerado ya en terrestre. Este imperio sacerdotal, que dominaba los pueblos y no podía subsistir sino por medio de ilusiones de sus súbditos, y teniendo por corona una aureola, había olvidado su naturaleza, dejado el cielo y sus esferas de luz y de gloria, para hundirse en los vulgares intereses de los ciudadanos y de los príncipes. Representantes natos del espíritu, los sacerdotes lo habían tocado por la carne, habían abandonado los tesoros de la ciencia y el poder espiritual de la palabra, por la fuerza brutal y por el oropel del siglo.

La cosa pasó bastantemente natural. Era bien el orden espiritual. Que la Iglesia había primeramente pretendido defender pero para protegerlo contra la resistencia y los ataques de los pueblos, ella había recurrido a los medios terrenos, a las armas vulgares, a cuya posesión la indujo una falsa prudencia. Una vez puesta la Iglesia a manejar tales armas, se acabó su espiritualidad. Su brazo no pudo llegar a ser temporal, sin que su corazón llegase a serlo también. Luego se vio en apariencia lo contrario de lo que antes había sido. Después de haber querido emplear la tierra para defender el cielo, ella empleó el cielo para defender la tierra. Las formas teocráticas no fueron ya en sus manos sino medios de realizar empresas mundanas. Las ofrendas que los pueblos venían a deponer ante el soberano pontífice de la cristiandad, servían para mantener el lujo de su corte y a los soldados de sus ejércitos. Su poder espiritual le servía de escalones para colocar bajo sus pies los reyes y los pueblos de la tierra.

Cayó el prestigio y el poder de la Iglesia fue perdido, así que los hombres del siglo pudieron decir, "ella se ha vuelto como nosotros".

Los grandes fueron los primeros que examinaron los títulos de este poder imaginario. 1 Este examen hubiera, quizás, sido bastante para derribar Roma, pero, por fortuna suya, la educación de los príncipes se hallaba en todas partes, en las manos de sus adeptos. Estos inspiraban a sus augustos discípulos sentimientos de veneración al pontífice romano. Los jefes de los pueblos crecían en el santuario de la Iglesia. Los príncipes de un alcance ordinario no sabían nunca salir enteramente del. Muchos no aspiraban más que a encontrarse otra vez en él, a la hora de su muerte. Preferían más bien morir bajo una capilla de fraile, que debajo de una corona.

La Italia, esta Manzana de la Discordia de Europa, fue quizá la que contribuyó más a iluminar los reyes. Estos debieron entrar con los papas en alianzas relativas al príncipe temporal del Estado de la Iglesia y no al obispo de los obispos. Los reyes quedaron atónitos, al ver los papas dispuestos a sacrificar los derechos que pertenecían al pontífice, para conservar algunas ventajas del príncipe. Notaron que estos pretendidos órganos de la verdad recurrían a todos los pequeños ardides de la política, al engaño, al disimulo, al perjurio. 1 Cayó entonces la venda que la educación había puesto en los ojos de los príncipes. Entonces el diestro Rey Fernando de Aragón usó de astucia contra astucia. Entonces el impetuoso Luis XII., hizo acuñar una medalla con esta inscripción, Perdam Babylonis nomen." 3 Y el buen Maximiliano de Austria, penetrado de dolor al saber la traición de León X, dijo abiertamente, "este papa también no es para mí sino un malvado. Ahora puedo decir que ningún papa, en toda mi vida, me ha cumplido su fe y su palabra... Espero, Dios mediante, que este será el último.

Tales descubrimientos, hechos por los reyes, influían insensiblemente sobre los pueblos. Muchas otras causas abrieron los ojos do la cristiandad, cerrados durante tantos siglos. Los más entendidos empezaron a familiarizarse con la idea que el obispo de Roma era un hombre y aun algunas veces un mal hombre. El pueblo empezó a sospechar que el papa no era mucho más santo que sus obispos, cuya reputación era muy equívoca, pero los mismos papas contribuyeron más que todo a deshonrase.

Exentos de toda sujeción, después del concilio de Basilea, se entregaron a esta licencia desenfrenada que produce ordinariamente una victoria. Los mismos romanos se estremecieron de aquel desenfreno. El rumor de esta disolución se esparcía por todos los lugares de la cristiandad. Los pueblos, incapaces de contener la corriente que se llevaba sus tesoros al abismo de la disolución, buscaban su resarcimiento en el odio. 1 Mientras que muchas circunstancias concurrían a minar lo que entonces existía, había otras que tendían a producir algo de nuevo.

El singular sistema de teología que se había establecido en la Iglesia, debía contribuir poderosamente a abrir los ojos de la nueva generación. Establecido para un siglo de tinieblas, como si hubiese debido subsistir eternamente, este sistema debía ser dejado atrás y rasgado de todas partes, así que el siglo creciese, esto mismo sucedió. Los papas habían añadido ya esto ya aquello, a la doctrina cristiana, ellos no habían cambiado o quitado sino lo que podía cuadrar con su jerarquía, todo lo que no se hallaba opuesto a su plan, podía subsistir hasta nueva orden. Había en este sistema algunas doctrinas verdaderas, como, la de la redención, y el poder del espíritu de Dios, de cuyas doctrinas hubiera podido un teólogo hábil, si entonces se hallara, hacer uso para rebatir y derribar todas las demás. El oro puro, mezclado con el vil plomo en el tesoro del Vaticano, podía fácilmente hacer descubrir el fraude. Es verdad que si algún animoso adversario lo advertía, al punto el harnero de Roma rechazaba este grano puro. Pero estas mismas condenaciones no hacían más que aumentar el caos.

Era inmenso este caos y la pretendida unidad no era más que un vasto desorden. Había en Roma doctrinas de la corte y doctrinas de la Iglesia. La fe de la metrópoli difería de la fe de las provincias y aun en estas la diversidad se extendía al infinito. Allí existía la fe de los príncipes, la de los pueblos y la de las órdenes religiosas. Se distingue también, las opiniones de tal convento, de tal distrito, de tal doctor y de tal fraile.

La verdad, para pasar en paz los tiempos en que Roma la hubiera aplastado con su cetro de hierro, imitó al insecto, que forma de sus hilos la crisálida, en que se encierra durante la mala estación. Y, cosa bastante singular, los instrumentos de que para el efecto se sirvió la divina verdad, fueron los escolásticos tan desacreditados. Estos industriosos artesanos de pensamientos se dedicaron a deshilar todas las ideas teológicas y de todos estos hilos hicieron un tejido en el cual hubiera sido difícil, a otros más hábiles que sus contemporáneos, el reconocer la verdad en su pureza primitiva. Puede moverse uno a lástima de que el insecto, lleno de vida y a veces brillante de hermosos colores, se encierre aparentemente inanimado en su negro capullo, pero está cubierta lo salva.

Lo mismo aconteció a la verdad. Si la política interesada y recelosa de Roma la hubiese encontrado, sin abrigo, en los días de su dominación, la hubiera inmolado, o, a lo menos, hubiera intentado hacerlo. Hallándose disfrazada por los teólogos de aquel tiempo, con sutilezas y distinciones sin fin, los papas no la percibieron o comprendieron que en aquel estado ella no podía perjudicarles, pero podía llegar la primavera, en que la verdad oculta levantaría la cabeza y se desprendería de los hilos que la cubrían. Habiendo recobrado en su tumba aparenta nuevas fuerzas, podrá vérsela en los días de su resurrección y conseguir la victoria sobre Roma y sus errores. Esta primavera llegó. Al mismo tiempo que las absurdas cubiertas de los escolásticos

caían una tras otra, a fuerza de diestros ataques y risa burlona de la nueva generación, la verdad volaba muy joven y muy hermosa.

No eran solamente los escritos de los escolásticos los que daban poderosos testimonios a la verdad. El Cristianismo había mezclado en todo, alguna cosa de su vida a la vida de los pueblos. La Iglesia de Cristo era un edificio arruinado, pero cavando se encontraba en sus cimientos parte de la roca viva, sobre la cual había sido fundado. Muchas instituciones que datan de los bellos tiempos de la Iglesia, subsistían todavía y no podían dejar de inspirar en muchas almas sentimientos evangélicos, opuestos a la superstición dominante. Los hombres inspirados y los antiguos doctores de la Iglesia cuyos escritos se hallaban depositados en muchas bibliotecas, haciendo oír aquí y allí una voz solitaria. Ella fue, se puede creer, escuchada en silencio, por más de un oído atento. ¡Los cristianos no lo dudemos y es dulce pensamiento!, tuvieron no pocos hermanos y hermanas en estos monasterios, en los que frecuentemente no se veía más que hipocresía y disolución.

No eran solamente las cosas antiguas las que preparaba el renacimiento religioso, había algo de nuevo que debía poderosamente favorecer este impulso. El espíritu humano crecía. Este solo hecho debía acarrear su libertad. El arbusto, cuando crece, derriba los muros cerca de los cuales había sido plantado, y substituye su sombra a la de ellos. El pontífice de Roma se hizo el tutor de los pueblos.

La superioridad de su inteligencia se lo había facilitada. Mucho tiempo los tuvo en el estado de minoría y supo conservarlos bajo su obediencia, más ellos crecían y lo inundaban por todos lados. Esta tutela venerable, que tenía por causa primera los principios de la vida eterna y de civilización que Roma había comunicado a las naciones bárbaras ya no podía ejercerse sin oposición. Un temible adversario se había colocado al frente de ella para censurarla. La tendencia natural del espíritu humano a desarrollarse, a examinar, a conocer, había dado origen a este nuevo poder. Los ojos del hombre se abrían, él pedía cuenta de cada paso a este conductor, mucho tiempo respetado, bajo cuya dirección se le había visto andar sin chistar, mientras que sus ojos estuvieron cerrados. La edad de la infancia había pasado para los pueblos de la nueva Europa y la edad viril empezaba. A la cándida simplicidad dispuesta a creer todo, había sucedido un espíritu curioso, una razón impaciente de conocer los fundamentos de las cosas. Se quería saber con qué objeto había hablado Dios al mundo y si los hombres tenían el derecho de establecerse medianeros entre Dios y sus hermanos.

Una sola cosa hubiera podido salvar la Iglesia y era la de elevarse a mayor altura que los pueblos; porque ir al igual de ellos no era bastante. Más se vio, al contrario, que ella quedó muy inferior a ellos. Ella empezó a bajar, cuando ellos empezaron a subir. Cuando los hombres empezaron a dirigirse hacia la posesión de la inteligencia,

el sacerdocio se halló absorbido en pesquisas terrestres y en los intereses humanos. Este es un fenómeno que se ha renovado muy a menudo en la historia. Las alas habían crecido al aguilucho y no hubo quien tuviese la mano tan larga para impedirle que tomara el vuelo.

Mientras que salía la luz en Europa de las prisiones en que Milbia estado cautiva, el Oriente enviaba al Occidente nuevos resplandores. El estandarte de los Osmanlis, plantado en 1453 sobre los muros de Constantinopla, había ahuyentado a los sabios, estos habían trasladado a Italia las Letras de la Grecia. La antorcha de los antiguos, encendió los espíritus apagados ya de tantos siglos. La imprenta, recientemente inventada, multiplicaba las voces enérgicas que reclamaban contra la corrupción de la Iglesia y aquellas no menos poderosas que convidaban al espíritu humano a las nuevas sendas. Apareció entonces como un gran rayo de luz, los errores y las prácticas vanas fueron patentizados, pero esta luz propia para destruir, no lo era para edificar. No es a Omero ni a Virgilio a quienes podía haber sido dado el salvar la Iglesia.

El Renacimiento de las Letras, de las Ciencias y de las Artes no fue el principio de la Reformación. El Paganismo de los poetas, reapareciendo en Italia, trajo más bien el paganismo de corazón. Las frívolas supersticiones eran combatidas pero era la incredulidad desdeñosa y burlona la que se establecía en su lugar. Reírse de todo, aun de lo que había de más santo, era moda y señal de un espíritu fuerte. No veían en la religión más que un medio de gobernar el pueblo.

Temo, escribía Erasmo en 1516, "que, con el estudio de la literatura antigua, no vuelva a aparecer el antiguo Paganismo".

Se vio entonces, es verdad, lo mismo que después de las burlas del tiempo de Augusto y de las del siglo último, parecer una nueva filosofía platónica que atacó aquella impudente incredulidad y trató como la filosofía actual, de inspirar algún respeto al Cristianismo y de reanimar en los corazones el sentimiento religioso.

Los Medicis favorecieron en Florencia aquellos esfuerzos de los platónicos. Más, no será nunca una religión filosófica la que regenerara la Iglesia y el mundo. Orgullosa, desdeñando la predicación de la cruz, pretendiendo no ver en los dogmas cristianos más que figuras y símbolos incomprensibles para la mayor parte de los hombres, ella podrá perderse en un entusiasmo místico pero siempre será ineficaz para reformar y para salvar.

¿Qué hubiera pues sucedido si el verdadero cristianismo no hubiera reaparecido en el mundo y si la fe no hubiese llenado de nuevo los corazones con su fuerza y santidad? La Reformación salvó a la religión y con ella a la sociedad. Si la Iglesia de Roma hubiese deseado de veras la gloria de Dios y la prosperidad de los pueblos, ella

hubiera acogido la Reformación con alegría, pero, ¿qué importaba todo esto a un León X?

El estudio de la literatura antigua tuvo en Alemania efectos enteramente distintos a los que ella tuvo en Italia y en Francia. Este estudio fue mezclado allá con la fe. Lo que no había producido en algunos más que un cierto pulimiento de espíritu, minucioso y estéril, penetró toda la vida de los demás, encendiendo los corazones y los preparó a una mejor luz. Los primeros restauradores de las letras en Italia y en Francia se distinguieron por una conducta ligera y aun frecuentemente inmoral. En Alemania, sus sucesores, animados de un espíritu grave, investigaron con celo todo lo que es verdad. La Italia, ofreciendo su incienso a la literatura y a las ciencias profanas, vio nacer una incrédula oposición.

La Alemania, toda ocupada de una teología profunda y recogida sobre sí misma, vio nacer una oposición llena de fe. Allá minaban los cimientos de la Iglesia, aquí los restablecían. Se formó en el imperio una reunión notable de hombres libres, sabios, y generosos, entre los cuales se distinguían los príncipes, que procuraban hacer que la ciencia fuese útil a la religión. Los unos llevaban al estudio de la fe humilde de los niños, los otros un espíritu ilustrado, penetrante, dispuesto quizá a pasar los límites de una libertad y de una crítica legítima, sin embargo, unos y otros contribuyeron a limpiar el atrio del templo obstruido con tantas supersticiones. Los frailes teólogos previeron el peligro y se pusieron a clamar contra estos mismos estudios que habían tolerado en Francia y en Italia mientras anduvieron unidos con la liviandad y la disolución. Se formó entre ellos una conjuración contra las lenguas y las ciencias porque tras ellas vieron la fe. Un monje aconsejaba a alguno que se resguardara de las herejías de Erasmo. “¿Y en qué consisten ellas?”, le preguntó. Entonces confesó que él no había leído la obra de que hablaba y no supo alegar, sino que "ella estaba escrita en un latín demasiado bueno”.

FOOTNOTES

(1) Adríano Baillet, Histoire des Démeles de Boniface VIH., avec Philippe le Bel. (París, 1708.)

(2) Ref. Span. 4*

(3) Guiecíardini, Historia de Italia.

(4) Borraré el nombre de Babilonia.

(5) Scultet. Annal. ad an. 1520.

(6) "Odium romani nominis penitus infixum esse multarum gcntium animis opinor, ob ea, quae valgo de morihus ejus urbis jactantur." (Erasmi epist., lib. m., p. 634.)

CAPÍTULO VII

Principio Reformador — Testigos de la verdad — Claudio de Turín — Los místicos — Los valdenses — Valdo — Wicleff — Juan Huss — Testigos en la Iglesia.

Con todo, estas causas exteriores hubieran sido insuficientes para preparar la renovación de la Iglesia.

El Cristianismo había decaído por haber abandonado los dos dogmas principales de la nueva alianza. El primero, opuesto a la autoridad de la Iglesia, es el contacto inmediato de toda alma con el manantial divino de la verdad el segundo, opuesto al mérito de las obras humanas, es la doctrina de la salud eterna por gracia. De estos dos principios, inmutables y inmortales, que no habían dejado de existir, aunque desconocidos y viciados, ¿cuál de los dos debía tomar la iniciativa, y dar el impulso regenerador?, ¿era acaso el primero, es decir, la idea eclesiástica?, ¿era quizás el segundo, esto es, la idea espiritual?

En nuestros días, se pretende pasar del estado social al alma, de la humanidad al individuo. Se pensara pues que era la idea eclesiástica la que debía preceder. La historia ha demostrado lo contrario, ella ha probado que es por la acción individual que se obra sobre el conjunto, y que, para regenerar el estado social, es preciso regenerar el alma ante todo. Todos los ensayos de reforma que la edad media nos presenta se unen a alguna mira de religión, no se entra en la cuestión de autoridad, sino cuando uno se ve obligado a ello para sostener, contra la jerarquía, la verdad que se ha descubierto. Así aconteció más tarde en la persona del mismo Lutero. Cuando uno ve, de un lado, la verdad que salva, con la autoridad de la Palabra de Dios en su apoyo, y del otro lado, el error que condena, con la autoridad de la jerarquía romana en su favor, no vacila mucho tiempo, y a pesar de los sofismas más especiosos y de las pruebas más evidentes en apariencia, la cuestión de autoridad está presto decidida.

La Iglesia había caído porque la sublime doctrina de la justificación por la fe en el salvador le había sido arrebatada. Era precisa pues que le fuese devuelta esta doctrina, para que ella se levantase de nuevo. Desde que esta verdad fundamental fue restablecida en la cristiandad, todos los errores y las prácticas que habían tomado su lugar, debieron desaparecer, si que también toda esta multitud de santos, de obras pías, de penitencias, de misas, de indulgencias, etc. Así que se reconocía el solo Medianero y su único sacrificio, todos los demás medianeros y demás sacrificios se borraban. “Este artículo de la Justificación”, dice un hombre que se puede considerar como instruido sobre la materia, 1 “es lo que crea la Iglesia, la nutre, la edifica, la conserva, y la defiende. Nadie puede enseñar bien en la Iglesia, ni resistir con éxito a un adversario, si no permanece arraigado a esta verdad. Ahí está,” añade el escritor que citamos, aludiendo a la primera profecía, “ahí está el calcañar que quebrantara la cabeza de la serpiente”.

Dios, que preparaba su obra, suscitó, durante el transcurso de los siglos, una larga cadena de testigos de la verdad, pero esta verdad, a la que estos hombres generosos daban testimonio, no la discernieron con bastante claridad o a lo menos no supieron responder de un modo bastantemente distinto. Incapaces de cumplir la obra, fueron lo que debían ser para prepararla, añadamos sin embargo, que si ellos no estaban dispuestos para la obra, la obra tampoco lo estaba para ellos. Aun la medida no estaba llena, los siglos no habían aun cumplido el curso que se les había prescrito, la necesidad del verdadero remedio, aun no era sentido bastante por la generalidad.

En efecto, en vez de derribar el árbol por la raíz, predicando principalmente y en alta voz la doctrina de la salvación por gracia, aquellos hombres generosos se ocuparon de las ceremonias, del gobierno de la Iglesia, del orden del culto, de la adoración de los santos y de sus imágenes, de la transubstanciación, etc. Agarrándose a las ramas del árbol, pudieron llegar alguna vez a podar algunas, pero dejaron el árbol en pie. Para que haya una saludable Reformación exterior, es preciso que haya una verdadera reformación interior y esta viene únicamente de la fe.

Apenas Roma hubo usurpado el poder, cuando se formó contra ella una poderosa oposición que atravesó la Edad Media.

El arzobispo Claudio de Turín, en el siglo IX, Pedro de Bruys, su discípulo Enrique, Arnaldo de Brescia, en el siglo XII, en Francia y en Italia, tratan de restablecer la adoración de Dios en espíritu y en verdad, pero buscan demasiado esa adoración en la ausencia de las imágenes y de las prácticas exteriores.

Los místicos, que han existido casi en todas las edades, buscando en silencio la santidad del corazón, la justicia de la vida y una tranquila comunión con Dios, fijan sus miradas de tristeza y de horror sobre la disolución de la Iglesia. Se abstienen con cuidado de las contiendas de la escuela y de las inútiles discusiones, bajo las cuales la verdadera piedad había sido sepultada. Procuran desviar los hombres del vano mecanismo del culto exterior, del ruido y fausto de las ceremonias, para conducirlos a ese descanso íntimo de un alma que busca toda su dicha en Dios. Ellos no lo pueden hacer sin chocar en todas partes las opiniones acreditadas y sin descubrir la llaga de la Iglesia. Pero al mismo tiempo carecen ellos de una inteligencia clara de la doctrina de la justificación por la fe.

Muy superiores a los místicos por la pureza de la doctrina, los Valdenses forman una larga cadena de testigos de la verdad. Unos hombres más libres que el resto de la Iglesia, parecen haber habitado, desde los tiempos antiguos, las cimas de los Alpes del Piamonte, su número se aumentó y su doctrina fue depurada por los discípulos de Valdo. De la cumbre de sus montañas, los valdenses protestan, durante una serie de siglos, contra las supersticiones de Roma. 1

Ellos luchan por la viva esperanza que tienen en Dios por Cristo, por la regeneración y la renovación interior por la fe, la esperanza, y la caridad, por los méritos de Jesucristo y la omnisuficiencia de su gracia y de su justicia. 2

Con toda esta verdad primaria, de la justificación del pecador, esta doctrina capital, que debía surgir de en medio de sus doctrinas, como el Monte Blanco del seno de los Alpes, no domina bastante todo su sistema, su cima es poco elevada para ello.

Pedro Vaudo o Valdo, rico negociante de León en 1170, vende todos sus bienes y los da a los pobres. Parece haberse propuesto, así como sus amigos, el restablecer en la vida la perfección del Cristianismo Primitivo, pero éste también empieza por las ramas y no por las raíces. Sin embargo, su palabra es poderosa, porque se apoya en la escritura y ella conmueve la jerarquía romana hasta en sus cimientos.

Wicleff aparece en 1360 en Inglaterra, apelando del papa la Palabra de Dios, pero la verdadera llaga interior del cuerpo de la Iglesia no es, a sus ojos, más que uno de los numerosos síntomas de su mal. Juan Huss habla en Bohemia, un siglo antes que Lutero hablase en Sajonia. Parece internarse más adentro que sus predecesores en la esencia de la verdad cristiana. Pide Cristo que le haga la gracia de no gloriarse sino en su cruz y en el oprobio inapreciable de sus padecimientos. Pero él ataca menos a los errores de la Iglesia romana, que la vida escandalosa del clero. Sin embargo él fue, si así puede decirse, el Juan Bautista de la Reformación. Las llamas de su hoguera encendieron en la Iglesia un fuego que esparció en medio de las tinieblas un resplandor inmenso, cuya claridad no debía tan presto extinguirse.

Hizo más Juan (Huss) palabras proféticas salieron del interior de su calabozo. Presintió que una verdadera reformación de la Iglesia era inminente. Ya, cuando arrojado de Praga, se vio obligado a vagar por los campos de Volemia, donde un gentío inmenso, hambriento de sus palabras, seguía sus pasos, exclamó, los malos han empezado por preparar al ganso, pérfidos redes. 1 Pero si el mismo ganso que no es más que un pájaro doméstico, un animal tranquilo, cuyo vuelo no remonta mucho, ha roto no obstante sus lazos, otros pájaros, cuyo vuelo subirá osadamente hacia los cielos, los romperán con mucha más fuerza todavía. En vez de un ganso débil, la verdad enviara águilas y halcones de vista penetrante. 2 Los reformadores realizaron este pronóstico.

Y cuando el venerable sacerdote hubo sino citado por orden de Segismundo ante el concilio de Constancia, cuando fue encarcelado, la Capilla de Belén donde había anunciado el Evangelio y los triunfos futuros de Cristo, le ocuparon más que su defensa. Una noche, el santo mártir creyó ver, desde el interior de su calabozo, las imágenes de Jesucristo que había hecho pintar en las paredes de su oratorio, borradas por el papa y por los obispos. Este sueño le aflige, pero al día siguiente ve muchos pintores ocupados en restablecer las imágenes en más número y con más brillantez.

Concluido este trabajo, los pintores, rodeados de un gentío inmenso, exclaman, ¡Que vengan ahora papas y obispos! ya no las borraran jamás." "Y muchos pueblos se regocijaban en Belén y yo con ellos," añade Juan, "ocupaos antes bien de vuestra defensa que de los sueños", le dice su fiel amigo, el caballero de Chum, a quien había comunicado su sueño. — "yo no soy un visionario," respondió Juan, pero tengo por cierto, que la imagen de Cristo no será borrada jamás. Ellos han querido destruirla, pero ella será nuevamente pintada en los corazones, por unos predicadores que valdrán más que yo. La nación que ama a Cristo se regocijara de ello y yo levantándome de entre los muertos y resucitando del sepulcro, me conmoveré de gozo. Se pasó un siglo y la lumbrera del evangelio, encendida por los reformadores, iluminó en efecto muchos pueblos que se regocijaron de su luz.

Juan (Huss) significa ganso en lengua Bohemiana. Pero no es solamente entre los que la Iglesia de Roma mira como adversarios suyos, que se hace oír en estos siglos una palabra de vida. La misma catolicidad, digámoslo para nuestro consuelo, cuenta en su seno, numerosos testigos de la verdad. El edificio primitivo ha sido consumido, más un fuego generoso se conserva entre las cenizas y se ve de cuando en cuando salir de ellas brillantes chispas.

Anselmo de Cantorbery, en un escrito en que enseña a bien morir, dice al moribundo, "Mira únicamente a los méritos de Jesucristo".

Un monje llamado Arnoldo hace cada día en su tranquila celda esta fervorosa oración, "!Oh Señor mío Jesucristo! yo creo que tú solo eres mi redención y mi justicia". *

Un piadoso obispo de Bal, Cristóbal de Utenheim, hace escribir su nombre en un cuadro pintado sobre vidrio, que aún se conserva en Bal y lo envuelve con esta inscripción que quiere tener siempre a la vista, "mi esperanza es la cruz de Cristo, busco la gracia y no las obras".

Un pobre cartujo, Fray Martín, escribe una tierna confesión en la que dice, ¡Oh caritativo Dios! yo sé que no puedo salvarme ni satisfacer tu justicia de otro modo que por los méritos, la pasión inocentísima y la muerte de tu hijo muy amado. . . ¡Piadoso Jesús! en tus manos está mi salvación. Tú no puedes retirar de mí las manos de tu amor porque ellas me han criado, formado y redimido. Tú has escrito mi nombre con un punzón de hierro, con una misericordia grande y de un modo indeleble, en tu costado, pies y manos, etc., etc. Después el buen cartujo encierra su confesión dentro de una cajita de madera y la esconde en una abertura que al efecto hizo en la pared de su celda.

La piedad de Fray Martín jamás hubiera sido conocida si su cajita no se hubiese encontrado el 21 diciembre de 1776, derribando un viejo casco de la casa que había

hecho parte del convento de los cartujos de Bal, ¡cuántos conventos no han ocultado semejantes tesoros!

Pero estos santos hombres no tenían más que para sí mismos esta fe tan tierna y no sabían comunicarla a los demás. Viviendo en el claustro podían decir más o menos lo que el buen Fray Martín expuso en su cajita: "Et si hcec predicta confiten non possim lingua, confiteor lamen eorde et scripto. Si no puedo confesar estas cosas con la lengua, a lo menos las confieso con la pluma y con el corazón." La palabra de la verdad residía en el santuario en algunas almas devotas; más, para servirnos de unas expresiones del Evangelio, ella no tenía curso en el mundo.

Sin embargo, si no se confesaba altamente la doctrina de la salud eterna al menos no se tenía en el seno mismo de la iglesia de Roma, declararse abiertamente contra los abusos que la deshonraban. La misma Italia tuvo entonces sus testigos contra el sacerdocio. El dominico Savonarola se levantó en Florencia en 1498, contra los vicios insoportables de Roma, pero la tortura, la hoguera y la inquisición le ajusticiaron.

Geiller de Kaisersberg fue durante treinta y tres años el gran predicador de Alemania, atacó con brío al clero.

"Las hojas amarillentas de un árbol", decía él, "indican que la raíz está enferma", así un pueblo desarreglado anuncia un sacerdocio corrompido. "Si un hombre disoluto no debe celebrar la misa, decía a su obispo, "echad a todos los sacerdotes de vuestra diócesis".

Oyendo el pueblo a este animoso ministro, se acostumbró a ver levantar en el mismo santuario, el velo que encubría las torpezas de sus conductores.

Importa el señalar este estado de cosas en la Iglesia. Cuando la sabiduría de lo alto empiece de nuevo a dictar sus instrucciones, se hallaran por doquier inteligencias y corazones para comprender. Cuando el sembrador salga de nuevo a sembrar, se encontrara tierra preparada para recibir la semilla. Cuando la palabra de la verdad venga a resonar, ella hallara ecos. Cuando la trompeta haga oír un sonido ruidoso en la Iglesia, muchos de sus hijos se prepararán al combate.

FOOTNOTES

(1) Lutero a Brentius

(2) Noble Legón.

(3) Tratado del Anticristo contemporáneo de la Noble Legón.

(4) Epist. J. Huss. Tempore Anathematis Scriptee.

(5) Huss, Epp. subtemp. concilii scriptae.

(6) Credo quod tu, mi Domine Jesu-Christe, solus es mea justitía et redemptio . . . (Leibnitz, script. Brunsw., III. 396.)

(7) "Spes mea crux Christi; gratiam, non opera quero".

(8) "Sciens posse me aliter non salvan et tibi satisfacere nisi permeritum, etc." (Vease para estas y otras citas semejantes, Flacius, Catal. Test. Wolfii Lect. memorabiles. Müller's Reliquien, etc.).

CAPÍTULO VIII

Estado de los pueblos de Europa — El imperio — Preparaciones providenciales — Estado llano — Carácter nacional — Fuerza nativa — Servidumbre de la Alemania — Estado del imperio — Oposición a Roma — Suiza — Pequeños cantones — Italia — Obstáculos a la Reforma — España — Portugal — Francia — Esperanzas fallidas — Países Bajos — Inglaterra — Escocia — El Norte — Rusia — Polonia — Bohemia — Hungría.

Llegamos a la escena en la que apareció Lutero.

Antes de empezar la historia de esta grande conmoción, que hizo resplandecer con todo su brillo la luz de la verdad, tanto tiempo oculta, que renovando la Iglesia renovó tantos pueblos, dio existencia a otros y creó una nueva Europa y una nueva cristiandad, echemos una mirada sobre lo que eran entonces las diversas naciones en medio de las cuales se efectuó esta revolución religiosa.

El imperio era una confederación de diversos estados cuyo jefe supremo era un emperador. Cada uno de estos estados ejercía la soberanía en su propio territorio. La dieta imperial, compuesta de todos los príncipes o estados soberanos, ejercicio el poder legislativo por todo el cuerpo germánico. El emperador debía ratificar las leyes, decretos o registros de esta asamblea y estaba encargado de su publicación y ejecución. Los siete príncipes más poderosos tenían, con el título de electores, el privilegio de adjudicar la corona imperial.

Los príncipes y estados de la confederación germánica, habían sido, de tiempo inmemorial, súbditos de los emperadores y estos habían obtenidos sus feudos. Pero en la época del advenimiento al trono de Rodolfo de Hapsbourg, en 1273, había comenzado un período de revoluciones, durante las cuales los príncipes, las ciudades libres y los obispos, habían adquirido una grande independencia a costa de la soberanía imperial.

El norte de la Alemania habitado principalmente por la antigua raza Sajona, era la que más libertad había adquirido. El emperador, atacado sin descanso por los turcos en sus posesiones hereditarias, se veía obligado a contemporizar con estos príncipes y pueblos valerosos que por el momento le eran necesarios. Algunas ciudades libres, al norte, al oeste, al sur del imperio, habían llegado por su comercio, sus manufacturas, sus adelantos de todas clases, a un alto grado de prosperidad, y por lo mismo de independencia. La poderosa casa de Austria que llevaba la corona imperial tenía bajo su mano la mayor parte de los estados del sur de Alemania y vigilaba de cerca todos sus movimientos. Se disponía a extender su dominación sobre todo el imperio y más lejos todavía cuando la reformación vino a poner un dique poderoso a sus invasiones y salvó la independencia europea.

Si, en los tiempos de Pablo o en los de Ambrosio, de Agustín y de Crisóstomo, o aun en los días de Anselmo y de Bernardo, se hubiese preguntado cuál sería el pueblo del que Dios se serviría para reformar la Iglesia, tal vez se hubiera pensado en aquellos países apostólicos tan ilustres en la historia del cristianismo, en Asia, en Grecia, o en Roma, quien sabe si en esa Gran Bretaña, a esa Francia, en donde grandes doctores habían hecho oír su voz, pero jamás las miradas se hubiesen dirigido sobre los bárbaros germanos. Todos los países cristianos habían resplandecido a su vez en la Iglesia, la Alemania sola había permanecido sin brillo, sin embargo ella fue la escogida.

Dios, que durante cuatro mil años preparó la venida de su Mesías, y que hizo pasar por diferentes fases, durante muchos siglos, el pueblo de entre el cual debía nacer, disponía a sí mismo la Alemania, sin que las demás naciones se apercibieran, ni ella misma, a ser la cuna de la regeneración religiosa, que removería más tarde los diversos pueblos de la cristiandad.

Como la Judea, en donde nació el Cristianismo, se encontraba en el centro del antiguo mundo, así la Alemania lo estaba en el centro de la cristiandad. A un mismo tiempo ella se ofrecía a la vista de los Países Bajos, de Inglaterra, de Francia, de Suiza, Italia, Hungría, Bohemia, Polonia, Dinamarca y de todo el Norte. En el corazón de la Europa era donde debía desenvolverse el principio de la vida y sus latidos habían de hacer circular por todas las arterias de este cuerpo colosal, la sangre generosa destinada a vivificar todos los miembros.

La constitución particular que el imperio había recibido, conforme a las disposiciones de la Providencia, favorecía la propagación de las ideas nuevas. Si la Alemania hubiera sido una monarquía verdaderamente tal, como la Francia o la Inglaterra, la voluntad despótica del soberano hubiese bastado para paralizar durante mucho tiempo los progresos del Evangelio. Pero era una confederación. La verdad, combatida en un estado, podía ser recibida en el otro favorablemente. Focos poderosos de luz, capaces de disipar las tinieblas e ilustrar los pueblos de su alrededor, podían formarse en muy poco tiempo sobre diferentes puntos del imperio.

La paz interior que Maximiliano acababa de asegurar al imperio no era menos favorable a la Reformación. Durante mucho tiempo los numerosos miembros del cuerpo germánico se habían complacido en despedazarse mutuamente. No se había visto más que desordenes, discordias, guerras, que se renovaban sin intermisión, vecinos contra vecinos, ciudades contra ciudades, señores contra señores. Maximiliano había restablecido el orden público sobre bases sólidas, establecido la cámara imperial, instituida para juzgarlas diferencias entre los diversos estados. Los pueblos germánicos después de tantos desordenes e inquietudes, veían comenzar una era nueva de seguridad y de reposo. Tal estado de cosas contribuyó poderosamente a

calmar y civilizar el espíritu nacional. Se pudo en las ciudades y tranquilas campañas de los alemanes, buscar y adoptar las mejoras, que las discordias hubiesen ahuyentado.

Por otra parte, en el seno de la paz, es donde el Evangelio se place a conseguir sus victorias. Así había querido Dios, quince siglos antes, que Augusto ofreciese la tierra en una paz universal a las benéficas conquistas de la religión de Jesucristo. Sin embargo, la reformación hizo un doble papel en esta paz que comenzó entonces en el imperio. Fue la causa, así como el efecto. La Alemania, cuando apareció Lutero, ofrecía todavía al ojo observador aquel movimiento que agita el mar, después de una serie prolongada de tempestades. No estaba asentada la calma. El primer soplo podía de nuevo excitar la tormenta. De esto tendremos más de un ejemplo. La Reformación, imprimiendo un impulso del todo nuevo a los pueblos germánicos, destruyó para siempre las antiguas causas de agitación. Puso fin al sistema de barbarie que había dominado hasta entonces y dotó la Europa de un sistema nuevo.

Al mismo tiempo la religión de Jesucristo había ejercido en la Alemania una influencia característica. El estado llano había hecho rápidos progresos. Se veían en los diferentes estados del imperio y particularmente en las ciudades libres, numerosas instituciones propias al desarrollo de esta masa imponente del pueblo. Las artes florecían en ellos, los vecinos se entregaban con toda seguridad a los tranquilos trabajos y dulces relaciones de la vida social. Esta era cada día más accesible a las luces. Ella adquiría continuamente mayor consideración y autoridad. No eran magistrados obligados con frecuencia a plegar su conducta según las exigencias políticas, o nobles aficionados sobre todo a la gloria de las armas, o un clero avaro y ambicioso, explotando la religión como su propiedad exclusiva, los que debían en Alemania fundar la reformación. Esta debía ser la obra de los habitantes, del pueblo, de la nación en masa.

El carácter distintivo de los alemanes debía prestarse muy particularmente a una reforma religiosa, una falsa civilización no la había deslavazado. Las preciosas semillas que el temor de Dios suele arraigar en un pueblo, de ningún modo habían sido arrojadas al viento.

Las antiguas costumbres subsistían todavía. Aun se encontraba en Alemania aquella rectitud, fidelidad, amor al trabajo, perseverancia y disposición religiosa que vemos todavía y que prometen al Evangelio más ventajas que el carácter ligero, burlón, o grosero de otros pueblos de nuestra Europa.

Otra circunstancia contribuía tal vez a hacer de la Alemania un suelo más a propósito que el de muchos otros países, a la renovación del Cristianismo. Dios la había guardado, él le había conservado sus fuerzas para el día del alumbramiento. No se la había visto decaer en cuanto a la fe, después de una época de fuerza

espiritual, como había sucedido con otras naciones del Asia, Grecia y de la Gran Bretaña. Nunca se ofreció a la Alemania el Evangelio en su pureza primitiva, sus primeros misioneros le trasmitían una religión adulterada bajo más de un aspecto. No fue sino una ley eclesiástica, no fue sino una disciplina espiritual la que Bonifacio y sus sucesores habían ofrecido a los Frisones, Sajones y demás pueblos de la Alemania. La fe del Evangelio, esta fe que regocija el corazón del hombre y le hace verdaderamente libre les había sido desconocida. En lugar de corromperse la religión de los alemanes se había purificado, antes que decaer, se había engrandecido. Se debía creer que en este pueblo había más vida, más fuerza espiritual, que entre las naciones degeneradas de la cristiandad, en las que las más profundas tinieblas habían reemplazado la luz de la verdad, y una corrupción casi universal, a la santidad de los tiempos primitivos.

Una observación análoga puede hacerse, en cuanto a las relaciones exteriores de la Alemania con la Iglesia. Los pueblos germánicos habían recibido de Roma el grande elemento de la civilización moderna. La fe, cultura, ideas, legislación, todo, salvo su valor y sus armas, les había venido de la ciudad sacerdotal. Vínculos estrechos habían unido, desde entonces, la Alemania al papismo. La primera era como una conquista espiritual del segundo y bien sabido es lo que Roma hace de sus conquistas.

Los otros pueblos, que habían poseído la fe y la civilización, antes que existiese el romano pontífice, habían permanecido en cuanto a este, bajo un pie de grande independencia. Pero esta sujeción de los alemanes, no debía servir a más que a hacer más poderosa la reacción, cuando llegase el momento de sacudir el yugo. Cuando la Alemania se despierte, romperá con indignación los lazos, en que la han tenido tanto tiempo cautiva. La esclavitud que ha sufrido, le hará sentir una mayor necesidad de independencia y libertad, y robustos campeones de la verdad saldrán de esta casa de fuerza y de corrección, en la que después de tantos siglos se halla todo un pueblo encerrado.

Si nos aproximamos más particularmente al tiempo de la Reforma, encontramos en el gobierno de Alemania nuevas razones para admirar la sabiduría de aquel, por quien los reyes reinan y los gobiernos se han constituido. En aquel entonces existían cosas como las que la política de nuestros días ha denominado "un sistema de equilibrio". Cuando el jefe del imperio era de un carácter fuerte, su poder aumentaba, por el contrario, cuando era débil, la influencia y autoridad de los príncipes y electores robustecía. Se nota sobre todo en tiempo de Maximiliano, predecesor de Carlos V, esta especie de alza y baja, que daba ventaja ora al uno, ora a los otros. Esta, en aquel entonces, fue completamente contraria al emperador. Los príncipes con frecuencia habían formado entre ellos estrechas alianzas. Los mismos emperadores las habían favorecido, con el designio de combatir en unión con ellos, algún enemigo común. Pero la fuerza, que estas alianzas daban a los príncipes para resistir a un peligro pasajero,

podía más tarde servir contra las usurpaciones y el poder del emperador. Esto fue lo que cabalmente sucedió. Nunca los electores se habían creído más fuertes contra su jefe, que en la época de la reformación. Habiendo pues este jefe tomado partido contra ella, se comprende cuan favorable fue esta circunstancia a la propagación del Evangelio.

Además, la Alemania estaba cansada de lo que Roma llamaba, por ironía, "la paciencia de los germanos". Estos, en efecto, habían mostrado mucha paciencia desde la época de Luis de Baviera. Desde entonces, los emperadores habían depuesto las armas y la tiara se había elevado sin contradicción sobre la corona de los Césares. Sin embargo, el combate no había hecho más que cambiar de terreno. Este había descendido a las clases inferiores. Las mismas luchas de las que los emperadores y papas habían dado el espectáculo al mundo, se renovaron muy pronto en pequeño, en todas las ciudades de Alemania entre los obispos y los magistrados. El estado medio había recogido la espada que dejaban caer de la mano los jefes del imperio. Ya en 1329, los vecinos de Fráncfort sur y el Oder habían hecho frente con intrepidez a todos sus superiores eclesiásticos, excomulgándolos por haber permanecido fieles al margrave Luis, pasando veinte y ocho años, sin misa, sin bautismo, sin bendición nupcial, y sin sepultura eclesiástica.

Cuando volvieron los frailes y clérigos, se burlaron de esto, como de una farsa, o de una comedia, tristes desvaríos, sin duda, pero de los cuales era solo al mismo clero cuya culpa, debía echarse. En la época de la Reformación, la oposición entre los magistrados y los eclesiásticos se había aumentado. A cada momento los privilegios y las pretensiones temporales del clero producían, entre estas dos categorías, roces y choques. Si los magistrados no querían absolutamente ceder, los obispos y clérigos empleaban imprudentemente los medios extremos de que disponían. A veces intervenía el papa y era solo para dar el ejemplo de la más chocante parcialidad o para pasar por la humillante necesidad de ceder la victoria a un estado llano, terco, y decidido a mantener su derecho. Estas continuas luchas habían sembrado en las ciudades el aborrecimiento y el desprecio por el papa, los obispos y los clérigos.

Y no era tan solo entre los burgomaestres, los consejeros y los secretarios de las ciudades que Roma y el clero encontraban sus adversarios, los tenían también superiores e inferiores en las clases medias de la sociedad. Desde el principio del siglo XVI, la dieta imperial desplegó, con los enviados del papa, una firmeza inalterable. En mayo de 1510, los Estados, reunidos en Augsburgo, entregaron al emperador una lista de las diez principales quejas que tenían contra el papa y el clero de Roma. Hacia el mismo tiempo la cólera fermentaba en el pueblo, al fin estalló en 1512, en las comarcas del Rin y los paisanos, indignados del yugo que sobre ellos hacían pesar sus soberanos eclesiásticos, formaron entre ellos lo que entonces se llamó la alianza de los zapatos.

Así, por todas partes, tanto en las clases superiores como en las inferiores, comenzó a sentirse aquel ruido sordo, precursor del rayo que no tardara en estallar. La Alemania parecía preparada para la obra que debía recibir su cumplimiento en el siglo XVI. La Providencia, que camina lentamente, lo había todo dispuesto y las pasiones mismas que Dios reprueba, debían servir, dirigidas por su mano poderosa, al cumplimiento de sus designios. Veamos el estado de los otros pueblos.

Trece pequeñas repúblicas colocadas con sus aliados en el centro de la Europa, entre montañas que son como su ciudadela, formaban un pueblo simple y valiente. ¿Quién hubiera ido a buscar en estos obscuros valles a los que Dios escogería tal vez, para que en unión con los hijos de los Germanos fuesen los libertadores de la Iglesia?, ¿quién hubiera pensado que algunas pequeñas y desconocidas ciudades, apenas salidas del estado de barbarie, escondidas detrás de montañas inaccesibles, a la extremidad de lagos que ningún nombre tenían en la historia, excederían, en cuanto a cristianismo, a Jerusalén, Antioquia, Éfeso, Corinto y Roma?

Sin embargo, así fue. Así lo quiso aquel que hace llover sobre una ciudad y no sobre otra que quiere que un pedazo de tierra sea regado por la lluvia y que otro pedazo quede agostado. 1

Otras circunstancias parecían que debían rodear de escollos la marcha de la Reformación en el seno mismo de los pueblos Helvéticos. Si en la monarquía son de temer las trabas del poder, en una democracia es también temible la precipitación del pueblo. Esta reforma, que, en los estados del imperio, debía avanzar lentamente, marchar paso a paso, podía, es cierto, decidirse en un día en los consejos soberanos de las repúblicas Suizas. No obstante, era preciso precaverse de una precipitación imprudente, la que, no pudiendo esperar el momento favorable, introduciría bruscamente innovaciones, útiles bajo cierto aspecto y comprometería de este modo la paz pública, la constitución del estado, y el porvenir mismo de la reforma.

Pero la Suiza se había también preparado. Era como un árbol salvaje, pero generoso, que se había conservado al fondo de los valles, para injertar en el algún día un fruto de grande precio. La Providencia había sembrado, entre este pueblo primitivo, los principios de valor, de independencia y de libertad, destinados a desarrollar todo su poder cuando sonara la hora del combate con Roma. El papa había dado a los suizos el título de protectores de la libertad de la Iglesia. Sin embargo parecía que ellos habían tomado esta denominación honorífica, en un sentido muy diferente del que le daba el pontífice. Si sus soldados guardaban la persona del papa cerca el antiguo capitolio, sus ciudadanos, en el seno de los Alpes, conservaban con cuidado sus libertades religiosas, contra las pretensiones del papa y del clero. Estaba prohibido a los eclesiásticos el recurrir a una jurisdicción extranjera. La "Carta de los Curas" (Pfaffenbrit, 1370), era una protesta enérgica de la libertad Suiza contra los

abusos y el poder del clero. Zúrich se distinguía entre todos estos estados, por su valerosa oposición a las pretensiones de Roma. Ginebra, al otro extremo de la Suiza, luchaba con su obispo.

Sin duda, el amor de la independencia política podía hacer olvidar, a muchos de sus ciudadanos, la verdadera libertad, pero Dios quiso que este amor excitase a otros a admitir una doctrina que emanciparía la nación. Estas dos ciudades se señalaron, entre todas, en la grande lucha que nos hemos propuesto describir. Pero si las ciudades Helvéticas, accesibles a toda mejora, debían ser arrastradas las primeras por el movimiento de la reforma, no debía ser lo mismo de los pueblos de las montañas. Se debía suponer que estas poblaciones, más simples y más enérgicas todavía que sus confederados de las ciudades, hubiesen abrazado con ardor una doctrina, de la que son caracteres esenciales la simplicidad y la fuerza pero aquel que ha dicho, "dos hombres se encontrarán en un campo, se tomará el uno y se dejara el otro," 1 dejó los hombres de las montañas y tomó los de los llanos. Puede que un atento observador hubiese podido vislumbrar algunos síntomas de esta diferencia, que se iba a manifestar entre los habitantes de las ciudades y los de las montañas. La Ilustración no había llegado hasta allí. Estos cantones, fundadores de la libertad Suiza, orgullosos del papel que habían hecho en la gran lucha de la independencia Suiza, no se sentían dispuestos a imitar fácilmente a sus hermanos de los llanos. ¿Por qué cambiar aquella fe, inflamados de la cual habían rechazado el Austria y que con sus altares habían consagrado todos los puntos en los que habían tenido lugar sus triunfos? Sus ministros eran los únicos conductores ilustrados a quienes ellos podían dirigirse su culto, sus fiestas, rompían la monotonía de su vida tranquila e interrumpían agradablemente el silencio de sus apacibles retiros. Permanecieron inaccesibles a las innovaciones religiosas.

Pasando los Alpes, nos encontramos con esa Italia que era a los ojos del mayor número, la Tierra Santa de la Cristianidad. ¿De dónde la Europa hubiera esperado el bien de la Iglesia, sino es de Italia, sino es de Roma? El poder que elevaba, unos tras otros, sobre el trono pontifical tan diversos caracteres, ¿no podía una vez colocar un pontífice, que fuese un instrumento de bendición respeto a la herencia del Señor? y, aun cuando debiese de esperarse de los pontífices, ¿no existían los obispos, los concilios que reformasen la Iglesia? Nada de bueno puede venir de Nazaret si de ¿Jerusalén y si de Roma ?...Tales podían ser las ideas de los hombres pero Dios pensó de otro modo y dijo, el que está en suciedades, ensúciese aun 1 y abandonó la Italia a sus injusticias. Numerosas causas debían contribuir privar este desgraciado país de la luz del Evangelio.

Sus diversos estados, siempre rivales, muchas veces enemigos, se entrechocaban violentamente cuando alguna conmoción los hacía estremecer. Esta tierra, de una gloria antigua, estaba sin cesar entregada a guerras intestinas y a invasiones

extranjeras. Las arterias de la política, la violencia de las facciones, la agitación de las armas, parecía que debían solas dominar en ella y alejar por mucho tiempo el Evangelio y su paz.

Por otra parte, la Italia fraccionada, despedazada, sin unidad, no se hallaba en estado de recibir un impulso común. Cada frontera era una barrera nueva en donde la verdad tenía que hacer alto, si es que la idea le había venido de atravesar los Alpes o de abordar sus risueñas playas. El papado pensaba entonces, es cierto, en una unidad italiana. Como decía el papa Julio, él hubiese querido arrojar los bárbaros, es decirlos príncipes extranjeros y cernirse como una ave de rapiña sobre los miembros despedazados y palpitantes del cuerpo de la antigua Italia. Si hubiese logrado sus fines, se puede creer que la Reformación no hubiera sido más fácil.

Y si la verdad debía venir del Norte, ¿cómo los italianos tan ilustrados, de un gusto tan refinado y de una vida social tan agradable a sus ojos, hubiesen podido consentir a recibir la más pequeña cosa de los bárbaros germanos? Su orgullo elevaba entre ellos y la Reforma una barrera más alta que los Alpes. Y aun lo florido de su talento, era un obstáculo mucho mayor que la presunción de su corazón.

Los hombres que admiraban más la elegancia de un soneto, que la majestad y sencillez de las Escrituras, ¿podían ser un pueblo propicio para recibir la semilla de la Palabra del Señor? Una falsa civilización es entre todos los estados de los pueblos, el que repugna más al Evangelio.

En fin, sea lo que fuere, Roma era siempre Roma para la Italia. No solamente el poder temporal de los papas hacía que los diversos partidos italianos buscasen a cualquier precio su alianza y su protección, sino que la dominación universal de Roma ofrecía más de una ventaja a la avaricia y vanidad de los otros estados ultramontanos. En el momento que se tratase de emancipar de Roma el resto del mundo, la Italia volvería a ser la Italia, las disputas intestinas no habían de prevalecer en favor del sistema extranjero y buscarían algunos disgustos ocasionado al jefe de la familia peninsular, para reanimar, desde luego, las afecciones y intereses comunes mucho tiempo adormecidos. Por consiguiente la reforma tenía pocas esperanzas de este lado, sin embargo no faltaron, de la otra parte de los montes, espíritus preparados para recibir la luz del Evangelio y desde entonces la Italia no se encontró completamente desheredada.

La España poseía, lo que no se encontraba en Italia, un pueblo grave, noble, cuyo espíritu de religión ha resistido hasta la prueba decisiva del siglo XVIII y de la Revolución y se ha conservado hasta nuestros días. En todas épocas esta nación ha tenido, entre los individuos de su clero, hombres de piedad y de saber, y se encontraba bastante separada de Roma, para poder con facilidad sacudir su yugo. Pocas naciones hay, de las que con más razón pudiera esperarse la renovación de este cristianismo

primitivo que la España había recibido tal vez del mismo San Pablo. Y sin embargo la España no figuró entre los pueblos, estaba destinada a que en ella se cumpliese aquella sentencia de la divina sabiduría: "Los primeros serán los últimos". Diversas circunstancias prepararon este triste porvenir.

La España, considerada su aislada posición y lo apartada que se hallaba de la Alemania, no debía sentir sino algunas débiles sacudidas hijas del gran terremoto que agitó tan violentamente el imperio. Por otra parte, tenía que ocuparse de tesoros bien diferentes de aquellos que la Palabra de Dios presentaba entonces a los pueblos. El nuevo mundo eclipsó el mundo de la eternidad. Una tierra toda nueva y que parecía ser de plata y oro, inflamaba todas las imaginaciones. Un deseo ardiente de enriquecerse, no dejaba lugar en el corazón español a otros pensamientos más nobles.

Un clero poderoso que tenía a su disposición los cadalsos y los tesoros dominaba en la península. El español prestaba voluntariamente a sus ministros una servil obediencia, la que, dejándole libre de toda preocupación espiritual, le permitía entregarse a sus paciones y recorrer el camino de las riquezas, de los descubrimientos y de los nuevos continentes. Victoriosa de los Moros, a costa de su más noble sangre, había hecho caer de sobre los muros de Granada y de otras ciudades la media luna, y plantado en su lugar la cruz de Jesucristo. Este gran celo por el cristianismo, que parecía deber dar las más fundadas esperanzas, se tornó contra la verdad.

¿Cómo la católica España que había vencido la infidelidad no se declararía contra la herejía?, ¿cómo aquellos que habían arrojado a Mahoma de sus más bellas provincias, dejarían penetrar en ellos a Lutero? Sus reyes hicieron todavía más, armaron escuadras contra la Reformación y para vencerla, fueron a buscarla en Holanda y en Inglaterra pero estos ataques dieron mayores fuerzas a las naciones invadidas y un poder arruinó la España. Así estos pueblos católicos perdieron, a causa de la Reforma, hasta aquella prosperidad temporal, que en los primeros tiempos les había hecho rechazar la libertad espiritual del Evangelio. Sin embargo era un pueblo generoso y fuerte el que habitaba al otro lado de los Pirineos. Muchos de sus nobles hijos, con el mismo ardor, pero con más ilustración que los que habían entregado su sangre al hierro de los Arates, vinieron a ofrecer sobre las hogueras de la inquisición el sacrificio de su vida.

Casi lo mismo que en España sucedía en Portugal. Manuel el Dichoso le daba un "Siglo de Oro" que debía hacerle poco propicio a las abnegaciones que exige el Evangelio. La nación portuguesa, precipitándose por los caminos recientemente descubiertos de las Indias Orientales y del Brasil, volvía las espaldas a la Europa y a la Reforma.

Pocos países parecían deber estar más dispuestos que la Francia para recibir la Doctrina Evangélica. Toda la vida intelectual y espiritual de la Edad Media se había

casi concentrado en ella. Se hubiera podido decir que todos los senderos se hallaban igualmente trillados por una gran manifestación de la verdad. Se vio que los hombres más opuestos cuya influencia había sido más poderosa sobre la nación francesa tenían alguna afinidad con la Reformación. San Bernardo había dado el ejemplo de esta fe del corazón, de esta piedad interior, que es el más bello rasgo de la Reforma. Abalar había sostenido, en el estudio de la Teología aquel principio racional, el cual, incapaz de construir lo que es verdadero, es poderoso para destruir lo que es falso.

Muchos, llamados herejes, habían hecho revivir en las provincias francesas las llamas de la Palabra de Dios. La Universidad de Paris se había declarado contra la Iglesia y no había temido combatirla. Al principio del siglo XV, los Clemencias y los Gersons habían hablado con audacia. La pragmática sanción había sido un gran acto de independencia y parecía destinada a ser el escudo de las libertadas galicanas. Los nobles franceses, tan numerosos, tan celosos de sus privilegios, y que, en esta época, habían visto desaparecer poco a poco todas sus preeminencias en provecho del poder real, debían hallarse dispuestos en favor de una Revolución Religiosa que podía devolverles una parte de la independencia que habían perdido.

El pueblo, vivo, inteligente, capaz de emociones generosas, era accesible, tanto o más que cualquier otro, la verdad. Parecía que la Reforma debía ser en estos países, como el alumbramiento que debería ser el premio de los dolores de muchos siglos. Pero el carro de la Francia, que, después de tantas generaciones, parecía precipitarse en esta dirección, dio una brusca vuelta al tiempo de la Reforma y tomó una dirección enteramente contraria. Así lo quiso aquel que gobierna las naciones y sus jefes. El príncipe que entonces se sentaba sobre el carro, que tenía sus riendas y que aficionado a las Bellas Letras parecía que entre todos los jefes del catolicismo, debía ser el primero en favorecer la Reforma, dirigió su pueblo por un otro camino. Los síntomas de muchos siglos fueron engañosos y el impulso dado a la Francia vino a estrellarse contra la ambición y el fanatismo de sus reyes.

Los Valois la privaron de lo que era suyo. Puede que si hubiese recibido el Evangelio, hubiese sido más poderosa. Dios eligió pueblos más débiles y pueblos que no existían todavía para hacerles depositarios de la verdad. La Francia, después de haber casi pertenecido a la Reforma, se encontró finalmente católica romana. La espada de los príncipes, puesta en la balanza, la hizo inclinar del lado de Roma. ¡Ah! otra espada, la de los mismos reformados consumió la pérdida de la Reformación. Las manos que se acostumbraron a la espada, olvidaron la oración. Por la sangre de sus confesores y no por la de sus adversarios, es como el Evangelio triunfa, la sangre derramada por la espada de sus defensores extingue sus llamas.

Francisco primero se apresuró desde el principio de su reinado a sacrificar al papismo la pragmática sanción y de substituirle un concordato todo en perjuicio de la

Francia, con ventajas de la corona y del papa. La espada con la que sostenía los derechos de los protestantes alemanes, en guerra contra su rival, este "Padre de las Ciencias," la clavaba al mismo tiempo hasta la guarnición en el corazón de sus vasallos reformados. Sus sucesores hicieron por fanatismo, por debilidad, o por acallar el grito de sus conciencias culpables, lo que él hizo por ambición. Ellos encontraron una poderosa resistencia, pero no tal como la que los mártires de los primeros siglos opusieron los paganos. La fuerza de los protestantes fue su debilidad, su triunfo produjo su ruina. Los Países Bajos, en esta época, eran el reino más floreciente de Europa.

En ellos se encontraba un pueblo industrioso, ilustrado por las multiplicadas relaciones que entretenía con todo el mundo, lleno de valor, celoso de su independencia, sus privilegios y su libertad. A las puertas de la Alemania, debía ser uno de los primeros que sintiesen la influencia de la Reforma, era capaz de recibirla, pero todos no la recibieron. La verdad fue el patrimonio de los más pobres. Los que tenían hambre, fueron colmados de bienes, los ricos, fueron despachados sin nada. Los Países Bajos, que siempre habían tenido con el imperio relaciones más o menos íntimas, hacía cuarenta años que pertenecían a Austria y fueron adjudicados a la muerte de Carlos V a la rama española, al feroz Felipe. Los Pirineos y los gobernadores de este desgraciado país, aniquilaron el Evangelio bajo sus plantas y marcharon sobre la sangre de los mártires. Estas provincias tenían dos territorios bien distintos, el uno, más al sur, era extremadamente rico, éste cedió.

¿Cómo todas estas manufacturas que habían adquirido la mayor perfección, como este inmenso comercio de mar y tierra, como Brujes, este gran centro de los negocios del norte, Amberes, esta reina de las ciudades mercantes, hubiese podido sostener una lucha larga y sangrienta por cuestiones de fe? Al contrario, las provincias septentrionales, defendidas por sus dunas, el mar, sus lagos interiores y más que todo por la simplicidad de sus costumbres y la resignación de perderlo todo antes que el Evangelio, no solo salvaron sus franquicias, sus privilegios y su fe, sino que conquistaron su independencia y su nacionalidad gloriosa.

La Inglaterra no parecía ofrecer lo que después ha realizado. Relegada del continente, sobre el que largo tiempo se había obstinado en conquistar la Francia, comenzaba a dirigir sus miradas hacia el océano, como el elemento que debía ser el objeto de sus conquistas y cuya herencia le estaba reservada. Convertida por dos veces al Cristianismo, la primera en tiempo de los antiguos Bretones, la segunda en el de los Anglo Sajones, pagaba muy devotamente a Roma el tributo anual de San Pedro. Sin embargo, le estaban reservados altos destinos. Señora del océano y presente a la vez en todas las partes del globo, debía un día ser, con el pueblo que de ella nacería, la mano de Dios para esparcir la semilla de la vida en las islas las más remotas y sobre los más vastos continentes. Ya algunas circunstancias preludiaban sus

destinos, grandes lumbreras habían resplandecido en las Islas Británicas y todavía quedaban algunos resplandores. Una multitud de extranjeros, artistas, negociantes, obreros, venidos de los Países Bajos, de Alemania y de otros países, llenaban sus ciudades y puertos. Las nuevas ideas religiosas iban a ser fácil y prontamente transportadas allí. En fin, la Inglaterra tenía entonces por rey un príncipe bizarro, que, dotado de algunos conocimientos y de mucho valor, cambiaba a cada instante de proyectos y de ideas, según la dirección en la que soplaban sus violentas pasiones. Podía esperarse que una de las inconsecuencias de Enrique VIII fuese un día favorable a la Reforma.

La Escocia se hallaba entonces agitada por los partidos. Un rey de cinco años, una reina regente, nobles ambiciosos y un clero influyente, maltrataban en todo sentido esta nación valerosa. Sin embargo, un día ella debía brillar la primera entre las que recibirían la Reforma.

Los tres reinos del Norte, a saber, Dinamarca, Suecia y Noruega, se hallaban reunidos bajo un centro común. Estos pueblos, rudos y apasionados de las armas, parecían tenor pocas simpatías con la doctrina del amor y de la paz. No obstante por su misma energía, estaban tal vez más dispuestos que los pueblos del mediodía, a recibir la fuerza de la Doctrina Evangélica. Pero, hijos de guerreros y de piratas, imprimieron, al parecer, un carácter demasiado belicoso a la causa protestante, su espada la defendió más tarde con heroísmo.

La Rusia, situada a la extremidad de la Europa, tenía pocas relaciones con los otros estados. Por otra parte pertenecía a la comunión griega. La Reformación que tuvo lugar en la Iglesia del Occidente, no ejerció sino poca o ninguna influencia sobre la del oriente.

La Polonia parecía bien preparada a la Reforma. La vecindad de los cristianos de Bohemia y de Moravia la habían dispuesto a recibir la impulsión evangélica, que la proximidad de la Alemania debía comunicarle prontamente. Ya en 1500, la nobleza de la gran Polonia había pedido el cáliz para el pueblo, apoyándose en los usos de la Iglesia primitiva. La libertad de que disfrutaban sus ciudades, la independencia de sus señores, hubiese sido un asilo seguro para los cristianos perseguidos en su patria. La verdad de que estos eran portadores, fue recibida con transporte por un gran número de sus habitantes. Es uno de los países donde, en nuestros días, ella tiene menos confesores.

La llama de la Reforma, que ya hacía tiempo había resplandecido en Bohemia, había sido apagada en sangre. No obstante, tristes restos, escapados a la carnicería, vivían para ver el día que Huss había presentido.

La Hungría se hallaba desgarrada por guerras intestinas, bajo el gobierno de príncipes sin carácter ni experiencia, que acabaron por unir a Austria la suerte de su pueblo, colocando esta casa poderosa entre los herejes de su corazón.

Tal era el estado de Europa a principios del siglo XVI en el que debía tener lugar una tan poderosa transformación de la sociedad cristiana.

FOOTNOTES

(1) Ref. Span. 5

(2) Amos, cap. IV, ver. 7.

(3) Ref. Span. 5*

(4) S. S. Math. XXIV, ver. 40.

(5) Apocal. XXII, ver. 11.

CAPÍTULO XI

Hombres de la época — Federico el sabio — Maximiliano — Dignitarios de la Iglesia — Los letrados — Reuchlin — Reuchlin en Italia — Sus trabajos — Lucha con los dominicos.

Pero, ya lo hemos dicho, fue sobre el vasto terraplén de la Alemania y particularmente en Wittemberg, esta ciudad central del imperio, que debió comenzar el gran drama de la Reformación. Veamos cuales fueron los personajes que formaron, como quien dice, el prólogo que preparó la obra cuyo héroe debió ser Lutero en la mano de Dios o que ayudaron aun a los primeros esfuerzos.

De todos los electores del imperio, el más poderoso era entonces Federico de Sajonia, por sobre nombre el sabio. La autoridad de que gozaba, sus riquezas, su liberalidad y magnificencia le elevaban sobre sus iguales. 1 Dios le escogió para ser como un árbol, a cuyo abrigo la semilla de la verdad pudo brotar su primer tallo, sin ser derribado por las tempestades exteriores.

Nacido en Torgau, en 1463, manifestó desde su juventud mucho amor a las ciencias, la filosofía y la piedad. Llegado hubo en 1487, con su hermano Juan, al gobierno de los estados hereditarios de su familia, recibió del emperador Federico III la dignidad electoral. En 1493, emprendió un peregrinaje a Jerusalén. Henrique de Schaumburgo le armó, en este lugar venerado, "caballero del Santo Sepulcro". Volvió a Sajonia a mediados del año siguiente. En 1502, fundó la Universidad de Wittemberg, que debía ser el plantel de la Reformación.

* Glui prae multis pollebat principibus alus, auctoritatae, opibus, po-tentia, liberalitate et magnificentia. (Cochlaeus, Acta Lutheri, p.3.)

Federico no abrazó ningún partido, cuando apareció la luz, pero allí estuvo para garantizarla. Nadie era más apto para hacerlo, poseía el aprecio general y en particular gozaba de toda la confianza del emperador, aun le remplazaba, cuando Maximiliano se ausentaba del imperio. Su sabiduría no consistía en las prácticas hábiles de una política astuta, sino en una prudencia ilustrada y previsora, cuya primera ley era la de no infringir jamás, por interés, las leyes del honor y de la religión.

Al mismo tiempo, sentía en su corazón el poder de la Palabra de Dios. Un día que el vicario general Staupitz se hallaba con él, conversaron sobre los que entretienen al pueblo con vanas declamaciones "todos los discursos," dijo el elector, que no contienen más que sutilezas y tradiciones humanas, son admirablemente fríos, sin nervio ni fuerza, supuesto que no puede proponerse nada de sutil, que no pueda ser destruido por otra sutileza. Únicamente la Escritura santa está dotada de tanto poder y majestad, que, destruyendo todas las sabías reglas de nuestro raciocinio, nos impele

y nos obliga a decir: “Jamás hombre habló así”. Habiendo manifestado Staupitz, que se inclinaba enteramente a ese pensar, el elector le alargó cordialmente la mano, y le dijo, “Prometedme que así pensareis siempre”. 1

Federico era precisamente el príncipe que se necesitaba al principio de la Reformación. Demasiada debilidad de parte de los amigos de esta obra, hubiera permitido sofocarla, demasiada precipitación hubiera hecho estallar antes del tiempo la tempestad que, desde el principio, empezó sordamente a formarse contra ella. Federico fue moderado, pero fuerte. Tuvo esta virtud cristiana que Dios pide en todo tiempo a los que adoran sus vías. Esperó pues en Dios y puso en práctica el sabio consejo de Gamaliel, si este designio es obra de los hombres, se desvaneceréis si viene de Dios, no le podréis deshacer. 1 Aquel príncipe decía a Spengler de Núremberg, uno de los hombres más insignes de aquel tiempo, las cosas han venido a parar a tal punto, que los hombres ya no pueden remediarlas, Dios solo debe obrar. Por esto dejamos en sus manos poderosas estos grandes acontecimientos, que son demasiado difíciles para nosotros. La Providencia fue admirable en la elección de un príncipe tal, para proteger su obra naciente.

Maximiliano I, que llevó la corona imperial desde 1493 hasta 1519, puede ser colocado entre los que contribuyeron a preparar la Reformación. Dio a los demás príncipes del imperio y a toda la Alemania el ejemplo del entusiasmo por las letras y por las ciencias. Fue menos que nadie adicto a los papas y aun tuvo, durante algún tiempo, la idea de apropiarse el papado. No se puede decir que hubiera sido del en sus manos pero puede suponerse a lo menos, en vista de este rasgo, que un poder rival del papa, tal como la Reformación, no hubiera contado al emperador de Alemania, entre sus adversarios más obstinados.

Aun entre los príncipes de la Iglesia Romana se hallaban hombres venerables, que los santos estudios y la sincera piedad los había preparado para la obra divina, que iba a efectuarse en el mundo. Cristóbal de Estadio, obispo de Augsburgo, conocía y amaba la verdad pero hubo de sacrificarlo todo para hacer una confesión animosa de ella... el Obispo de Wurzbourg, Lorenzo Bibra, hombre bueno, piadoso, y sabio, honrado del emperador y de los príncipes, hablaba francamente contra la corrupción de la Iglesia pero falleció en 1519, demasiado pronto para la Reformación. Juan VI, obispo de Meissen, acostumbraba decir, cuántas veces leo la Biblia, encuentro en ella otra religión que la que nos enseñan. Juan Thurzo, obispo de Breslau, fue llamado por Lutero "el mejor de todos los obispos de su siglo.” 3.

Pero falleció en 1520. Guillermo Brieonnet, obispo de Meaux, contribuyó poderosamente a la Reformación de la Francia. ¿Quién puede decir hasta qué punto la piedad ilustrada de estos obispos, y de muchos otros, ayudó a preparar en sus diócesis y más allá todavía, la grande obra de la Reforma? Con todo esto, estaba

reservado a unos hombres menos poderosos el ser los principales instrumentos de la providencia de Dios, para preparar la Reformación. Fueron los letrados y los sabios llamados los humanistas, quienes ejercieron sobre su siglo la más grande influencia.

Había entonces guerra abierta entre estos amantes de las letras y los teólogos escolásticos. Estos veían con asombro el movimiento que se operaba en el dominio de la inteligencia y pensaban que la inmovilidad y las tinieblas serían la salvaguardia más segura de la Iglesia. Era por salvar Roma que combatían el Renacimiento de las Letras, pero solo contribuyeron a perderla. Roma cooperó mucho a ello. Extraviada por un instante bajo el pontificado de León X, abandonó sus antiguos amigos y estrechó en sus brazos a sus jóvenes adversarios.

El papismo y las letras formaron un concierto que parecía deber romperla antigua alianza del monacato y del papado. Los papas no concibieron, a primera vista, que lo que habían tomado por un juguete, era una espada que podía darles la muerte. Así mismo, en el siglo pasado, se vieron príncipes acoger en su corte una política y una filosofía que, si ellos hubiesen experimentado toda su influencia, hubieran derribado sus tronos. No duró mucho tiempo la alianza. Avanzaron las letras, sin inquietarse de ningún modo del menoscabo que podía sufrir el poder de su patrón. Los monjes y los escolásticos comprendieron que abandonar al papa, era abandonarse ellos mismos. Y el papa, a pesar de la protección pasajera que concedió a las Bellas Artes, no dejó de tomar, siempre que lo deseó, las medidas opuestas al espíritu del tiempo.

Era un espectáculo lleno de vida, el que presentaba entonces el Renacimiento de las Letras. Bosquejemos algunos rasgos de este cuadro y escojamos los que se encuentran en la más íntima conexión con el Renacimiento de la Fe. Para que triunfara la verdad, era preciso primeramente que las armas con las cuales debía vencer, hubiesen salido de la armería donde estaban ocultas desde muchos siglos. Estas armas eran las Escrituras Santas del Viejo y Nuevo Testamentos. Era preciso reanimar, en la cristiandad, el amor y el estudio de las sagradas Letras Griegas y Hebreas. El hombre que la providencia de Dios escogió para esta obra, se llamaba Juan Reuchlin.

Una bellísima voz de niño se hacía notar en el coro de la iglesia de Pforzheim. Ella cautivó la atención del margrave de Bade. Era la de Juan Reuchlin, mozo de modales agradables y de carácter jovial, hijo de un honrado paisano del lugar. El margrave le concedió luego toda su protección, y lo escogió en 1473, para acompañar a su hijo Federico a la Universidad de Paris.

El hijo del Ujier de Pforzheim, lleno de gozo, llegó con el príncipe a aquella escuela, la más célebre del occidente. Encontró en ella el esparciata Hermonymos, Juan Weissel, apellidado la luz del mundo y tuvo así la oportunidad de estudiar, bajo hábiles maestros, el griego y el hebreo, de cuyas lenguas no había entonces ningún

profesor en Alemania y cuyo restaurador debía ser un día en la Patria de la Reformación. El joven y pobre alemán copiaba, para ricos estudiantes, los cantos de Homero, los discursos de Sócrates, y ganaba así para continuar sus estudios y para comprar libros.

Pero he aquí otras cosas que oye de la boca de Weissel, las que hacen en su espíritu una grande impresión. Los papas pueden engañarse, todas las satisfacciones humanas son una blasfemia contra Cristo, quien ha reconciliado y justificado perfectamente el género humano, a Dios solo pertenece el poder de dar una entera absolución, no es necesario confesar sus pecados a los sacerdotes, no hay purgatorio, a no ser que sea el mismo Dios, quien es un fuego abrasador y que purifica todas nuestras manchas.

Apenas con veinte años de edad, Reuchlin enseña en Bale la filosofía, el griego y el latín, y se oye, lo que era entonces un prodigio, un alemán hablar griego.

Los partidarios de Roma empiezan a inquietarse, viendo espíritus generosos escudriñar en estos antiguos tesoros, Los romanos hacen la befa y vociferan en alta voz, decía Reuchlin, pretendiendo que todos estos trabajos literarios son contrarios a la piedad romana, atendido que los griegos son cismáticos. ¡Oh! cuantos trabajos y penas para introducir, al fin, en Alemania las ciencias y la sabiduría.

Poco después, Eberhard de Wurtemberg llamó a Reuchlin a Tubingue, para ser el ornamento de esta naciente universidad. En 1487, lo llevó consigo a Italia. Chalconydas Aurispa, Juan Pie de la Mirándola, fueron en Florencia, sus compañeros y amigos. En Roma, cuando Eberhard obtuvo, del papa, rodeado de sus cardenales, una audiencia solemne, Reuchlin pronunció un discurso con un latín tan casto y tan elegante, que la asamblea, que nada de semejante esperaba de un bárbaro germano, quedó atónita y tomando el papa la palabra, dijo: "Ciertamente ese hombre merece ser colocado al lado de los mejores oradores de Francia y de Italia".

Diez años después, Reuchlin se vio obligado a refugiarse en Heidelberg, en la corte del elector Felipe, para escapar la venganza del sucesor de Eberhard. Felipe, de acuerdo con Juan Dalberg, obispo de Worms, su amigo y canciller, se esforzaba en propagar las luces, que empezaban a asomar por todos lados en Alemania. Dalberg había fundado una biblioteca, cuyo uso era permitido a todos los sabios. Reuchlin hizo sobre este nuevo teatro grandes esfuerzos para destruir la barbarie de su pueblo.

Enviado a Roma por el elector en 1498, a una importante misión, aprovechó todo el tiempo y el dinero que le quedaba, ya en hacer nuevos progresos en la lengua hebrea al lado del sabio israelita Abdias Sphorne, ya en comprar cuantos manuscritos hebreos y griegos podía hallar, con el designio de servirse de ellos como otras tantas antorchas, para aumentar en su patria la claridad que comenzaba a rayar.

Un ilustre griego, Argyropylos, explicaba en esta metrópoli a un auditorio numeroso las antiguas maravillas de la literatura de su pueblo. El sabio embajador se dirigió con su séquito a la sala en que enseñaba este doctor, y, al entrar, saludó al maestro y deploró, la desdicha de la Grecia, expirando bajo los golpes de los otomanos. El Helénico, atónito, pregunta al alemán: "¿De dónde eres?, ¿Comprendes el griego?". Responde Reuchlin: "Soy Germano y entiendo algo el griego." A petición de Argyropylos, leyó y explicó un trozo de Thucydide, que el profesor tenía a su vista. Entonces Argyropylos, lleno de asombro y de dolor, grita: ¡Ay!, ¡Ay!, la Grecia expulsada y fugitiva ha ido a esconderse más allá de los Alpes!

Así fue como los naturales de la rústica Germania y los de la antigua y sabía Grecia, se encontraron en los palacios de Roma y que el Oriente y Occidente se dieron la mano, en aquel punto de reunión del mundo y que el uno comunicaba al otro aquellos tesoros intelectuales, que había salvado toda prisa de la barbarie de los otomanos. Dios, cuando sus designios lo piden, aproxima, en un instante, por una grande catástrofe, lo que parecía tener que permanecer siempre apartado.

A su vuelta a Alemania, Reuchlin pudo entrar de nuevo en Wurtemberg. Fue sobre todo entonces cuando completó sus obras, que tan útiles fueron a Lutero y a la Reformación. Tradujo y explicó los salmos penitenciales, enmendó la vulgata, y, lo que más aumentó su mérito y gloria, fue la publicación de una gramática y de un diccionario hebreo, los primeros parecidos en Alemania. Por medio de este trabajo, Reuchlin abrió de nuevo los libros del Antiguo Testamento, cerrados hacía tanto tiempo y erigió así un monumento, como él mismo lo dice, "más duradero que el bronce".

Pero no era solamente con sus escritos, sino también con su vida, que Reuchlin procuraba hacer avanzar el reino de la verdad. Su influencia sobre la juventud era grande, ¿y quién puede medir todo lo que le debe la Reformación, bajo este aspecto?

No citaremos más que un ejemplo, un mozo, primo suyo, hijo de un célebre artista armero, llamado Schivarzerd, fue a alojarse en casa de su hermana Elisabeth, con objeto de estudiar bajo su dirección. Reuchlin lleno de gozo, al ver el genio y la aplicación del joven discípulo lo adoptó. Consejos, regalos de libros, ejemplos, nada omitió para hacer de su pariente un hombre útil a la Iglesia y a la patria. Gozabase de ver prosperar su obra a su vista y hallando el nombre alemán Schivarzerd muy bárbaro, lo tradujo en griego según la costumbre de aquellos tiempos, y nombró al joven estudiante Melancthcm. Este es el ilustre amigo de Lutero.

El pacifico *Reuchlin se halló pronto empeñado, a pesar suyo, en una guerra violenta que fue uno de los preludios de la Reformación. Había en Colonia un judío bautizado llamado Pfefferkorn, íntimamente ligado con el inquisidor Hochstraten. Este hombre y los dominicanos solicitaron y obtuvieron, del emperador Maximiliano,

quizás con buenas intenciones, una orden, en virtud de la cual debían los judíos traer todos los libros hebreos (excepto la Biblia), a la casa consistorial del lugar en que residían donde debían ser quemados estos escritos. Alegando por motivo que estaban llenos de blasfemias contra Jesucristo. Es menester confesar, que a lo menos estaban llenos de inepcias y que los mismos judíos no hubieran perdido gran cosa en la ejecución que se meditaba. Sin embargo, ellos no pensaban así, sino que creían que nadie tenía el derecho de despojarles de obras que consideraban de un gran precio. Por otra parte los dominicos podían tener otras razones que su celo por el Evangelio. Es probable que esperaran conseguir así de los judíos, gran rescate.

El emperador invitó a Reuchlin a que diese su opinión tocante a estas obras. El sabio doctor señaló expresamente los libros escritos contra el Cristianismo, entregándolos a la suerte que se les destinaba pero procuró salvar los demás. El mejor medio de convertir los israelitas, añadió, sería establecer en cada universidad dos maestros de lengua hebrea, que enseñasen a los teólogos a leer la Biblia en hebreo y a refutar las doctrinas de este pueblo. En consecuencia, los judíos consiguieron que se les restituyesen sus libros.

El prosélito y el inquisidor, parecidos a cuervos hambrientos, que no pueden retener la presa, despidieron entonces gritos de furor, escogieron diversos pasajes del escrito de Reuchlin, alteraron su sentido, proclamaron herético al autor, lo acusaron de tener una inclinación secreta al judaísmo y le amenazaron con las cadenas de la inquisición. Reuchlin se asustó al principio, pero, llegando estos hombres a ser cada día más orgullosos y a imponerle condiciones vergonzosas, publicó en 1513 una "Defensa contra sus detractores de Colonia" en la que pintaba a todo este partido con vivos colores.

Los dominicos juran tomar venganza. Hochstraten erige en Mayence un tribunal contra Reuchlin y los escritos del sabio son condenados a las llamas. Reuchlin apela a León X y este papa que no apreciaba mucho a estos frailes ignorantes y fanáticos, pasa todo el asunto al obispo de Espire, quien declara inocente a Reuchlin y condena a los frailes a los gastos del pleito. Este asunto importante hizo mucho ruido en Alemania y mostró bajo un aspecto odioso la numerosa clase de frailes teólogos, al mismo tiempo que unió más íntimamente a los amantes de las ciencias, llamados entonces Reuchlinistas, del nombre de su ilustre jefe. Esta lucha fue una escaramuza de vanguardia, que influyó mucho en la batalla general, que el valor heroico de Lutero presentó poco después al error.

La unión de las letras con la fe, forma uno de los rasgos de la Reformación y la diferencia tanto del establecimiento del Cristianismo, como de la Renovación Religiosa de nuestros días. Los cristianos contemporáneos de los apóstoles tuvieron en su contra la cultura de su siglo, y, con algunas excepciones, sucede lo mismo en

nuestro tiempo. La mayoría de los hombres letrados estuvo del lado de los reformadores, y, aun la opinión les era favorable. La obra ganó en extensión, pero quizás perdió en profundidad. Lutero, conociendo todo lo que había hecho Reuchlin, le escribió poco después de su victoria sobre los dominicanos: El Señor ha obrado en ti, a fin de que la luz de la santa Escritura empezara a brillar en esta Germania, donde, desde tantos siglos hay, estaba no solamente sofocada, sino enteramente apagada. 1

FOOTNOTES

(1) Luth., Epp.

(2) Hechos de los Apóstoles, cap. V, ver. 38-39.

(3) Luth.. Epp. I., p. 524.

(4) Ref. Span. Q

(5) Ma¡ Vita J. Reuchlin. (Francf., 1687). Mayerhoff, J. Reuchlin and seine Zeit. (Berlin, 1830.)

CAPÍTULO X

Erasmo — Erasmo en París — Su reputación — Su profesión — Sus trabajos — Sus defectos — ¿Era posible una Reforma sin sacudimiento? — Su timidez — Su indecisión.

Apenas tenía doce años Reuchlin, cuando nació uno de los mayores genios de aquel siglo. Un hombre muy vivo y espiritual llamado Gerard, natural de Gouda en los Países Bajos, amaba la hija de un médico llamada Margarita. No eran los principios del Cristianismo los que dirigían su vida, a lo menos, la pasión los hizo enmudecer. Sus padres y sus nueve hermanos, quisieron obligarle a abrazar el estado eclesiástico, pero él huyó, dejando su amada en días de ser madre y se fue a Roma. La culpable Margarita dio a luz un hijo, Gerard no lo supo, y, algún tiempo después, recibió de sus padres la noticia, de que la que había amado no existía ya. Penetrado de dolor se hizo sacerdote y se consagró enteramente al servicio de Dios. ¡Volvió a Holanda, y Margarita vivía aun! Ella no quiso casarse con otro, pero también Gerard se mantuvo fiel a sus votos sacerdotales. El afecto de ambos se concentró en su tierno hijo, el cual fue cuidado tiernamente por su madre. Su padre a su regreso lo puso a la escuela, aunque no tenía entonces más que cuatro años. Apenas rayaba en trece, cuando su maestro Sinthenius de Deventer, le abrazó un día lleno de gozo y exclamó: "¡Este muchacho llegará a la cumbre de las ciencias!". Y era Erasmo de Rotterdam.

Por este tiempo murió su madre y poco después, su padre agobiado de dolor la siguió al sepulcro. El joven Erasmo 1 quedó solo en el mundo, mostró una gran repugnancia por la vida monacal que sus tutores querían obligarle a abrazar. Al fin un amigo le persuadió a que entrara en un convento de canónigos regulares, lo que podía hacer sin tomar las órdenes. A poco tiempo le encontramos en la corte del arzobispo de Cambray y más tarde en la Universidad de Paris donde siguió sus estudios reducido a la mayor miseria, pero con la aplicación más infatigable. Luego que tenía dinero, lo empleaba en comprar autores griegos y vestidos. Muchas veces el pobre Holandés imploraba en vano la generosidad de sus protectores y por lo mismo fue mayor su alegría, cuando pudo sostener jóvenes estudiosos, pero pobres. Dedicado sin cesar a la investigación de la verdad y en la ciencia, temía sin embargo descubrir en ella algunos errores y ser acusado de herético.

Se llamaba propiamente Gerhard, como su padre, tradujo este nombre holandés al latín (Didier, Deseado) y en griego (Erasmo). La costumbre en el trabajo, que contrajo en esta época, consérvala toda su vida, aun en sus viajes, que ordinariamente hacía a caballo, no estaba ocioso. Componía andando por los campos, y, vuelto a la posada, ponía por escrito sus pensamientos. Así fue como compuso su famoso elogio de la locura, 1 en un viaje que hizo de Italia a Inglaterra.

Erasmo adquirió pronto una gran reputación entre los sabios pero los frailes, irritados de su elogio de la locura, en que se había burlado de la de ellos, le declararon un odio mortal. Solicitado de los príncipes, era inagotable cuando se trataba de hallar pretextos para evadirse a sus invitaciones. Prefería ganar su vida con el impresor Frobenius, corrigiendo libros, a hallarse rodeado de lujo y de favor en las magnificas cortes de Carlos V, de Enrique VIII y de Francisco I o a ceñir su cabeza con el capelo de cardenal que le habían ofrecido. 2

Desde el año 1509 enseñó en Oxford. En 1516 fue a Bale, en donde se fijó en 1521.

¿Cuál ha sido su influencia en la Reformación? Ella ha sido muy ensalzada por un lado y muy deprimida por otro. Erasmo no ha sido, ni hubo podido ser jamás, un reformador pero preparó el camino a otros. No solo propagó, en su siglo, el amor a las ciencias y el espíritu de investigación y examen, que condujo a otros mucho más allá que a él mismo, sino también, protegido por grandes prelados y poderosos príncipes, supo descubrir y combatir los vicios de la Iglesia, por medio de las más picantes sátiras.

Hizo más, Erasmo, no contento con atacar los abusos, procuró retraer a los teólogos del estudio de los escolásticos y dedicarlos al de la Santa Escritura. "El objeto más sublime de la renovación de los estudios filosóficos," dice, será enseñar a conocer el simple y puro cristianismo en la Biblia." ¡Bella palabra! y plegue a Dios que los órganos de la filosofía de nuestros días comprendiesen tan bien sumisión. ¡Estoy firmemente resuelto!, decía también Erasmo, a morir estudiando la Escritura. En ella encuentro mi alegría y mi paz. 1 El compendio de toda la filosofía cristiana se reduce a esto, dice en otra parte: "Poner toda nuestra esperanza en Dios, que, sin mérito nuestro, por sola su gracia, nos da todo por Jesucristo, saber que somos redimidos por la muerte de su hijo, morir a la concupiscencia mundana y obrar de un modo conforme a su doctrina y ejemplo, no solo sin ofender a nadie, sino haciendo bien a todos, sufrir con paciencia la adversidad, con la esperanza de la remuneración futura, en fin, no vanagloriarnos de nuestras virtudes, sino dar gracias a Dios por todos nuestros esfuerzos y obras. He aquí lo que es menester inculcar al hombre, hasta que esto llegue a ser en él una segunda naturaleza. 1

Pero, no se contentó Erasmo con hacer una profesión tan franca de la Doctrina Evangélica, sus trabajos hicieron más que sus palabras. Sobre todo rindió un importante servicio la verdad, con la publicación de su edición crítica del Nuevo Testamento, que fue la primera y única en mucho tiempo, ella apareció en 1516 en Bale, un año antes que empezara la Reformación. El la acompañó de una traducción latina en que corregía audazmente la vulgata y de notas justificativas.

De este modo Erasmo hizo, por el Nuevo Testamento, lo que Reuchlin había hecho por el Antiguo. Desde entonces los teólogos pudieron leer la Palabra de Dios en las

lenguas originales y más tarde reconocer la pureza de la doctrina de los reformadores. "Plegue a Dios," dice Erasmo, "al publicar su obra, que ella dé tanto fruto al Cristianismo, como trabajo y aplicación me ha costado." Su deseo se cumplió. En vano gritaron los frailes: "Quiere enmendar el Espíritu Santo". El Nuevo Testamento de Erasmo difundió una viva luz. Este grande hombre, propagó también el gusto de la Palabra de Dios, con sus paráfrasis de la epístola a los romanos. El efecto de sus trabajos excedió aun sus esperanzas. Reuchlin y Erasmo devolvieron la Biblia a los sabios, Lutero la devolvió al pueblo.

Muchos hombres que se hubieran asustado de las verdades evangélicas presentadas con toda su fuerza, se dejaron atraer por Erasmo y llegaron a ser los cooperadores más celosos de la Reformación.

Pero, por lo mismo que era bueno para preparar, no lo era para efectuar. "Erasmo sabe muy bien indicar los errores," dice Lutero, "pero no sabe enseñar la verdad". No fue el Evangelio de Cristo el hogar en que se encendió su vida, ni el centro a cuyo derredor giraba su actividad. Era sabio ante todo y solamente después fue cristiano. La vanidad ejercía en él demasiado poder, para que hubiese tenido sobre su siglo una influencia decisiva. Calculaba con ansias las consecuencias que podían tener sus pasos para su reputación. No había cosa de que gustase hablar tanto como de sí mismo y de su gloria. En la época en que se declaró adversario de Lutero, escribía a un amigo íntimo con tina vanidad pueril, "el papa me ha enviado un diploma afectuoso y honorífico, su secretario protesta que es algo de extraordinario y que el mismo papa lo ha dictado palabra por palabra".

Erasmo y Lutero son los representantes de dos grandes ideas relativas a una reforma de dos grandes partidos en su siglo y en todos los demás. El uno se compone de hombres tímidos y prudentes, el otro de hombres resueltos y animosos. Ambos partidos existían en aquella época y se personificaron en sus ilustres jefes. Los hombres prudentes creían, que el cultivo de las ciencias teológicas produciría, poco a poco y sin choque, una Reformación de la Iglesia. Los hombres de acción pensaban, que la propagación de ideas justas, entre los sabios, no disiparían las supersticiones del pueblo, y que extirpar tales o cuales abusos no era bastante, si toda la vida de la Iglesia no era renovada.

"Una paz desventajosa", decía Erasmo, "vale más que la guerra más justa". 1 Pensaba él (¡y cuántos Erasmo no ha habido desde entonces y hay todavía!) pensaba pues, que una Reformación que conmoviese a la Iglesia podía destruirla, veía con inquietud excitadas las pasiones, mezclarse en todas partes el mal con el poco bien que se podía hacer, destruidas las instituciones existentes, sin que pudieran ser reemplazadas por otras, la nave de la Iglesia haciendo agua por todas partes, sumergida en medio de la tempestad. "Los que hacen entrar el mar en nuevas

lagunas," decía Erasmo, hacen muchas veces una obra que los engaña porque el temible elemento, cuando esta dentro, no se dirige a donde se quiere, sino a donde él quiere y causa grandes estragos. 2

Pero, los valientes de su tiempo tenían que responderle. La historia había demostrado suficientemente que una exposición franca de la verdad y un combate decidido contra la mentira, podían solamente asegurar la victoria. Si hubieran guardado consideraciones, los artificios de la política, las astucias de la corte pontificia, hubieran apagado la luz a sus primeros resplandores. ¿No se habían empleado todos los medios de suavidad, desde muchos siglos antes? ¿No se habían visto concilios sobre concilios, convocados con el objeto de reformar la Iglesia? Pero todo había sido inútil. ¿Por qué pretender hacer de nuevo una experiencia tantas veces fallida?

Seguramente una Reforma fundamental no podía hacerse sin trastorno. ¿Pero, cuándo se ha visto entre los hombres, algo de grande y de bueno, sin que haya causado alguna agitación? El temor de que se junte el mal al bien, si fuese legítimo, ¿No paralizaría las empresas más nobles y santas? No se debe temer el mal que puede producir una grande agitación, sino animarse a combatirlo y destruirlo.

Por otra parte, ¿No hay una diferencia total entre la conmoción que imprimen las pasiones humanas y la que emana del espíritu de Dios? La una conmueve la sociedad pero la otra la fortalece. Es un error el pensar, como Erasmo, que en el estado en que se hallaba entonces la Cristiandad, con aquella mezcla de elementos contrarios de verdad y de mentira, de muerte y de vida, se podían precaver las violentas agitaciones. ¡Intentad cerrar el cráter del Vesubio cuando los elementos irritados se agitan en su seno! En la Edad Media se había visto más de una conmoción violenta, con una atmósfera menos tempestuosa que la del tiempo de la Reformación. No se debe pensar entonces en comprimir, sino en dirigir.

Si no hubiere estallado la Reformación, ¿Quién puede decir la espantosa ruina que la hubiera reemplazado? La sociedad, víctima de mil elementos destructores, sin medios regeneradores y conservadores, hubiera sido terriblemente trastornada, cierto, que esto hubiera sido una Reforma a la manera de Erasmo y tal cual la sueñan aun en nuestros días muchos hombres moderados, aunque tímidos, pero que hubiera destruido la sociedad cristiana. El pueblo, careciendo de aquella luz y piedad que la Reformación propagó hasta en las clases más ínfimas, abandonado a sus violentas pasiones y a un espíritu inquieto de revuelta, se hubiera desencadenado, como el furioso animal provocado y desenfrenado.

La Reformación no fue más que una intervención del espíritu de Dios entre los hombres, un reglamento que Dios estableció en la tierra. Ella pudo, es verdad, remover los elementos de fermentación que abriga el corazón humano, pero Dios

venció. La Doctrina Evangélica, la verdad de Dios, penetrando en la masa de los pueblos, destruyó lo que debía ser destruido y fortaleció lo que debía ser conservado. La Reformación ha edificado en el mundo y solo sus antagonistas, pueden decir que no ha hecho más que destruir. Se ha escrito con razón, hablando de la obra de la Reforma, que podría decirse: "que la reja del arado daña a la tierra, porque la desgarra, cuando no hace más que fecundarla".

El gran principio de Erasmo era, "instruye y las tinieblas desaparecerán por sí mismas". Este principio es bueno y Lutero lo siguió, pero, cuando los enemigos de la luz procuran apagarla o arrancarla de la mano que la lleva, será menester en bien de la paz, dejarles hacer? ¿no se deberá resistir a los malvados?

Es menester valor para obrar una Reformación, así como para tomar una ciudad, pero Erasmo careció de él. Era tímido de carácter, desde su juventud, el solo nombre de la muerte le hacía temblar. Cuidaba de su salud minuciosamente, ningún sacrificio le hubiera sido costoso por alejarse de un lugar en que rebase una enfermedad contagiosa. El deseo de gozar de las comodidades de la vida, superaba aun su vanidad y por esto desechó más de una oferta brillante. Por lo mismo no pretendió el título de reformador, si las costumbres corrompidas de la corte de Roma piden un grande y pronto remedió, decía él, esto no me toca, ni tampoco a los parecidos a mí. 1 No tenía aquella fuerza que animaba a Lutero. Mientras que éste estaba siempre pronto a dar su vida por la verdad, Erasmo decía ingenuamente "que aspiren otros al martirio, por mi parte, no me creo digno de tal honor, 5 temo que si se levantase algún tumulto, imitaría a Pedro en su caída".

Erasmo, con sus escritos y palabras, preparó más que ninguno la Reformación, y después, cuando vio llegar la tempestad que él mismo había preparado, tembló. Todo lo hubiera dado para restablecer la calma anterior, aun con sus espesos vapores pero ya no era tiempo, la borrasca había ya estallado y no se podía contener la inundación que debía producir y también limpiar y fertilizar el mundo. Como instrumento de Dios, fue poderoso Erasmo, pero cuando dejó de serlo, nada fue.

En resumen, Erasmo no sabía a qué partido adherirse, ninguno le gustaba y los temía todos. "Hay peligro en callar," decía, "y lo hay en hablar." En todos los grandes movimientos religiosos se ven de estos caracteres indecisos, respetables bajo muchos conceptos, pero que dañan a la verdad y que no queriendo disgustar a nadie, disgustan a todos.

¡Qué sería de la verdad, si Dios no enviase campeones más valerosos! He aquí el consejo que dio Erasmo a Viglius Zuichem, después presidente de la Corte Suprema de Bruselas sobre el modo de que debía comportarse con los sectarios (así llamaba ya a los reformadores), la amistad que te tengo, me hace desear que te mantengas muy distante del contagio de las sectas, y que no les des ninguna ocasión de decir que

Zuichem es de los suyos. Si tú apruebas su doctrina, disimula a lo menos y sobre todo no disputes con ellos. Un jurisconsulto debe usar de subterfugios con sus clientes como cierto moribundo con el diablo. El diablo le preguntó: "¿Qué crees?" el moribundo, temiendo caer en alguna herejía si confesaba su fe, respondió, "lo que cree la Iglesia", replicó el primero, "¿qué cree la Iglesia?" y el otro le respondió, "lo que yo creo" insiste aun el diablo, ¿y qué crees tú?, el moribundo responde de nuevo, "lo que cree la Iglesia". 1 El duque Jorge de Sajonia, enemigo mortal de Lutero, habiendo recibido de Erasmo una respuesta equívoca, una pregunta que le había hecho, decía, "querido Erasmo, lava la piel y no la mojes". Segundo Curio, en una de sus obras, describe dos cielos, el cielo papista y el cielo cristiano y no encuentra a Erasmo ni en el uno ni en el otro pero lo descubre moviéndose sin cesar entre los dos en círculos sin fin.

Tal fue Erasmo, a quien le faltó esta paz interior que hace verdaderamente libre. ¡Cuán diferente hubiera sido si hubiese abnegado de sí mismo, para entregarse a la verdad! Pero, después de haber procurado hacer algunas reformas, con la aprobación de los jefes de la Iglesia, después de haber abandonado la Reformación por Roma, cuando vio que era imposible la reunión de estas dos cosas, se perdió en el concepto de todos. Por una parte, sus palinodias no pudieron contener la cólera de los partidarios fanáticos del papismo. Ellos sentían el mal que les había hecho, y no se lo perdonaban. Desde los pulpitos le llenaban de injurias los impetuosos frailes y le llamaban un segundo Luciano, un zorro, que había devastado la Viña del Señor.

Un doctor de Constancia tenía colgado en su gabinete el retrato de Erasmo para poder escupirle a la cara a toda hora. Por otra parte, Erasmo, abandonando el estandarte del Evangelio, se vio privado del afecto y de la estimación de los hombres más generosos de su tiempo y hubo de renunciar sin duda a los consuelos celestiales que Dios derrama en los corazones de los que se comportan como buenos soldados de Jesucristo. Así parecen indicarlo las amargas lágrimas que derramaba, los penosos insomnios que sufría, la inapetencia que experimentaba, el hastío que le causaba el estudio de las musas, en otro tiempo su único consuelo, su apesadumbrada frente, su pálido rostro, su mirar triste y abatido, su odio a una vida que llamaba cruel, y sus deseos de morir, de que habla a sus amigos. [1 ¡Pobre Erasmo!]

FOOTNOTES

(1) Siete ediciones de este escrito fueron despachadas en pocos meses.

(2) A principibus fácilé mihi contingeret fortuna, nisi mihi nimium dulcís esset libertas. (Epist. al Pirck).

(3) Ad servatium.

(4) Ad Joh. Slechtam 1519. Haec sunt animis hominum inculcan-da, sic, ut velut innaturam transeant. (Er. Epp. I., p. 680).

(5) Malo huc, qualisqualis est, rerum humanorum stalum, quam no-vos excitari tumultua. (Erasm. Epp. T., p. 953.)

(6) Semel admissum non el fertur, qui destinarat admisor. . . .

(7) Erasmo. Epp. I., p. 953. Ref S]m. 6*

(8) Ingerís aliquod et praesens remedium, certe meum non est. (Erasm. Epp. I, p. 653.)

(9) Egomenon arbitrar hoc tonare dignum (Erasm. Epp. I, p. 653.)

(10) Erasm., Epp. 374.

(11) Parécenos, que los enemigos de Erasmo fueron más allá de la verdad, cuando exclaman, en los momentos de la aparición de Lutero: "Erasmo ha puesto el huevo y Lutero lo ha empollado." *

(12) Vigilae moleste, somnus irrequietus, cibns insipidus omnis, ipsum quoque musarum studium.... ipsa frontis meae maestitia, vultus palor, oculorum subtristis dejectio....(Erasm. Epp. I., p. 1380.)

(13) Las obras de Erasmo fueron publicadas por Juan le Clerc a Liege, en 1703, en diez tomos en folio. Tocante a su vida, véase Burigny, Vida de Erasmo, París 1757: A Müller, Leben des Erasmus, Hamb., 1828 y la biografía insertada por el clérigo en su biblioteca escogida. Véase también el bello y concienzudo trabajo de M. Nisard (Revista de Ambos Mundos), quien me parece sin embargo haberse engañado en su apreciación de Erasmo y de Lutero.

CAPÍTULO XI

Los nobles — Hütten — Sus escritos — Cartas de algunos hombres oscuros — Hütten en Bruselas — Sus cartas — Su fin — Sicbingen — Guerra — Su muerte — Cronberg — Hans Sachs — Fermentación general.

Estos mismos síntomas de regeneración que se veían entre los príncipes, los obispos y los sabios se hallaban también entre los hombres del mundo, los señores, los caballeros, y la gente de guerra. La nobleza germánica hizo un papel importante en la Reformación. Muchos de los más ilustres hijos de Alemania formaron una estrecha alianza con los letrados e inflamados de un celo ardiente, a veces arrebatado, se esforzaron en librar su pueblo del yugo de Roma.

Diversas causas contribuyeron a dar amigos a la Reformación en la clase de los nobles. Los unos, habiendo frecuentado las universidades, habían recibido en su corazón aquel fuego que animaba los sabios. Otros, educados en los sentimientos generosos, tenían el alma abierta a la Bella Doctrina del Evangelio. Muchos encontraban en la Reformación un toque de caballeresco, que los seducía y los arrastraba tras ella. Otros en fin, es preciso decirlo, odiaban al clero que había contribuido poderosamente, en el reinado de Maximiliano, a despojarles de su antigua independencia, y subyugarlos a los príncipes. Llenos de entusiasmo, consideraban la Reformación como el preludio de una grande renovación política, creían ver salir el imperio de esta crisis con un nuevo esplendor y un mejor estado y brillando de la gloria la más pura, establecerse en el mundo, por medio de la espada de los caballeros, no menos que por la eficacia de la Palabra de Dios. 1

Ulrich de Hütten, denominado el Demóstenes de Alemania, a causa de sus filípicas contra el papado, forma como el eslabón que unía entonces los caballeros y los literatos. Él brilló por sus escritos no menos que por su espada. Oriundo de una antigua familia de Franconia, fue enviado a la edad de once años al convento de Foulda, a donde le destinaban para fraile, pero Ulrich, que no tenía inclinación a este estado, huyó del convento a los diez y seis años y pasó la Universidad de Colonia en donde se entregó al estudio de las lenguas y de la poesía. Más tarde hizo una vida errante, se halló en 1513 en el sitio de Padua, como simple soldado, vio a Roma en todos sus escándalos y aguzó allí los tiros que lanzó más tarde contra ella.

A su regreso en Alemania, compuso Hütten un escrito contra Roma, intitulado la Trinidad Romana. En el descubre todos los desórdenes de aquella corte y muestra la necesidad de terminar con la fuerza, su tiranía. Un viajero llamado Vadiscus, que figura en dicho escrito, dice que hay tres cosas que se traen ordinariamente de Roma, una mala conciencia, un estómago estragado y una bolsa vacía, que hay tres cosas que Roma no cree, la inmortalidad del alma, la resurrección de los muertos y el infierno, que hay tres cosas de que Roma hace comercio, la gracia de Cristo, las

dignidades eclesiásticas y las mujeres. La publicación de este escrito obligó a Hütten a dejar la corte del arzobispo de Mayence, en donde se hallaba cuando lo compuso.

Cuando estalló la disputa de Reuchlin con los dominicanos, Hütten se adhirió enteramente al sabio doctor. Un amigo que conoció en la universidad, Crotus Rovianus y otros alemanes compusieron entonces la famosa sátira intitulada "Cartas de algunos hombres oscuros" que pareció en 1516, un año antes que las tesis de Lutero. Este escrito fue atribuido a Hütten y es muy probable que tuviera en él mucha parte. Los frailes adversarios de Reuchlin, autores supuestos de aquellas cartas tratan en ellas de asuntos del tiempo de materias teológicas a su modo y en su bárbaro latín. Dirigen a su corresponsal Heratius, profesor en Colonia, las cuestiones más tontas y más inútiles, le dan las pruebas más cándidas de su crasa ignorancia, de su incredulidad, de su superstición, de su espíritu ruin y vulgar y al mismo tiempo de su orgullo y de su celo fanático y perseguidor. Le refieren muchas de sus aventuras burlescas, de sus desórdenes, de su disolución y diversos escándalos de la vida de Hochstraten y de Pfefferkorn y de otros jefes de su partido.

El tono, ya hipócrita, ya simple, de estas cartas, hace su lectura muy cómica y el todo es tan natural que los dominicanos y los franciscanos de Inglaterra recibieron este escrito con gran aplauso y creyeron que estaba verdaderamente compuesto según los principios de su orden y para su defensa. Un prior de Brabante, en su crédula simplicidad, hizo comprar muchos ejemplares y los envió de regalo a los más distinguidos de entre los dominicanos. Los frailes, cada vez más irritados, solicitaron del papa una bula severa contra todos los que osaren leer aquellas epístolas, pero León X se negó a ello. Hubieron de soportar la burla general y devorar su cólera. Ninguna obra dio golpe más terrible a aquellas columnas del papismo pero no era con burlas y sátiras como el evangelio debía triunfar.

Si se hubiera proseguido en aquella vía, si la Reformación, en vez de atacar el error con las armas de Dios, hubiese recurrido al espíritu burlón del mundo, su causa hubiera sido perdida. Lutero desaprobó altamente aquellas sátiras. Habiéndole enviado una de ellas uno de sus amigos, titulada el contenido de la suplica de Pasquín, le respondió: Estas tonterías que me has enviado, me parecen haber sido compuestas por un espíritu inmoderado. Las he comunicado a una reunión de amigos y todos han opinado lo mismo. 1 Y, hablando de la misma obra, escribe a otro corresponsal suyo: "El autor de esta súplica me parece ser el mismo historiador que ha compuesto las cartas de los hombres oscuros. Apruebo sus deseos, pero no su obra porque no se abstiene de injuriar y ultrajar. 1 Este dictamen es severo, pero muestra cual era el espíritu de Lutero y cuan superior era a sus contemporáneos. Sin embargo, es menester añadir, que no siempre siguió tan sabías máximas.

Habiendo debido Ulrich renunciar a la protección del arzobispo de Mayence, solicitó la de Carlos V, que estaba entonces reñido con el papa. En consecuencia, se fue a Bruselas, donde tenía su corte aquel emperador. Pero, lejos de obtener nada, supo que el papa había pedido al emperador, que le enviase a Roma atado de pies y manos. El inquisidor Hochstraten, perseguidor de Reuchlin, era uno de los que Roma había encargado de perseguir a Ulrich. Indignado de que hubiesen tenido la osadía de hacer tal petición al emperador, Ulrich salió del Brabante. Fuera de Bruselas, encontró a Hochstraten en el camino real. El inquisidor asustado, se puso de rodillas y encomendó su alma a Dios y a los santos.

¡No! dijo el caballero, yo no tiño mi espada en tu sangre. Le dio algunos golpes de plano y le dejó ir en paz. Hütten se refugió en el Palacio de Ebernbourg, en donde Francisco de Sickingen ofrecía asilo a todos los que eran perseguidos por los ultramontanos. Allí fue donde su celo ardiente por la libertad de su nación le dictó aquellas cartas, tan notables, que dirigió a Carlos quinto, a Federico elector de Sajonia, a Alberto arzobispo de Mayence, a los príncipes y a la nobleza y que le colocan en el primer rango de los escritores. Allí fue donde compuso todas sus obras destinadas a ser leídas y comprendidas por el pueblo y que difundieron, en todas las comarcas germánicas, el horror de Roma y el amor a la libertad. Consagrado a la causa del reformador, su designio era de inducir la nobleza a tomar las armas en favor del evangelio y a caer con su espada sobre aquella Roma, que Lutero no quería destruir, sino con la Palabra y con la fuerza invencible de la verdad.

Con todo, en medio de toda aquella exaltación guerrera, se complace uno en hallar en Hütten sentimientos tiernos y delicados. Cuando fallecieron sus padres, cedió a sus hermanos todos los bienes de la familia, aunque fuese el primogénito, y les rogó, además, que no le escribiesen ni le enviasen ningún dinero por temor de que a pesar de su inocencia, no tuviesen que sufrir de parte de sus enemigos y no pereciesen con él.

Si la verdad no puede reconocer en Hütten uno de sus hijos, porque ella no va nunca desunida de la santidad de la vida y la caridad de corazón, ella le concederá, a lo menos, un recuerdo honroso como a uno de los más formidables adversarios del error. 1

Otro tanto puede decirse de Francisco de Sickingen, su ilustre amigo y protector. Este noble caballero, que muchos de sus contemporáneos le juzgaron digno de la corona imperial, brilla en el primer rango entre los guerreros que fueron los antagonistas de Roma. Mientras que se complacía al ruido de las armas, estaba lleno de ardor por las ciencias y de veneración por los que las profesaban. Al frente de un ejército que amenazaba el Wurtemberg, ordenó, en caso que tomasen Stuttgart de asalto, que dejasen intactos los bienes y la casa del gran literato Juan Reuchlin. Lo

hizo llamar después a su campamento, le abrazó y le ofreció su apoyo en la contienda que tenía con los monjes de Colonia. Por mucho tiempo la orden de caballería se había vanagloriado de despreciar las letras. La época que describimos nos presenta un nuevo espectáculo. Bajo la pesada coraza de los Sickingens y de los Hüttens, se percibe aquel movimiento de las inteligencias, que empieza a hacerse sentir por todas partes. La Reformación da al mundo por primicias, guerreros amigos de las artes y de la paz.

Hütten, refugiado, a su regreso de Bruselas, en el Palacio de Sickingen, invitó al valiente caballero a estudiar la Doctrina Evangélica y le explicó los fundamentos sobre que se apoya. ¿Y hay alguien exclamó Sickingen todo atónito, que se atreva a intentar destruir un tal edificio ?... ¡Quién lo podría!...

Muchos hombres, célebres después como reformadores, hallaron un refugio en su palacio, entre otros Martin Bucer, Aquila, Schwebel, CEcolampade, de modo que Hütten llamaba con razón Ebernbourg, "la hospedería de los justos." CEcolampade debía predicar diariamente en el palacio. Entre tanto, los guerreros que en él se hallaban reunidos, acababan de fastidiarse de oír hablar tanto de las dulces virtudes del cristianismo, les parecían demasiado largos los sermones, por más que CEcolampade se esmerarse en ser breve. Es verdad que iban casi todos los días a la iglesia, pero no era más que para recibir la bendición y hacer una corta oración, de suerte que CEcolampade exclamaba: "¡Ay! ¡Qué la palabra sea siembre aquí entre rocas!".

Luego Sickingen, queriendo servir a su modo la causa de la verdad, declaró la guerra al arzobispo de Treves, "afra, decía él, de abrir una puerta al Evangelio". En vano Lutero, que había ya aparecido, le disuadió, atacó a Treves con cinco mil caballos y mil infantes. El animoso arzobispo, ayudado del elector Palatino y del landgrave de Hesse, le obligó a retirarse. En la primavera siguiente, fue atacado por los príncipes aliados, en su castillo de Landstein. Después de un sangriento asalto, Sickingen se vio obligado a rendirse, habiendo sido herido mortalmente. Se introducen los tres príncipes en el fuerte, lo recorren y encuentran por fin al indómito caballero en un subterráneo, acostado en su lecho de muerte. Alarga su mano al elector Palatino, sin parecer hacer caso de los príncipes que le acompañan pero estos le abruman de preguntas y quejas: "Dejadme quieto", les dijo él, "porque ahora es preciso que me prepare a responder a un señor más grande que vosotros"...cuando Lutero recibió la noticia de su muerte, exclamó: "¡El Señor es justo, pero no admirable! No es con la espada como él quiere propagar el Evangelio." Tal fue el triste fin de un guerrero que, como emperador y elector, hubiera elevado quizá la Alemania a un sublime grado de gloria, pero que, reducido a un círculo estrecho, gastó inútilmente las grandes fuerzas de que estaba dotado.

No era en el espíritu tumultuoso de estos guerreros donde la verdad divina, bajada del cielo, había venido a fijar su morada. Tampoco era por sus armas que ella debía vencer y Dios, reduciendo a la nada los proyectos insensatos de Sickingen, puso otra vez en evidencia esa palabra de San Pablo: "Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas por la virtud de Dios".

Otro caballero, Harmud de Cronberg, amigo de Hütten y de Sickingen, parece haber tenido más prudencia y más conocimiento de la verdad. Escribió con mucha modestia a León X, invitándole a que entregara su poder temporal a quien pertenecía, es decir al emperador. Dirigiéndose a sus vasallos como un padre, trató de hacerles comprender la Doctrina del Evangelio y les exhortó a la fe, a la obediencia, y a la confianza en Jesucristo, quien añadía, "es el Señor soberano de todos nosotros." Renunció entre las manos del emperador, una pensión de dos cientos ducados, porque, decía, "no quería servir más al que escuchaba a los enemigos de la verdad". En alguna parte encontramos una palabra suya, que nos parece colocarle en un grado superior.

Hütten y Sickingen: "Nuestro doctor celestial, el Espíritu Santo, puede, cuando quiere, comunicar en una hora, más fe de la que es en Cristo que la que uno podría adquirir en diez años en la Universidad de Paris".

Los que no buscan amigos de la Reformación, sino en las gradas de los tronos, 1 o en las cátedras y academias y que pretenden que no los hay en el pueblo, están en un grave error. Dios, que preparaba el corazón de los sabios y de los poderosos, preparaba así mismo, en las moradas del pueblo, muchos hombres simples y humildes, que debían ser un día los siervos de su palabra.

La historia de aquel tiempo nos manifiesta la fermentación que animaba entonces las clases inferiores. No solamente se vio salir de estos rangos, jóvenes para ocupar después los primeros puestos en la Iglesia, si que también se vieron hombres que se mantuvieron toda su vida entregados a las profesiones más humildes y que contribuyeron poderosamente al gran renacimiento de la cristiandad. Recordaremos algunos rasgos de la vida de uno de ellos.

Un sastre de Núremberg, llamado Hans Sachs, tuvo un hijo que nació el cinco de noviembre 1494. Este hijo llamado Hans (Juan), como su padre, después de haber hecho algunos estudios a los que una grave enfermedad le obligó a renunciar, se hizo zapatero. El joven Hans, aprovechó de la libertad, que este humilde oficio dejaba a su espíritu, para penetrar en el mundo superior que agradaba a su alma. Desde que habían cesado los cantos en los castillos de los caballeros, parecía que se habían refugiado entre la gente llana, de las alegres ciudades de Alemania. En la Iglesia de Núremberg había una escuela de canto, estos ejercicios, en los que el joven Hans iba a mezclar su voz, abrieron su corazón a las impresiones religiosas, y contribuyeron a excitar en él el gusto de la poesía y de la música.

Sin embargo, el genio del joven no podía estar largo tiempo encerrado entre las paredes de su taller. Quería ver por si mismo este mundo, del que había leído tantas cosas en los libros, y del que le hablaban tanto sus camaradas, y que su imaginación llenaba de prodigios. En 1511 provisto de algunas cosas, sale de Núremberg y se dirige al sur y a poco tiempo encontrando en el camino alegres camaradas y estudiantes que vagaban por allí, si que también peligrosos atractivos, empieza a sentir una lucha interior. Las seducciones de la vida se hallaban en pugna con sus santas resoluciones, y, temeroso del resultado, huye, y va a ocultarse en la pequeña ciudad de Wuels, en Austria (1513), donde vivió retirado y entregado al cultivo de las Bellas Artes. Pasando el emperador Maximiliano por aquella ciudad, con un acompaña miento brillante, el joven poeta se deja alucinar por el fausto de aquella corte. El príncipe le recibió de montero, y Hans vacila de nuevo bajo las bóvedas sonoras del palacio de Innsbruck, pero aun esta vez su conciencia triunfó. Inmediatamente el joven montero, deja su brillante uniforme de caza, sale, llega a Schwatz y después a Múnich. Allí fue donde, en 1514, de edad de veinte años, cantó su primer himno en alabanza de Dios, en un tono que le atrajo muchos aplausos. Por todas partes, en sus viajes, tuvo ocasión de ver muchas y tristes pruebas de los abusos en los cuales gemía la religión.

De vuelta a Núremberg, Hans se estableció allí, se casó y tuvo hijos. Al estallar la Reformación, se dirigieron a ella sus miradas. Se dedicó a aquella Santa Escritura que le fue cara cuando poeta y en la que busca ahora, no ya imágenes y cantos, sino la luz de la verdad y desde entonces consagró ella su lira. De un humilde taller, situado delante de una de las puertas de la ciudad imperial de Núremberg, salen acentos que resuenan en toda la Alemania, preparan los espíritus a una nueva era, y entusiasman al pueblo por la gran Revolución que se efectuaba. Los canticos espirituales de Hans Sachs y su Biblia puesta en verso, contribuyeron eficazmente a aquella obra. Sería quizá difícil decir, quien ha hecho más por la Reformación, si el príncipe elector de Sajonia, administrador del imperio o el zapatero de Núremberg.

Así pues, había entonces en todas las clases algo que anunciaba una Reformación. Por todas partes se veían señales de los acontecimientos que amenazaban destruir la obra de los siglos tenebrosos y de que iba a lucir para los hombres un tiempo nuevo. Las luces que engendró el siglo, habían derramado en todos los países, con indecible rapidez, una multitud de ideas nuevas. Los espíritus de los hombres adormecidos hacia tantos siglos, parecían querer recuperar, con su actividad, todo el tiempo perdido. Dejarlos inactivos, sin alimento o no darles otro que el que había conservado tanto tiempo su vida desfalleciente, hubiera sido desconocer la naturaleza del hombre. Ya el espíritu humano veía con claridad lo que era y lo que debía ser, y medía con audaz mirada el inmenso abismo que separaba aquellos dos mundos. Grandes príncipes ocupaban el trono, el antiguo Coloso de Roma vacilaba bajo su propio peso, el antiguo espíritu caballeresco desaparecía de la tierra, cediendo el puesto a un

espíritu nuevo, que inflamaba a la vez los templos del saber, los albergues de los pequeños. La palabra impresa había tomado un vuelo que la llevaba, como el viento lleva las semillas hasta los países más remotos. El descubrimiento de las dos Indias, ensanchaba el mundo todo anunciaba una gran Revolución.

Pero, ¿De dónde saldrá el golpe que derribara el antiguo edificio y hará salir de sus ruinas otro nuevo? Nadie lo sabía. ¿Quién tuvo más sabiduría que Federico, más ciencia que Reuchlin, más talento que Erasmo, más espíritu y verba que Hütten, más valor que Sickingen y más virtudes que Cronberg? Y sin embargo, ninguno de estos, los sabios, los príncipes, los guerreros, la Iglesia misma, todos habían minado algunos cimientos, pero nada más hicieron y en ninguna parte se veía parecer la poderosa mano que debía ser la de Dios.

Pero, todos tenían el sentimiento de su pronta aparición. Unos pretendían haber visto en las estrellas señales ciertas de ella: otros, viendo el estado miserable de la religión, anunciaban la próxima venida del Anticristo y otros, al contrario, presagiaban, una Reformación inminente. El mundo esperaba. Lutero apareció.

FOOTNOTES

(1) Animus ingens et ferox, viribus pollería Nam si consilia et conatus Hutteni non defecissent, quasi nervi copiarum, atque potentse jam mutatio omnium rerum exstitisset, et quasi orbis status publici fuisset conversas. (Camer., Vita Melancthonis.)

(2) L. Epp. I., p. 37.

(3) L. Epp. I., p. 38.

(4) Las obras de Hütten han sido publicadas en Berlín por Munchen, 1822 a 1825, en cinco tomos en 8°. D'Aubigné.

(5) Véase Chateaubriand, Estudios históricos.

LIBRO SEGUNDO. JUVENTUD, CONVERSION, Y PRIMEROS TRABAJOS DE LUTERO 1483—1517.

CAPÍTULO I

Padres de Lutero — Su nacimiento — Pobreza — La casa paterna — Rigor — Primeros conocimientos — La Escuela de Magdeburgo — Miseria — Eisenach — La Sunamita — La Casa de Cotia — Recuerdo de aquellos tiempos. Sus estudios — Frebonius.

Todo estaba dispuesto. Dios, que prepara su obra en siglos, la efectúa, por débiles instrumentos cuando llega la hora. Hacer grandes cosas con pequeños medios, he aquí la ley de Dios. Esta ley, que se ve por todas partes en la naturaleza, se encuentra también en la historia. Dios se valió de los reformadores de la Iglesia, lo mismo que de los apóstoles a quienes escogió entre los pobres en la clase media que no es precisamente la de los muy indigentes, pero que tampoco llega a la de los ricos. En todo se ha de ver la mano de Dios, no la del hombre. El Reformador Zwingle nació en la choza de un pastor de los Alpes, Melanchton, el teólogo de la Reformación, en la tienda de un armero y Lutero en la cabaña de un pobre minero.

La primera época de la vida del hombre, aquella en que se forma y desarrolla bajo la mano de Dios, es siempre importante y lo fue más que ninguna la de Lutero. Toda la Reformación se ve ya en ella. Las diversas fases de esta obra se presentaron al espíritu del que fue su instrumento, antes que ella se efectuara en el mundo. El conocimiento de la Reforma que se hizo en el corazón de Lutero, hace ver la Reforma de la Iglesia. Con el estudio de la obra particular, se adquiere el conocimiento de la general. Los que descuidan la primera, no conocerán más que las formas y exterioridades de la segunda, podrán saber algunos acontecimientos y resultados pero no comprenderán la naturaleza intrínseca de aquella renovación porque no descubrirán el principio de vida que fue el alma de ella. Estudiemos pues la Reformación en Lutero, antes de hacerlo en los hechos que mudaron la cristiandad.

Juan Lutero, hijo de un leñador del pueblo de Mora, cerca de Eisenach, en el contado de Mansfield, en Thuringe, era oriundo de una antigua y numerosa familia de simples particulares, 1 se casó con Margarita Lindemann, hija de un habitante de Neustadt, en el obispado de Wursburg y ambos consortes fueron a establecerse en la pequeña ciudad de Eisleben, en Sajonia.

Refiere Seckendorf, citando a Rebhan, superintendente de Eisenach en 1601, que la madre de Lutero, creyendo no hallarse aun en días de parto, fue a la feria, de Eisleben y que allí dio a luz un hijo. A pesar de la confianza que merece Seckendorf, no parece cierto este caso, porque ninguno de los antiguos historiadores de Lutero habla de él a más de que, habiendo veinte y cuatro leguas de Mora a Eisleben, en el

estado en que se hallaba la madre de Lutero, no se anda con facilidad tal distancia por ir a la feria, en fin el testimonio del mismo Lutero parece enteramente a esta aserción. 1

Juan Lutero era un hombre recto, dedicado al trabajo, abierto y de una firmeza de carácter que rayaba en terquedad. Con un espíritu más cultivado que la mayor parte de los hombres de su clase, leía mucho. Los libros eran raros entonces, pero Juan no perdía ninguna ocasión de adquirirlos, eran su recreo en los intervalos de descanso que le dejaba un trabajo rudo y asiduo. Margarita poseía las virtudes que adornan a las mujeres honestas y piadosas. Se notaba principalmente su pudor, su temor de Dios y su fervor de la oración. Era mirada por las madres de familia del lugar, como un modelo que debían imitar. 1

No se sabe de un modo positivo desde cuando estaban los dos consortes establecidos en Eisleben, cuando, el diez de noviembre a las once de la noche, Margarita dio a luz un hijo. Melanchton preguntó muchas veces a la madre de su amigo, acerca de la época del nacimiento de este y ella respondía: Me acuerdo muy bien del día y de la hora, pero del año no estoy segura. Pero Jacobo, hermano de Lutero, hombre honrado y integro, refiere que según la opinión de toda la familia, Martín nació en el año de Cristo 1483, el diez de noviembre, víspera de San Martín. 3 La primera idea de sus devotos padres fue de consagrar a Dios conforme a la fe que profesaban, el niño que acababa de darles. Desde el día siguiente, que era un martes, el padre llevó su hijo a la iglesia de San Pedro donde recibió bautismo de los párvulos, según el rito romano.* Le pusieron el nombre de Martín en memoria del día.

El niño Martín no tenía aun seis meses cuando sus padres abandonaron Eisleben para ir a Mansfield, que solo dista cinco leguas. Las minas de Mansfield eran entonces muy célebres. Juan Lutero, hombre laborioso, pensando que tendría, quizás, que sostener una familia numerosa, esperaba ganar allí con más facilidad el pan para sí y sus hijos. La inteligencia y las fuerzas del joven Lutero tuvieron su primer desarrollo en aquella ciudad, en ella empezó también a mostrarse su actividad y a pronunciarse su carácter en sus palabras y obras. Los llanos de Mansfield, las orillas del Wipper, fueron los teatros de sus primeras diversiones con los muchachos de la vecindad. Los principios de la residencia en Mansfield fueron penosos para el honrado Juan y su mujer, pues vivieron en suma pobreza.

Mis padres, dice el reformador, han sido muy pobres. Mi padre era un pobre leñador y mi madre cargó leña muchas veces para tener con que mantener a sus hijos, ambos sufrieron muchos trabajos por ellos. El ejemplo de los padres a quienes respetaba y las costumbres que le inspiraron, familiarizaron desde tierna edad a Lutero con el trabajo y la frugalidad. ¡Cuántas veces acompañó sin duda, los bosques a su madre, para recoger allí su carguita de leña!

Hay promesas hechas al trabajo del justo y ellas se realizaron en Juan Lutero. Habiendo adquirido algunos recursos, estableció en Mansfield dos fraguas, a cuyo rededor creció el joven Martín y con el producto de este trabajo pudo su padre subvenir después a sus estudios. Era de una familia de mineros, dice el buen Mathesius, de donde debía salir el fundidor espiritual de la cristiandad, imagen de lo que Dios quería hacer limpiando por él a los hijos lo vi y purificándolos en sus fraguas, como el oro. 1 Respetado de todos, por su rectitud, su vida irreprensible y su sensatez, Juan Lutero fue nombrado consejero de Mansfield, capital del condado de este nombre. Una extrema miseria hubiera podido embotar el espíritu del niño, la abundancia de la casa paterna dilató su corazón y elevó su carácter.

Juan aprovechó su nueva situación para buscar la sociedad que prefería. Tenía en gran estima a los hombres instruidos y convidaban muchas veces a su mesa los eclesiásticos y los maestros de escuela del lugar. Su casa ofrecía el espectáculo de aquellas sociedades de simples particulares, que honraban la Alemania al principio del siglo XVI. Era un espejo en que se reflejaban las numerosas imágenes, que se sucedían en la escena agitada de aquel tiempo. La vista de aquellos hombres, a quienes guardaban tanta consideración en la casa de su padre, excitó sin duda, más de una vez, en el corazón del joven Martín, el ambicioso deseo de llegar un día a ser maestro de escuela o sabio.

Luego que estuvo en edad de recibir alguna instrucción, sus padres trataron de darle el conocimiento de Dios, de inspirarle su santo temor y de prepararle a las virtudes cristianas. Ponían todo su esmero en esta primera educación doméstica. 1 Sin embargo no se limitó a esto su tierna solicitud. Su padre, deseando que adquiriese su hijo las nociones de los conocimientos que tanto le agradaban, invocó para él la bendición de Dios y le envió a la escuela. Martín era todavía muy joven, su padre o un mozo de Mansfield, Nicolás Emler, le llevaba a veces en sus brazos a la casa de Jorge Emilio y volvían después a buscarle. Emler se casó más tarde con una hermana de Lutero. Cincuenta años después, el reformador recordaba al viejo Nicolás aquella tierna muestra de afecto, recibida en los primeros años de su infancia y la dibujó en las primeras hojas de un libro, que regaló a aquel antiguo amigo. 2

La devoción de sus padres, su actividad y su virtud austera, dieron al muchacho un impulso feliz y formaron en él un espíritu atento y grave. Un sistema que empleaba por principal móvil, los castigos y el temor, prevalecía entonces en la educación. Margarita, aunque aprobaba a veces la conducta demasiado severa de su marido, recibía con frecuencia a Martín en sus brazos maternales y enjugaba sus lágrimas. Con todo ella misma quebrantaba también los preceptos de aquella sabiduría que nos dice, el que ama su hijo se apresura a castigarlo. El carácter violento del niño daba lugar a correcciones y reprimendas. Mis padres," dice más tarde Lutero, "me han tratado con dureza, lo que me ha hecho muy medroso. Mi madre me castigó un día

por una avellana, hasta sacar sangre. Ambos creían de todo corazón que hacían bien pero no sabían distinguir el carácter, lo que sin embargo es necesario para saber cuando, a quien, y como deben imponerse los castigos. 1

El pobre niño sufría en la escuela tratamientos no menos duros. Su maestro le azotó quince veces en una mañana.

Es preciso, decía Lutero, refiriendo este hecho, azotar a los niños, pero también amarles al mismo tiempo. Con semejante educación aprendió temprano Lutero a despreciar los placeres de una vida sensual. Lo que debe llegar a ser grande, debe empezar por pequeña, observa con razón uno de sus historiadores más antiguos, si los niños son criados con demasiada delicadeza y mimo, se les perjudica para toda su vida.

Martín aprendió algo en la escuela. Le enseñaron los capítulos del catecismo, los diez mandamientos, el símbolo de los apóstoles, la oración dominical, los canticos, las fórmulas de oraciones, el donat, la gramática latina, compuesta en el siglo cuarto por Donato, maestro de San Gerónimo, y que, perfeccionada en el siglo XI por un fraile francés llamado Remigio, estuvo largo tiempo en gran reputación en todas las escuelas, estudió además el Cisio Janus, calendario muy raro, compuesto en el siglo XXI, en fin, le enseñaron todo lo que se sabía en la escuela latina de Mansfield.

Pero parece que el niño no había sido encaminado hacia Dios, el único sentimiento religioso que manifestaba entonces era el del temor, siempre que oía hablar de Jesucristo, temblaba de miedo, porque no se le habían representado sino como un irritado juez. Este temor servil, que dista tanto de la verdadera religión, le preparó quizá a la buena nueva del Evangelio y al gozo que experimentó más tarde, cuando aprendió a conocer al que es manso y humilde de corazón.

Juan Lutero quería hacer de su hijo un sabio. La nueva luz que empezaba a rayar por todas partes, penetró hasta en la casa del minero de Mansfield y originó en ella pensamientos ambiciosos. Las notables disposiciones y la constante aplicación de su hijo hacían concebir a Juan, las más halagüeñas esperanzas, así es que, cuando en 1497 llegó Martín a la edad de catorce años, su padre resolvió separarse de él y enviarle a Magdeburgo, a la Escuela de los Franciscanos. Margarita hubo de consentir en ello y Martín se dispuso a dejar el techo paterno.

Entre los camaradas que tenía en Mansfield, era uno, el hijo de un buen aldeano, Juan Reinecke. Martín y Juan condiscípulos en su niñez, se unieron de una estrecha amistad que duró toda su vida. Los dos muchachos salieron juntos para Magdeburgo, donde, lejos de sus familias, se unieron más y más.

Magdeburgo fue para Martín como un mundo nuevo. En medio de muchas privaciones (porque apenas tenía de que vivir), observaba y escuchaba. Andreas

Proles, provincial de la orden de los agustinos, predicaba entonces, con fervor, sobre la necesidad de reformar la religión y la Iglesia. Estos discursos sembraron quizás en el alma del joven las primeras semillas de las ideas que se desarrollaron en ella más tarde.

Esta época fue para Lutero la de un rudo aprendizaje. Lanzado al mundo a los catorce años, sin amigos ni protectores, temblaba en presencia de sus maestros y en las horas de recreo buscaba, con trabajo, su alimento con muchachos tan pobres como él. Yo pedía, dice, con mis camaradas, algunos alimentos, a fin de satisfacer nuestras necesidades. Un día en el tiempo en que celebra la Iglesia la fiesta del nacimiento de Jesucristo, recorrimos juntos los pueblos vecinos, yendo de casa en casa y cantando a cuatro voces los canticos ordinarios sobre el niño Jesús nacido en Belén.

Nos detuvimos al extremo de un pueblo, en frente de una casa aislada de un labrador el cual oyéndonos cantar nuestros Himnos de Navidad, salió con algunas provisiones que quería darnos, y preguntó con voz fuerte y tono áspero, ¿Dónde estáis muchachos?, asustados de estas palabras echamos a correr. No teníamos ningún motivo para asustarnos, porque el labrador nos ofrecía de buen corazón aquel socorro pero nuestros corazones estaban sin duda intimidados, por las amenazas y tiranía con que los maestros aterraban entonces sus discípulos, de suerte que un temor repentino se apoderó de nosotros, pero en fin, el labrador seguía llamándonos, nos detuvimos, sacudimos el miedo, corrimos a él y recibimos de su mano el alimento que nos presentaba. Así es, añade Lutero, que temblamos y huimos cuando nuestra conciencia esta culpada y asustada. Entonces tenemos miedo, hasta del socorro que nos ofrecen y de los amigos que nos quieren hacer bien. (1)

Apenas había trascurrido un año cuando Juan y Margarita sabiendo cuanta dificultad encontraba su hijo para vivir en Magdeburgo le enviaron a Eisenach en donde había una escuela célebre y tenían muchos parientes. 3 Juan y Margarita tenían otros hijos además de Martín y aunque sus recursos se habían aumentado, no podían sostener a Martín fuera de casa. Las fraguas y el trabajo asiduo de Juan Lutero no producían más que para la familia de Mansfield. Pensó que Martín hallaría en Eisenach más fácilmente de que subsistir pero no sucedió así porque los parientes que vivían en aquella ciudad, no hicieron caso de él o quizá no podían serle útil, siendo muy pobres ellos mismos.

Cuando el estudiante tenía hambre, tenía que juntarse con sus camaradas, como en Magdeburgo y cantar con ellos las puertas de las casas, para conseguir un pedazo de pan. Esta costumbre del tiempo de Lutero, se ha conservado hasta en nuestros días en muchas ciudades de Alemania, donde frecuentemente se oyen voces armoniosas de estudiantes. Muchas veces el pobre y humilde Martín recibía duras palabras en

lugar de pan y entonces, agobiado de tristeza, derramaba en secreto abundantes lágrimas y pensaba con horror en su porvenir.

Un día entre otros, le habían rechazado en tres casas y se volvía en ayunas a su albergue, cuando al llegar a la plaza de san Jorge se detuvo inmóvil y sumergido en tristes reflexiones, en frente de la casa de un honrado ciudadano.

¿Será posible que, por falta de pan, renuncie a los estudios y vaya a trabajar con su padre en Mansfield...? De repente se abre una puerta y asoma una mujer, que era la esposa de Conrado Cotta, hija del burgomaestre de Ilefeld, 1 llamada Úrsula. Las crónicas de Eisenach la llaman la devota Sunamita, en memoria de la que retuvo con tantas súplicas al profeta Eliseo a comer pan en su casa. La Sunamita cristiana había visto más de una vez al joven Martín en las congregaciones de los fieles y la dulzura de su canto y de su devoción la habían enternecido. 3 Viéndole entonces tan triste delante de su puerta, le hizo seña de que entrara y le sirvió para satisfacer su hambre.

Conrado aprobó la buena obra de su mujer y le gustó tanto el trato del joven Lutero, que algunos días después, le tomó en su casa. Desde aquel momento sus estudios fueron asegurados, sin que se viese obligado a volver a las minas de Mansfield y de sepultar el talento que Dios le había concedido. Cuando ya no sabía lo que sería de él, Dios le abrió el corazón y la puerta de una familia cristiana y aquel suceso preparó su alma a la confianza en Dios que las mayores adversidades no pudieron alterar en lo sucesivo. Lutero disfrutó en la casa de Cotta una vida muy diferente de la que había conocido hasta entonces. Allí gozó de una existencia dulce, exenta de cuidados y necesidades, su espíritu se calmó, su carácter se mudó y su corazón se ensanchó. Todo su ser se inflamó a los benéficos rayos de la caridad y comenzó a rebosar de vida, de alegría y de felicidad. Sus oraciones fueron más fervorosas, se aumentó su ansia de saber o hizo rápidos progresos.

Al encanto de las letras y de las ciencias unió el de las artes porque estas también adelantaban en Alemania. Los mismos hombres que Dios destina a obrar sobre sus contemporáneos son arrastrados al principio por la corriente del siglo. Lutero aprendió a tocar la flauta y el laúd. Acompañaba muchas veces con este segundo instrumento su hermosa voz de contralto y de este modo alegraba su corazón en los momentos de tristeza. Se complacía también en manifestar, con sus acentos, su viva gratitud a su madre adoptiva, que amaba mucho la música. El mismo ha amado este arte hasta su vejez y ha compuesto las palabras y la música de algunos de los más bellos canticos que posee la Alemania y aun han pasado a nuestra lengua muchos de ellos.

¡Tiempos felices para el joven Lutero, cuyo recuerdo conservó siempre con emoción! Algunos años después, habiendo venido un hijo de Conrado a estudiar a Wittemberg, cuando el pobre estudiante de Eisenach era ya el doctor de su siglo, le

recibió este con alegría en su casa y a su mesa, queriendo así retribuir en parte al hijo lo que había recibido del padre y de la madre. Acordándose de la mujer cristiana que le había dado pan cuando todo el mundo le rechazaba, escribió estas bellas palabras: "Nada hay más dulce en la tierra que el corazón de una mujer en que habita la piedad".

Nunca se avergonzó Lutero del tiempo en que, apurado del hambre, mendigaba tristemente el pan necesario a su vida y a sus estudios, lejos de esto pensaba con reconocimiento en aquella extrema pobreza de su juventud la que consideraba como uno de los medios de que se había valido Dios, para hacer de él lo que llegó a ser y le daba las gracias. Los pobres niños, que estaban obligados a seguir la misma vida, enternecían su corazón. No despreciéis, decía a los muchachos que buscan cantando por las puertas pan empropter Deum, pan por amor de Dios, yo también he hecho lo mismo, es verdad que más tarde me ha sostenido mi padre con mucho amor y bondad en la Universidad d'Erfurt, manteniéndome con el sudor de su rostro; pero como quiera, yo he sido un pobre mendigo y ahora por medio de mi pluma he llegado a tal situación, que no quisiera cambiar de fortuna con el mismo gran turco, hay más, aun cuando amontonasen todos los bienes de la tierra, no los tomaría en cambio de lo que tengo pero no hubiera llegado al punto en que me hallo, sí no hubiera ido a la escuela y aprendido a escribir. Así el grande hombre halla, en sus primeros y humildes principios, el origen de su gloria, no teme el recordar que aquella voz, cuyos acentos hicieron conmover el imperio y el mundo, pidió en otro tiempo un pedazo de pan, en las calles de una pobre ciudad. El cristiano se complace en estos recuerdos, porque le advierten que es en Dios en quien debe glorificarse.

La fuerza de su inteligencia, la viveza de su imaginación y su feliz memoria, le hicieron adelantar pronto a todos sus condiscípulos. 1 Hizo principalmente rápidos progresos en las lenguas antiguas, en la elocuencia y en la poesía. Escribía y componía versos. Alegre, complaciente, teniendo lo que se llama un buen corazón, era querido de sus maestros y compañeros.

Entre sus profesores se hizo querer particularmente de Juan Trébonius, hombre sabio, de modales agradables y que guardaba a los jóvenes aquellos miramientos que son tan propios a animarlos. Martín había notado que, cuando Trébonius entraba en la clase, se descubría para saludar a sus discípulos. ¡Gran condescendencia en aquellos tiempos pedantescos! Esto agradó al joven Martín, y comprendió que él valía también algo. El respeto del maestro había realzado el discípulo a sus propios ojos. Los colegas de Trébonius, que no tenían la misma costumbre, habiéndole un día manifestado su extrañeza por aquella extrema condescendencia, les respondió (y esto no agradó menos al joven Lutero), entre estos muchachos hay hombres de que Dios hará un día, burgo maestros, cancilleres, doctores y magistrados, y, aunque no los veis todavía con los signos de sus dignidades, es justo sin embargo, que los respetéis.

El joven escolar oyó sin duda con placer estas palabras y creyó tal vez tener ya en su cabeza un bonete de doctor.

FOOTNOTES

(1) Ref. Span. 1

(2) Ve 'is familia est etlate propagala mediocrium hominum. (Melancht.. Vit. Luth.)

(3) Ego natus sum inEisleben, baptisatusque apud Sanctum-Petrum ibidem. Parentes mei deprope Isenaco illuc migrarunl. (L. Epp. I, p. 390.)

(4) Ictuebanturque ineam caeterae honestae mulieres, ut inexemplar virtutum. (Melancht., Vita Lutheri.) Melancht., Vita Lutheri.

(5) Los Bautistas creen que la inmersión de creyentes en Jesucristo es el solo verdadero bautismo.

(6) Drumb musste dieser geistliche Schmetzer … (Mathesius, Historien, 1565, p. 3.)

(7) Ad agnitionem et timorem Dei …domestica institutione dili-genter adsuefecerunt. (Melancht., Vit. Luth.)

(8) Walther's Nachrichten.

(9) Sed non porterant discernere ingenia, secundum quae essent temperando correcciones. (L. Opp. W. XXII., p. 1785.)

(10) Was gross solí werden, muss klein angehen. (Mathesius, Hist P-3.)

(11) Lutheri opera (Walch.), II., 2347.

(12) Isenacum enim pene totam parentelam meam habet. (L. Epp. I)

(13) Lingk's Reisegesch. Luth.

(14) Dieweil sie umb seines Singen und berzlichen Gebts willen … (Mathesius, p. 3.)

(15) Ref. Spnn. Y*

(16) Cumque et vis ingenii acerrima esset, et imprimis ad eloquentiam idonea, celeriter ajqualibus suis praecnrrit. (Melancht., Vita Luth.)

CAPÍTULO II

La universidad — Devoción de Lutero — Descubrimiento — La Biblia — Enfermedad — Perturbaciones — Muerte de Alexis — Rayo — Providencia — Despedida.

Llegó Lutero a la edad de dieciocho años. Había gustado la dulzura de las letras y ardía en deseos de aprender en una universidad. Deseaba ir a uno de aquellos manantiales de todas las ciencias, donde pudiese apagar su sed de saber. 1 Su padre exigía que estudiase derecho. Confiado en los talentos de su hijo, quería que los cultivase y patentizase. Véale ya desempeñar funciones honorificas entre sus conciudadanos, captar la benevolencia de los príncipes y brillar en el teatro del mundo. Se resolvió que el joven iría a Erfurt.

Lutero llegó a aquella universidad en el año 1501. Jodocus, sobre nombrado el doctor de Eisenach, profesaba en ella la filosofía escolástica con mucho aplauso. Melanchton siente que no se enseñara entonces, en Erfurt, más que una dialéctica llena de dificultades y piensa que si Lutero hubiese encontrado allí otros profesores, si le hubieran enseñado una filosofía más dulce y verdadera, esto hubiera podido moderar y aplacar la vehemencia de su naturaleza. 3

El nuevo discípulo se dedicó pues a estudiar la filosofía de la Edad Media en los escritos de Occam, de Scot, de Buena Ventura y de Tomás de Aquino. Más tarde toda esta escolástica le causó horror. Temblaba de cólera, cuando pronunciaban en su presencia el nombre de Aristóteles y llegó hasta decir que sí Aristóteles no fuese un hombre, lo tomaría por el mismo diablo.

Pero su espíritu hambriento de doctrina, tenía necesidad de mejores alimentos puso se a estudiar los bellos monumentos de la antigüedad, los escritos de Cicerón, Virgilio, y otros clásicos. No se contentaba como el vulgo de los estudiantes, de aprender de memoria las obras de aquellos escritores, procuraba además profundizar sus pensamientos, penetrarse del espíritu que les animaba, apropiarse de sabiduría, comprender el objeto de sus escritos y adornar su inteligencia con sus graves sentencias y sus brillantes imágenes. Interrogaba a menudo a sus profesores y adelantó pronto a sus condiscípulos. 1 Dotado de una memoria feliz y de una imaginación ardiente, todo lo que oía o leía lo retenía para siempre. “Así brillaba Lutero desde su juventud, y toda la universidad admiraba su ingenio,” dice Melanchton. 3

Empero, en este tiempo, el joven de dieciocho años no trabajaba solamente en cultivar su espíritu, sino que tenía ya aquella gravedad de pensamiento y aquella elevación de alma que Dios concede a los que quiere hacer sus más celosos servidores. Lutero sentía que dependía de Dios, simple y poderosa convicción, que es, al mismo

tiempo, origen de una profunda humildad y de grandes acciones. Invocaba con fervor la bendición divina sobre sus trabajos. Siempre empezaba el día con oraciones, luego iba a la iglesia, después estudiaba y no perdía un momento en todo el día. "Orar bien", acostumbraba decir, "vale más que estudiar a medias". 3

El joven estudiante pasaba, en la biblioteca de la universidad, todos los ratos que le dejaban sus trabajos académicos. Los libros eran escasos todavía, tenía una gran ventaja en poder aprovechar de los tesoros reunidos en aquella vasta colección. Un día (hacía ya dos años que estaba en Erfurt, y tenía veinte), abre uno tras otro muchos libros de la biblioteca, para conocer sus autores, uno de ellos llama su atención, hasta entonces no había visto ninguno parecido, lee su título …y es una biblia, ¡libro raro, desconocido en aquellos tiempos!. 1 Excitada vivamente su curiosidad, se penetra de admiración al encontrar, en aquel volumen, otra cosa que los fragmentos de evangelios y epístolas que la Iglesia ha escogido para leerlos al pueblo en las iglesias, todos los domingos del año. Había creído hasta entonces que aquello era toda la Palabra de Dios, y ¡he aquí tantas páginas, tantos capitulos, tantos libros, de que no tenía idea!

A la vista de aquella escritura, inspirada por Dios, palpita su corazón, recorre, con avidez y con inefables sentimientos, todos aquellos libros de Dios, la primera página en que se fija su atención, le refiere la historia de Ana y del joven Samuel, lee, y apenas puede contener la alegría que inunda su corazón. Este niño, que sus padres ofrecen al Eterno por toda su vida, el cantico de Ana, en que declara que el Eterno levanta al pobre del polvo y saca del fango al desvalido, para colocarlo entre los potentados, este niño Samuel, que crece en el templo a presencia del Eterno, esta historia, esta palabra que ha descubierto, le causan sensaciones que le eran desconocidas. Vuelve a su casa con el corazón henchido. ¡Ah! dice entre sí, si Dios quisiese darme para mi otro libro como aquel. Es probable que no hubiese estudiado Lutero el griego ni el hebreo en los dos o tres años que asistió a la universidad. Aquella biblia, que le había causado tanta alegría, estaba en latín, volvió pronto a la biblioteca al lado de su tesoro, la leyó y releyó y en medio de su alegría y admiración, volvió a leerla todavía vislumbraba ya los resplandores de la verdad nueva que se le manifestaba.

De este modo le hizo Dios hallar su palabra y descubrir el libro del que debía dar un día a su pueblo, aquella traducción admirable, en la que la Alemania, hace tres siglos, lee los oráculos de Dios. Por la primera vez, quizás, fue sacado aquel libro precioso del lugar que ocupaba en la biblioteca de Erfurt, cuyo libro, hallado en los estantes retirados de una sala oscura, iba a ser, para todo un pueblo, el libro de la vida. La Reformación estaba escondida en aquella biblia.

En el mismo año obtuvo Lutero el primer grado académico, que era el de bachiller. Las tareas penosas a que se entregó para sostener sus exámenes le hicieron caer gravemente enfermo. Parece que se le acercaba la muerte, profundos pensamientos ocupaban su mente y creía que iba a terminar su existencia terrestre. Se compadecían del, es lástima, decían, ver tantas esperanzas tan pronto desvanecidas. Muchos amigos iban a visitarle en su lecho de muerte, entre ellos se hallaba un sacerdote, anciano venerable, que había seguido con interés al estudiante de Mansfield, en sus trabajos y en su vida académica. Lutero no pudo ocultarle el pensamiento que le dominaba, "pronto", dijo, seré llamado de este mundo. Pero el anciano le respondió con bondad, Mi querido bachiller, ¡ánimo! no moriréis de esta enfermedad.

Dios, nuestro Señor, hará todavía de vos un hombre que, a su vez consolara a muchos, porque Dios carga con su cruz al que ama y los que la llevan con paciencia adquieren mucha sabiduría. Estas palabras causaron impresión en el joven enfermo, hallándose a las puertas del sepulcro le recuerda un sacerdote que Dios, como dijo la madre de Samuel, levanta al miserable. El anciano derramó en su corazón un bálsamo suave, reanimó sus espíritus, Lutero 1 Deus te virum faciet qui alios multos iterum consolabitar.

No lo olvidará jamás. Matesius, amigo de Lutero, que refiere este hecho, dice: aquella fue la primera predicción que el señor doctor oyó, y él la ha recordado muchas veces. Se comprende fácilmente en qué sentido llama Matesius esta palabra una predicción.

Restablecido ya Lutero, se notó que había alguna mudanza en él. La Biblia, su enfermedad y las palabras del anciano sacerdote parecían haberle dirigido una nueva llamada. No había sin embargo nada de resuelto en su espíritu. Siguió en sus estudios. En 1505 fue hecho maestro en artes o Doctor en Filosofía. La Universidad de Erfurt era entonces la más célebre de Alemania. Las demás no eran, en su comparación, más que escuelas inferiores. La ceremonia se hizo con pompa, según costumbre, una procesión con antorchas fue a rendir homenaje a Lutero, 1 la fiesta fue soberbia y en todos reinó la alegría. Lutero, animado quizá con estos honores, se dispuso a dedicarse enteramente a la jurisprudencia, conforme a la voluntad de su padre.

Empero, Dios tenía otra voluntad. En tanto que Lutero se ocupaba en varios estudios, cuando empezaba a enseñar la física y la ética de Aristóteles y otros ramas de filosofía, su corazón no cesaba de gritarle que la única cosa necesaria era la piedad y que ante todo debía estar seguro de su salvación. Sabía con que disgusto mira Dios el pecado, recordaba las penas que su palabra denuncia al pecador y se preguntaba con temor si estaba seguro de poseer el favor divino, su conciencia le respondía, no.

Su carácter era pronto y decidido, y así es que resolvió hacer todo lo que pudiese asegurarle una firme esperanza de la inmortalidad.

Dos acontecimientos vinieron, uno tras otro, a conmover su alma y precipitar su determinación. Entre sus amigos de la universidad, había uno llamado Alexis, con quien estaba íntimamente unido. Una mañana se divulgó en Erfurt la noticia de que Alexis había sido asesinado, sale precipitadamente Lutero a informarse y llega a saber que por desgracia era cierta la noticia. Esta repentina pérdida de su amigo le afecta, y la pregunta que se hace a sí mismo que sería de mí, si fuese tan repentinamente llamado, llena su alma de un terror pánico.

1 Esto pasaba cerca del año 1505. Lutero, que por las vacaciones ordinarias de la universidad, se hallaba libre, resolvió hacer un viaje a Mansfield, para ver los lugares queridos de su infancia y abrazar a sus padres. Acaso quería también abrir su corazón a su padre, consultarle sobre el designio que empezaba a formarse en su espíritu y saber su opinión para elegir otra vocación. Preveía todas las dificultades que le esperaban. La vida perezosa de la mayor parte de los sacerdotes disgustaba al activo minero de Mansfield. Por otra parte, los eclesiásticos eran poco estimados en el mundo, los más solo gozaban de una mezquina renta y el padre de Lutero, que había hecho muchos sacrificios para sostener su hijo en la universidad, a quien veía enseñar públicamente, a la edad de veinte años, en una escuela célebre, no se hallaba dispuesto a renunciar las esperanzas de que se nutría su orgullo. *

Ignoramos lo que pasó durante la permanencia de Lutero en Mansfield. Puede ser que la voluntad pronunciada de su padre, le hubiese retraído de abrirle su corazón. Salió de nuevo de la casa paterna para ir a sentarse en los bancos de la academia, estaba ya a poca distancia de Erfurt, cuando fue sorprendido por una gran tempestad, estalla el rayo y cae a sus pies, póngase Lutero de rodillas, era quizá llegada su hora, la muerte, el juicio, y la eternidad le cercan con todos sus terrores y le hacen oír una voz a la que no puede resistir, rodeado de angustias y de espanto, como dice el mismo,* hace voto de abandonar el mundo y de entregarse enteramente a Dios, si el Señor le saca de este peligro. Después de haberse levantado, viendo siempre delante de si aquella muerte que debía alcanzarle un día, se examina seriamente y se pregunta a si mismo lo que debe hacer.

Los pensamientos que le agitaron en otro tiempo se le representan con más fuerza. Ha procurado, es verdad, llenar todos sus deberes, pero, ¿En qué estado se halla su alma? ¿Puede por ventura, con un corazón impuro, parecer ante el tremendo tribunal de Dios? Aspira ahora a la santidad como antes aspiraba a la ciencia. ¿Pero dónde hallarla? ¿Cómo adquirirla? La universidad le ha procurado los medios de satisfacer sus primeros deseos. ¿Quién aplacará aquella angustia, quien apagará el ardor que le consume? ¿A qué escuela de santidad se dirigirá? Irá a un claustro, la vida

monástica le salvará. Cuantas veces ha oído ponderar la eficacia de aquellos asilos para transformar un corazón, para santificar un pecador y conducirlo a la perfección. Entrará pues en una orden monástica, llegará a ser santo, y asegurará así la vida eterna. 11

Tal fue el acontecimiento que mudó la vocación y los destinos de Lutero. Se reconoce aquí el dedo de Dios. Su mano poderosa fue la que derribó en el camino al joven maestro en artes, el pretendiente al foro, el futuro jurisconsulto, para encaminar su vida por sendas enteramente nuevas. Rubianus, uno de los amigos de Lutero en la Universidad de Erfurt, le escribía algún tiempo después: "La providencia divina pensaba en lo que debías ser un día, cuando a tu regreso de la casa paterna, el fuego del cielo te derribó, como a otro Pablo cerca de la ciudad de Erfurt, te separó de nuestra sociedad y te condujo a la secta de Agustín". Circunstancias análogas han señalado la conversión de los dos principales instrumentos, de que la providencia divina se ha valido, en las dos mayores revoluciones que ha operado en la tierra, San Pablo y Lutero.'

Llega Lutero a Erfurt. Su resolución es invariable. No obstante le cuesta mucho romper vínculos que le son caros, nadie comunica su designio, pero una noche convida a sus amigos de la universidad, a una alegre y frugal cena y la música contribuye también al solaz de la reunión. Es la despedida que hace Lutero al mundo. En adelante, en lugar de aquellos amables compañeros de placer y trabajo, frailes en lugar de aquellos entretenimientos alegres y espirituales, el silencio del claustro en lugar de aquellos cantos festivos, los graves tonos de la tranquila iglesia. Dios lo exige, es preciso sacrificar todo por él. Entre tanto, la colación excita a sus amigos y el mismo Lutero los anima, pero, en los momentos en que se entregan con confianza a su alegría, Lutero no puede retener los pensamientos graves que ocupan su mente, habla y descubre su designio a sus amigos atónitos.... estos procuran disuadirle, pero en vano, y, en la misma noche, Lutero, temiendo quizá solicitaciones importunas, sale de su cuarto, deja en él toda su ropa, y todos sus libros, guardando solo Virgilio y Plauto (no tenía todavía la biblia). ¡Virgilio y Plauto!, ¡la epopeya y la comedia, rara manifestación del espíritu de Lutero! En efecto, ha habido en él toda una epopeya, un bello grande y sublime poema; pero de un carácter propenso a la alegría, al chiste y a la chanza, mezcló más de un rasgo familiar al fondo grave y magnífico de su vida.

Provisto de aquellos dos libros, va solo y a oscuras al convento de los Ermitaños de San Agustín, donde pide ser admitido, le admiten en efecto, ciérrese la puerta y hele aquí separado para siempre de sus padres, de sus condiscípulos y del mundo. Esto aconteció el diecisiete de Agosto 1505. Lutero tenía entonces veintiún años y nueve meses.

FOOTNOTES

(1) Degustata igitur litterarum dulcedine, natura flagrans cupiditate discendi, appetit academiam. (Mel., Vit. Luth.)

(2) Etfortassis ad leniendam vehementiam naturae mitiora studia verae philosophiae....(Ibid.)

(3) Etquidem interprimos, ut ingenio studioque multos coaequalium antecellebat. (Cochlaeus, Acta Luth., p. 1.)

(4) Sic igitur injuventute eminebat, ut toti academise Lutheri ingenium admirationi esset. (Vita Luther.)

(5) Fleissig gebct, ist ubcr die Helfft studirt. (Mathes., 3.)

(6) Degustata igitur litterarum dulcedine, natura flagrans cupiditate discendi, appetit academiam. (Mel., Vit. Luth.)

(7) Etfortassis ad leniendam vehementiam naturae mitiora studia verae philosophiae....(Ibid.)

(8) Auf ein Zeyr, wie er die Bücher fein nacheinander besieht....kommt er über die lateinische Biblia....(lbid.)

(9) Avidé percurrit, caepitque optare ut olim talem librum et ipse nancisci posset....(M. Adami, Vit. Luth., p. 103.)

(10) (Melch. Adami, Vita Lutheri, p. 103.)

(11) L. Opp. W. XXII, p. 2229.

(12) Interritu sodalis sui contristatus. (Cochlaeus, p. 1.)

(13) Mit Erschrecken und Angst des Todes umgeben. (L. Epp. II., 101.)

(14) Cum esset incampo, fulminis ictu territus. (Cochlaeus, I.)

(15) Occasio autem fuit ingrediendi illud vitae genus quod pietali et studiis doctrinse de Deo, existimavil esse convenientius. (Mel., Vit. Luth.)

(16) Algunos historiadores dicen que Alexis fue muerto por el rayo que espantó a Lutero; pero dos contemporaneos, Mathesius- (p. 4), y Selneccer (in Orat. de Luth.), distinguen aquellos dos acontecimien tos; y aun podríaañadirse a su autoridad la de Melanchton, que dice , “Sodalem nescio quo casu interfectum.” (Vita Luth.)

CAPÍTULO III

Su padre — Superstición — Trabajos serviles — Valor — Estudios — La Biblia — Ascetismo — Angustias.

Enfin, Lutero estaba ya con Dios y su alma en seguridad. Ya tocaba pues a aquella santidad tan deseada. Viendo este joven doctor, los frailes estaban admirados y elogiaban su valor y su desprecio del siglo. 1 Lutero no olvidó sin embargo a sus amigos, les escribió despidiéndose de ellos y del mundo y el día siguiente les envió sus cartas, con los vestidos que había llevado hasta entonces, y aun su anillo de maestro en artes, para no conservar ningún recuerdo del mundo que abandonaba.

Sus amigos de Erfurt quedaron estupefactos. ¿Será posible, decían, que un ingenio tan grande, se sepulte en aquella vida monástica que es una semimuerte?' Penetrados de dolor se apresuran a ir al convento, confiados en hacer desistir a Lutero de una determinación tan deplorable, pero todo fue inútil, porque se les negó la entrada. Todo un mes pasó, sin que nadie pudiera ver ni hablar al novicio.

Lutero había cuidado también de comunicar a sus padres la gran mudanza que acababa de efectuarse en su vida, cuya noticia les causó mucha aflicción, según nos dice el mismo Lutero en la dedicatoria, que dirige a su padre, en su libro sobre los votos monásticos. Ellos temían por su hijo, temían que su fragilidad, su juventud, el ardor de sus pasiones y la ociosidad del claustro, no precipitasen al joven, pasado el primer momento de entusiasmo, en la desesperación o en grandes extravíos. Sabían que este género de vida había perdido a muchos y por otra parte, el consejero minero de Mansfeld tenía otras miras con respecto a su hijo pues quería hacerle contraer un matrimonio rico y honroso. Y he aquí desbaratados, en una noche, todos sus proyectos ambiciosos por aquella acción imprudente.

Irritado Juan, escribió a su hijo una carta, en la que le hablaba de tú, nos dice Martín, mientras que le había tratado de usted, desde que había recibido el grado de maestro en artes le privaba de su cariño y le declaraba indigno del afecto paternal. En vano los amigos de Juan Lutero y acaso su propia mujer, procuraban calmarle en vano le decían: "Si queréis sacrificar algo a Dios, sea el objeto más caro a vuestro corazón, vuestro hijo, vuestro Isaac", el inexorable consejero de Mansfield no quería oír nada.

Sin embargo algún tiempo después (y esto lo refiere también el mismo Lutero, en un sermón predicado en Wittemberg, el veinte de Enero 1544), se declaró la peste y Juan Lutero perdió dos de sus hijos y ¡al mismo tiempo fueron a decir a este padre, sumergido en el dolor, que el fraile de Erfurt había muerto también!....Se aprovecharon de esta ocasión para que el novicio recobrara el afecto de su padre. "Si es una noticia falsa", le dijeron sus amigos, santificadlo menos vuestra aflicción,

consintiendo voluntariamente en que vuestro hijo sea fraile, ¡Sea en hora buena!, respondió Juan Lutero, con un corazón desgarrado y medio enternecido, y que Dios le dé acierto. Más tarde, cuando Lutero, reconciliado con su padre, le refirió el suceso que le había impulsado a entrar en la orden monástica, "quiera Dios," respondió el honrado minero, "que no hayáis tomado por un llamamiento celestial, lo que solo era una sugestión del demonio".

No había entonces en Lutero lo que debía hacer de él más tarde el reformador de la Iglesia, su entrada en el convento es la prueba. Era tina acción conforme a la tendencia del siglo pero Lutero debía contribuir pronto a separar de ella a la Iglesia. El que debía llegar a ser el doctor del mundo, era todavía su servil imitador. Fue añadida una piedra al edificio de las supersticiones, por el mismo que debía destruirlo después. Lutero buscaba su salud en sí mismo y en las prácticas y observancias humanas porque ignoraba que la salvación venga enteramente de Dios. Quería su propia justicia y gloria, desconociendo la justicia y la gloria del Señor. Pero, lo que ignoraba todavía, lo aprendió poco después. Este inmenso cambio se efectuó en el claustro de Erfurt, sustituyendo en el corazón de Lutero, Dios y su sabiduría, al mundo y sus tradiciones y preparando la poderosa Revolución de que fue el más eficaz instrumento.

Martín Lutero, al entrar en el convento, cambió de nombre y se hizo llamar Agustín. ¡Qué insensatez e impiedad!, decía hablando de esta circunstancia, el desechar el nombre de su bautismo por la capilla, así los papas se avergüenzan del nombre que han recibido en el bautismo, y manifiestan que son desertores de Jesucristo. 1

Los frailes le acogieron con gozo, no era poca satisfacción para su amor propio el ver preferida una casa de su orden a la universidad, que abandonaba uno de sus doctores más estimados. Sin embargo, le trataron con dureza y le destinaron a los trabajos más viles. Querían humillar al Doctor en Filosofía y enseñarle que su ciencia no le hacía superior a sus hermanos. Por otra parte, querían impedirle que se entregara a sus estudios de los que no hubiera sacado ningún provecho el convento. El antiguo maestro en artes debía ejercer las funciones de portero, abrir y cerrar las puertas, dar cuerda al reloj, barrer la iglesia y las celdas. 1 Y, cuando el pobre fraile que era a un tiempo portero, sacristán y criado, había concluido su trabajo y gritaban los hermanos, ¡*Cum sacco percivitatem*! A la ciudad con el saco y con sus alforjas al hombro, corría todas las calles de Erfurt mendigando de casa en casa y obligado quizá a presentarse a la puerta de los que habían sido sus amigos o inferiores pero todo lo sufría con paciencia.

Inclinado por carácter a dedicarse enteramente a lo que emprendía, llegó ser fraile de todo corazón. ¿Y, como hubiera podido dejar de pensar en castigar su cuerpo, y en

resistir a la sensualidad? solo así podía adquirir aquella humildad, aquella santidad, que había ido a buscar entre las paredes del claustro.

El pobre fraile, agobiado de trabajo, aprovechaba todos los instantes que robaba a sus viles ocupaciones, para con traerse a la ciencia. Se retiraba con gusto a engolfarse en sus estudios favoritos, pero los hermanos lo notaban, se aceraban a él, y le distraían de sus trabajos, diciéndole, ¡Vamos, vamos! no se necesita estudiar sino mendigar pan, trigo, huevos, pescado, carne, y dinero, para ser útil al convento. 1 Lutero obedecía, dejaba sus libros y tomaba la alforja lejos de arrepentirse de haber aceptado tal yugo, quería cumplir en todo la obra que había emprendido.

En aquel tiempo fue cuando empezó a desplegar la inflexible perseverancia con que prosiguió siempre las resoluciones que una vez había formado. La resistencia que oponía a los duros asaltos que experimentaba, dieron un carácter enérgico a su voluntad. Dios le probaba en pequeñas cosas, para que aprender a ser firme en las grandes. Por otra parte, para librar a su siglo de las miserables supersticiones en que gemía, era preciso que pasara por ellas. Para vaciar la copa, era menester que bebiese hasta las heces.

Aquel rudo, aprendizaje no fue, sin embargo, tan largo como hubiera podido temer Lutero. El prior del convento, a petición de la universidad de que era miembro Lutero, lo eximió de los trabajos que se le habían impuesto.

El joven fraile se dio entonces, con más ardor, al estudio. Las obras de los Padres de la Iglesia, principalmente las de Agustín, llamaron su atención. La exposición que hizo de los salmos aquel ilustre doctor y su libro de la letra y del espíritu, eran sus lecturas favoritas. Nada le hacía tanta impresión como los sentimientos de aquel padre, sobre la corrupción de la voluntad del hombre y la gracia divina. Sentía por su propia experiencia la realidad de esta corrupción y la necesidad de esta gracia. Las palabras de Agustín, simpatizaban con su corazón, y, si hubiera podido pertenecer a otra escuela que la de Jesucristo, hubiera sido sin duda a la del doctor de Hipona. Sabía casi de memoria las obras de Pedro de Ailly y de Gabriel Biel. Le admiró lo que dice el primero, que si la Iglesia no se hubiese decidido por lo contrario, sería preferible admitir que se reciben real y verdaderamente en la cena el pan y el vino, y no sus simples accidentes.

Estudió también con cuidado los teólogos Occam y Gerson, que hablan con tanta libertad sobre la autoridad de los papas. A estas lecturas unía otros ejercicios. En las disputas públicas desenredaba los argumentos más complica dos y salía de laberintos en que otros se perdían, dejando admirado todo el auditorio. 1

Pero no era para adquirir la reputación de grande ingenio, por lo que había entrado en el claustro, sino para buscar el alimento espiritual, * por lo que no consideraba sus estudios sino como pasatiempo.

Gustaba, sobre todas las cosas, de beber la sabiduría en el manantial puro de la palabra de Dios. Halló en el convento una Biblia, atada con una cadena y siempre iba a leerla. Comprendía poco la palabra, con todo ella era su más agradable lectura. Le sucedía a veces pasar todo el día meditando sobre un solo pasaje.

Otras veces aprendía de memoria trozos de los profetas. Deseaba sobre todo, que los escritos de los apóstoles y profetas le hiciesen conocer bien la voluntad de Dios, aumentar el temor que le inspiraba su nombre y robustecer su fe con los firmes testimonios de la palabra. 1

Por este tiempo empezó, a lo que parece, a estudiar las escrituras en las lenguas originales y a echar los cimientos de la más perfecta y útil de sus obras, la traducción de la Biblia, para la cual se servía de un lexicón hebreo de Reuchlin, que acababa de parecer. Un hermano del convento, versado en las lenguas griega y hebrea y con quien tuvo siempre íntima amistad, Juan Lange, le dio probablemente las primeras direcciones. 3 Se valía también mucho de los sabios comentarios de Nicolás Lyra, muerto en 1340. Esto hacía decir a Pflug, que fue después obispo de Naumbourg, si Lyra no hubiese tocado la lira, Lutero no hubiera saltado jamás. "Si Lyra non lyrasset, Lutherus non saltasset".

El joven fraile estudiaba con tanta aplicación y celo, que le sucedió muchas veces, no rezar las horas en dos o tres semanas pero después se asustaba, pensando que había quebrantado las reglas de su orden. Entonces se encerraba para reparar su descuido repetía escrupulosamente todas las horas que había dejado de rezar, sin pensar ni en comer ni en beber.

Deseando ardientemente llegar a la santidad que había ido a buscar en el claustro, Lutero se entregó a todo el rigor de la vida ascética. Procuraba castigar la carne con ayunos, maceraciones y vigilias. * Encerrado en su celda como en una cárcel, luchaba sin cesar contra los malos pensamientos y los males inclinaciones de su corazón. Un poco de pan y arenque era muchas veces su único alimento; es cierto que era muy sobrio naturalmente, pues sus amigos le vieron más de una vez, aun en el tiempo en que no pensaba ganar el cielo con abstinencias, contentarse con muy pocos alimentos.

1 De aquí se puede inferir el poco caso que se debe hacer de las fabulas que la ignorancia y la parcialidad han esparcido sobre la intemperancia de Lutero. En la época de qué hablamos, nada le costaba para ser santo, a fin de ganar el cielo. Nunca tuvo la iglesia romana un fraile más devoto, nunca vieron los claustros trabajos más concienzudos e infatigables para conseguir la eterna felicidad. 2 Cuando Lutero llegó

a ser reformador y dijo que el cielo no se compra, sabía bien lo que decía...verdaderamente, escribía al duque Jorge de Sajonia, yo he sido un fraile piadoso y he seguido con más severidad que puedo decirlo, las reglas de mi orden. Pueden atestiguarlo todos los religiosos que me han conocido. Si algún fraile hubiera podido entrar en el cielo por sus frailerías, no hay duda que yo hubiera entrado. Si hubiera durado mucho tiempo aquella rigidez, yo me hubiera martirizado hasta morir, a fuerza de austeridades. *

Llegamos a la época en que Lutero fue hecho hombre nuevo llegando a conocer la inmensidad del amor de Dios y pudiendo ya anunciarlo al mundo. No disfrutaba Lutero, en el retiro del claustro y en la perfección monacal, aquella paz que fue a buscar allí. Quería asegurar su salvación, esta era la gran necesidad de su alma fuera de ella no hallaba descanso. Pero, no solo le perseguían en su celda los temores que le habían agitado, sino que se aumentaban el menor grito de su conciencia resonaba con fuerza bajo las bóvedas silenciosas del claustro.

Dios le condujo a él para que aprendiese a conocerse a sí mismo y a desconfiar de sus propias fuerzas y virtud. Su conciencia, iluminada por la Palabra divina, le decía lo que era ser santo pero estaba lleno de espanto, no hallando en su corazón ni en su vida aquella imagen de santidad que había contemplado con admiración en la palabra de Dios. ¡Triste descubrimiento que hace todo hombre sincero!. No poseía la justicia interior ni la exterior, ¡no había en él más que impureza, pecado!... Cuanto más ardiente era el carácter de Lutero, tanto más fuerte era la resistencia secreta y constante que la naturaleza del hombre opone al bien de suerte que había caído casi en la desesperación. Los frailes y los teólogos de aquel tiempo le invitaban a hacer obras que pudiesen satisfacer la justicia divina. Pero que obras, se decía, ¿podrán salir de un corazón como el mío? ¿Cómo podré yo, con obras manchadas en su misma esencia, sostenerme ante la santidad de mi juez? Yo me hallaba, en presencia de Dios, un gran pecador, escribe, y no creía que me fuese posible aplacarle con mis méritos. Estaba agitado, aunque triste y evitaba las fútiles y groseras conversaciones de los frailes, estos, que no podían comprender los combates interiores que experimentaba Lutero, le miraban con extrañeza y se quejaban de su aire taciturno y silencioso.

1 Un día, refiere Cochlaeus, que celebraban la misa en la capilla, Lutero, triste, angustiado, y suspirando, se hallaba en el coro entre sus hermanos al tiempo del evangelio, el pobre fraile, no pudiendo ya contener su tormento y echándose de rodillas, gritó con un tono lamentable, no soy yo, no soy yo, todos se sorprendieron y la solemnidad se interrumpió un instante. Puede ser que se le figurarse a Lutero oír alguna reconvención hallándose inocente, puede ser que se acusase de ser indigno de entrar en el número de los que aspiraban a la vida eterna, que les ofrecía la muerte de Cristo.

Cochlasus dice, que se leía entonces la historia del mudo de cuyo cuerpo arrojó Jesús un demonio: acaso, si es cierta la historia, el grito de Lutero, tenía relación con aquel suceso, y protestaba con aquel grito que su silencio dimanaba de otra causa que de la posesión del diablo. En efecto este Cochlaeus nos dice que los frailes atribuyen a veces las angustias de su hermano a un comercio secreto que tenía con el demonio y el mismo escritor es de esta opinión. 1

Una conciencia timorata le hacía mirar a Lutero la menor falta como un gran pecado y luego que descubría alguna, procuraba expiarla con grandes mortificaciones pero esto no servía más que para hacerle conocer la ineficacia de todos los remedios humanos. Me he atormentado hasta morir, dice, por conseguir, para mi corazón turbado y mi conciencia agitada, la paz de Dios pero, rodeado de tinieblas espantosas, yo no encontraba la paz en ninguna parte.

Las prácticas de la santidad monacal, que aletargaban tantas conciencias y a las que había apelado él mismo en sus angustias, le parecieron ya inútiles remedios de curanderos y charlatanes. Siendo fraile, cuando sentía que me asaltaba alguna tentación, me decía a mí mismo, soy perdido L. y al punto recurría a mil medios para acallar los gritos de mi conciencia. Me confesaba todos los días, pero esto no me servía de nada y entonces agobiado de tristeza me abrumaba la multitud de mis pensamientos y me decía mí mismo, ¡Con que todavía eres envidioso, impaciente, colérico…! es decir que nada te ha servido, ¡oh infeliz! el haber entrado en esta sagrada orden....

Y sin embargo, imbuido Lutero en las preocupaciones de su tiempo, había considerado, desde su juventud, las prácticas cuya ineficacia experimentaba ya como remedios seguros para las enfermedades del alma. ¿Qué pensar del raro descubrimiento que acababa de hacer en la soledad del claustro? ¡Con que se puede habitar en el santuario y llevar dentro de sí un hombre de pecado...!

Lutero ha recibido otro vestido, pero no otro corazón. Sus esperanzas se han frustrado. ¿A qué se decidirá? Todas estas reglas y observancias, se decía Lutero, no serían acaso más que invenciones de los hombres, semejante suposición le parecía a veces una seducción del diablo y otras una irresistible verdad. Alternativamente en lucha con la santa voz que hablaba a su corazón y con las instituciones venerables que había sancionado los siglos, Lutero pasaba su vida en un continuo combate. El joven fraile, parecido a un espectro, se arrastraba en los largos corredores del claustro dando tristes gemidos. Se consumía su cuerpo, sus fuerzas le abandonaban y a veces quedaba como muerto. 1

Un día oprimido de tristeza, se encerró en su celda y no permitió a nadie que entrara. Uno de sus amigos, Lucas Edemberger, inquieto acerca del desgraciado fraile y teniendo algún presentimiento del estado en que se hallaba fue con algunos

muchachos, acostumbrados a cantar en los coros, a llamar a la puerta de la celda, nadie responde ni abre, el buen Edemberger, más asustado todavía, derriba la puerta y ve a Lutero tendido en el suelo sin sentido entonces hace entonar a los muchachos un suave cantico sus voces puras obran como un encanto en el pobre fraile, que gustó siempre de la música y poco a poco recobra sus fuerzas, el conocimiento y la vida. 2 Pero si la música pudo serenarle un poco por algunos instantes, se necesitaba otro remedio más fuerte para curarle radicalmente, se necesitaba aquel sonido dulce y sutil del Evangelio, que es la voz del mismo Dios. Él lo sabía bien y por lo mismo sus dolores y aflicciones le conducían a estudiar con nuevo celo los escritos de los apóstoles y de los profetas.'

FOOTNOTES

(1) Hujus mundi contemptu,ing Tessus est repente, multis admiranti-bus, monasterium...(CocbJaeus, 1.)

(2) Inviía semi-mortua. (Melch. Adami, V. L.,p. 102.)

(3) Gott geb dass es nicht ein Betrug und teuflisch Gespenst sey I (L. Epp. II., p. 101.)

(4) SurGenése, XXXIV 3.

(5) Loca immunda purgare coactus fuit. (M. Adami, Vit. Luth., 103.)

(6) Selnecceri, Orat. de Luth. (Mathesius, p. 5.)

(7) In disputationibus publicis labyrinthos aliis inextricabiles diserta multis admirantibus explicabat. (Melancht., Vit. Luth.)

(8) Ineo vitse genere non famam ingenii, sed alimenta pietalis quarebat. (Ibid.)

(9) Et firmis testimoniis aleret timorem et fidem. (Mel., Vit. Luth.)

(10) Gesch. d. deutsch. Bibelüberselzung.

(11) Summa disciplinae severitate se ipse regit, et omnibus exercitiis lectionura, disputationum, jejuniorum, precnm, omnes longe superar. (Melancht.. Vita Lmh.)

(12) Erat enim naturí, valde modici cibi et potus. (Melancth., Vita Luth.)

(13) Strenué instudiis et exercitiis spiritualibus, militavit ibi Deo annis qnatuor. (Cochlaeus, I.)

(14) Visns est fratribus non nihil singularitatis habere. (Cochlaeus, 1.)

(15) Cum repente ceciderit vociferans: “Non sum ! Non sum !” (Ibid.)

(16) Ex occulto aliquo cum sermone cominario. (Ibid.)

(17) Saepé cum cogitantem attentius de ira Dei, aut de mirandis pae-narum exemplis, subito tanti terrores concutiebant, ut penfe examina-retur. (Melanchton, Vita Luth.)

(18) Seckend., p. 53.

(19) Hoc studium ut magis expeteret, illis suis doloribus et pavoribus movebatur. (Melancht., Vita Luth.)

CAPÍTULO IV

Hombres devotos — Staupitz — Su risita — Conversaciones — La Gracia de Cristo — El arrepentimiento — La elección — La Providencia — La Biblia — El Viejo Fraile — La Remisión de los Pecados — Consagración — La comida — Corpus Christi — Vocación en Wittemberg.

Lutero no era el primer fraile que hubiese pasado por semejantes combates. Los claustros ocultaban con frecuencia en la oscuridad de sus muros vicios abominables que hubieran hecho estremecer a toda alma timorata si se hubieran patentizado pero a menudo también encerraban virtudes cristianas que se practicaban en silencio y que, manifestadas al mundo, hubieran causado su admiración. Los que poseían aquellas virtudes no vivían sino consigo mismos y con Dios, no llamaban la atención, y aun eran ignoradas muchas veces, del humilde convento en que se abrigaban. Aquellos humildes solitarios caían a veces en la teología mística, triste enfermedad de las más nobles almas, que hizo en otro tiempo las delicias de los primeros frailes en las márgenes ¿Del Nilo, y que consume inútilmente los espíritus de que se apodera?

Sin embargo, cuando alguno de aquellos hombres era llamado a un puesto eminente, desplegaba en él virtudes cuya influencia saludable se extendía lejos y por largo tiempo. La vela estaba encendida, alumbraba toda la casa y su luz despertaba a muchos. Así aquellas almas devotas se propagaban de generación en generación y se les vio brillar como antorchas solitarias, en los mismos tiempos en que no eran frecuentemente los claustros sino receptáculos impuros de la más profunda ignorancia.

Un joven se hizo notable de este modo en uno de los conventos de Alemania, se llamaba Juan Staupitz y era descendiente de una noble familia de la Misnie. Desde su infancia amó las ciencias y la virtud, 1 y sintió la necesidad del retiro para dedicarse a las letras. Pronto conoció que la filosofía y el estudio de la naturaleza no podían contribuir mucho a la salvación eterna. Se puso pues a estudiar la teología; pero se aplicaba principalmente a unir la práctica con la ciencia; porque, dice uno de sus biógrafos, en vano es hacer alarde del nombre de teólogo, si no se acredita este bello título, con su vida.

3 El estudio de la Biblia, y de la Teología de San Agustín, el conocimiento de sí mismo, los combates que tuvo que sufrir, como Lutero, contra los ardides y la concupiscencia de su corazón, le acercaron al Redentor y halló la paz de su alma en la fe en Cristo. Se adhirió principalmente a la doctrina de la elección de la gracia. Lo justo de su vida, la profundidad de su ciencia, la elocuencia de su palabra, no menos que su exterior distinguido, y sus modales, llenos de dignidad,3 le recomendaban a sus contemporáneos. El elector de Sajonia, Federico el Sabio, fue su amigo, lo empleó en varias embajadas, y fundó, bajo su dirección, la Universidad de Wittemberg. Aquel

discípulo de San Pablo y de San Agustín fue el decano de la Facultad de Teología de aquella escuela, de donde había de salir un día la luz que iluminase las escuelas e iglesias de tantos pueblos. Asistió al concilio de Letrán, en nombre del arzobispo de Salzbourg, llegó a ser provincial de su orden en Thuringe y en Sajonia y más tarde vicario general de los Agustinos de toda la Alemania.

Staupitz se condolía de la corrupción de las costumbres y de los errores de doctrina que afligían a la Iglesia. Sus escritos sobre el amor de Dios, sobre la fe cristiana, sobre la semejanza de la muerte del justo con la de Cristo, y el testimonio de Lutero lo acreditan pero consideraba el primero de aquellos males como más grave que el segundo.

Por otra parte, la afabilidad e indecisión de su carácter y su empeño de no salir del círculo de acción en que se creía encerrado, le hacían más propio para ser el restaurador de un convento, que el Reformador de la Iglesia. Hubiera querido no colocar en empleos de alguna importancia sino hombres distinguidos, pero, cuando no los encontraba, se resignaba a emplear otros. Es menester arar, decía, con caballos, y si no los hay con borricos. 1

Ya hemos visto las angustias y luchas interiores, que padecía Lutero en su convento de Erfurt. En aquel tiempo se anunció la visita del vicario general. Staupitz llegó en efecto y el amigo de Federico, el fundador de la Universidad de Wittemberg, el superior de los Agustinos, manifestó su benevolencia a aquellos frailes sometidos a su autoridad.

Pronto llamó su atención uno de los hermanos era un joven de estatura mediana que el estudio, la abstinencia y las vigilias habían enflaquecido tanto, que se podían contar todos sus huesos. 2 Sus ojos, que más tarde fueron comparados a los del halcón, estaban entonces abatidos, su andar era triste, su mirar indicaba un alma agitada, entregada a mil combates, pero fuerte sin embargo y propensa a la resistencia, había en toda su persona algo de grave, de melancólico y solemne. Staupitz, que tenía una larga experiencia de los hombres, descubrió fácilmente lo que pasaba en el interior de Lutero y distinguió este joven hermano, de entre los que le rodeaban, se sintió atraído hacia él, previó sus grandes destinos, y concibió un interés particular por su subordinado. El también tuvo sus luchas como Lutero, y así pudo comprender a éste, y aun mostrarle el camino de la paz que había encontrado. Lo que supo de las circunstancias que llevaron a Lutero al convento, aumentó su simpatía. Recomendó al prior que le tratara con más suavidad, y aprovechó

Las ocasiones que su empleo le presentaba para ganar la confianza del joven fraile. Acercándose a él con afecto, procuró disipar su timidez, aumentada por el respeto y el temor que debía inspirarle un hombre de una clase tan superior como Staupitz.

El corazón de Lutero, que había estado cerrado hasta entonces, por los tratamientos duros que experimentaba, se abrió en fin y se dilató a los dulces rayos de la caridad.

Así como relucen en las aguas, las caras de los que allí se miran, así los corazones de los hombres están manifiestos a los prudentes. 1

Los corazones de Staupitz y de Lutero se entendieron. El vicario general comprendió a Lutero y éste sintió por él una confianza, que nadie le había inspirado hasta entonces. Le reveló la causa de su tristeza, le comunicó los horribles pensamientos y entonces se entablaron, en el claustro de Erfurt, conferencias llenas de sabiduría.

En vano es, decía con tristeza Lutero a Staupitz, que yo haga promesas a Dios; el pecado es siempre el más fuerte. ¡Oh amigo mío!, le respondía el vicario general aludiendo a sí mismo, yo he jurado más de mil veces a nuestro santo Dios, de vivir devotamente, y no lo he cumplido jamás; pero ya no quiero jurar, porque sería en falso. Si Dios no quiere concederme su gracia, por el amor de Cristo, y permitirme salir con felicidad de esta tierra, cuando llegue el caso, no podré, con todas mis promesas y buenas obras, subsistir en su presencia; será menester que yo perezca. *

La idea de la justicia divina, asusta al pobre fraile, y expone sus temores al vicario general. La inefable santidad de Dios y su soberana majestad le espantan. ¿Quién podrá sostener el día de su venida? ¿Quién podrá subsistir cuando aparezca?

Staupitz vuelve a tomar la palabra, sabe donde ha encontrado la paz y quiere mostrársela al joven. ¿Porqué te atormentas, le dice, de todas estas especulaciones y de todos estos altos pensamientos? Mira las llagas de Jesucristo y la sangre que ha derramado por ti ahí es donde la gracia de Dios te aparecerá. En lugar de martirizarte por tus faltas, échate en los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. No retrocedas, Dios no está irritado contra ti, tú eres quien este irritado contra Dios, escucha a su Hijo, él se ha hecho hombre por darte la seguridad de su divino favor, te dice, tú eres mi oveja, tú oyes mi voz, y nadie te arrancara de mi mano.

Sin embargo, Lutero no halla en sí el arrepentimiento, que cree ser necesario para su salvación y da al vicario general la respuesta ordinaria de las almas angustiadas y tímidas.

¿Cómo atreverme a creer en el favor de Dios, mientras no estoy verdaderamente convertido? Es menester que yo cambia para que me acepte.

Su venerable guía le hace ver que no puede haber verdadera conversión, mientras tema el hombre a Dios como a un juez severo. ¡Qué diréis entonces!, exclama Lutero,

de tantas conciencias a quienes se prescriben mil mandamientos impracticables para ganar el cielo.

Entonces oye esta respuesta del vicario general, que le parece no venir de un hombre, sino que es una voz que baja del cielo.* No hay, dice Staupitz, más arrepentimiento verdadero, que el que empieza por el amor de Dios y de la Justicia. 3

Lo que muchos creen ser el fin y el cumplimiento del arrepentimiento no es, al contrario, sino su principio. Para que abundes en amor al bien, es preciso que antes abundes en amor a Dios. Si quieres convertirte, no te entregues a todas esas maceraciones y a todos esos martirios. Ama a quien primero te amo, escucha Lutero y no se harta de escuchar. Aquellas consolaciones le llenan de un gozo desconocido y le dan una nueva luz. Jesucristo es, pensaba en sí mismo, sí, el mismo Jesucristo es el que me consuela tan admirablemente con estas dulces y saludables palabras.

En efecto, ellos penetraron hasta el fondo del corazón del joven fraile, como la flecha aguda arrojada por un brazo fuerte. 2 ¡Para arrepentirse es menester amar a Dios! Iluminado con esta nueva luz, se pone a cotejar las escrituras, buscando todos los pasajes en que hablan de arrepentimiento de conversión. Estas palabras, tan temidas hasta entonces para emplear sus propias expresiones, son ya para él un juego agradable y la más dulce recreación.

Todos los pasajes de la escritura que le asustaban, le parece ya que acuden de todas partes, que sonríen, saltan a su derredor, y juegan con él. 3 Antes, exclama, aunque yo disimulase con cuidado delante de Dios el estado de mi corazón y me esforzase mostrarle un amor forzado y fingido, no había para mí en la escritura ninguna palabra más amarga que la de arrepentimiento pero ahora no hay ninguna que me sea más dulce y agradable. 4 Oh ¡Cuán dulces son los preceptos de Dios, cuando se leen en los libros y en las preciosas llagas del salvador! *

Sin embargo, consolado Lutero con las palabras de Staupitz, recaía a veces en el abatimiento. El pecado se mostraba de nuevo a su conciencia temerosa, y entonces a la alegría de la salvación sucedía toda su antigua desesperación. ¡Oh, pecado, pecado, pecado!" exclamó un día el joven fraile, en presencia del vicario general, con el acento más doloroso. Y ¡que! ¿Quisieras no ser pecador más que en pintura, replicó este, y no tener tampoco más que un salvador en pintura? Luego añadió Staupitz, con autoridad, sabe, que Jesucristo es salvador, aun de los que son grandes y verdaderos pecadores y dignos de toda condenación.

Lo que agitaba a Lutero, no era solamente el pecado que hallaba en su corazón a las turbaciones de la conciencia se juntaban las de la razón. Si los santos preceptos de la Biblia le asustaban, algunas doctrinas del divino libro aumentaban sus

tormentos. La verdad, que es el gran medio por el cual da Dios la paz al hombre, debe necesariamente empezar por despojarle de la falsa seguridad que le pierde. La Doctrina de la Elección, turbaba sobre todo al joven, en golfeándole en meditaciones profundas. ¿Debía creer que el hombre escoge a Dios, o que Dios escoge al hombre? La Biblia, la historia, la experiencia diaria, los escritos de Agustín, todo le mostraba que era menester siempre y en todas las cosas, volver en último resultado a voluntad soberana, por la que existe todo, y de la que todo depende. Pero su espíritu ardiente hubiera querido ir más lejos: hubiera querido penetrar en el consejo privado de Dios, descubrir los misterios, ver lo invisible, y comprender lo incomprensible. Staupitz contuvo su ardor, y le aconsejó que no pretendiese sondear el Dios oculto, sino que se atuviese a lo que se nos manifiesta en Cristo. Mira las llagas de Cristo, le dijo, y veras resplandecer en ellas el consejo de Dios para con los hombres. No se puede comprender a Dios, fuera de Jesucristo. En Cristo hallareis lo que soy y lo que pido, ha dicho el Señor, No lo hallareis en otra parte, ni en el cielo ni en la tierra.

Hizo más todavía el vicario general, hizo reconocer a Lutero el designio paternal de la providencia de Dios, permitiendo aquellas tentaciones y aquellos combates que debía sostener su alma, hizo que los considerara bajo un aspecto propio a reanimar su valor. Dios prepara por tales pruebas, las almas que destina a alguna obra importante. Si hay una educación necesaria a todo hombre, hay otra particular para los que deben obrar sobre su generación. Esto es lo que Staupitz representó al fraile de Erfurt. "No en vano", le dijo, "te ejercita Dios con tantos combates, tú lo veras, se servirá de ti en las cosas grandes como ministro suyo".

Estas palabras que Lutero escucha con asombro y humildad, le llenan de valor y le hacen reconocer en sí fuerzas que no había sospechado tuviese. La sabiduría y la prudencia de un amigo instruido, revelan poco a poco al hombre fuerte lo que vale. Staupitz no se limitó a lo dicho sino que dio a Lutero un buen plan para sus estudios, exhortándole a aprender en adelante lo de la Teología en la Biblia, desentendiéndose de los sistemas de las escuelas. "Sean las Escrituras", le dijo, "vuestra ocupación favorita". Jamás buen consejo fue mejor seguido. Pero lo que regocijó sobre manera a Lutero, fue una Biblia que Staupitz le regaló. Poseía en fin aquel tesoro, que no pudo conseguir en la biblioteca de la universidad, ni en la cadena del convento, ni en la celda de un amigo. Desde entonces pudo ya estudiar la escritura y principalmente las epístolas de San Pablo, con un celo cada vez más ardiente, y solo añadía a esta lectura, la de San Agustín. Todo lo que lee, queda grabado en su memoria. Los combates han preparado su espíritu a comprender la palabra. La tierra ha sido labrada hondamente y la semilla incorruptible se arraiga en ella con vigor.

Staupitz dejó por fin Erfurt y durante su permanencia en el convento, rayó una nueva luz para Lutero. Empero, no está concluida la obra, el vicario general la había preparado y Dios reservaba su cumplimiento a un instrumento más humilde. La

conciencia del joven Agustín no había hallado aun el descanso y su cuerpo sucumbió por fin a los esfuerzos de su alma. Contrajo una grave enfermedad, que le pasó a orillas del sepulcro y fue en el segundo año de su residencia en el convento. Todas sus angustias y terrores reaparecieron al acercársele la muerte. Sus impurezas, y la santidad de Dios turbaron de nuevo su alma. Un día que estaba casi desesperado, un fraile viejo entró en su celda y le dirigió unas palabras consoladoras, Lutero le abrió su corazón y le manifestó los temores que le agitaban.

El respetable anciano era incapaz de comprender, como Staupitz, las dudas que atormentaban aquella alma, pero sabía el Credo, y encontró en él con que consolar su corazón, así pues, trató de aplicar este remedio al joven hermano, hablándole de este símbolo de los apóstoles, que aprendió Lutero en la Escuela de Mansfield, cuando niño, el anciano fraile recitó con sencillez y gravedad este artículo. Creo en la remisión do los pecados. Estas simples palabras, que el devoto hermano pronunció con candor en aquel momento decisivo, derramaron un gran consuelo en el alma de. Lutero. "Creo", repetía en su cama de dolor, creo en la remisión de los pecados. — ¡Ah! dijo el fraile, no basta creer que los pecados son perdonados a David o a Pedro, esto es lo que creen los demonios, el mandamiento de Dios dice que creamos que nos son perdonados a nosotros mismos. 1 ¡Cuán dulce pareció este mandamiento al pobre Lutero! He aquí lo que dice San Bernardo en su discurso sobre la anunciación", añadió el viejo fraile, el testimonio que deposita el Espíritu Santo en tu corazón, es este. Tus pecados te son perdonados.

Desde aquel momento brilló la luz en el corazón del joven fraile de Erfurt. La Palabra de la Gracia ha sido pronunciada y él la ha creído. Renuncia a merecer la salvación y se entrega con confianza a la gracia de Dios en Jesucristo. No alcanza las consecuencias del principio que ha admitido porque se halla todavía apegado sinceramente a la Iglesia, sin embargo, ya no tiene necesidad de ella habiendo recibido la salvación del mismo Dios y desde entonces está virtualmente destruido en él, el Catolicismo Romano.

Procura adelantar más, investiga, en los escritos de los apóstoles y profetas, todo lo que puede robustecer la esperanza que llena su corazón, todos los días implora el socorro de lo alto y todos los días se aumenta la luz en su alma.

La salud que halló su espíritu, hizo que el cuerpo recobrara la suya, convaleció prontamente de esta doble enfermedad. Las fiestas de Navidad que llegaron enseguida, le hicieron disfrutar, con abundancia, todas las consolaciones de la fe. Tomó parte, con una dulce emoción, en aquellas solemnidades, y, cuando llegó el caso de cantar estas palabras, ¡O beata culpa qum talem meruisti Redemptorem! Dijo, Amén, con toda su alma y saltó de gozo. Hacía dos años que Lutero estaba en el claustro y estaba en vísperas de ser consagrado presbítero. Mucho había recibido y se

le presentaba la perspectiva que le ofrecía el sacerdocio de dar gratuitamente lo que gratuitamente recibió. Quiso aprovechar de la ceremonia que iba a efectuarse para obtener una completa reconciliación con su padre, le suplicó que asistiese a ella y aun que fijase el día. Juan Lutero, que no estaba todavía enteramente aplacado contra su hijo, aceptó no obstante la invitación y señaló el domingo 2 de Mayo, 1507. Entre los amigos de Lutero se hallaba el vicario de Eisenach, Juan Braun, que fue su fiel consejero mientras vivió en aquella ciudad. Lutero le escribió, el veinte y dos de

Abril, una carta, que es la más antigua del Reformador y tenía el rótulo siguiente: "A Juan Braun, santo y venerable sacerdote de Cristo y de María". Solo en las dos primeras cartas de Lutero, se encuentra el nombre de María.

El Dios que es glorioso y santo en todas sus obras, dice el aspirante al sacerdocio, habiéndose dignado elevarme magníficamente, a mí infeliz y indigno pecador en todas maneras y llamarme, por su sola y muy liberal misericordia, a su sublime ministerio, debo, para atestiguar mi reconocimiento a una bondad tan divina y magnífica (a lo menos tanto como puede hacerlo el polvo), llenar de todo mi corazón el oficio que me está confiado.

Por tanto, carísimo padre, señor y hermano, vengo a pediros que os dignéis, si el tiempo y vuestros asuntos eclesiásticos y domésticos os lo permiten, favorecerme con vuestra presencia y oraciones, a fin de que mi sacrificio sea agradable ante la faz de Dios.

Pero os advierto, que debéis venir directamente a nuestro monasterio y habitar en él algún tiempo con nosotros, sin buscar afuera una hostelería. Es menester que seáis un habitante de nuestras celdas.

Llegó por fin el día. El minero de Mansfield no faltó a la consagración de su hijo y aun le dio una prueba inequívoca de su afecto y generosidad, regalándole veinte florines.

Se celebró la ceremonia y el que ofició fue Gerónimo, obispo de Brandeburgo. En el momento de conferir a Lutero el poder de celebrar la misa, le puso el cáliz en las manos, y le dijo estas solemnes palabras, Accipe potestatem sacrijicandi provivis et mortuis. Recibe el poder de sacrificar por los vivos y por los muertos. Lutero escuchó entonces, con tranquilidad estas palabras, que le concedían el poder de hacer la obra misma del Hijo de Dios, las que le hicieron estremecer después. Si la tierra no nos trajo entonces a ambos, dice, no fue porque no lo mereciéramos, sino por la gran paciencia y longanimidad del Señor.

Enseguida el padre comió en el convento con su hijo, con los amigos del joven sacerdote y con los frailes. Cayó la conversación sobre la entrada de Martín en el claustro, los hermanos la exaltaban mucho, como un acto de los más meritorios; y

entonces el inflexible Juan, volviéndose hacia su hijo, le dijo: ¿No has leído en la escritura, que se debe obedecer a su padre y a su madre? 1 Estas palabras hicieron impresión en Lutero, ellas le presentaban bajo un aspecto muy diferente la acción que le había conducido en el convento y resonaron mucho tiempo después en su corazón.

Poco tiempo después de su consagración, hizo Lutero, por consejo de Staupitz, pequeñas correrías a píe en los curatos y conventos circunvecinos, ya por distraerse y procurar a su cuerpo el ejercicio necesario, ya para acostumbrarse a la predicación.

La Fiesta de Corpus debía de celebrarse con pompa en Eisleben, el vicario general debía concurrir, Lutero asistió también. Todavía tenía necesidad de Staupitz y buscaba todas las ocasiones de encontrarse con aquel conductor instruido, que guiaba su alma en el camino de la vida.

La procesión fue muy concurrida y brillante, el mismo Staupitz llevaba el santo sacramento y Lutero seguía, revestido de capa. La idea de que era el mismo Jesucristo el que llevaba el vicario general y que el Señor estaba allí en persona delante de él, hirió de repente la imaginación de Lutero y le llenó de tal asombro, que apenas podía andar, corréale el sudor gota a gota, bamboleó y creyó que iba a morir de angustia y de espanto. En fin se acabó la procesión: aquel sacramento que había despertado todos los temores del fraile, fue colocado solemnemente en el sagrario y Lutero, hallándose solo con Staupitz, se echó en sus brazos y le manifestó el espanto que se había apoderado de él.

Entonces el buen vicario general, que hacía mucho tiempo conocía al buen salvador que no quiebra la caña que esta cascada, le dijo con dulzura, no era Jesucristo, hermano mío, Jesús no espanta, sino consuela.

No debía permanecer Lutero encerrado en un oscuro convento, llegado era el tiempo en que fuese trasladado a teatro más vasto. Staupitz, con quien conservó siempre relaciones, conocía bien que el joven fraile tenía un alma demasiado activa para ser encerrada en un círculo tan pequeño, habló de él a Federico, elector de Sajonia y este príncipe ilustrado, llamó a Lutero en 1508, probablemente hacia el fin del año y le nombró profesor de la Universidad de Wittemberg. Wittemberg era un campo en el que debía dar fuertes combates y Lutero sintió que allí se encontraba su vocación. Le avisaron que fuese prontamente a su nuevo destino, acudió sin tardanza a la llamada y, en la precipitación de su partida, no tuvo ni aun el tiempo de escribir al que llamaba su maestro y su amado padre, el cura de Eisenach, Juan Braun, pero lo hizo algunos meses después. Mi salida ha sido tan repentina, le escribía, que los mismos con quienes vivía lo han casi ignorado. Estoy lejos, lo confieso, pero la mejor parte de mí mismo ha quedado cerca de ti. 2 Lutero había estado tres años en el claustro de Erfurt.

FOOTNOTES

1 Ateneris unguiculis, generoso animi ímpetu, ad virtutem el eru-ditam doctrinaria contendit. (Melch. Adam., Vita Staupitz.)

2 lbid.

3 Corporis forma atque statura conspicuus. (Cochl., 3.)

1 L. Opp. (W.), V. 2189

2 P. Mosellani Epist

1 Proverbios, cap. XXVIT., ver. 19

2 Opp. (W.), VIH., 2725

1 L. Opp. (W.), fl., 364.

* Te relut y coelo sonantem accepimus. (L. Epp., I., 115, ad Staupitzium, du 30 mai 1518.)

2 Penitentia vero non est, nisi quae ab araore justiciae st Dei incipit, etc. (L. Epp. I., 1 15, ad Staupitzium, du 30 mai 1518.)

1 Memini ínter jucundissimas et salutares fabulas tnas, quibus me solet Do minus Jesús mirificé consolari. (L. Epp. I., 115, ad Staupit-zium, du 30 mai 1518.)

2 Haesit hoc verbum tuum inme, sicut sagitta potentis acuta. (L. Epp. I., 115, ad Staupitzium, du 30 mai 1518.)

* Ecce jucundissimum ludum, verba undique mihi colludebant, planéque huic sententiee arridebant et assultabant. [lbid.]

* Nunc nihil dulcins aut gratias mihi sonet quam pamitentia, etc. (L. Epp. I., 115.)

* Ita enim dulcescunt prcecepta Dei, quando non inlibris tantum, sed invulneribus dulcissimi Salvatoris legenda intelligimus. (Ibid.)

1 L. Opp. (W.), XXII., p. 489

1 Davicli aut Petrc.sed mandatum Dei esse, ut singuli homines nobis reraiui peccata credamus. (Melancht., Vit Lutb.)

1 Oh! dichosa culpa que has merecido un tal Redentor! (Matheius, p. 5.1

1 L.Opp. XVI. (W.), 1144.

2 Ei, hast du nicht auch gehórt dass man Eltern solí gehorsam seyn. (L. Epp. II., 101.)

1 Es ist nicht Christus, denn Christus scbreckt nicht, sondern tros-tet nur. (L. Opp. (W.) XXII., p. 513 y 724.)

2 L. Epp. I., p. 5 (del 17 Marzo 1509.)

CAPÍTULO V

Primeras enseñanzas — Lecciones Bíblicas — Sensación — Sermones en Wittemberg — La Capilla Vieja — Impresión.

Llegado que hubo Lutero a Wittemberg, se dirigió al convento de los Agustinos, en donde le estaba señalada una celda porque aunque profesor, no dejó de ser fraile. Estaba nombrado para enseñar la física y la dialéctica. Al asignarle estas ramas, pensaban sin duda, en los estudios filosóficos que había hecho en Erfurt y en el grado de maestro en hartas que disfrutaba. Así Lutero, que tenía hambre y sed de la palabra de Dios, se veía obligado a contraerse casi exclusivamente al estudio de la filosofía escolástica de Aristóteles. Tenía necesidad del pan de vida que da Dios al mundo y debía ocuparse de las sutilezas humanas. ¡Qué sujeción! ¡Cuántos suspiros! Estoy bien, por la gracia de Dios, escribía a Braun, a no ser que tengo que estudiar con todas mis fuerzas la filosofía.

Desde mi llegada a Wittemberg, he deseado vivamente cambiar este estudio por el de la teología pero (añadía, porque no se creyese que se trataba de la teología de aquel tiempo), pero hablo de aquella teología que busca el núcleo de la nuez, la pulpa del trigo, y la médula del hueso. 1 Cómo quiera, Dios es Dios, (continua con aquella confianza que fue el alma de su vida); el hombre se engaña casi siempre sus juicios, pero este es nuestro Dios y él nos conducirá con bondad a los siglos de los siglos. Los trabajos en que Lutero se vio entonces obligado a ocuparse, le fueron de mucha utilidad para combatir después los errores de los escolásticos.

No podía quedar en esto, el deseo de su corazón debía cumplirse. Aquel mismo poder, que algunos años antes, había impelido a Lutero a pasar del foro a la vida religiosa, le impelía entonces a pasar de la filosofía a la Biblia. Entregase con ardor al estudio de las lenguas antiguas, sobre todo a la griega y a la hebrea, a fin de adquirir la ciencia y la doctrina en las fuentes mismas de donde salen. Toda su vida fue infatigable al trabajo. 1 Algunos meses después de su llegada a la universidad, solicitó el grado de Licenciado en Teología, y lo obtuvo a fines de Marzo 1509, con objeto especial de entregarse a la Teología Bíblica, la Biblia.

Todos los días a la tina de la tarde, era llamado Lutero a hablar sobre la Biblia, conferencias preciosas para el profesor y sus discípulos, en que comprendían cada vez más el sentido divino de aquellas revelaciones, ¡tanto tiempo perdido para el pueblo y para la ciencia!

Empezó sus lecciones por la explicación de los salmos y luego pasó a la epístola a los romanos. La luz de la verdad entró en su corazón, meditando principalmente esta epístola. Retirado en su pacífica celda, consagraba horas enteras al estudio de la

divina palabra, teniendo a la vista la misma epístola de San Pablo. Un día, al llegar al versículo decimoséptimo, leyó en el este pasaje del profeta Habacuc.

El justo vivirá por la fe. Esta sentencia le hizo impresión y se dijo a sí mismo, luego hay para el justo otra vida que la del resto de los hombres, y esta vida, la fe es la que la da. Aquella palabra, que recibió en su corazón, como si Dios mismo la hubiese depositado en él, le descubrió el misterio de la vida cristiana y aumentó en él esta vida. Mucho tiempo después, en medio de sus numerosos trabajos, creía todavía oír esta voz. El justo vivirá por la fe. 1

Las lecciones de Lutero, preparadas así, se parecía poco a lo que habían oído hasta entonces. No era un retórico fecundo, ni, un escolástico pedante el que hablaba, sino un cristiano que había experimentado el poder de las verdades reveladas, que las extraía de la Biblia, las sacaba del tesoro de su corazón, y las presentaba llenas de vida a su auditorio asombrado: no era una enseñanza humana, sino divina.

Esta exposición de la verdad enteramente nueva, hizo mucho ruido, se extendió lejos la noticia y atrajo a la universidad, recientemente fundada, multitud de jóvenes estudiantes extranjeros y aun asistían a las lecciones de Lutero muchos profesores, entre ellos, el célebre Martín Pollich de Mellerstad, Doctor en Medicina, en Derecho y en Filosofía, que había organizado, con Staupitz, la Universidad de Wittemberg y fue su primer rector. Mellerstad, llamado a menudo la luz del mundo, se mezclaba modestamente con los discípulos del nuevo profesor. "Este fraile," decía, derrotará todos los doctores, introducirá una nueva doctrina, y reformará toda la Iglesia porque se funda en la palabra de Cristo y nadie en el mundo puede combatir ni destruir esta palabra, aun cuando la atacasen con todas las armas de la filosofía, de los sofistas, escoliastas, albertitas, tomistas, y de todo el infierno. 1

Staupitz, que era la mano de la providencia para desarrollar los dones y tesoros escondidos en Lutero, le invitó a predicar en la iglesia de los Agustinos. El joven profesor no quería aceptar esta proposición, porque deseaba ceñirse a las funciones académicas y temblaba al solo pensamiento de añadir a ellas la de la predicación. En vano le solicitaba Staupitz: ¡no, no!, respondía, ¡no es poca cosa hablar a los hombres en el lugar de Dios! 2 ¡Tierna humildad en este gran reformador de la Iglesia! Staupitz insistió, pero el ingenioso Lutero hallaba, dice uno de sus historiadores, quince argumentos, pretextos y efugios, para defenderse de aquella vocación y por último, continuando siempre su ataque el jefe de los Agustinos, le dijo Lutero, ¡Ah! señor doctor, si hago eso me quitáis la vida, no podría aguantar tres meses. — Sea en hora buena, respondió el vicario general, que sea así en el nombre de Dios porque Dios nuestro señor tiene también necesidad allá arriba, de hombres hábiles y entregados a él de todo corazón. Lutero hubo de consentir por fin.

En medio de la plaza de Wittemberg había una capilla vieja de madera, de treinta pies de largo y veinte de ancho, cuyos tabiques apuntalados por todas partes, amenazaban ruina. En un pulpito viejo, hecho de tablas y de tres pies de alto, digno de aquella miserable capilla, empezó la predicación de la Reforma. Dios quería que lo que debía restablecer su gloria, tuviese los principios más humildes. La iglesia de los Agustinos estaba todavía en los cimientos y mientras se concluía, servía aquel templo ruin. Este edificio, añade el contemporáneo de Lutero que nos refiere estas circunstancias, 1 puede muy bien ser comparado al establo en que nació Cristo y es en este miserable recinto donde ha querido Dios, por decirlo así, hacer nacer segunda vez a su hijo bien amado. Entre los miles de catedrales o iglesias parroquiales de que está lleno el mundo, ninguna escogió Dios entonces, para la predicación gloriosa de la vida eterna.

Empieza a predicar Lutero, todo en él llama la atención, su figura expresiva, su aire noble y su voz pura y sonora embelesan al auditorio. Los predicadores anteriores a Lutero trataron más bien de divertir a sus oyentes, que de convertirlos. La gravedad que acostumbra Lutero en sus predicaciones y el gozo evangélico que inunda su corazón, prestan a la vez a su elocuencia una autoridad, un calor, y una unción que no tuvieron sus predecesores. Dotado de un espíritu pronto y vivo, dice uno de sus adversarios, 3 de una memoria feliz y sirviéndose con una notable facilidad de su lengua nativa, Lutero no cedía en elocuencia a ninguno de su tiempo.

Hablando en la cátedra como si se hallara agitado por una fuerte pasión, hermanando su acción a sus palabras, embargaba los espíritus de sus oyentes, de un modo sorprendente y los arrastraba a donde quería, como un torrente. Tanto vigor, tanta gracia y elocuencia; se ven rara vez en los pueblos del Norte. — Tenía Lutero, dice Bossuet, una elocuencia viva e impetuosa que arrastraba los pueblos y los extasiaba. 1

A poco tiempo no podía contenerla. El auditorio que acudía en tropel, el consejo de Wittemberg escogió entonces a Lutero por su predicador y le invitó a predicar en la iglesia de la ciudad. La impresión que allí produjo fue mayor todavía. La fuerza de su genio, la elocuencia de su dicción y la excelencia de las doctrinas que anunciaba, todo pasmaba a sus oyentes. Su fama se extendió lejos, y el mismo Federico el Sabio, fue una vez a Wittemberg, para oírlo.

Había comenzado una nueva vida para Lutero. Una gran actividad reemplazó la inutilidad del claustro. La libertad, el trabajo, y la acción viva y constante, a la cual podía entregarse en Wittemberg, acabaron de restablecer en él la armonía y la paz. Ya estaba donde le correspondía; y la obra de Dios debía desplegar pronto su marcha majestuosa.

FOOTNOTES

(1) Teología quae nucleum nucis et medullam tritici et medullam

(2) Instudiis litterarum, corpore ac mente indefessus. (Paüavicini)

(3) Hist. Conc. Trid. I., 16.)

(4) Seckend., p. 55.

(5) Melch. Adam., Vita Lutheri, p. 104.

(6) Fabricus centifol. Luth., p. 33. (Mathesius, p. C.)

(7) Myconius.

(8) Florimond Raymond, Hist. hseres., cap. 5.

(9) Hist. des Variat., L 1>.

CAPÍTULO VI

Viaje a Roma — Un convento en las márgenes del Pó — Recuerdos de Roma — Devoción supersticiosa — Profanación del clero — Conversaciones — Desórdenes de Roma — Estudios bíblicos — Influencia sobre la fe — La Puerta del Paraíso — Confesión.

Lutero enseñaba a la vez en la sala académica y en el templo cuando fue interrumpido en sus trabajos. En 1510, según unos, o en 1511 o 1512 según otros, lo enviaron a Roma. Sobre algunos puntos había disentimiento entre el vicario general y siete conventos. 1 La viveza de espíritu de Lutero, la magia de su palabra y su talento para la discusión, le hicieron escoger para ser órgano de los siete monasterios cerca del papa. Así lo disponía Dios, para que Lutero conociese Roma. Lleno de preocupaciones e ilusiones, siempre se le había figurado aquella ciudad como la residencia de la santidad.

Sale Lutero, atraviesa los Alpes y a penas entra en los llanos de la rica y voluptuosa Italia, cuando encuentra, por todas partes, motivos de admiración y escándalo. El pobre fraile alemán fue recibido en un rico convento de benedictinos, situado en las orillas del Pó, en Lombardía. El tal convento, tenía treinta y seis mil ducados de renta, doce mil eran para la mesa, doce mil para los edificios y doce mil para las demás necesidades de los frailes. 2 El lujo de las habitaciones, la hermosura de los hábitos y lo escogido de los manjares, todo admiraba a Lutero.

El mármol, la seda, la suntuosidad en todo, ¡Qué nuevo espectáculo para el humilde fraile del pobre convento de Wittemberg! Se asombró y calló, pero llegó el viernes, y ¡qué nueva sorpresa! viandas abundantes cubrían la mesa de los benedictinos, aun en aquel día de abstinencia ya no pudo contenerse y rompió el silencio, La Iglesia y el papa, les dijo, prohíben tales cosas. Los benedictinos se indignaron con aquella reconvención del grosero alemán pero, habiendo insistido Lutero, y amenazándoles, quizás, de publicar sus desórdenes, opinaron algunos que lo más conveniente era deshacerse de su importuno huésped. El portero del convento le advirtió que corría riesgo si permanecía allí más tiempo por lo que se escapó de aquel monasterio epicúreo y llegó a Bolonia donde enfermó gravemente. 1 Se han querido ver, en esta enfermedad, los efectos de un envenenamiento pero es más natural suponer, que la mudanza de vida afectó al frugal fraile de Wittemberg, acostumbrado a tener por principal alimento arenques y pan.

Aquella enfermedad debía contribuir a la gloria de Dios, sin causar la muerte a Lutero. La tristeza y el abatimiento que le eran naturales, se apoderaron de él. Morir así, lejos de Alemania, bajo aquel cielo ardiente, en tierra extraña, ¡qué destino! Las angustias que sufrió en Erfurt se le renovaron con fuerza el sentimiento de sus pecados le trastornó y la idea del juicio de Dios le espantó pero, en el momento en que

sus terrores llegaban a su apogeo, aquella palabra de Habacuc citada por San Pablo (Rom. 1, ver. IV), que le había conmovido en Wittemberg, el justo vivirá por la fe, se presentó con fuerza a su espíritu e iluminó su alma como un rayo celestial. Restablecido y consolado se puso otra vez en camino para Roma. Con la esperanza de hallar allí una vida muy distinta a la de los conventos lombardos, o impaciente de olvidar, ante la santidad romana, las tristes impresiones que hubiera dejado en su espíritu su estancia en el convento de las orillas del Pó.

En fin, después de un penoso viaje, bajo el ardiente sol de Italia, se acercó a principios del verano, a la ciudad de las siete montañas. Su corazón estaba agitado y sus ojos buscaban la reina del mundo y de la Iglesia. En el momento que descubrió de lejos la ciudad eterna, la ciudad de San Pedro y de San Pablo, la metrópoli del catolicismo, se arrodilló exclamando, ¡Salve Roma santa!

Ya está Lutero en Roma, el profesor de Wittemberg, se halla en medio de las ruinas elocuentes de la Roma de los cónsules y de los emperadores de la Roma de los confesores de Jesucristo y de los mártires. Allí vivieron aquel Plauto y aquel Virgilio, cuyas obras llevó Lutero a su claustro y todos aquellos grandes hombres cuya historia hizo latir tantas veces su corazón. Encuentra sus estatuas y los fragmentos de los monumentos que atestiguan su gloria pero toda aquella gloria y aquel poder pasó y Lutero huella su polvo bajo sus plantas. Recuerda a cada paso los tristes presentimientos de Scipion, cuando vertía lágrimas a la vista de Cartago en ruinas, exclamaba, ¡la misma suerte tendrá Roma! En efecto, dice Lutero, la Roma de los Scipiones y de los Césares ha sido transformada en cadáver, hay en ella tantos escombros, que los cimientos de las casas descansan ahora donde se hallaban antes los techos. Allí es, añadía echando una mirada melancólica sobre aquellas ruinas, allí es donde estuvieron las riquezas y los tesoros del mundo. Todos aquellos restos en que tropiezan sus pies le dicen, que lo que es más fuerte a los ojos de los hombres, puede ser destruido fácilmente por el soplo del Señor.

Empero las cenizas profanas estaban mezcladas con las sagradas, Lutero lo sabía. Las sepulturas de los mártires no están lejos de las de los generales de Roma y de sus triunfadores.

Roma cristiana, con sus dolores, tiene más poder en el corazón del fraile sajón, que Roma pagana con su gloria. Allí fue donde se recibió aquella carta en la que Pablo escribió, el justo es justificado por la fe. Hallábase Lutero cerca del mercado de Appius y de las tres posadas. Allí estaba la casa de Narciso, aquí el palacio de César, en donde el señor libró al apóstol de las garras del león. ¡Oh, cómo fortifican estos recuerdos el corazón del fraile de Wittemberg!

Roma presentaba entonces muy distinto aspecto. El belicoso Julio II. Ocupaba la silla pontifical y no León X, como dicen, sin duda por descuido, algunos historiadores

distinguidos de Alemania. Lutero ha referido muchas veces un rasgo de aquel papa. Cuando le dieron la noticia de que su ejército acababa de ser derrotado por los Franceses delante de Ravena, estaba rezando las horas, arrojó el breviario y dijo con un terrible juramento, ¡Con qué ya soy francés!.... ¿Es así como debo proteger mi Iglesia?.

Después, volviéndose hacia el lado del país a cuyas armas pensaba recurrir, añadió, ¡Santo Suiza! ruega por nosotros. 1 La ignorancia, la ligereza y la disolución, un espíritu profano, el desprecio de todo lo sagrado, un vergonzoso comercio de las cosas divinas, he aquí el espectáculo que ofrecía aquella desdichada ciudad. Sin embargo el devoto fraile conservó todavía algún tiempo sus ilusiones. Llegada la época de la fiesta de San Juan, oyó a los romanos repetir a su derredor un proverbio común entre ellos. Dichosa, decían, ¡la madre cuyo hijo dice misa la víspera de San Juan!

¡Oh, como quisiera hacer dichosa a mi madre! Se decía Lutero. El devoto hijo de Margarita trató pues de celebrar misa aquel día pero no lo pudo, porque había demasiados celebrantes. 8

Siendo pio y fervoroso, visitaba todas las iglesias y capillas, creía todas las mentiras que se predicaban en ellas, cumplía con devoción las prácticas de santidad que estaban ordenadas. ¡Qué dicha era la suya poder hacer tantas obras pías, de que estaban privados sus compatriotas! ¡Oh, cuánto siento, se decía a sí mismo el devoto alemán, que mis padres vivan todavía! Que gusto tendría yo en librarles del fuego del purgatorio, con mis misas, mis oraciones y tantas otras obras tan admirables. Había entrevisto la luz, pero estaba lejos de haber disipado enteramente las tinieblas de su entendimiento. Su corazón estaba convertido, pero su espíritu aún no estaba iluminado tenía la fe y el amor, pero no la ciencia. No era poca cosa el salir de aquella profunda oscuridad, en que estaba envuelta la tierra hacía tantos siglos.

Lutero celebró muchas veces la misa en Roma, con toda la unción y dignidad que tal acto requería, a su parecer, pero ¡cuán afligido se halló el fraile sajón, cuando vio las tristes y profanas actitudes de los sacerdotes romanos al celebrar el sacramento del altar!, estos, por su parte, se reían de la simplicidad de Lutero. Un día en que oficiaba, le gritó uno de los sacerdotes: "¡Anda, anda! devuelve pronto a nuestra señora su hijo, haciendo una alusión limpia a la transubstanciación del pan en cuerpo y sangre de Jesucristo. En otra ocasión no estaba todavía Lutero en la elevación, cuando el sacerdote que estaba a su lado había ya acabado su misa, y le gritó, ¡pasa, pasa!, ¡despacha, despacha!, ¡acaba de una vez! *

Aun fue mayor su admiración, cuando vio en los dignitarios del papismo, lo que observó en los simples sacerdotes, porque tenía mejor opinión de ellos.

Era moda en la corte papal atacar el cristianismo y no se podía pasar por hombre instruido, si no se tenía alguna opinión errónea o herética sobre los dogmas de la Iglesia. 2

Quisieron probar a Erasmo, con pasajes de Plinio, que no hay ninguna diferencia entre el alma de los hombres y la de las bestias y algunos jóvenes cortesanos del papa pretendían que la fe ortodoxa era el producto de las astutas invenciones de algunos santos. 2

El título de enviado de los agustinos de Alemania que tenía Lutero, le valió la invitación de eclesiásticos distinguidos a muchas reuniones. Un día entre otros, se halló a la mesa con varios prelados quienes se le mostraron ingenuamente en sus costumbres burlonas y conversaciones impías y no tuvieron cuidado de decir mil chocarrerías en presencia de Lutero, creyéndole sin duda de los suyos. Entre otras cosas, riendo y haciendo alarde, referían que cuando celebraban la misa, en lugar de las palabras sacramentales que debían convertir el pan y el vino en carne y sangre del salvador, pronunciaban sobre el pan y el vino estas risibles palabras: "Panis es et panis manebis, vinum es et vinum manebis, Pan eres y pan quedarás, vino eres y vino quedarás". Enseguida continuaban, elevábamos la hostia y el cáliz y todo el pueblo adoraba. Apenas podía creer Lutero lo que oía. Su espíritu, vivo y alegre en la sociedad de sus amigos, era muy grave cuando se trataba de cosas santas. Las chocarrerías de Roma le escandalizaban. Yo era, dice, un joven fraile, grave y devoto y semejantes palabras me afligían vivamente. Si así se habla en Roma a la mesa, libre y públicamente, pensaba yo entre mí, ¿qué sería si las acciones correspondiesen a las palabras, y si todos, papa, cardenales, y cortesanos dijesen así la misa? Y yo que les vi celebrar devotamente tantas misas, ¡como me engañaba!

Lutero se juntaba a menudo con los frailes y con los particulares de Roma. Si algunos elogiaban al papa y a sus adláteres, otros muchos se quejaban abiertamente y con sarcasmos. ¡Cuánto no tenían que tachar al papa reinante, a Alejandro VI, y a tantos otros! Un día le refirieron sus amigos romanos que habiendo huido de Roma César Borgia, fue agarrado en España y que cuando iban a juzgarlo, gritó misericordia en su prisión y pidió un confesor que le enviaron un fraile, él lo mató y se puso su hábito y se es capó. Yo he oído esto en Roma, y es una cosa muy cierta, dice Lutero. Otro día pasando por la calle mayor, que conducía a la iglesia de San Pedro, se había detenido admirado delante de una estatua de piedra, que representaba un papa bajo la figura de una mujer, con cetro en la mano, revestido de manto pontifical y con un niño en sus brazos una muchacha de Mayence, le dijeron, que los cardenales escogieron por papa y que parió en este sitio por lo que ningún papa pasa jamás por esta calle. Extraño, dice Lutero, ¡qué los papas dejan subsistir en público esta estatúa!*

Lutero creyó hallar el edificio de la iglesia rodeado de esplendor y fuerza pero sus puertas estaban derribadas y sus paredes calcinadas por el fuego. Veía las desolaciones del santuario y retrocedía de espanto. No había soñado más que santidad, y solo descubría profanación.*

No extrañaba menos los desordenes de la ciudad. La policía en Roma es muy rigurosa, decía Lutero. El juez capitán recorre todas las noches la ciudad a caballo, con trescientos ayudantes, arresta a cuantos encuentra por las calles y si halla un hombre armado, le ahorca o lo echa al Tiber y sin embargo en la ciudad abundan los desordenes y los asesinatos mientras que allí, donde la palabra de Dios es fielmente anunciada, se ve reinar el orden y la paz, sin que haya necesidad de la ley y de sus rigores. Sin ver no se podría creer, que en Roma se cometen pecados y acciones infames y por lo mismo acostumbran decir si hay un infierno, no puede estar en otra parte que debajo de Roma y de este abismo salen todos los pecados. 1

Aquel espectáculo hizo entonces mucha impresión en el ánimo de Lutero, el que se aumentó más tarde. Cuanto más se acerca uno de Roma, tanto mayor es el número de malos cristianos que se encuentra, decía muchos años después. Se dice comúnmente que el que va por la primera vez a Roma, busca allí un bribón, en la segunda vez lo encuentra y en la tercera lo lleva consigo, cuando sale. Pero en el día hay tanta habilidad, que se hacen los tres viajes en uno. 3 Uno de los genios más tristemente célebres, pero también de los más profundos de Italia, Maquiavelo, que vivía en Florencia cuando Lutero pasó por allí yendo a Roma, ha hecho la misma observación. Uno de los mayores síntomas, dice, de la próxima ruina del cristianismo (que confundía con el Catolicismo Romano), es que cuanto más cerca se hallan los pueblos de la capital de la cristiandad, tanto menos espíritu cristiano reina en ellos. Los ejemplos escandalosos y los crímenes de la corte de Roma, son causa de que la Italia haya perdido todo principio de piedad y todo sentimiento religioso. Nosotros los italianos, continúa el gran historiador, somos deudores principalmente a la Iglesia y a los sacerdotes, de habernos hecho limpio y malvado. * Lutero conoció más tarde todo el precio de aquel viaje. Aunque me diesen cien mil florines, decía, ¡no quisiera haber dejado de ver Roma! *

Aquel viaje le fue también muy ventajoso con respecto a la ciencia. Lo mismo que Reuchlin, Lutero supo aprovecharse de su permanencia en Italia, para adelantar más en la inteligencia de la santa escritura. Tomó allí lecciones de hebreo, de un célebre rabino, llamado Elias Lévita y adquirió en parte el conocimiento de aquella palabra divina, bajo cuyo poder debía sucumbir Roma.

Pero aquel viaje fue sobre todo muy importante para Lutero, bajo otro concepto. No solo se descorrió el velo y se manifestó al futuro reformador, la risa sardónica y la

incredulidad que se ocultaban detrás de las supersticiones romanas, sino que se fortificó poderosamente la fe viva que Dios había depositado en él.

Hemos visto ya como se entregó Lutero, desde el principio, a todas las vanas prácticas por medio de las cuales se espían los pecados según la Iglesia romana. Un día entre otros, queriendo ganar una indulgencia concedida por el papa, los que subiesen de rodillas la escalera llamada de Pilatos, el pobre fraile sajón, trepaba humildemente aquellos escalones, que le dijeron haber sido llevados milagrosamente de Jerusalén a Roma, cuando en medio de esta obra meritoria, creyó oír como una voz de trueno que le decía, como en Wittemberg y en Bolonia. El justo vivirá por la fe. Aquella palabra que ya había oído dos veces como la voz de un ángel, resonó sin cesar en su interior. Se paró despavorido, se horrorizó de sí mismo, bajó precipitadamente de la escalera y huyó lejos de aquel lugar de su locura.1

Aquella poderosa palabra tiene algo de misterioso en la vida de Lutero, ella fue una palabra para la reformación y ella fue por la que dijo Dios.

Sea hecha la luz, y fue hecha la luz. Conviene, muchas veces, que una verdad se presente con frecuencia en nuestro espíritu, para que produzca el efecto que debe tener. Lutero había estudiado mucho la Epístola los romanos y sin embargo, nunca la justificación por la fe, que en ella se enseña, había sido tan clara para él como entonces. Ya por fin llegó a comprender aquella justicia que es la única que subsiste ante Dios, ya por fin recibió por sí mismo de la mano de Cristo la obediencia que Dios concede gratuitamente al pecador, desde que dirige humildemente sus miradas sobre el Hombre-Dios crucificado. Ya estamos en la época decisiva de la vida interior de Lutero.

Aquella fe, que lo había salvado de los terrores de la muerte, es ya el alma de su teología, su fortaleza en todos los peligros, el poder de sus palabras, la fuerza de su caridad, el fundamento de su paz, el estímulo de sus trabajos, y su consuelo en la vida y en la muerte.

Pero aquella gran doctrina de la salvación que emana de Dios y no del hombre, no fue solamente el poder de Dios para salvar el alma de Lutero, sino también el poder de Dios para reformar la Iglesia, arma eficaz que manejaron los apóstoles, arma demasiado tiempo descuidada, pero sacada en fin, en su primitivo brillo, del arsenal del Dios fuerte. En el momento en que Lutero se levantó en Roma, agitado por aquella palabra que Pablo había dirigido quince siglos antes los habitantes de aquella metrópoli, la verdad, hasta entonces tristemente cautiva en la Iglesia, se levantó también para no volver a caer.

Es menester oír al mismo Lutero. Aunque yo era un fraile santo y reprensible, dice, mi conciencia sin embargo estaba muy turbada y angustiada. Yo no podía sufrir

aquella palabra justicia de Dios. Yo no amaba al Dios justo y santo que castiga los pecadores. Yo abrigaba contra él una secreta cólera, le aborrecía porque no contento con espantarnos con la ley y las miserias de la vida a nosotros, pobres creaturas ya perdidas por el pecado original, aumentaba todavía nuestro tormento con el Evangelio. Pero cuando, por el espíritu de Dios, comprendí aquellas palabras, cuando aprendí que la justificación del pecador proviene de la pura misericordia del Señor, por medio de la fe, entonces me sentí renacer como un hombre nuevo y entré sin obstáculo en el mismo paraíso de Dios. *Desde entonces he visto también la querida y santa escritura con nueva vista.

Recorrí toda la Biblia y noté un gran número de pasajes que me enseñaban lo que es la obra de Dios y así como aborrecí antes de todo mi corazón esta palabra, justicia de Dios, empecé desde entonces a estimarla y amarla como la palabra más dulce y consoladora. Verdaderamente esta palabra de Pablo fue para mí la verdadera puerta del paraíso.

Así fue que, siempre que era llamado, en ocasiones solemnes a confesar aquella doctrina, Lutero encontraba siempre su entusiasmo y su energía. Veo, dice, en un momento importante, 1 que el diablo ataca sin cesar este artículo fundamental por medio de sus doctores y que no puede desistir ni descansar, ¡pues bien!, yo, el doctor Martín Lutero, indigno evangelista de nuestro Señor Jesucristo, confieso este artículo, la fe sola justifica delante de Dios sin las obras, y declaro que el emperador de los romanos, el de los turcos, el de los tártaros, el de los persas, el papa, todos los cardenales, los obispos, los curas, los frailes, las monjas, los reyes, los príncipes, los señores, todo el mundo, y todos los diablos, deben dejar en pie dicho artículo y permitir que subsista por siempre jamás. También declaro que si quieren emprender el combatir esta verdad, atraerán sobre sí las llamas del infierno. Este es el verdadero y Santo Evangelio y esta mi declaración, la declaración del doctor Lutero, según las luces del Espíritu Santo.... No hay más que Jesucristo,

Hijo de Dios, que haya muerto por nuestros pecados. Lo vuelvo a repetir, aunque el mundo y todos los diablos, revierten de furor, que no por eso es menos cierto lo que acabo de decir. Y siendo Jesucristo el único que quita los pecados, es claro que nosotros no podemos quitarlos con nuestras obras, sin embargo las buenas obras van unidas a la redención, como la fruta esta unida al árbol. Esta es nuestra doctrina, la misma que el Espíritu Santo enseña, con toda la santa cristiandad y que la observamos en el nombre de Dios. Amén.

De este modo halló Lutero lo que faltó, a lo menos hasta cierto punto, a los doctores y a los reformadores, aun a los más ilustres.

En Roma fue donde Dios le dio aquel conocimiento claro de la doctrina fundamental del cristianismo. Fue a la ciudad de los pontífices, a buscar la solución

de algunas dificultades, concernientes a una orden monástica, y volvió con la salvación de la Iglesia en su corazón.

FOOTNOTES

(1) Duod septem conventos a vicario inquibusdam dissentirent. (Cochlaeus, 2.)

(2) Cluod esset acer ingenio et ad contradiceudum audax et vehemens. (Cochlaeus, 2.)

(3) L. Opp. (W.), XXII., p. 1468.)

(4) Ref. Span. 9

(5) Matth. Dresser, Hist. Lutheri.

(6) L. Opp. (W.). XXII., p. 2374 y 2377.

(7) Sanete Swizere! ora pronobis (L. Opp. (W.), XXII., p. 1314 y 1339.)

(8) L. Opp. (W.), Dedicace du 117e ps. VI." vol. L.

(9) L. Opp. (W.), Dedicace du 117e. ps. VIe. vol. L. g.

(10) L. Opp. (W.), XIX. von der Winkelmesse. Mathesius, 6.

(11) Inquel tempo non pareva fosse galantuomo e buon cortegíano colui che dei dogmi della Chiesa non aveva qualche opinióne erronea ed heretica. (Carraciola, Vit. msc. Paul IV. cité par Ranke.)

(12) Burigny, Vie d'Erasme, I. 139. '

(13) E medio Romanae curiae, sectam juvenum....qui asserebant, nos-tram fidem orthodoxam polius quibusdam sanctorum astutüs subsis-tere. (Paul Canensius, Vita Pauli, TI.)

(14) L. Opp. (W.), XIX, von der Winkelmesse.

(15) Dass habe Ich zu Rom für gewies gehort. (L. Opp. (W.) XXII., 1332.

(16) Es nitnmt mich wunder dass die Pabste solcb.es Bild Leiden kotinen. (Ibid., 1320.)

(17) Ibid., p. 2376.

(18) Ist irgend eine Holle, so muís Rom darauf gebaut seyn. (L. Opi>. (W.) XXII., p. 2377.)

(19) Adresse a la noblesse chrétienne de la nation allemande. * Dissert. sur la prem. dec. de Tite-Live.

(20) 100,000 Gulden. (L. Opp. (W.), XXII., p. 3374.

(21) Seckend., p. 56.

(22) Re£ Span. 9*

(23) Glua vos Deas misericors justificat perfidem. (L. Opp. Iat. inproef.)

(24) Hic me prorsus renatum esse sensi, et apertis portis inipsum paradisuin intruse. (Ibid.)

(25) Glose sur l'éclit impériat,1531. (L. Opp. L. tome XX.)

CAPÍTULO VII

Regreso — El doctorado — Carlstadt — Juramento de Lutero — Principio de la Reforma — Valor de Lutero — Caridad — Loa Escolásticos — Spalatin — Negocio de Reuchlin.

Salió de Roma Lutero y volvió a Wittemberg, con el corazón lleno de tristeza y de indignación. Apartando la vista con disgusto de la ciudad pontifical, la fijaba con esperanza en las santas escrituras y en esta nueva vía, que la palabra de Dios parecía prometer entonces al mundo. Esta palabra ganaba en su corazón todo lo que perdía en él la Iglesia. Se separó de la una, para volverse a la otra. Toda la reformación consistió en aquel cambio, es decir, que ella puso Dios donde estaba el sacerdote.

Staupitz y el elector no perdían de vista al fraile, que habían llamado a la Universidad de Wittemberg. Se diría que el vicario general tuvo un presentimiento de la obra que había que hacer en el mundo, y que, hallando la carga demasiado pesada para sí, la cedió a Lutero. No hay cosa más notable, y acaso más misteriosa, que el tal vicario general, que se halla en todas partes para conducir al fraile en el camino en el cual le llama Dios y luego va él mismo a acabar tristemente sus días en un convento. La predicación del joven profesor había hecho impresión en el príncipe, había admirado el vigor de su espíritu, la fuerza de su elocuencia y la excelencia de las cosas que exponía.1

El elector y su amigo, queriendo avanzar a un hombre que daba tan grandes esperanzas, resolvieron hacerle tomar el alto grado de Doctor en Teología. Pasó Staupitz al convento llevo a Lutero al jardín de claustro, y allí, a solas con él, bajo un árbol que Lutero se complacía después en mostrar a sus discípulos, 1 el venerable padre le dijo, ahora es menester, amigo mío, que seáis Doctor de la Santa Escritura. Resistió Lutero a aquella proposición, porque un honor tan eminente le asustaba, buscad otro más digno, respondió, por mi parte no puedo consentir en ello. El vicario general insistió, el señor Dios tiene mucho que hacer en la Iglesia y tiene necesidad ahora de jóvenes y vigorosos doctores.

Esta palabra fue dicha quizás oportunamente, añade Melanchton, sin embargo, el acontecimiento la justificó, porque ordinariamente muchos presagios preceden a las grandes revoluciones. 3 No es necesario suponer que Melanchton habla aquí de profecías milagrosas. El siglo anterior, el más incrédulo de todos, vio verificada esta sentencia. ¡Cuántos presagios anunciaron, sin que hubiese habido milagro, la revolución que lo terminó!

"Pero yo soy débil y enfermizo," replicó Lutero, y no puedo vivir largo tiempo, buscad un hombre fuerte. El señor, respondió el vicario general, tiene asuntos en el cielo y en la tierra, y, muerto o vivo, Dios necesita de vos en su consejo. 3 Solo el

Espíritu Santo puede crear un Doctor en Teología, * exclamó entonces el fraile cada vez más espantado. Haced lo que os pide vuestro convento, dijo Staupitz, y lo que yo mismo, vuestro vicario general, os mando porque habéis prometido obedecernos. ¿Pero mi pobreza? replicó el hermano, no tengo para pagar los gastos que tal promoción causa. No os inquietéis, le dijo su amigo, el príncipe os hace la gracia de encargarse él mismo de todos los gastos. Atacado por todas partes, Lutero creyó debía rendirse.

Esto era hacia al fin del verano del año 1512. Lutero partió para Leipzig, a fin de recibir de los tesoreros del elector, el dinero necesario a su promoción, pero, según la costumbre de las cortes, el dinero no llegaba. El hermano impacientado quiso marcharse, pero la obediencia monacal le contuvo. En fin, el 4 de Octubre recibió de Pfeffinger y de Juan Doltzig cincuenta florines y les dio recibo en el que no se dio más título que el de fraile. Yo fray Martín, dice, de la Orden de los Agustinos. Lutero se apresuró a volver a Wittemberg.

Adres Bodenstein, de la ciudad de Carlstadt, era entonces decano de la Facultad de Teología y es bajo el nombre de Carlstadt que aquel doctor era conocido principalmente, aunque también le llamaban el A, B, C. Melanchton fue quien primero le designó así, a causa de las tres iniciales de su nombre. Bodenstein aprendió en su patria los primeros elementos de las letras. Era de un carácter grave, sombrío, tal vez propenso a la envidia, y de un espíritu inquieto y muy dispuesto a aprender, y dotado de gran capacidad. Corrió varias universidades para aumentar sus conocimientos, y estudió la Teología en la misma ciudad de Roma. Vuelto de Italia a Alemania, se estableció en Wittemberg, donde fue nombrado Doctor en Teología. En aquel tiempo, dice él mismo más tarde, yo no había leído aun la Santa Escritura. * Este rasgo da una idea muy justa de lo que era entonces la teología. Carlstadt, además de sus funciones de profesor, era canónigo y archidiácono. Este era el hombre que debía dividir más tarde la Reformación. No veía entonces en Lutero más que un inferior pero el agustino llegó pronto a ser para él un objeto de envidia. No quiero ser menos que Lutero, 2 decía un día. Muy lejos entonces de proveer la grandeza a que era destinado el joven profesor, Carlstadt confirió a su futuro rival, la primera dignidad de la universidad.

El 18 de Octubre, 1512, Lutero fue recibido Licenciado en Teología y prestó este juramento, juro defender la verdad evangélica con todas mis fuerzas. 1 El día siguiente, Bodenstein le puso solemnemente, en presencia de un numeroso concurso, las insignias de Doctor en Teología. Fue nombrado Doctor Bíblico y no Doctor de las Sentencias y fue destinado así a consagrarse al estudio de la Biblia y no al de las tradiciones humanas. 3 Prestó juramento entonces, como lo refiere él mismo, 3 a su bien amada y Santa Escritura. Prometió predicarla fielmente, enseñarla con pureza,

estudiarla toda su vida, y defenderla en los debates y con sus escritos, contra todos los falsos doctores, mientras Dios le ayudara.

Aquel solemne juramento fue para Lutero su vocación de reformador. Imponiendo a su conciencia la santa obligación de investigar libremente y anunciar con valor la verdad cristiana, aquel juramento elevó al nuevo doctor sobre los estrechos límites a que le hubiera circunscrito quizás su voto monástico. Llamado por la universidad, por su soberano, en nombre de la Majestad Imperial y de la misma sede de Roma, ligado ante Dios por el juramento más sagrado, fue desde entonces, el intrépido Heraldo de la Palabra de vida. En aquel día memorable, Lutero fue armado caballero de la Biblia.

Aquel juramento prestado a la Santa Escritura, puede considerarse como una de las causas de la Renovación de la Iglesia. La autoridad de la Palabra de Dios, única infalible, tal fue el primer y fundamental principio de la Reformación. Todas las demás reformas efectuadas después en la doctrina, en las costumbres, en el gobierno de la Iglesia y en el culto, no fueron más que consecuencias de aquel primer principio.

Apenas puede concebirse hoy la sensación que debió producir aquella verdad elemental tan sencilla, pero desconocida durante tantos siglos, solo algunos hombres, de un alcance superior al del vulgo, previeron sus inmensas consecuencias. Las animosas voces de todos los reformadores proclamaron luego este poderoso principio, a cuyo estruendo se desplomara Roma, Los cristianos no reciben otras doctrinas que las que descansan sobre las palabras expresas de Jesucristo, de los apóstoles y de los profetas, ningún hombre, ninguna junta de doctores, tiene el derecho de prescribir otras nuevas.

La situación de Lutero se había cambiado. La vocación que recibió fue, para el reformador, como una de aquellas extraordinarias que el Señor otorgó a los profetas de la antigua alianza y a los apóstoles de la nueva. La solemne promesa que hizo, causó tan profunda impresión en su alma, que el recuerdo de aquel juramento bastó en lo sucesivo para consolarle, en medio de los mayores peligros, y de los más duros combates. Y, cuando vio toda la Europa agitada y conmovida por la palabra que había anunciado, cuando las acusaciones de Roma, las quejas de muchos hombres piadosos, las dudas y los temores de su propio corazón, tan fácilmente agitado, parecían poderle hacer vacilar, temer, y caer en la desesperación, se acordó del juramento que había prestado, y se mantuvo firme, tranquilo y lleno de alegría.

Yo me he avanzado en el nombre del Señor, dice en una circunstancia crítica, y me he entregado en sus manos, ¡qué se cumpla su voluntad! ¿Quién le ha pedido que me haga doctor?....Siendo él quien me ha creado, ¡qué me sostenga o bien, si se arrepiente de ello, que me destituya! Esta tribulación no me espanta pues. Solo busco una cosa, y es tener el Señor propicio en todo lo que me llame a hacer con él.

En otra ocasión decía, el que emprende algo sin vocación divina, busca su propia gloria pero yo, doctor Martín Lutero, he sido forzado a ser doctor. El papismo ha querido detenerme en el desempeño de mi cargo pero ya veis lo que le ha sucedido y le sucederá peor todavía, no podrá defenderse contra mí. Yo quiero, en nombre de Dios, ir contra los leones y hollar bajo mis plantas los dragones y las víboras. Esto empezará durante mi vida y concluirá después de mi muerte.*

Desde el instante de su juramento, no buscó ya Lutero la verdad para sí solo, sino también para la Iglesia. Lleno todavía de los recuerdos de Roma, entreveía confusamente delante de sí, una carrera en la que se decidió a marchar con toda la energía de su alma. La vida espiritual, que, hasta entonces se había manifestado en su interior, se extendió fuera. Esta fue la tercera época de su desarrollo, la entrada en el convento, le hizo dirigir hacia Dios sus pensamientos, el conocimiento de la remisión de los pecados y de la justicia de la fe, había emancipado su alma y el juramento de doctor, le dio aquel bautismo de fuego por el que llegó a ser Reformador de la Iglesia.

Los primeros adversarios que atacó fueron aquellos famosos escolásticos que había estudiado tanto él mismo y que reinaban entonces sin contradicción en todas las academias. Lutero los acusó de pelagianismo, y, elevándose con fuerza contra el padre de la escuela, Aristóteles y contra Tomás de Aquino, emprendió el destronar a ambos del lugar en que regían, el uno a la Filosofía y el otro a la Teología.

Aristóteles, Porfirio, los teólogos de las sentencias (los escolásticos), escribía Lutero a Lange, son los estudios muertos de nuestro siglo. Nada deseo con más ardor que dar a conocer a muchos el histrión, que se ha burlado de la Iglesia con la máscara griega, y mostrar a todos su ignominia. 3 En todas las discusiones públicas se le oía repetir.

Los escritos de los apóstoles y de los profetas son más ciertos y sublimes, que todos los sofismas y toda la teología de la escuela. Semejantes palabras eran nuevas, pero poco a poco se acostumbraban a ellas. Cerca de un año después, pudo escribir triunfante, Dios opera. Nuestra Teología y San Agustín avanzan admirablemente y reinan en nuestra universidad. Aristóteles declina y está amenazando próxima y eterna ruina. Las lecciones sobre las sentencias fastidian grandemente, nadie puede conseguir oyentes, sino profesa la Teología Bíblica. ¡Dichosa la universidad de la que se puede decir otro tanto!

Al mismo tiempo que Lutero atacaba a Aristóteles, tomaba el partido de Erasmo y de Reuchlin contra sus enemigos. Entró en relación con aquellos grandes hombres y con otros sabios, tales como Pirckheimer, Mutian, y Hütten, que pertenecían más o menos al mismo partido. Hizo también en aquella época otra amistad, que fue de grande importancia para toda su vida.

Un hombre notable por su sabiduría y candor se hallaba entonces en la corte del elector, era Jorge Spalatin. Nacido en Spalatus o Spalt, en el obispado de Eichstadt, había sido al principio cura del pueblo de Hohenkirch, cerca de los bosques de la Thuringe, después fue escogido por Federico el Sabio para ser su secretario, su capellán y preceptor de su sobrino, Juan Federico, que debía llevar un día la corona electoral. Spalatin, era un hombre simple en medio de la corte, parecía tímido a la vista de los grandes acontecimientos, circunspecto y prudente, como su maestro, 2 en presencia del ardiente Lutero, con quien vivía en correspondencia diaria. Lo mismo que Staupitz, era más propio para tiempos tranquilos. Hombres como aquellos son necesarios, son como las materias delicadas con que se envuelven las alhajas y los cristales, para preservarlos de los sacudimientos del viaje, parece que son inútiles, sin embargo, si no fuera por ellas, las preciosas joyas se romperían y perderían.

Spalatin no era hombre capaz de grandes cosas pero desempeñaba fielmente y sin ruido la tarea que se le encomendaba. 1 Fue al principio uno de los principales ayudantes de su maestro para recoger las reliquias de santos de que Federico fue aficionado largo tiempo pero poco a poco se volvió con el príncipe hacia la verdad. La fe que volvía a parecer entonces en la Iglesia, no se apoderó de él como de Lutero, andaba por vías más trilladas. Llegó a ser amigo de Lutero en la corte, el ministro por cuyo conducto pasaban todos los asuntos entre el reformador y los príncipes, el mediador entre la Iglesia y el Estado.

El elector, honraba a Spalatin con una grande amistad siempre viajaban juntos en el mismo carruaje. 2 Por lo demás, el humo de la corte ahogaba muchas veces al buen capellán, experimentaba profundas tristezas y hubiera querido dejar todos aquellos honores y volver a ser simple pastor en los bosques de la Thuringe. Pero Lutero le consolaba y le exhortaba a mantenerse firme en su puesto. Spalatin se atrajo la estimación general. Los príncipes y los sabios de su tiempo le guardaron las más sinceras consideraciones. Erasmo decía, inscribo el nombre de Spalatin, no solo entre los de mis principales amigos, sino también entre los de mis protectores más venerados, y esto, no en el papel, sino en mi propio corazón.

El asunto de Reuchlin y de los frailes hacía entonces mucho ruido en Alemania. Los hombres más piadosos, se veían a menudo perplejos sobre el partido que debían abra zar porque los frailes querían destruir los libros judaicos en que se hallaban blasfemias contra el Cristo. El elector encargó a su capellán que consultara sobre esto al doctor de Wittemberg, cuya reputación era ya grande. He aquí la respuesta de Lutero es la primera carta que dirigió al predicador de la corte.

¿Qué diré? Estos frailes pretenden arrojar Belzebuth, pero no con el dedo de Dios. No ceso de quejarme de ello y de gemir. Nosotros los cristianos empezamos a ser cuerdos exteriormente y somos locos interiormente.1 En todas las plazas de Jerusalén

hay blasfemos cien veces peores que los de los judíos y todas ellas están llenas de ídolos espirituales. Nosotros deberíamos, llenos de un santo celo, arrebatar y destruir aquellos enemigos interiores; pero dejamos lo que nos urge, y el mismo diablo nos persuade que abandonemos, lo que es nuestro, al mismo tiempo que nos prohíbe que corrijamos lo que es de los otros.

FOOTNOTES

(1) Vim ingenii, ñervos orationis, ac rerum bonitatem expositarum inconciónibus admiratus fuerat. (Melancht., Vita Luth.)

(2) Unter einem Baum, den er mir und andern gezeigt. (Math.6.) * Multa praecedunt mutationes praesagía. (Vita Luth.)

(3) Ihr lebet nun oder sterbet, so darff euch Gott inseinem Rathe. (Mathes. 6.)

(4) Neminem nisi Spiritum Sanctum creare posse doctoren) theo-logise, (Weismanni, Hist. Ecc). I., p. 1404.)

(5) L. Epp. L, p. 11.

(6) Weismann, Hist. Eccl., p. 1416.

(7) Weismann, Hist. Eccl., p. 1416.

(8) Juro me veritatem evangelicam viriliter defensurum.

(9) Doctor bíblico, et non sentenciarais. (Melanchton.)

(10) L. Opp. (W.), XVI., p. 3061. Mathesius, p. 7.

(11) L. Opp. (W.), XXI., p. 2061.

(12) Aristotelem inphilosophicis, sanctum Thomam intheologicis evertendos susceperat. (Pallavicini, I., 16.)

(13) Perdita studia nostri sacculi. Epp. I., 15. (8 févr. 1516.)

(14) Ep. L, 57 (du 18 mai 1517.)

(15) Secundum genium heri sui. (Weismann, Hist. Eccl. I., p. 1431.)

(16) Fideliter et sine strepitu fungens. (Weismann, Hist. Eccl. I., p. 1434.)

(17) Uui cum príncipe inrheda sive lectico solitus est ferri. (Corpus Reformatorum, I. 33.)

(18) Melch. Ad Vita Spalat., p. 100.

(19) Foris sapere et domi desipere. (L. Epp. I., p. 8.)

CAPÍTULO VIII

La Fe — Declamaciones populares — Enseñanza académica — Pureza moral da Lutero — El fraile Spenlein — Justificación por la fe — Erasmo. — Las obras.

Lutero no se mezcló en aquella disputa. La fe viva en Cristo, he aquí lo que principalmente llenaba su corazón y su vida. "En mi corazón", decía, "reina y debe reinar sola la fe en mi Señor Jesucristo, que es el único principio, me dio y fin de todos los pensamientos que ocupan mi espíritu día y noche". 1

Todo su auditorio le oía con admiración hablar de aquella fe en Jesucristo, ya en la cátedra de profesor, ya en el pulpito del templo. Sus enseñanzas difundían la luz. Se admiraban de no haber conocido antes, verdades que parecían tan evidentes en su boca. El deseo de justificarse a sí mismo, es el origen de todas las angustias del corazón, decía. Pero el que recibe a Jesucristo como salvador, tiene la paz, y no solo la paz, sino la pureza del corazón. Toda santificación del corazón, es fruto de la fe porque la fe es en nosotros una obra divina, que nos muda y nos da un nacimiento nuevo, que emana del mismo Dios. Ella mata a Adán en nosotros y por el Santo Espíritu que nos comunica, ella nos da un nuevo corazón y nos hace hombres nuevos. Solamente por la vía práctica, y no con vanas especulaciones, decía también, se puede obtener un conocimiento saludable de Jesucristo.

En aquel tiempo, predicó Lutero sobre los Diez Mandamientos unos discursos, que han llegado a nosotros, bajo el título de Declamaciones Populares, en los que, no hay duda, se encuentran todavía errores. Lutero no se ilustraba a sí mismo sino poco a poco.

La senda de los justos, como luz que resplandece, va adelante y crece hasta el día perfecto. Prov. cap. IV., v. 18. ¡Pero cuánta verdad, sencillez y elocuencia en aquellos discursos! ¡Qué bien se comprende el efecto, que debía producir el nuevo predicador en su auditorio y en su siglo! Solo citaremos un pasaje tomado al principio de ellos.

Sube Lutero al pulpito de Wittemberg y lee estas palaras "no tendrás dioses ajenos delante de mí". Y luego dirigiéndose al pueblo que llenaba el templo, dice, "todos los hijos de Adán son idolatras y culpables contra este primer mandamiento". 1

Aquella aserción extraña sorprendió sin duda, al auditorio era menester probarla, y el orador prosigue, hay dos géneros de idolatría, una interior y otra exterior. La interior consiste en que el hombre por temor del castigo o por satisfacer sus apetitos, no rinde culto a la criatura, sino que la ama interiormente y se confía en ella...la exterior consiste en que el hombre adora la madera, la piedra, los animales, y las estrellas. ¿Qué religión es esta? No dobláis la rodilla ante las riquezas y los honores, pero les ofrecéis vuestro corazón, la parte más noble de vosotros mismos... ¡Ah! vosotros adoráis a Dios con el cuerpo, y a la criatura con el espíritu. Esta idolatría

reina en todos los hombres, hasta que son curados gratuitamente por la fe, que se halla en Jesucristo. ¿Y cómo se efectúa esta curación? De este modo, la fe en Cristo os quita toda confianza en vuestra sabiduría, justicia, y fuerza y os enseña que si Cristo no hubiese muerto por vosotros y no os hubiese salvado así, ni vosotros ni otra criatura hubiera podido hacerlo.

3 Entonces, aprendéis a despreciar todas estas cosas, que os eran inútiles. No os queda ya más que Jesús, Jesús solo, Jesús que basta plenamente a vuestra alma, no esperando ya nada de todas las criaturas, solo tenéis a Cristo, de quien esperáis todo y a quien amáis sobre todas las cosas. Luego Jesús es, él solo, el único y el verdadero Dios desde que lo recibís por Dios, ya no tenéis otros dioses.

De esta suerte, muestra Lutero como es dirigida el alma Dios, su soberano bien, por el Evangelio, según esta palabra de Cristo. Yo soy el camino, la verdad, y la vida, nadie viene al padre, sino por mí. (Juan XIV., Ver. 6.) El hombre quo así habla a su siglo, no trata solamente de extirpar algunos abusos sino que quiere ante todo establecer la verdadera religión, su obra es positiva, antes de ser negativa.

Lutero gira su discurso contra las supersticiones que llenaban entonces la cristiandad, contra los signos y caracteres misteriosos, las observancias de ciertos días y meses, los demonios familiares, contra las fantasmas, el influjo de los astros, los maleficios, las metamorfosis, los íncubos y súcubos, el patronado de los santos, etc., etc., etc., atacó uno tras otro todos aquellos ídolos y derribó con fuerza esos falsos dioses.

Pero en la academia era donde principalmente exponía Lutero todos los tesoros de la Palabra de Dios, en presencia de una juventud instruida y ansiosa de la verdad. "De tal manera explicaba las Escrituras", dice su ilustre amigo Melanchton, que, según el juicio de todos los hombres píos e ilustrados, parecía que un nuevo día rayaba para la doctrina, después de una larga y profunda noche.

Hacía ver Lutero la diferencia que hay entre la Ley y el Evangelio, refutaba el error, que dominaba entonces en las iglesias y escuelas, que los hombres merecen por sus propias obras la remisión de creatura sus pecados y son justificados ante Dios por una disciplina exterior y de este modo conducir los corazones de los hombres hacia el Hijo de Dios. 1 Cual otro Bautista mostraba el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y hacia comprender que los pecados son perdonados gratuitamente a causa del Hijo de Dios y que el hombre recibe este beneficio por la fe. No hizo ninguna mudanza en las ceremonias, al contrario, la disciplina establecida no tenía, en su orden, un observador y defensor más fiel, pero se esforzaba, más y más en hacer comprender todas las grandes y esenciales doctrinas de la conversión, de la remisión de los pecados, de la fe y de los verdaderos consuelos que se encuentran en la cruz. La dulzura de aquella doctrina se insinuaba en las almas devotas, y los sabios la recibían

con gozo.3 Se hubiera dicho que Cristo, los apóstoles, y los profetas salían de las tinieblas y de un calabozo impuro.

La firmeza con que se apoyaba Lutero en la Escritura, daba a su enseñanza una grande autoridad y otras circunstancias aumentaban su fuerza. En él, la vida era conforme las palabras se sabían que sus discursos no nacían en sus labios, 4 sino que provenían del corazón y que los ponía en práctica. Y cuando, más tarde estalló la Reformación, muchos hombres influyentes, que veían con gran dolor los disturbios de la Iglesia, prevenidos ya a favor del reformador por la santidad de sus costumbres y la belleza de su genio, no solo no se opusieron a él, sino que abrazaron la doctrina que sus obras confirmaban. 5 Cuanto más amaban las virtudes cristianas, tanto más se inclinaban hacia el Reformador.

Todos los teólogos honrados estaban a su favor. 1 He aquí lo que dicen los que le conocieron, y en particular el hombre más sabio de su siglo, Melanchton y el ilustre adversario de Lutero, Erasmo. La envidia y las preocupaciones se han atrevido a hablar de su relajación. Wittemberg se cambió enteramente por aquella, predicación de la fe y llegó a ser el foco de la luz, que debía iluminar pronto la Alemania y difundirse en toda la Iglesia.

Lutero, dotado de un corazón tierno y afectuoso, deseaba que las personas a quienes amaba poseyesen la luz que le había guiado en los senderos de la paz. Siendo profesor, predicador, fraile, y teniendo una correspondencia vasta, aprovechaba de todas estas circunstancias, para hacer partícipes de su tesoro a los demás. Uno de sus antiguos hermanos del convento de Erfurt, fray Jorge Spenlein, se hallaba entonces en el convento de Memmingen, después de haber pasado quizás algún tiempo en Wittemberg. Spenlein encargó al doctor que le vendiese varios objetos que le había dejado, como una túnica de tejido de Bruselas, una obra de un doctor de Eisenach, y una capilla y Lutero cumplió exactamente el encargo habiendo obtenido, dice a Spenlein en una carta de 1 de Abril 1516, un florín por la túnica, otro por la capilla y medio por el libro, lo entregó todo al padre vicario a quien Spenlein debía tres florines. Pero Lutero pasó pronto de aquella cuenta de despojos monacal, a un objeto más importante.

Quisiera saber, escribe a fray Jorge, qué es de tu alma, ¿No está cansada de su propia justicia? ¿No respira en fin y no confía en la justicia de Cristo? En nuestros días la propia justicia seduce a muchos y sobre todo a los que se empeñan con todas sus fuerzas en ser justos. No comprendiendo la justicia de Dios que se nos da gratuitamente en Jesucristo, quieren subsistir en su presencia con sus méritos pero no es posible cuando tú vivías con nosotros, te hallabas en este error y yo también todavía batallo y no he triunfado enteramente de él.

Oh ¡querido hermano! aprende a conocer a Cristo, a Cristo crucificado aprende a cantar un nuevo cantico en su alabanza, a desesperar de ti mismo y a decirle, tú, Jesús, Señor mío, eres mi justicia, y yo soy tu pecado, tú tomaste lo que es mío y me diste lo que es tuyo, l lo que no fuiste, te hiciste, ¡para que yo fuese lo que no era! Cuidado, querido Jorge, que no pretendas una pureza tal, que no quieras reconocerte pecador porque Cristo no habita más que en los pecadores. Del cielo, donde habitaba, ha bajado a los justos, para habitar también en los pecadores. Medita detenidamente este amor de Cristo, y disfrutaras de su consuelo inefable. Si nuestras penas y trabajos hubieran podido darnos la tranquilidad de la conciencia, ¿Por qué hubiera muerto Cristo? No hallarás la paz sino en él, desesperando de ti y de tus obras, y aprendiendo con que amor te abre Cristo los brazos, tomando sobre sí todos tus pecados y dándote toda su justicia.

De este modo la poderosa doctrina que había salvado al mundo en tiempo de los apóstoles y que debía salvarlo segunda vez en tiempo de los reformadores era expuesta por Lutero con fuerza y claridad. Pasando por encima de los numerosos siglos de ignorancia y superstición, reuniese con San Pablo.

No fue solo Spenlein a quien Lutero procuró instruir sobre esta doctrina fundamental. La poca verdad que hallaba en este punto, en los escritos de Erasmo, le inquietaba. Importaba mucho iluminar a un hombre de ingenio tan admirable y de tan grande autoridad, ¿pero cómo hacerlo?

Su amigo de la corte, el capellán del elector, era respetado de Erasmo y a él fue a quien se dirigió Lutero, querido Spalatin, le escribió, lo que me desagrada en Erasmo, en este hombre de tan vasta erudición, es, que por la justicia de las obras o de la ley, de que habla el apóstol, entiende el cumplimiento de la Ley Ceremonial. La justificación de la ley no consiste solamente en las ceremonias, sino en todas las obras del decálogo. Cuando ellas se cumplen fuera de la fe en Cristo, pueden, es verdad, hacer Fábricos, Regios y otros hombres perfectamente íntegros a los ojos del mundo pero merecen tan poco ser llamados justicia, como el fruto del níspero merece ser llamado higo porque no llegamos a ser justos, como pretende Aristóteles, haciendo obras de justicia sino que hacemos tales obras cuando ya somos justos es preciso que primero se cambia la persona y después las obras. Abel fue primero agradable a Dios, y después su sacrificio. Lutero continua, os suplico que llenéis el deber de un amigo y de un cristiano, haciendo conocer estas cosas a Erasmo. Esta carta está fechada así.

A priesa, en el rincón de nuestro convento el 19 de Octubre 1516. Ella hace ver las relaciones de Lutero con Erasmo y muestra el sincero interés que tenía a lo que creía ser verdaderamente útil a aquel ilustre escritor. Más tarde, la oposición de Erasmo a la verdad obligó sin duda a Lutero combatirle abiertamente pero no lo hizo, sino después de haber procurado instruir a su antagonista.

Se oía, pues, por fin, exponer ideas a la vez claras y profundas sobre la naturaleza del bien, al fin proclamaba el principio, que lo que constituye la bondad real de una obra, no es su forma exterior, sino el espíritu en que está hecha. Esto era dar un golpe mortal a todas las prácticas supersticiosas, que desde tantos siglos ahogaban la Iglesia, e impedían que creciesen y prosperasen en ella las virtudes cristianas.

Leo a Erasmo, escribía aun Lutero, pero de día en día pierde en mi opinión. Me gusta verle censurar con tanta ciencia y firmeza la crasa ignorancia de los curas y frailes; pero temo mucho que rinde pocos servicios a la doctrina de Jesucristo. Prevalecen más en él las cosas humanas, que las divinas.1 Vivimos en tiempos peligrosos. Con saber el griego y el hebreo, no es un buen cristiano. Gerónimo, que sabía cinco lenguas, es inferior a Agustín, que solo comprendía una; aunque Erasmo piensa lo contrario. Yo guardo con cuidado mi opinión tocante a Erasmo, por no dar armas a sus adversarios. Puede ser que el Señor le ilumine a su tiempo. 2

La insuficiencia del hombre y la omnipotencia de Dios, tales eran las dos verdades que Lutero quería restablecer. ¡Cuán tristes son la religión y la filosofía, que entregan el hombre a sus fuerzas naturales! Los siglos han ensayado estas fuerzas tan preconizadas, y, mientras que el hombre ha llegado por sí mismo a cosas admirables en lo concerniente a su existencia terrestre, no ha podido jamás disipar las tinieblas que ocultan a su espíritu la conciencia del verdadero Dios, ni cambiar una sola propensión de su corazón.

La mayor sabiduría a que han llegado las inteligencias ambiciosas o las almas ardientes y deseosas de la perfección ha sido la de desesperar de si mismo.3 Es pues una doctrina generosa, consolante, y soberanamente verdadera la que nos descubre nuestra insuficiencia, para anunciarnos el poder de Dios por el que podemos todas las cosas. Grande es la Reformación, que reivindica en la tierra la gloria del cielo, y defiende entre los hombres los derechos del Dios fuerte.

Nadie conoció mejor que Lutero, la alianza íntima e indisoluble que une la salvación gratuita de Dios y las obras libres del hombre. Ninguno mostró mejor que él, que solo recibiendo todo de Cristo puede al hombre dar mucho a sus

Es imposible, se dice hermanos. Siempre presentaba estas dos acciones, la de Dios y la del hombre, en el mismo cuadro. Así es que después de haber expuesto al hermano Spenlein, cual es la justicia que salva, añade, si crees firmemente, como debes, estas cosas (porque maldito es el que no las cree), acoge a tus hermanos ignorantes y errantes, como Jesucristo te acogió a ti mismo. Súfralos con paciencia, aprópiate de sus pecados, y, si tienes algo de bueno, hazles partícipes. Por tanto recibíos los unos a los otros, como Cristo os recibió para gloria de Dios, dice el apóstol. (Rom. XV., ver. 7.)

Triste justicia es la que no quiere soportar a los demás, porque los encuentra malos y que solo piensa en buscar la soledad del desierto, en lugar de hacerles bien con la paciencia, la oración y el buen ejemplo. Si eres el lirio y la rosa de Cristo, sabe que tu vergel es entre las espinas. Cuida solamente que por tu impaciencia, tus juicios temerarios y tu orgullo secreto, no te conviertas tú mismo en espina.

Cristo reina en medio de sus enemigos si solo hubiera querido vivir entre los buenos, y morir solo por los que le aman, te pregunto, ¿por quién hubiera muerto y entre quienes hubiera vivido?

Es digno de ver como ponía Lutero en práctica aquellos preceptos de caridad. Un agustino de Erfurt, fray Jorge Leiffer, se hallaba en grandes tribulaciones. Lutero lo supo y ocho días después de haber escrito la carta a Spenlein, compadecido del pobre Jorge Leiffer, le escribió, he sabido que estáis agitados por muchas tempestades y que vuestro espíritu es impelido aquí y allí por las olas. La cruz de Cristo está dividida en toda la tierra y a cada uno le toca su parte. No desechéis pues la que os ha caído en suerte recibidla más bien como una santa reliquia, no en vaso de oro o plata, sino, lo que es mejor, en un corazón lleno de dulzura. Si el leño de la cruz ha sido de tal modo santificado, por la carne y sangre de Cristo, que lo consideramos como la reliquia más augusta ¿Cuánto más deben serlo para nosotros las injurias, las persecuciones, los padecimientos y el odio de los hombres?, puesto que no han sido tocados solamente por la carne de Cristo, sino que han sido abrazados, besados, y benditos por su inmensa caridad. 1

FOOTNOTES

(1) Praf. ad gal.

* Non perspeculationem, sed perhanc viam practican).

(2) Omnes filii Adse sunt idolatra. (Decem precepta Wittembergensi populo pradicata perR. P. D. Martinum Luterum Aug. Anno 1516.) Esos sermones fueron predicados en alemán; citamos la edición latina, I., p. 1.

* Nisi ipse prote mortnus esset, teque servaret, nec tu, nec omnis

(3) Omnes filii Adse sunt idolatra. (Decem precepta Wittembergensi populo pradicata perR. P. D. Martinum Luterum Aug. Anno 1516.) Esos sermones fueron predicados en alemán; citamos la edición latina, I., p. 1.

* Nisi ipse prote mortnus esset, teque servaret, nec tu, nec omnis

(4) Tibi posset prodesse. (Por R. P. D. Mart. Luth., edición Latina I., p. 1.

(5) At Jesús est veras, unus, solus Deus, quem cum habes, non habes alienum deum. (Decem pracepta Wittembergensi populo practíca la, I., p. 1.

(6) Revocabit igitur Lutherus hominum mentes ad Füium Dei (Me-lancht, Vit. Luth.)

(7) Hujus doctrinae dulcedine pii omnes valdé capiebantur, et eruditis gratum erat. (Ibid.)

* Cluasi ex tenebris carcere, squalore educi Chrístum, prophetas, apostolos. (Melancht., VitaL.)

(8) Orarlo non inlabris nasci, sed inpectore. (Ibid.)

(9) Eique propter auctoritalem, quam sanctitate mornm antea peperat. adsensenint. (Ibid.)

(10) Puto et hodié theologos omnes probos favere Luthero. (Erasmi, Epp. 1., 652.)

(11) Tu, Domine Jesu, es justitia mea; ego autem sum peccatum tuum: tu assumpsisti raeum, et dedisti mihi tuum. (L. Epp. I., p. 17).

(12) Nonenim justa agendojusti effieimur: sed justifiendo etessendo operaraur justa, (L. Epp. I., p. 22.)

(13) Humana prcevalent ineo plus quam divina. Dabit ei Dominus intellectum suo forte tempore. (L. Epp. I., p. 52.)

(14) Due! i es posible el no pecari pregunta Epietéte, (IV., 12, 19).

(15) Sanctissimae reliquise deificae volontatis suse charitatae implexos, esculatse. (L. Epp. L, 18.

CAPÍTULO IX

Primeras tesis — Visitas de los conventos — Dresde — Erfurt — El prior Tornator — Resultados de su viaje — Trabajos — Peste.

La enseñanza de Lutero producía sus efectos muchos de sus discípulos se sentían ya inclinados a profesar públicamente las verdades que las lecciones del maestro les habían revelado. Entre sus oyentes se hallaba un joven sabio, Bernardo de Feldkirchen, profesor de la Física de Aristóteles en la universidad, y que, cinco años después, fue el primer eclesiástico evangélico que abrazó el estado del matrimonio.

Lutero deseó que Feldkirchen sostuviese, bajo su presidencia, las tesis en las que estaban expuestos sus principios. Las doctrinas profesadas por Lutero adquirían así una nueva publicidad. La disputa tuvo lugar en 1516.

Este es el primer ataque de Lutero contra el reinado de los sofistas, y contra el papismo, como lo dice él mismo. Este ataque aunque fue débil, le causó más de una inquietud. Permito que se impriman estas proposiciones, dice muchos años después, publicándolas en sus obras, principalmente a fin de que la grandeza de mi causa y el suceso de que Dios la ha coronada, no me envanezcan porque mis proposiciones manifiestan plenamente mi ignominia, es decir, la enfermedad y la ignorancia, el temor y el temblor, con que empezó aquella lucha. Como yo estaba solo, me mezclé imprudentemente en aquel negocio. No pudiendo recular, concedí al papa muchos puntos importantes, y aun le adoré. 1

Hé aquí algunas de dichas proposiciones.

El hombre viejo es la vanidad de las vanidades, él es la universal vanidad y hace vanas a las demás criaturas, por buenas que sean. El hombre viejo es llamado la carne, no solo porque es conducido por la concupiscencia de los sentidos, sino también porque aun cuando fuese casto, prudente y justo, no es nacido de nuevo, de Dios, por el Espíritu. Un hombre que vive fuera de la gracia de Dios no puede observar el mandamiento de Dios, ni prepararse en todo o en parte a recibir la gracia, sino queda necesaria mente bajo el pecado. La voluntad del hombre sin la gracia, no es libre, sino esclava y lo es de su propia voluntad. Jesucristo, nuestra fuerza, nuestra justicia, el que sondea los corazones y los riñones, es el único escrutador y juez de nuestros méritos. Puesto que todo es posible por Cristo al que cree, es supersticioso buscar otros alusivos, sea en la voluntad humana, o sea en los santos.*

Aquella disputa hizo gran ruido y fue considerada como el principio de la reformación. Se acercaba el momento en que esta reformación iba a estallar. Dios se apresuraba a preparar el instrumento de que quería servirse. Habiendo hecho construir el elector una nueva iglesia en Wittemberg, a la que dio el nombre de Todos los Santos, envió a Staupitz a los Países Bajos para recoger allí las reliquias con las

que quería adornar el nuevo templo. El vicario general encargó a Lutero que le reemplazara durante su ausencia y en particular que hiciese la visita de cuarenta monasterios de la Misnia y de la Thuringe.

Lutero pasó primero a Grimma y de allí a Dresde. Por todas partes se esmeraba en establecer las verdades que había reconocido y en instruir a los miembros de su orden.

No os adhiráis a Aristóteles ni a otros doctores de una filosofía errónea, decía a los frailes, sino leed asiduamente la Palabra de Dios. No busquéis vuestra salvación en vuestras fuerzas y buenas obras, sino en los méritos de Cristo, y en la gracia divina. 1

Un fraile agustino de Dresde, se fugó de su convento y se fue a Mayence, donde fue recibido por el prior de los agustinos. Lutero escribió a este prior, pidiéndole aquella oveja descarriada y añadió estas palabras llenas de verdad y de caridad. Yo sé que es necesario que haya escándalos en el mundo. No es milagro que caiga el hombre, pero sí lo es el que el hombre se levante y se mantenga en pie. Pedro cayó para que supiese que era hombre. Se ven aun hoy día caer los cedros del Líbano, y, lo que excede toda imaginación, los ángeles mismos han caído en el cielo y Adán en el Paraíso, ¿por qué admirarse pues si una caña es agitada por el torbellino, y si la luz de la mariposa se apaga?

De Dresde, pasó Lutero a Erfurt y reapareció, para llenar las funciones de vicario general, en aquel mismo convento donde, once años antes, había dado cuerda al reloj, abierto la puerta, y barrido la iglesia. Nombró prior del convento a su amigo el bachiller Juan Lange, hombre sabio y piadoso, pero severo, y le exhortó a la paciencia y a la afabilidad. Revestíos, le escribió poco después, de un espíritu de dulzura hacia el prior de Núremberg esto es conveniente, porque el prior se halla revestido de un espíritu áspero y amargo. El amargor no se quita con el amargor, es decir, el diablo con el diablo, sino que lo dulce quita lo amargo, es decir, que el dedo de Dios ahuyenta los demonios. 5 Quizás debe sentirse que Lutero no se haya acordado de este excelente consejo en varias ocasiones.

No había más que divisiones en Neustadt sobre el rio Orla. En el convento reinaba la discordia y todos los frailes estaban en guerra con su prior y abrumaron a Lutero con sus quejas el prior Miguel Dressel o Tornator, como le llama Lutero traduciendo su nombre en latín, manifestó por su parte al doctor todas sus angustias. ¡La paz!, la paz!" decía. Buscáis la paz, respondió Lutero, pero buscáis la paz del mundo y no la de Cristo. ¿Ignoráis acaso que nuestro Dios ha colocado su paz en medio de la guerra? No tiene paz el que por nadie es incomodad, pero el que, inquietado por todos los hombres y por todas las cosas de la vida, lo soporta todo con tranquilidad y alegría, ese tal posee la verdadera paz. Vosotros decís con Israel, ¡la paz, la paz! y no hay paz.

Decid más bien con Cristo, ¡la cruz, la cruz! y no habrá cruz porque la cruz deja de ser cruz, desde que se dice con amor, ¡oh ¡bendita cruz! no hay leño semejante al tuyo. 1 Vuelto a Wittemberg, Lutero, queriendo poner fin a las disensiones de los frailes, les permitió que eligiesen otro prior.

Lutero volvió a Wittemberg después de una ausencia de seis semanas. Estaba entristecido por todo lo que había visto pero aquel viaje le hizo conocer mejor la Iglesia y el mundo le dio más seguridad en sus relaciones con los hombres y le ofreció muchas ocasiones de fundar escuelas, de instar con eficacia sobre esta verdad fundamental que, solo la Escritura Santa nos muestra el camino del cielo y de escoltar a los hermanos a vivir juntos santa, casta, y pacificamente. 11 No hay duda que durante este viaje derramó el reformador abundante semilla en los diversos conventos agustinos. Las ordenes monásticas, que fueron largo tiempo el apoyo de Roma, hicieron quizás más por la reformación que contra ella y esto es cierto, sobre todo con respecto de los agustinos. Casi todos los hombres de piedad, y de un espíritu libre y elevado, que vivían en los claustros, se volvieron hacia el Evangelio. Una sangre nueva y generosa, circuló pronto en aquellas ordenes que eran como las arterias de la catolicidad alemana.

Apenas se sabía algo en el mundo de las nuevas ideas del agustino de Wittemberg, cuando ya era el objeto principal de la conversación en los CAPÍTULOs y monasterios. Más de un claustro se transformó así, en plantel de Reformadores. Cuando ya fueron establecidos los grandes y verdaderos principios, los hombres piadosos y fuertes salieron de su oscuridad y abandonaron el retiro de la vida monacal, para entrar en la carrera activa de ministros de la Palabra de Dios. En aquella inspección del año de 1516, Lutero despertó con sus palabras muchos espíritus aletargados por lo que fue llamado aquel año la estrella matutina del Día Evangélico.

Lutero se entregó de nuevo a sus ocupaciones ordinarias. En aquella época estaba agobiado de trabajo no solo era profesor, predicador, y confesor, sino que además tenía muchas ocupaciones temporales concernientes a su orden y a su convento. Necesito continuamente, escribía, de dos secretarios porque no hago casi otra cosa que escribir cartas en todo el día. Soy predicador del convento, lector del refectorio, pastor y predicador de la parroquia, director de estudios, vicario del prior (¡es decir once veces prior!), inspector de los estanques de Litzkau, abogado de las posadas de Herzberg en Torgau, lector de San Pablo, comentador de los salmos. Rara vez tengo tiempo para rezar las horas y cantar sin hablar del combate del espíritu contra la carne, con el diablo y el mundo… ¡Por esto verás si soy hombre desocupado!....1

Por aquel tiempo se declaró la peste en Wittemberg muchos estudiantes y doctores salieron de la ciudad, pero Lutero permaneció en ella. No sé, escribía a su amigo de Erfurt, si la peste me permitirá concluir la Epístola a los Gálatas. Esta peste, brusca

y rápida, hace grandes estragos, principalmente entre la juventud. Me aconsejáis que huya, ¿pero a dónde huiré? Espero que no se desplomara el mundo si cae fray Martín. 2

Si la peste hace progresos, dispersaré los hermanos por todos lados, pero yo, estoy puesto aquí y la obediencia no me permite huir, hasta que me vuelva a llamar el que me llamó a este puesto no es que yo no tema la muerte (porque no soy el apóstol Pablo, solo soy su comentador) pero espero que el Señor me librara del temor. Tal era la firmeza del doctor de Wittemberg. ¿El que no temía a la peste, temerá a Roma? ¿Cederá al terror del patíbulo?

FOOTNOTES

(1) Sed etiam ultro adorabam. (L. jOpp. Lat., I., p. 50.)

(2) L. Opp. (L.), XVII., p. 142, y en las obras latinas, tom. I., p. 51.

* Cum credenti omnia sint, auctore Christo, possibilia, supersti-tiosumest humano arbitrio, alus sanctis, alia deputari auxilia. (L. Opp. (L), XVII., p. 142, rt Opp. Lat., tom. I., p. 51.)

(3) Hilscher's Luther's Anwesenheit inAlt-Dresden, 1728.

(4) Del primero mayo de 1516, Epp, I., p. 20. * L. Epp. I., p. 36.

(5) Nod enim asperasperum, id est non diabolus diabolum, sed ¡.uavis asperum, id est digitu» Dei ejicit daemonia.

(6) Tam citó enim crux cessat esse crnx, quam citó Isetus dixeris; Crux benedicta ! interligna nullum tale. (Epp. I., 27.)

(7) Heiliglich, friedlich, und züchtig. (Matth., p. 10)

(8) Epp. I., p. 41, a Lange, a los 26 de Octubre de 1516.

(9) Duó fugíam t spero quod non corruet orbis, ruente fratre Martino. (Epp. I., p. 42. Ibid.)

CAPÍTULO X

Relaciones con el elector — Consejos al Capellán — El duque Jorge. — Lutero en la corte — Comida en la corte — Cena en casa de Emser.

El mismo valor que mostró Lutero a la vista de los males más terribles, lo desplegó ante los poderosos del mundo. El elector estaba muy satisfecho del vicario general, quien había hecho en los Países Bajos una buena cosecha de reliquias. Lutero da cuenta de ello a Spalatin. Es una cosa curiosa este asunto de reliquias, en el tiempo en que va empezar la Reformación. Seguramente que los reformadores ignoraban hasta donde debían ir a parar. Un obispado le parecía al elector ser la única recompensa digna del vicario general. Lutero, a quien Spalatin escribió sobre esto, desaprobó mucho esta idea.

Hay cosas que agradan a vuestro príncipe" respondió, y que sin embargo desagradan a Dios. No niego que no sea hábil en las cosas del mundo pero en las que conciernen a Dios y a la salud de las almas, le tengo por siete veces ciego, lo mismo que a Pfeffinger, su consejero. No digo esto a ocultas como un calumniador. No temáis el decírselo a ambos, porque estoy pronto yo mismo, y en toda ocasión, a decirles lo mismo cara a cara. ¿Porque queréis lanzar a ese hombre (Staupitz), al tempestuoso mar de cuidados episcopales?1

No se ofendía el elector de la franqueza de Lutero. El príncipe, le escribía Spalatin, habla de vos a menudo y con mucha consideración. Federico envió al fraile un paño muy fino para hacerse un hábito. Sería demasiado bueno, dijo Lutero, si no fuese un regalo de príncipe.

No soy digno de que nadie se acuerde de mí y aun menos un príncipe y un tan gran príncipe. Los que me son más útiles son los que tienen peor opinión de mí.1dad gracias a nuestro príncipe por su favor pero sabed que deseo no ser elogiado, ni de vos, ni de ningún hombre, porque toda alabanza de hombre es vana, y la que viene de Dios es la sola verdadera.

El excelente Capellán no quería ceñirse a sus funciones de la corte, deseaba hacerse útil al pueblo, pero, como otros muchos en todos tiempos, quería serlo sin herir los espíritus, sin irritar a nadie y conciliándose el aprecio general. "Indicadme," escribía a Lutero, algún escrito que traducir en lengua vulgar, pero un escrito que agrade generalmente y que al mismo tiempo sea útil. ¡Agradable y útil! respondió Lutero, semejante petición me sorprende. Cuánto más buenas son las cosas, tanto menos agradan. ¿Qué hay de más saludable que Jesucristo? y sin embargo es para la mayor parte olor de muerte. Vos me diréis que no que reis ser útil, sino a los que aman lo que es bueno en tal caso, haced solamente oír la voz de Jesucristo, seréis

agradable y útil, no lo dudéis, pero al menor número porque hay pocas ovejas en esta triste región de lobos. 2

Lutero recomendó sin embargo a su amigo, los sermones del dominicano Tauler. Nunca he visto, dice, ni en latín ni en nuestra lengua, una teología más sana y más conforme al Evangelio. Estudiadla y veréis cuan dulce es el Señor, pero después que hayáis probado cuan amargo es todo lo que somos. 3

Lutero entro en relación con el duque Jorge de Sajonia en el año 151 7. La casa de Sajonia tenía entonces dos jefes. Dos príncipes, Ernesto y Alberto, arrebatados en su juventud del palacio de Altenbourg, por Kunz de Kaufungen, llegaron a ser, por el tratado de Leipzig, los fundadores de dos casas, que llevan todavía su nombre.

El elector Federico, hijo de Ernesto, era en la época, cuya historia escribimos, el jefe de la rama Ernestina y su primo, el duque Jorge el de la Albertina. Dresde y Leipzig se hallaban en los estados del duque y éste residía en la primera de dichas ciudades. Su madre, Sidonia, era hija del rey de Bohemia, Jorge Podiabrad. La larga lucha que la Bohemia había sostenido con Roma, desde los tiempos de Juan Huss, tuvo alguna influencia sobre el príncipe de Sajonia. Este se había mostrado muchas veces deseoso de una Reformación.

Este deseo le viene de su madre, decían, es por naturaleza enemigo del clero.1 Atormentaba de muchas maneras a los obispos, los abades, los canónigos y los frailes y su primo, el elector Federico, tuvo que intervenir más de una vez en su favor. Parecía que el duque Jorge debía ser el más ardiente partidario de una Reformación. El devoto Federico, al contrario, que en otro tiempo se había calzado las espuelas de Godefroy, en el santo sepulcro, que se había ceñido la deforme espada del conquistador de Jerusalén, y hecho el juramento de combatir por la Iglesia, como el valiente caballero de otro tiempo, parecía deber ser el más ardiente campeón de Roma. Pero, cuando se trata del Evangelio, todas las previsiones de la sabiduría humana se engañan muchas veces. Sucedió lo contrario de lo que se podía esperar. Se hubiera complacido el duque en humillar la Iglesia y sus miembros, en abatir también a los obispos, cuyo lujo asiático eclipsaba el suyo; pero recibir en su corazón la doctrina evangélica que debía humillarle, reconocerse pecador, culpable y incapaz de salvarse, a no ser por mera gracia, era otra cosa. Hubiera querido gozoso reformar a los demás: pero no pensaba en reformarse a sí mismo.

Hubiera quizás tratado de obligar al obispo de Mayence a contentarse con un solo obispado y a no tener más que catorce caballos en sus caballerizas, como lo ha dicho más de una vez pero, cuando vio parecer otro Reformador, cuando vi un simple fraile emprender esta obra, y que la reformación hacía muchos prosélitos entre la gente del pueblo, entonces el orgulloso nieto del rey Hussite se declaró el más violento adversario de la Reforma, después de haber sido su partidario.

En el mes de Julio de 1317, el duque Jorge pidió a Staupitz que le enviara un predicador sabio y elocuente y éste le envió Lutero, recomendándole como hombre de gran ciencia y de conducta irreprensible. El príncipe le invitó predicar en Dresde en la capilla del palacio en el día de Santiago el Mayor.

Llegado aquel día, el duque y su sequito fueron a la capilla, para oír al predicador de Wittemberg. Lutero aprovechó con gusto aquella ocasión, para tributar homenaje la verdad en presencia de tan ilustre asamblea. Tomó por texto el evangelio del día, entonces se acercó a Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, etc. (San Mateo, Cap. XX., Ver. de 20 a 23.) Habló sobre los deseos y los ruegos insensatos de los hombres, y se expresó con energía sobre la seguridad de la salvación, la que apoyó en el fundamento de que los que oyen con fe la palabra de Dios, son los verdaderos discípulos de Cristo, elegidos para la vida eterna. Trató después de la elección gratuita, y mostró que esta doctrina presentada en unión con la obra de Cristo, tiene gran fuerza para disipar los terrores de la conciencia; de suerte que los hombres, en lugar de alejarse del Dios santo a la vista de sus indignidades, son impelidos con dulzura a buscar en él su refugio. En fin, refirió una parábola de tres vírgenes, de la que dedujo instrucciones edificantes.

La palabra de la verdad hizo una profunda impresión a los oyentes. Dos de ellos principalmente parecían prestar una particular atención, al discurso del fraile de Wittemberg. Una de las dos personas era una dama de un exterior respetable, que se hallaba en los bancos de la corte, y en cuyas facciones se hubiera podido leer una emoción profunda. Se llamaba Madama de la Sale, y era camarera mayor de la duquesa. La otra persona era un licenciado en cánones, secretario y consejero del duque, Gerónimo Emser. Este era hombre de talento y de vastos conocimientos. Cortesano y hábil político, hubiera querido contentar a la vez dos partidos opuestos, es decir, pasar a Roma por defensor del papado, y al mismo tiempo brillar en Alemania, entre los sabios del siglo pero, bajo este espíritu flexible, se ocultaba un carácter violento. Este personaje y Lutero se encontraron, por la primera vez, en la capilla del palacio; sin pensar que más tarde debían romper más de una lanza.

Llegó la hora de comer para los moradores del palacio y luego se hallaron reunidas en la mesa la familia ducal y las personas allegadas a la corte. La conversación cayó naturalmente sobre el predicador de la mañana. “Que tal os ha parecido el sermón? dijo el duque a Madama de la Sale.

Si pudiera oír otro discurso semejante, respondió la dama, “moriría en paz.” “Y yo,” respondió Jorge con cólera, daría una suma de dinero por no haberlo oído tales discursos solo son buenos para hacer pecar a las gentes con seguridad.

Así que fue conocida la opinión del amo, los cortesanos manifestaron sin rebozo su desaprobación, haciendo mil observaciones. Algunos pretendieron que Lutero, en su

parábola de las tres vírgenes, había hecho alusión a tres damas de la corte, sobre lo cual hubo interminable charla. Chancearon las tres damas que el fraile de Wittemberg, designó públicamente, según decían ellos. 1 Es un ignorante, decían unos, es un fraile orgulloso, decían otros y cada uno comentaba el sermón a su modo y hacía decir al predicador lo que quería. La verdad había sido anunciada a una corte mal dispuesta a recibirla y todos la criticaron. Pero mientras que la Palabra de Dios era así una ocasión de caer, para muchos, por la camarera mayor lo fue de levantarse. Un mes después se puso enferma, abrazó con confianza la gracia del Salvador y murió llena de gozo. 1

En cuanto al duque, no oyó quizás en vano rendir homenaje a la verdad porque, cualquier que haya sido su oposición a la reforma durante su vida, se sabe que, a la hora de su muerte, declaró no tener esperanza sino en los méritos de Jesucristo.

Era natural que Emser hiciese los honores a Lutero, en nombre de su amo le convidó a cenar, Lutero rehusó, pero Emser insistió y le obligó aceptar. Lutero pensaba no encontrar sino algunos amigos, pero luego vio que le habían preparado un lazo. 3 Un maestro en artes de Leipzig y muchos dominicanos se hallaban en casa del secretario del príncipe. El maestro en artes, lleno de una alta idea de sí mismo, y de odio contra Lutero, le saludó con un aire amistoso y melifluo, pero luego se encolerizó y empezó a gritar. 3 Se trabo la pelea, y se disputó, dice Lutero, sobre las volverías de Aristóteles y de Santo Tomas:* al fin, Lutero desafió al maestro en artes a que definiese con toda la erudición de los tomistas, en qué consistía el cumplimiento de los Mandamientos de Dios. El maestro en artes, aunque se halló embarazado, conservó su serenidad, pagadme mis honorarios, dijo, tendiendo la mano, de Pastum. Se hubiera dicho que quería empezar a dar una lección, como un maestro de escuela, considerando a los convidados como discípulos suyos. Esta extraña respuesta, añade el Reformador, nos hizo reír a todos y luego nos separamos.

Durante esta conversación, un domínico estuvo escuchando a la puerta, con intención de entrar y escupir a Lutero en su cara; se contuvo no obstante, pero se vanaglorió después. 5 Emser, contento de oír disputar a sus convidados, y que riendo mantenerse neutral, dio muchas disculpas a Lutero por lo que acababa de pasar. 6 Este volvió a Wittemberg.

FOOTNOTES

(1) Multa placent principi rao, quee Deo displicent. (L. Epp. I., p. 25.)

(2) Ti mihi maximé prosunt, qui mei pessimémeminerint. (L. Epp. I, p.45.)

(3) Gluó suut aliqua salubriora, eó minus placent. (L. Epp, 1.. p. 46.)

(4) Quam amaruin est quidquid nos sumus. (Ibid.)

(5) L. Opp. (W.), XXII, p. 1849.

(6) L. Opp. (W.), XXII., p. 1849.

(7) Has tres postea inaula principis a me notatas garrierunt. (L. Epp.I.,85.)

(8) Keith, Leb. Lut., p- 32.

(9) Intermedias me insidias conjectum. (L. Epp. I., 85.)

(10) Inme acriter et clamose invectus est. (Ibid.)

(11) SuperAristotelis et Thomae nugis. (Ibid.)

(12) Ne prodideret etin faciem meam spueret. (L. Epp. I., 85.)

(13) Eniie sese excusavit. (Ibid.)

CAPÍTULO XI

Libertad y servidumbre — Tesis — Naturaleza del hombre — Racionalismo — Suplica a Juan Lange, de Erfurt — Eck — Urbano Regius — Modestia de Lutero.

Lutero volvió al trabajo con ardor. Preparaba seis o siete jóvenes teólogos para sufrir el examen que debía verificarse pronto para ascender a catedráticos. Lo que más le alegraba era que estas promociones debían ser en descrédito de Aristóteles. Quisiera aumentar sus enemigos, cuanto antes, 1 decía. Al efecto, publicó entonces algunas tesis que merecen nuestra atención.

La libertad, tal fue el grave asunto de que trató. Lo hizo ya ligeramente en las tesis de Feldkirchen y en esta ocasión profundizó más la materia. Desde el principio del cristianismo ha habido una lucha más o menos viva, entre las dos doctrinas de la libertad del hombre y de su sujeción. Algunos escolásticos enseñaron, como Pelagio y otros doctores, que el hombre poseía de sí mismo la libertad, o el poder de amar a Dios y de hacer el bien. Lutero negó esta libertad, no por privar de ella al hombre, sino al contrario, para hacer que la obtuviese. La disputa diferencia en esta grande cuestión, no es pues como se dice generalmente, entre la libertad y la servidumbre, sino entre la libertad que proviene del hombre y la que proviene de Dios. Los que se llaman partidarios de la libertad, dicen al hombre.

Tú tienes el poder de hacer el bien, y no necesitas de mayor libertad. Los llamados partidarios de la servidumbre, le dicen, al contrario, te falta la verdadera libertad y Dios te la ofrece en el Evangelio. Unos hablan de libertad para conservar fe servidumbre, otros de la servidumbre para dar la libertad tal fue la lucha en tiempo de San Pablo, en el de Agustín y en el de Lutero.

Los que dicen no alteréis nada, son los campeones de la servidumbre y los que dicen, romped vuestras cadenas, son los campeones de la libertad.

Sin embargo, nos engañaríamos si quisiésemos resumir toda la Reformación en esta cuestión particular, ella es una de las muchas doctrinas que sostuvo el doctor de Wittemberg, he aquí todo. Sobre todo, sería una ilusión el pretender que la reformación sea un fatalismo, una oposición a la libertad ella fue una magnífica emancipación del espíritu del hombre.

Rompiendo los numerosos lazos con que la jerarquía había ligado el pensamiento humano y restableciendo las ideas de libertad, de derecho y de examen, la Reformación emancipó a su siglo a nosotros mismos y a la posteridad más remota. Y que no se nos diga que la Reformación libertó al hombre de todo despotismo humano, pero que le esclavizó, proclamando la soberanía de la gracia, no hay duda que ella quiso unir de nuevo la voluntad humana con la divina, someter plenamente aquella a esta y establecer una conformidad entre ambas; pero, ¿qué filósofo ignora que la

plena conformidad a la voluntad de Dios es la única, la soberana y la perfecta libertad, y que el hombre no será verdaderamente libre sino cuando la suprema justicia y la eterna verdad reinan solas en él?.

He aquí algunas de las noventa y nueve proposiciones que presentó Lutero a la Iglesia, contra el racionalismo pelagiano de la teología escolástica.

Es cierto que el hombre, que ha llegado a ser un mal árbol, no puede sino querer y hacer lo que es mal. Es falso que la voluntad dejada a sí misma, pueda hacer el bien como el mal porque ella no es libre sino cautiva. No está en poder de la voluntad del hombre querer o no querer todo lo que se le presenta. El hombre por su naturaleza no puede querer que Dios sea Dios preferiría ser Dios o el mismo y que Dios no fuese Dios. La excelente, la infalible, la única preparación a la gracia, es la elección y predestinación eterna de Dios. 1 Es falso decir que si el hombre hace todo lo que puede, destruye los obstáculos a la gracia. En una palabra, la naturaleza no posee ni razón pura ni voluntad buena. 3 De parte del hombre nada hay que preceda a la gracia a no ser la insuficiencia y la rebelión. No hay virtud moral sino orgullo, ni sin tristeza, es decir, sin pecado.

Desde el principio hasta el fin, no somos dueños de nuestras acciones, sino esclavos suyos. No llegamos a ser justos haciendo lo que es justo, sino que siendo ya justos, hacemos lo que es justo. El que dice que un teólogo que no es lógico, es un hereje y un aventurero, dice una cosa aventurera y herética. No hay forma de razonamiento (de silogismo), que concuerde con las cosas de Diós.3 Si la forma del silogismo pudiera aplicarse a las cosas divinas, se sabría el artículo de la Santa Trinidad, y no se creería. En una palabra, Aristóteles es a la teología lo que las tinieblas a la luz. El hombre es más enemigo de la gracia de Dios que de la misma ley. El que esta fuera de la gracia de Dios peca sin cesar, aun cuando no mate, no robe, ni cometa adulterio. Peca, porque no cumple la ley espiritualmente. No matar, no cometer adulterio, solo exteriormente y en acción, es la justicia de los hipócritas. La ley de Dios y la voluntad del hombre, son dos adversarios que, sin la gracia de Dios, no pueden estar de acuerdo. 4 Lo que quiere la ley, no lo quiere jamás la voluntad, a menos que por temor o por amor, no aparente quererlo. La ley es el verdugo de la voluntad pero ésta no recibe por amo más que el Niño que nos ha nacido. 1 (Isaías, IX., 6.)

La ley hace abundar el pecado, porque ella irrita y rechaza la voluntad. Pero la gracia de Dios hace abundar la justicia por Jesucristo, quien hace amar la ley. Toda obra de la ley parece buena por el exterior, pero es pecado en el interior. La voluntad, cuando se vuelve hacia la ley sin la gracia de Dios, solo es por su propio interés. Malditos son todos los que hacen las obras de la ley. Benditos son todos los que hacen las obras de la gracia de Dios. La ley que es buena y en la que se tiene la vida, es el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. (Romanos v.,

ver. 5.) La gracia no es concedida, para que la obra se haga más frecuente y fácilmente, sino porque sin la gracia no se puede hacer ninguna obra de amor. Amar a Dios, es aborrecerse a sí mismo y no saber nada fuera de Diós. 2

Así pues Lutero atribuye a Dios todo el bien que puede hacer el hombre. No se trata de rehacer, de remendar, si así puede decirse, la voluntad del hombre es menester darle otra nueva. Dios solo ha podido decir esto, porque Dios solo puede cumplirlo. He aquí una de las mayores y más importantes verdades que el espíritu humano puede reconocer.

Pero Lutero, al proclamar la insuficiencia del hombre, no caía en el extremo contrario. En la octava proposición, dice, no resulta de lo dicho que la voluntad sea mala por su naturaleza, es decir que su naturaleza sea el mismo mal, como enseñaron los Maniqueos. La naturaleza del hombre fue en su origen esencialmente buena, ella se apartó del bien que es Dios y se inclinó hacia el mal. Sin embargo, existe su santo y glorioso origen y ella es capaz, por el poder de Dios y por la obra del Cristianismo, de recobrar el mismo origen.

Es verdad que el Evangelio nos presenta el hombre en un estado de humillación y de insuficiencia pero lo presenta entre dos glorias y dos grandezas, una gloria pasada, de la que fue precipitado y otra gloria futura, a la que es llamado. Esta es la verdad, el hombre lo sabe y por poco que piense en ello, descubre fácilmente que todo lo que se le dice sobre su pureza, su poder, y su gloria actuales, no es más que una mentira con que se quiere alagar y adormecer su orgullo.

Lutero se elevó en sus tesis, no solo contra la pretendida bondad de la voluntad del hombre, sino también contra las supuestas luces de su entendimiento en lo tocante a las cosas divinas. En efecto la teología escolástica exalto la razón al par que la voluntad. Aquella Teología, tal cual la habían compuesto algunos de sus doctores, no era en sustancia más que una especie de racionalismo, las proposiciones que hemos citado, lo indican, se diría que van dirigidas contra el racionalismo de nuestros días. En las tesis, que anunciaban la reformación, Lutero atacó la Iglesia y las supersticiones populares que habían añadido al Evangelio las Indulgencias, el Purgatorio y otros abusos. En las que acabamos de mencionar, atacó la escuela y el Racionalismo, que habían quitado del mismo Evangelio la Doctrina de la Soberanía de Dios, de su revelación y de su gracia. La Reformación atacó el Racionalismo, antes de atacar la superstición, proclamó los Derechos de Dios antes de condenar las superfluidades del hombre fue positiva antes que negativa: esto es lo que no se ha notado suficientemente, y sin embargo, sin esto no se puede llegar a apreciar justamente aquella revolución religiosa.

Sea lo que fuera eran verdades bien nuevas las que Lutero acababa de expresar con tanta energía. Hubiera sido fácil sostener aquellas tesis en Wittemberg, donde

dominaba su influencia; pero entonces hubieran dicho que Lutero escogía un campo de batalla donde no comparecería ningún combatiente: presentando el combate en otra universidad, para dar mayor publicidad a aquellas tesis y precisamente por la publicidad se ha obrado la reformación: pensó pues en Erfurt cuyos teólogos se habían mostrado tan irritados contra él.

En efecto, envió sus tesis a Juan Lange, prior de Erfurt, y le escribió, mi impaciencia hasta saber lo que decidiréis sobre estas paradojas, es grande, extrema, demasiado grande, tal vez. Mucho me temo que vuestros teólogos no consideren como paradoja y aun ortodoxa, 1 lo que no puede ser para mí sino muy ortodoxa. Avisadme pues cuanto antes lo que fuere. Tened la bondad de declarar a la Facultad de Teología y a todos, que estoy pronto a ir a Erfurt y sostener públicamente estas proposiciones, sea en la universidad, sea en el monasterio. Parece que no fue aceptado el desafío de Lutero, los frailes de Erfurt se contenta ron con hacerle saber que sus tesis les habían desagradado mucho.

Quiso también enviar las mismas proposiciones a otro punto de Alemania y para ello fijó la atención en un hombre que hace gran papel en la historia de la reformación, y que es digno de ser conocido.

Un distinguido profesor llamado Juan Meyer enseñaba entonces en la Universidad de Ingolstadt, en Baviera, era nativo de Eck, pueblo de Suabia y le llamaban comúnmente el doctor Eck. Era amigo de Lutero y éste apreciaba sus talentos y conocimientos, había leído mucho, estaba dotado de una memoria feliz y a la erudición juntaba la elocuencia. Su accionar y su voz indicaban la viveza de su genio. En cuanto a talento, Eck era en el sur de la Alemania, lo que Lutero en el norte, ambos eran los teólogos más notables de aquella época, aunque con diferentes tendencias. La Universidad de Ingolstadt, era casi la rival de la de Wittemberg. La reputación de estos dos doctores atrajo de todas partes a las universidades en que enseñaban, una multitud de estudiantes deseosos de escuchar sus lecciones. Sus prendas personales, no menos que su ciencia, les hacían ser queridos de sus discípulos. Se ha vituperado el carácter del doctor Eck un rasgo de su vida mostrará que a lo menos en la época de qué hablamos, su corazón no estaba cerrado a los sentimientos generosos.

Entre los estudiantes que su nombre atrajo a Engoldstadt, se hallaba un joven llamado Urbano Regius, nacido en las márgenes de un lago de los Alpes. Había estudiado en la Universidad de Friburg en Brigau y llegado a Engoldstadt siguió allí su curso de filosofía y captó la voluntad del doctor Eck. Precisado a subsistir con sus propios recursos, tuvo que encargarse de la dirección de algunos jóvenes nobles. No solo debía vigilar su conducta y sus estudios, sino también comprar el mismo los libros y la ropa que necesitaban. Aquellos jóvenes vestían con lujo, y tenían buena mesa; contraían deudas y los acreedores les apuraban: en tal estado, Regius embarazado

suplicó a los pudres de dichos jóvenes que los retirasen de allí, y la respuesta que le dieron fue, "tened ánimo." El emperador juntaba entonces un ejército contra los turcos, e iban llegando reclutas a Ingoldstadt. Desesperado como se hallaba, Urbano sentó plaza, y apareció en las filas con uniforme, en los momentos en que pasaban la revista para marchar. El doctor Eck llegó justamente entonces a la plaza, con muchos de sus colegas, y se sorprendió al reconocer a su discípulo entre los reclutas. "¡Urbano Regius!" le dijo, fijando en él una mirada penetrante.

¡Presente!, respondió el conscripto. "¿Cuál es la causa de esta mudanza?". El joven refirió su historia y el doctor le respondió, yo me encargo del asunto y inmediatamente le arrancó la alabarda y le retiró del servicio, pagando su reemplazo. Los padres de los dos jóvenes, temerosos de caer en la desgracia del príncipe por amenazas que les hizo el doctor, enviaron el dinero necesario para pagar los gastos y las deudas de sus hijos de este modo Urbano Regius fueron salvado, para llegar a ser más tarde uno de los apoyos de la Reformación.

Queriendo Lutero, como se ha dicho, hacer conocer en el sur del imperio sus tesis sobre el Pelagianismo y el Racionalismo, las envió a su excelente amigo (que lo era también de Eck), Cristobal Scheurl, secretario de la ciudad de Núremberg, suplicándole las pasara al mismo Eck, a Engolstadt, ciudad que no dista mucho de Núremberg. "Os envío, le escribía, mis proposiciones enteramente paradójicas y aun ortodoxas, como piensan algunos, comunicadlas a nuestro querido Eck, a ese hombre tan erudito y de tanto talento, a fin de que yo sepa su opinión. * Así hablaba entonces Lutero del doctor Eck, tal era la amistad que reinaba entre ambos y no fue Lutero quien la rompió.

Empero, no era en aquel campo donde debía trabarse el combate. Aquellas tesis versaban sobre doctrinas de mayor importancia quizás que las que, dos meses después, aparecieron incendiarias a la Iglesia y a pesar de esto y las provocaciones de Lutero, dichas proposiciones fueron recibidas con indiferencia, y a penas fueron leídas más que en el gremio de la Escuela es porque no eran otra cosa que proposiciones de universidad y Doctrinas de Teología mientras que las segundas tesis se referían a un mal que se había aumentado y que rebosaba por todas partes en Alemania. Cuando Lutero se limitó a restablecer doctrinas ya olvidadas, callaron pero cuando manifestó abusos que chocaban todo el mundo, prestaron atención. Sin embargo, en uno y otro caso, no se propuso Lutero sino suscitar discusiones teológicas, tan frecuentes entonces, en las universidades. La idea de Lutero no se extendía más, no pensaba en llegar a ser Reformador, era humilde y su humildad llegaba hasta la desconfianza de sí mismo.... Soy tan ignorante, decía, que no merezco más que vivir en un rincón, sin ser conocido de nadie bajo el sol. 2 Pero una mano poderosa le sacó de aquel rincón, en que hubiera querido permanecer desconocido del mundo. Una circunstancia

independiente de su voluntad, le hizo salir al campo de batalla y empezó la guerra cuya circunstancia providencial nos toca referir en la continuación de esta obra.

FOOTNOTES

(1) Cujns vellem hostes cito quam pkirimos fieri. (L. Epp. I., 59.)

(2) Optima et infallibilis ad gratiam preeparatio et unica dispositio, est seterna Dei electio et praedestinatio. (L. Opp. Lat., I., 56.)

(3) Breviter nec rectum dictamen habet natura, nec bonam volunta-tem. (L. Opp. Lat., I., 56.)

(4) Nulla forma syllogistiea tenet interminis divinis. (Ibid.)

(5) Lexet voluntas sunt adversarii duo, sine gratia Dei implaeabiles. (U Opp. Lat.. I.. 57.)

(6) Lex est exactor voluntatis, qui non superatur nisi per Parvulum qui natus est nobis. (Ibid.)

(7) L. Opp. Lips. XVII., p. 143, et Opp. Lat. I.

(8) Nec ideó sequitur quod sit naturaliter mala, id est natura mali, spcimdum Manichaos. (L. Opp. Lips. XVII., p. 143, et Opp. Lat. I.)

(9) Ref. Span. 11

(10) Imb cacodoxa (mala doctrina) videri suspicor. (L. Epp. I., 6.)

(11) Eccio n ostro, erudutissimo et ingeniosissimo viro exhíbete, ut audiam et videam quid vocet illas. (L. Epp. I., p. 63.)

(12) L. Opp. (W.), XVni., 1944.

LIBRO TERCERO - LAS INDULGENCIAS Y LAS TESIS. 1517 - MAYO 1518.

CAPÍTULO I

Agitación — Comitiva — Tezel — Su discurso — Confesión — Venta — Penitencia pública — Una carta de indulgencia — Excepciones — Diversiones y disoluciones.

Una gran agitación reinaba entonces entre el pueblo de Alemania. La Iglesia había abierto un gran mercado en la tierra y al ver la multitud de compradores y al oír los gritos y las chocarrerías de los vendedores, se hubiera dicho que era una feria, pero feria abierta por los frailes. La mercancía que ponderaban y ofrecían con rebaja era, según decían, la salud eterna de las almas.

Los mercaderes recorrían el país en hermosos carruajes, acompañados de tres lacayos, ostentando grandeza y haciendo mucho gasto, se parecían más bien a un cardenal, viajando con sus oficiales y acompañamiento que no a un tratante vulgar o a un fraile limosnero. Cuando la comitiva se acercaba a una ciudad, un diputado se presentaba al magistrado y le decía: "La gracia de Dios y la del Padre Santo están a las puertas de la ciudad", y al punto se ponía todo en movimiento, el clero, los frailes, las monjas, el ayuntamiento, los maestros de escuela, los discípulos, los gremios de artesanos con sus estandartes, hombres y mujeres, jóvenes y viejos iban al encuentro de los mercaderes, llevando velas encendidas y avanzando al son de la música y de todas las campanas, de manera, dice un historiador, que no hubieran podido recibir más dignamente al mismo Dios.

Hechas las primeras salutaciones, la comitiva se dirigía hacia la Iglesia, la bula de gracia del Pontífice iba al frente en un cojín de terciopelo o en un brocado, seguía el jefe de los mercaderes de indulgencias, con una cruz roja de madera en la mano, toda la procesión caminaba así, en medio de los canticos de las oraciones y del humo del incienso y en el templo recibían al fraile mercader y a su acompañamiento, con órgano y música estrepitosa, colocaban la cruz delante del altar, colgaban en ella las armas del papa y durante todo el tiempo que ella estaba allí, el clero de la ciudad, los penitenciarios, subcomisarios, iban, todos los días, después de vísperas o antes del ángelus a rendirle homenaje, teniendo en las manos unos bastoncitos blancos. 1 Este gran acontecimiento causaba una profunda sensación en las tranquilas ciudades germánicas. Un personaje llamaba sobre todo la atención del público en aquella feria y era el que llevaba la gran cruz roja y hacia el principal papel. Revestido del hábito de los dominicanos, se presentaba con arrogancia, su voz era retumbante y parecía todavía vigoroso, aunque tenía ya sesenta y dos años. 2 Este hombre, hijo de un platero de Leipzig, nombrado Dies, se llamaba Juan Diesel o Tezel, había estudiado en su ciudad natal, fue nombrado bachiller en 1487, y entró, dos años después, en la orden de los dominicos. Reunía en sí muchos títulos, Bachiller en Teología, prior de los

dominicos, comisario apostólico, inquisidor, hcereticce pravitatis inquisitor y con todo no había cesado, desde el año 1502, de llenar el oficio de mercader de indulgencias.

La habilidad que adquirió, siendo subalterno, le valió pronto el puesto de comisario en jefe. Tenía de salario ochenta florines al mes y todos sus gastos pagados, además le proporcionaban un carruaje y tres caballos pero se comprende fácilmente que sus ganancias accesorias eran mucho más que su sueldo. En 1507 ganó en dos días en Freiberg, dos mil florines si tenía oficio de charlatán, también tenía costumbres de tal declarado en Innsbruck de adultero y de conducta depravada, estuvo a pique de espiar sus vicios con su muerte pues, el emperador Maximiliano había mandado que le metieran en un saco y le echaran al rio. El elector Federico de Sajonia interpuso su influjo y obtuvo su perdón 1 pero esta elección no le corrigió. Llevaba consigo dos de sus hijos cuyo hecho lo cita Miltitz, legado del papa, en una de sus cartas. 3 Hubiera sido difícil encontrar en todos los claustros de Alemania un hombre más adecuado que Tezel para el comercio de que le habían encargado a la Teología de un fraile, al celo y al espíritu de un inquisidor, reunía el mayor descaro y lo que le facilitaba sobre todo el desempeño de su cargo era el arte de inventar las historias peregrinas con que se cautivaba el espíritu del pueblo, todos los medios eran buenos para él con tal que llenasen su caja esforzando su voz y haciendo uso de la elocuencia de los charlatanes, ofrecía a todo el mundo sus indulgencias, y sabia, mejor que ningún mercader de feria, hacer valer su mercancía. 3

Cuando Tezel subía al púlpito, mostrando la cruz de la que colgaban las armas del papa, se ponía a ponderar con tono firme el valor de las indulgencias, a la multitud de gentes que atraía la ceremonia al santo lugar, el pueblo le escuchaba, y abría el ojo al oír las admirables virtudes que anunciaba.

Un historiador jesuita, hablando de los religiosos dominicos asociados con Tezel, dice, Algunos de aquellos predicadores no faltaron, según costumbre, de exagerar el asunto de que trataban y de preconizar tanto el precio de las indulgencias que dieron motivo al pueblo para creer que tenían segura su salvación y el rescate de las almas del purgatorio, al punto que daban dinero. 1 Si tales eran los discípulos bien se puede pensar lo que sería del maestro. Oigamos una de las arengas que pronunció después de la elevación de la cruz.

Las indulgencias, dijo, son la dadiva más preciosa y la más sublime de Dios. Esta cruz (mostrando la cruz roja) tiene tanta eficacia, como la misma cruz de Jesucristo. 2 Venid, oyentes, y yo os daré bulas, por las cuales se os perdonaran hasta los mismos pecados que tuvieseis intención de cometer en el futuro. Yo no

cambiaría por cierto mis privilegios, por los que tiene San Pedro en el cielo; porque yo he salvado más almas con mis indulgencias que el apóstol con sus discursos. No hay pecado tan grande, que la indulgencia no pueda perdonar y aun, si alguno (lo que es imposible sin duda), hubiese violado a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, que pague, que pague bien nada más, y se le perdonara la violación. Ni aun el arrepentimiento es necesario, pero hay más, las indulgencias no solo salvan a los vivos, sino también a los muertos. Sacerdote ¡noble!, ¡mercader!, ¡mujer!, ¡muchacha!, ¡mozo!, escuchad a vuestros parientes y amigos difuntos, que os gritan del fondo del abismo. Estamos sufriendo un horrible martirio, ¡una limosnita nos libraría de él, vosotros podéis y no queréis darla!

Se estremecían al oír estas palabras, pronunciadas con la voz formidable del fraile charlatán.

s Tezel defiende y sostiene esta aserción en sus antítesis, publicadas por él mismo. Th. 99, 100, et tOl. "Subcommissariis insuperac prsedicatoribus verfíarum imponere, ut si quis perimpossibile Dei genitricem sempervirginem violasset, quod eundem indulgentiarum vigore absolvere possent, luce clarius est." (Positiones fratris J. Tezelii quibus defendit índulgentias contra Lutherum.)

En el mismo instante, continuaba Tezel, en que la pieza de moneda resuena en el fondo de la caja, el alma sale del purgatorio y vuela libre al cielo. 1 ¡Oh gentes, torpes y parecidas casi a las bestias, que no comprendéis la gracia que se os concede tan abundantemente!....Ahora que el cielo está enteramente abierto, ¿No queréis entrar en él? ¿Pues, cuándo entrareis ?.... ¡Ahora podéis rescatar tantas almas!

¡Hombre duro e indiferente! con un real puedes sacar a tu padre del purgatorio, ¡y eres tan ingrato quo no quieres salvarle! Yo seré justificado en el día del juicio pero vosotros seréis castigados con tanta más severidad, cuanto que habéis descuidado tan importante salvación. Yo os digo que, aun cuando no tengáis más que un solo vestido, estáis obligados a venderlo, ¡a fin de obtener esta gracia!....Dios, nuestro Señor, no es ya Dios pues ha abdicado su poder en el papa.

Después, procurando también hacer uso de otras armas, añadía, ¿Sabéis porque nuestro Señor el papa distribuye una gracia tan preciosa?, es porque se trata de reedificar la iglesia destruida de San Pedro y San Pablo, de tal modo que no tenga igual en el mundo. Esta iglesia encierra los cuerpos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y los de una multitud de mártires. Estos santos cuerpos, en el estado actual del edificio, son, ¡ay! continuamente mojados, ensuciados,

profanados y corrompidos perla lluvia, por el granizo.... ¡Ah! ¿Estos restos sagrados, quedaran todavía en el lodo y en el oprobio? 2

Esta pintura no dejaba de hacer impresión en muchos. Ardían en deseos de socorrer al pobre León X, que no tenía con que poner al abrigo de la lluvia, los cuerpos de San Pedro y de San Pablo.

Entonces, el orador declamaba contra los ergotistas y alevosos que contrariaban su obra y gritaba ¡los declaro excomulgados!

Enseguida, dirigiéndose a las almas dóciles y haciendo un uso impío de la Escritura, decía, "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque os aseguro que muchos profetas y reyes han deseado ver las cosas que veis y no las han visto y también oír las cosas que vosotros oís y no las han oído". Y, por último, mostrando la caja en la que recibía el dinero, concluía regularmente su patético discurso, dirigiendo tres veces al pueblo estas palabras.

¡Traed, traed, traed! Pronunciaba estas palabras con tan horrible bramido, escribe Lutero, que parecía un toro furioso, que arremete a las gentes y las estropea a cornadas. 1 Luego que terminaba su discurso, bajaba del púlpito, corría hacia la caja y en presencia de todo el pueblo, echaba en ella una moneda, de manera, que la hacía sonar mucho. 3

Tales eran los discursos que la Alemania oía atónita en los días en que Dios preparaba a Lutero. Luego que era concluido el discurso, se consideraba como que la indulgencia, hubiese establecido su trono en aquel lugar, de un modo solemne. Se disponían confesionarios adornados con las armas del papa, los subcomisarios y los confesores que ellos elegían, eran reputados como representantes de los penitenciarios apostólicos de Roma, en tiempo del gran jubileo y en cada uno de los confesionarios, escribían con letras grandes sus nombres, apellidos y títulos. 3 Entonces acudían en bandadas a los confesionarios, se acercaban a ellos no con corazones contritos, sino con una moneda en la mano hombres, mujeres, niños, pobres, aun los mismos que vivían de limosna, todos encontraban dinero.

Los penitenciarios, después de haber ponderado de nuevo a cada uno en particular la grandeza de la indulgencia, hacían los penitentes esta preguntas, ¿De cuánto dinero podéis privaros, en conciencia, para obtener tan perfecta remisión?, Esta pregunta, dice la instrucción del arzobispo de Mayence a los comisarios, debe ser hecha en este momento, para que los penitentes estén mejor dispuestos a contribuir.

Estas eran todas las disposiciones que se requerían. En la bula del papa se exigía, a lo menos, el arrepentimiento del corazón y la confesión de boca pero Tezel y sus compañeros se guardaban bien de mencionar tales cosas, porque su bolsa hubiera quedado vacía. La instrucción del arzobispado prohibía aun el hablar de conversión o contrición. Se prometían tres grandes gracias bastara indicar la primera, la primera gracia que os anunciamos decían los comisarios, conforme a la letra de su instrucción, es el completo perdón de todos los pecados y no se puede concebir nada de más grande que una tal gracia, puesto que el hombre que vive en el pecado, está privado del favor divino, y que, por este perdón total, obtiene de nuevo la gracia de Dios. 1 Por tanto, os declaramos que, para conseguir estas gracias excelentes, no es menester más que comprar una indulgencia. Y, en cuanto a los que deseen librar las almas del purgatorio y lograr para ellas el perdón de todas sus ofensas, que echen dinero en la caja y no es necesario que tengan contrición de corazón, ni confesión de boca. Procuren solamente traer pronto su dinero porque así harán una obra muy útil a las almas de los difuntos y a la construcción de la iglesia de San Pedro. No se podían prometer mayores bienes a menos precio.

Acabada la confesión, la que no duraba mucho, los fieles se apresuraban a dirigirse hacia el vendedor, uno solo estaba encargado de la venta y tenía su oficina cerca de la cruz, miraba con atención a los que se acercaban a él, encaminaba su traza, su porte, sus vestidos y pedía una cantidad proporcionada a la apariencia del que se presentaba los reyes, las reinas, los príncipes, los arzobispos y los obispos, debían pagar, según el reglamento, veinte y cinco ducados por una indulgencia común, los abades, los condes y los varones, pagaban diez, los demás nobles, los rectores y todos los que gozaban de una renta de quinientos florines, pagaban seis, los que tenían dos cientos florines de renta por año, pagaban uno, y otros medio solamente. Por lo demás, si esta tarifa no podía ejecutarse a la letra, el comisario apostólico se hallaba revestido de plenos poderes y todo debía ser arreglado según los datos de la "sana razón", y la generosidad del donatario. 1 Para los pecados particulares, Tezel tenía un arancel particular, la poligamia se pagaba seis ducados, el robo de iglesia y el perjurio nueve ducados, el homicidio, ocho, la magia dos. Sansón, que hacía en Suiza el mismo comercio que Tezel en Alemania, tenía una tarifa poco diferente, por un infanticidio, hacía pagar cuatro libras tornesas por un parricidio o un fratricidio, un ducado. 2

Los comisarios apostólicos encontraban a veces dificultades en su tráfico sucedía con frecuencia, sea en las ciudades o en los pueblos, que los maridos eran opuestos a todo aquel tráfico, y prohibían a sus mujeres el que llevasen nada a aquellos traficantes, ¿que debían hacer sus devotas esposas?.

¿No tenéis vuestra dote u otros bienes a vuestra disposición? Las decían los vendedores, en tal caso, podéis disponer de ellos para una obra tan santa, contra la voluntad de vuestros maridos. 3

El individuo que concedía la indulgencia no podía recibir el dinero, esto estaba prohibido, bajo las penas más severas porque tenían bastantes motivos para temer, que el tal individuo no fuese fiel el mismo penitente debía depositar en la caja el precio de su perdón. 1 Miraban con rostro airado a los que tenían osadamente sus bolsas cerradas. 3

Si, entre los que se agolpaban a los confesionarios, se hallaba algún hombre cuyo crimen fuese público, sin que las leyes civiles le hubiesen castigado, debía hacer ante todo penitencia pública le conducían desde luego a una capilla, sacristía, donde le despojaban de sus vestidos, le descalzaban y solo le dejaban su camisa le cruzaban los brazos en el pecho y le ponían una luz en cada mano enseguida el penitente marchaba a la cabeza de la procesión, que se dirigía a la cruz roja permanecía arrodillado hasta que terminasen el canto y la colecta y entonces el comisario entonaba el salmo: miserere mei; luego se acercaban los confesores al penitente, le conducían por en medio de la iglesia hacia el comisario, quien, tomando la vara en la mano y pegándole suavemente tres veces en la espalda, 8 le decía, ¡que Dios tenga lástima de ti y te perdone tu pecado ! y acto continuo entonaba el Kyrie eleison; el penitente era reconducido ante la cruz y el confesor le daba la absolución apostólica y le declaraba reintegrado en la comunión de los fieles. Tristes monerías, coronadas por una palabra santa, la que, ¡en semejante acto, era una profanación!

He aquí una fórmula de absolución que merece la pena conocer el contenido de aquellas cédulas que ocasionaron la Reforma de la Iglesia.

Que nuestro Señor Jesucristo, tenga piedad de ti N. N., y te absuelva por los méritos de su santísima pasión, y yo, en virtud del poder apostólico que se me ha conferido, te absuelvo de todas las censuras eclesiásticas, sentencias y penas que has podido merecer y también de todos los excesos, pecados y crímenes que han podido cometer, por grandes y enormes que puedan ser, y por cualquiera causa que sea, aun cuando fuesen de los reservados a nuestro santísimo padre el papa y a la silla apostólica, borro todas las manchas de incapacidad y todas las notas de infamia, de que hubieras podido cubrirte, te liberto de las penas que hubieses debido sufrir en el purgatorio, te hago de nuevo participante de los sacramentos de la Iglesia, te incorporo otra vez en la comunión de los santos y te restablezco en la inocencia y pureza que tuviste en el acto de tu bautismo de manera que, en la hora de tu muerte, se cerrara para ti la puerta por donde se entra en el lugar de

los tormentos y de las penas, y al contrario se abrirá la que conduce al paraíso de la alegría y si no has de morir pronto, esta gracia quedara inmutable para la hora de tu último fin. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Firmado de puño y letra del hermano Juan Tezel, comisario. ¡Con qué habilidad se hallan mezcladas aquí palabras mentirosas y presuntuosas, con otras santas y cristianas!

Todas los fieles tenían que ir a confesarse al mismo citio en que se hallaba puesta la cruz roja y solo se exceptuaban los enfermos, los ancianos y las mujeres encinta, sin embargo, si había en la vecindad algún noble, o algún gran personaje, también tenía excepción porque podía no querer mezclarse con el pueblo y su dinero valía bien la pena que fuesen a buscarlo en su casa.

Si había algún convento, cuyos prelados, opuestos al comercio de Tezel, prohibiesen a sus hermanos subordinados, el visitar los lugares en que había erigido su trono la indulgencia, se hallaba también medio de remediar el mal, enviándoles confesores encargados de absolverlos contra las reglas de su orden y la voluntad de sus superiores no dejaban ni una veta de la mina sin explotarla.

Después de todo lo dicho, se procedía a lo que era objeto y fin del negocio, a contar el dinero para mayor seguridad, la caja tenía tres llaves, la primera estaba en poder de Tezel, la segunda en el del tesorero delegado de la casa, Jugger d'Augsbourg, a la que habían confiado esta vasta empresa y la tercera en el de la autoridad civil, llegado que era el momento, se abría la caja, en presencia de un escribano público y todo se contaba y registraba debida mente. ¡Y no debía levantarse Cristo para arrojar del santuario, a aquellos vendedores profanos!

Concluida la misión, los mercaderes descansaban de sus trabajos, la instrucción del comisario general les prohibía, es verdad, el frecuentar las tabernas y los lugares sospechosos, l pero hacían poco caso de esta prohibición, debían parecer poco temibles los pecados, a gentes que hacían tan fácil tráfico de ellos: los limosneros hacían una mala vida, dice un historiador católico romano; ellos gastaban, en las tabernas, en las casas de juego y en los lugares infames, todo lo que el pueblo cercenaba de sus necesidades. 2 Aun se asegura que, cuando estaban en las tabernas, solían jugar a los dados la salvación de las almas.

FOOTNOTES

(1) Mit weissen steeblein. (Instrucción del arzobispo de Mayence a los subcomisarios de la indulgencia, etc., articulo 8.)

(2) Ingenio ferox et corpore robuslus. (Cochl. 5.)

(3) Welchen churfürst Friederick vom Sack zu Inspruck erbeten hatte. (Mathes. 10.)

(4) L. Opp.(w.), xv., 8ea.

(5) Circumferuntur venales indnlgentiae inhis regiónibus a Tecelio dominicano ¡mpudenlissimo sycophanla. (Melancht, Vita Luth.)

(6) Ref. Span. 1 1*

(7) Hist. del Luteranismo por el P. Maimbourg, de la compañía de Jesús en 1681, p. 21.

(8) L. Opp. (W.), XXII., p. 1393.

(9) Thóse 5b (Positiones fratris Tezelii, etc.)

(10) Instrucción del arzobispo de Mayence, etc.

(11) Resolución sobre la tesis 32.

(12) Tentzel, Reformatiotisgesch. — Myconii, Ref. Hist. — Instrucción del arzobispo de Mayence a los subcomisarios de la indulgencia. — Tesis de Lutero.

(13) Instrucción, etc., 5. 69.

(14) Die erste Gnade ist die volkommene Vergebung aller Sünden, etc. (Instrucción 19.)

(15) Nur den Beichtbrief zu kaufen. (Ib. 36.)

(16) Auch ist nicht nothig, dass sie indem Herzen zerknirscht sind, und mit dem Mund gebsichtet haben. (Ibid. 38)

(17) Nach den satzen der gesunden Vernunfl, nach ihrer Magnificenz und Freigebigkeit. (Instrucción, 26.)

(18) Müller's Beliq., III., p. 264.

(19) Instr. 27. Wieder den Willen ihres l^lannes.

(20) Instr. 87, 90 y 91.

(21) Luth. Opp. Leipz. XVII., 79.

(22) Dreimal gelind aufden Rücken. [Instrucción.]

(23) Instr. 9. 3 Insrr. 69.

(24) Instrucción, 4

(25) Sarpi, Concilio de Trento, p. 5

(26) Schrock, K. G. v. d. R. I.. lia

CAPÍTULO II

Tezel en Magdeburgo — El alma del cementerio — El zapatero de Haguenau — Los estudiantes — Miconius — Conversación con Tezel — Astucia de un gentil hombre — Discursos de los sabios y del pueblo — Un minero de Schneeberg.

Vamos a ver ahora a que escenas daba lugar en Alemania aquella venta del perdón de los pecados, hay rasgos que por sí solos pintan los tiempos, queremos dejar hablar a los hombres cuya historia referimos.

En Magdeburgo, Tezel rehusaba el absolver a una mujer rica, a menos, decía, que no le pagase adelantados cien florines, ella consultó a su confesor ordinario, que era franciscano y este le dijo: "Dios concede gratuitamente el perdón de los pecados y no lo vende". Sin embargo, la suplicó que no hablase a Tezel a cerca del consejo que le había dado; pero, habiendo rastreado algo de esto el mercader, exclamó: "Semejante consejero merece ser expulsado o quemado". 1

Rara vez encontraba Tezel hombres bastante ilustrados y aun menos hombres bastante animosos para resistirle por lo común, hacía lo que quería de la multitud supersticiosa. Había plantado en Zwickau la cruz roja de las indulgencias y los buenos devotos se apresuraban en ir a hacer resonar en la caja el dinero que debía libertarlos. Cuando Tezel tenía que partir, los capellanes y sus acólitos le pedían, en la víspera, una comida de despedida, la petición era justa, pero ¿cómo acceder a ella, si el dinero estaba contado y sellado?

En la mañana siguiente hacía tocar la campana mayor, la muchedumbre se precipitaba al templo, creyendo que había sucedido algo de extraordinario, porque la fiesta era concluida y luego que estaban todos reunidos, les decía: yo había resuelto partir esta mañana, pero en la noche, me he despertado oyendo gemidos, he aplicado el oído... y era del cementerio de donde salían.... ¡Oh, Dios, era una pobre alma que me llamaba y me suplicaba encarecidamente, que la librase del tormento que la consume!, por esto me he quedado un día más, a fin de mover a lástima los corazones cristianos, en favor de dicha alma desgraciada. Yo mismo quiero ser el primero en dar una limosna y el que no siga mi ejemplo merecerá ser condenado. ¿Qué corazón no hubiera respondido a tal llamada? ¿Quién sabe, por otra parte, que alma es aquella que grita en el cementerio?, dan pues con abundancia y Tezel ofrece a los capellanes y a sus acólitos una buena comida. 1

Los mercaderes de indulgencias se habían establecido en Haguenau en 1517. La mujer de un zapatero, usando de la facultad que concedía la instrucción del comisario general, había adquirido, contra la voluntad de su marido, una bula de

indulgencia, que pagó un florín de oro y murió poco después, no habiendo el marido hecho decir misas por el descanso del alma de su mujer, el cura le acusó de impío y el juez de Haguenau le intimó que compareciese a su presencia, el zapatero se fue a la audiencia con la bula de su mujer en el bolsillo y el juez le preguntó: ¡Ha muerto tu mujer!, sí, respondió el zapatero, ¿y qué has hecho por ella?. He enterrado su cuerpo y he encomendado su alma a Dios. ¿Pero has hecho decir una misa por el descanso de su alma? No por cierto, porque sería inútil, pues ella entró en el cielo en el instante que murió. ¿Cómo sabes eso? He aquí la prueba y al decir esto, sacó la bula del bolsillo y el juez, en presencia del cura, leyó en ella, en propias palabras, que la mujer que la compró, no irá al purgatorio cuando muera, sino que entrará derechamente en el cielo.

Si el Señor cura pretende todavía que es necesaria una misa, añadió, 'mi mujer ha sido engañada por nuestro santísimo padre el papa y si no, el Señor cura me engaña a mí. Nada había que responder esto y el acusado fue absuelto, así el buen sentido del pueblo hacía justicia de estos piadosos fraudes. 1

Un día que Tezel predicaba en Leipzig y que mezclaba en su predicación algunas de las historietas, de que hemos dado ya una muestra, dos estudiantes salieron indignados de la iglesia, gritando, es imposible oír más los chistes y las puerilidades de ese fraile. 2 Uno de ellos era, según se asegura, el joven Camerarius, que después fue íntimo amigo de Melanchton y escribió su vida.

Pero, de todos los jóvenes de aquella época él en quien hizo Tezel más impresión fue, sin duda, Miconius, célebre después como reformador, e historiador de la Reformación. Había recibido una educación cristiana, su padre hombre piadoso de la Franconia, le decía muchas veces, hijo mío, ruega a menudo, porque todas las cosas nos vienen gratuitamente de Dios solo la sangre de Cristo es el único rescate de los pecados de todo el mundo aun cuando no hubiese más que tres hombres que debiesen ser salvados por la sangre de Cristo, cree, hijo mío y cree con seguridad, que tú eres uno de los tres hombres es un insulto dudar que salva la sangre del Salvador. Y luego, instruyendo a su hijo del comercio que empezaba entonces a establecerse en Alemania, y procurando preservarle de él, le decía aun.

Las indulgencias romanas son redes de pescar dinero y sirven para engañar a los simples el perdón de los pecados y la vida eterna, no se compran. A la edad de trece años, este joven, llamado Federico, fue enviado a la escuela de Annaberg, para concluir sus estudios, poco después llegó Tezel a aquella ciudad, donde permaneció dos años.

La gente iba en tropel a oír sus predicaciones. ¡No hay!, gritaba Tezel, con su voz de trueno, otro medio de alcanzar la vida eterna, que la satisfacción de las obras, pero esta satisfacción es imposible al hombre, luego tiene que comprarla del pontífice romano. 1

Cuando se acercó la salida de Tezel de Annaberg, sus discursos fueron más apretados, pronto quitaré la cruz, gritaba en tono amenazador, cerraré la puerta del cielo, 3 y apagaré la luz de este sol de gracia que alumbra a vuestros ojos y luego, usando la tierna voz de la exhortación, decía, ¡ahora es el tiempo favorable para salvarse!, alzando de nuevo la voz, el Stentor pontifical, 3 que se dirigía a los habitantes de un país rico por sus minas, gritaba con fuerza, contribuid, buenas gentes de Annaberg, contribuid abundantemente en favor de las indulgencias y vuestras minas y montañas se llenaran de oro puro. En fin, el día de Pentecostés declaró que distribuiría sus bulas a los pobres gratuitamente y por el amor de Dios.

El joven Miconius era del número de los oyentes de Tezel y concibió un ardiente deseo de aprovechar aquella oferta se fue a los comisarios y les dijo en latín, soy un pobre pecador y necesito un perdón gratuito, pero los mercaderes le respondieron, solo los que socorren a la iglesia, es decir dan dinero, pueden participar de los méritos de Cristo. ¿Qué significan entonces?, replicó Miconius, esas promesas de don gratuito, anunciadas en las puertas y paredes de los templos. Dad a lo menos un real, le volvieron a decir después de haber intercedido por él en vano cerca de Tezel. No puedo. Cuatro cuartos solamente. No los tengo.

Los dominicos, temiendo entonces que Miconius hubiese ido a sorprendedle, le dijeron, escucha, queremos regalarte los cuatro cuartos. Entonces el joven, levantando la voz, respondió con indignación, no quiero indulgencias compradas, si quisiera mercarlas, no tendría más que vender uno de mis libros de escuela, quiero un perdón gratuito y solo por el amor de Dios, vosotros daréis cuenta a Dios de haber dejado, por cuatro cuartos, escapar la salvación de un alma. ¿Quién te ha enviado sorprendedle?, exclamaron los mercaderes. Solo el deseo de recibir la gracia de Dios ha podido hacerme presentar delante de tan grandes señores, respondió el joven, y se retiró.

Me hallaba muy desconsolado, dice, al verme despachado tan sin piedad, pero sentía, sin embargo, en mi interior, un consolador que me decía, que había un Dios en el cielo, que perdonaba sin dinero ni precio, a las almas arrepentidas, por solo el amor de su hijo Jesucristo. Cuando me despedí de aquellas gentes, el Espíritu Santo tocó mi corazón, derramé muchas lágrimas y entre suspiros, hice al Señor esta oración, ¡oh Dios!, ya que los hombres me han negado el perdón de mis

pecados porque me faltaba dinero para pagarlo, tú, Señor, ten piedad de mí, y perdóname mis culpas por pura gracia. Enseguida fui a mi cuarto, tomé el crucifijo de mi escritorio, lo puse en una silla y me arrodilló delante de él, sería imposible describir lo que yo experimenté entonces pedía a Dios que fuese mi padre, hiciese de mi todo lo que quisiese y sentí cambiarse y convertirse mi naturaleza. Lo que antes me regocijaba llegó a ser para mí un objeto de aberración vivir con Dios y agradarle, era entonces mi más ardiente y único deseo.1

De este modo preparaba la reformación el mismo Tezel con sus abusos escandalosos abría el camino a una doctrina más pura y la indignación que excitaba en una juventud generosa, debía estallar un día con fuerza; se podrá juzgar por el rasgo siguiente.

Un gentil hombre Sajón, que había oído predicar a Tezel en Leipzig, quedó indignado de sus mentiras, se acercó al fraile y le preguntó, si tenía facultad de perdonar los pecados que se pensaban cometer. Seguramente, respondió Tezel, he recibido para ello pleno poder del papa, ¡pues bien!, replicó el caballero, yo quisiera vengarme un poco con uno de mis amigos, sin atentar a su vida y os doy diez escudos si me entregáis una bula de indulgencia que me justifique plenamente. Tezel puso algunas dificultades pero, sin embargo, quedaron conformes por treinta escudos, poco después salió el fraile de Leipzig, el gentil hombre, acompañado de sus criados, le esperó en un bosque entre Tüterbock y Treblin, cayó sobre él, hizo darle algunos palos y le arranco la rica caja de las indulgencias, que el inquisidor llevaba consigo, este se quejó ante los tribunales, pero el gentil hombre presentó la bula firmada por el mismo Tezel, la que le eximía con anticipación de toda pena. El duque Jorge, a quien esta acción irritó mucho al principio, mandó, a la vista de aquella bula, que fuese absuelto el acusado. 1

En todas partes aquel comercio agitaba los espíritus y todas se hablaba que él era el motivo de las conversaciones en los palacios, en las academias, en las casas de los particulares, lo mismo que en las posadas, en las tabernas y en todos los lugares de reunión pública, las opiniones estaban divididas, unos creían y otros se indignaban, en cuanto a la parte sana de la nación, ella repetía con desdén el sistema de las indulgencias. Esta doctrina era de tal modo contraria a la Santa Escritura y a la moral, que todos los hombres algo instruidos en la Biblia, o dotados de alguna luz natural, la condenaban interiormente, y solo esperaban una señal para oponerse a ella. Por otro lado, los satíricos hallaban amplia materia para burlarse, el pueblo, a quien la mala conducta de los sacerdotes irritaba hacía muchos años, y a quien solo el temor de los castigos contenía todavía en cierto

respeto, dejaba entrever todo su odio: no se oían por todas partes más que quejas y sarcasmos, sobre el amor al dinero que devoraba al Clero.

Pero las cosas no paraban en esto, atacaban el poder de las llaves y la autoridad del soberano pontífice. ¿Por qué, decían, no liberta el papa de una vez todas las almas del purgatorio y esto por caridad y en consideración a la gran miseria de dichas almas, y no que rescate un gran número de ellas por amor del dinero, y de la catedral de San Pedro?, ¿por qué celebran siempre fiestas y aniversarios por los difuntos?, ¿por qué el papa no devuelve o permite que se recobren los beneficios y las prebendas que fueron fundadas en favor de los difuntos, supuesto que ya es inútil, y aun reprehensible, el rogar por los que han sido rescatados para siempre en virtud de las indulgencias?, ¿qué nueva santidad de Dios y del papa es esta que, por precio de dinero, concede a un hombre impío y enemigo de Dios, la facultad de librar del purgatorio una alma piadosa y amada del Señor, más bien que librarla ellos mismos gratuitamente, por amor y en consideración a su gran miseria?

Referían la conducta grosera y inmoral de los traficantes de indulgencias para pagar, decían, lo que deben a los carreteros que los conducen con sus mercancías, a los posaderos en cuyas casas se alojan, o a cualquiera que le haga algún servicio, les dan una bula de indulgencia para cuatro o más almas, según los casos, así es que las bulas de salvación tenían, en las posadas y en los mercados, el mismo curso que los billetes de banco o papel moneda. ¡Traed, traed!, decía la gente del pueblo, esta es la sustancia de sus sermones. 2

Un minero de Schneeberg, encontró un vendedor de indulgencias y le dijo, se podrá creer lo que habéis dicho muchas veces acerca del poder de la indulgencia y de la autoridad del papa y que, echando un cuarto en la caja, se pueda rescatar una alma del purgatorio. El vendedor le contestó que sí y el minero le replicó, ¡Que hombre tan cruel debe ser el papa, que deja por un miserable cuarto, arder tanto tiempo en las llamas una pobre alma!, si no tiene dinero en caja, que tome prestados algunos cientos de miles de escudos y que rescate de una vez todas las almas, nosotros, aunque pobres, le pagaremos de buena gana el capital o intereses.

Así la Alemania estaba cansada del tráfico vergonzoso que se hacía en ella ya no podían sufrir las imposturas de aquellos pícaros dueños de Roma, como dice Lutero. 1 Sin embargo, ningún obispo ni teólogo se atrevía a oponerse a su charlatanismo y a sus fraudes, los espíritus estaban perplejos se preguntaban unos a otros, si Dios no enviaría algún hombre, de bastante poder, para la obra que había que hacer, pero no se veía salir este hombre por ningún lado.

Fessi erant Germani omnes, ferendis explicationibus, nundinatio-nibus, et infinitis impostaría Romanensium nebulonum. (L. Opp. Lat. inpraef.)

FOOTNOTES

(1) Scultet, Annal. evangel., p. IV.

(2) Lóschers Ref. Acta, I., 404. L. Opp. XV., t ¡'i, ele.

(3) Musculi Loci communes, p. 362.

(4) Hoffman's Reformationsgesch., V., Leipz., p. 33.

(5) Si tantum tres homines essent slvandi persanguinera Christi, certo statueret unum se esse ex tribus illis. (Melch., Adam, Vita Mycon.)

(6) Si nummis redimatur a pontífice romano. (Melch., Adam, Vita Myeon.)

(7) Clausurum januam cceIí. (Ibid.)

(8) Stentor pontificius. (Melch., Adam, Vita Mycon.)

(9) Carta de Mvcon. a Eberus en Hechtii, Vita Tezelii, 'Wittemb., p. 114.

(10) Albinus, Meissn. Chronik. L. W. (W.,) XV., 446, etc. Hechtms inVit Tezelii.

(11) L Opp. (Leipz.), XVII., p. 111, v. 116.

(12) Luther, tesis sobre las indulgencias. Th. 82, 83 y 84.

(13) L. Opp. (Leipz.), XVII., 79.

(14) Ref. Spao- 12

CAPÍTULO III

León X — Alberto de Mayence — Arriendo de las indulgencias — Los franciscanos y los dominicanos.

El papa que ocupaba entonces el trono pontificio no era de los Borgias, sino León X, de la ilustra familia de los Medicis era hábil, sincero, lleno de bondad y de dulzura, era afable en su trato y sumamente generoso, sus costumbres personales eran mejores que las de su corte, sin embargo, confiesa el cardenal Pallavicini, que ellas no eran intachables, a tan amable carácter reunía muchas calidades de un gran príncipe era amigo de las ciencias y artes y en su presencia se representaron las primeras comedias italianas hay pocas de su tiempo que no las haya visto representar, era apasionado a la música, todos los días resonaban instrumentos en su palacio y se le oía muchas veces tararear él mismo las piezas que habían ejecutado a su presencia, amaba el Fausto y nada omitía cuando se trataba de fiestas, juegos, teatro, regalos, o recompensas, ninguna corte igualaba a la del soberano pontífice en brillo y placeres, así es que cuando se supo que Julian Medicis trataba de fijar su residencia en Roma con su joven esposa, el cardenal Bibliena, consejero el más influyente de León X, exclamó, ¡Dios sea loado! porque nada nos faltaba aquí sino una corte de damas. 1 Una corte de damas era el complemento necesario de la corte del papa. El sentimiento religioso era completamente desconocido a León.

Tenía tanto agrado en sus modales, que hubiera sido un hombre completo, si hubiese tenido algún conocimiento de las cosas de la religión, y un poco más de inclinación a la piedad, de la que no se ocupó jamás, dice Sarpi. 1

León tenía necesidad de mucho dinero, porque necesitaba hacer frente a sus grandes gastos, a todas sus liberalidades, llenar la bolsa de oro que echaba todos los días al pueblo, sostener las licenciosas representaciones del Vaticano, satisfacer los numerosos pedidos de sus parientes y de sus corte sanos entregados a los placeres, dotar a su hermana, que había casado con el príncipe Cibo, hijo natural del papa Inocencio VIII. Y pagar los gastos ocasionados por su afición a las letras, artes y placeres. Su primo, el cardenal Pucci, tan diestro en el arte de acumular, como León en el de prodigar, le aconsejó que recurriese a la mina de las indulgencias por lo que publicó una bula anunciando una indulgencia plenaria cuyo producto sería destinado, decía, a la construcción de la iglesia de San Pedro, este monumento de la magnificencia sacerdotal. En una letra pontificia, dada en Roma bajo el anillo del pescador, en noviembre de 1517, León pide a su comisario de indulgencias 147 ducados de oro, para pagar un manuscrito del trigésimo tercer libro de Tito Livio, de todos los usos que hizo del dinero de los Germanos, éste fue

sin duda el mejor, no obstante, es extraño librar almas del purgatorio para comprar el manuscrito de la historia de las guerras del pueblo romano.

Se hallaba entonces en Alemania un joven príncipe, que era, bajo muchos respectos, una viva imagen de León X, era Alberto, hermano menor del elector Joaquín, de Brandeburgo. Este joven, de veinticuatro cuatro años había sido nombrado arzobispo y elector de Mayence y de Magdeburgo y dos años después fue hecho cardenal.

Alberto no tenía ni las virtudes ni los vicios que se encuentran frecuentemente en las altas dignidades de la Iglesia, joven, ligero, mundano pero, no sin algunos sentimientos generosos, conocía muy bien muchos abusos del catolicismo y hacía poco aprecio de los fanáticos frailes que le rodeaban su equidad le inclinaba a reconocer, a lo menos en parte, la justicia de lo que pedían los partidarios del Evangelio, en su interior, no era muy opuesto a Lutero. Capitón, uno de los reformadores más distinguidos, fue mucho tiempo su capellán, su consejero, e íntimo confidente y Alberto asistía regularmente a sus predicaciones. No despreciaba el Evangelio, dice Capitón, al contrario lo apreciaba y durante largo tiempo impidió que los frailes atacasen a Lutero. Pero hubiera querido que este no le comprometiese y que aunque manifestase los errores de doctrina y los vicios de los miembros inferiores del clero se guardase bien de descubrir las faltas de los príncipes y obispos y sobre todo temía ver su nombre figurar en este asunto.

Más tarde, el confiado Capitón, propenso a alucinarse, como sucede muchas veces en situaciones semejantes a la suya, decía a Lutero, Ved el ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles, censuraron a los fariseos y el incesto de Corinto, pero nunca nombraron a los culpables. Vos no sabéis lo que pasa en el corazón de los obispos, se encuentra en ellos más bien de lo que pensáis, quizás. Pero el espíritu ligero y profano de Alberto, aun más que las susceptibilidades y los temores de su amor propio, debía alejarle de la reformación. Afable, dotado de talento, bien hecho, suntuoso, disipador, amigo de los regalos de la mesa, de los ricos carruajes, de los magníficos edificios, de los placeres licenciosos y de la sociedad de los literatos, este joven arzobispo, elector, era en Alemania lo que León X en Roma. Su corte era una de las más magnificas del imperio y no vacilaba en sacrificar, a los placeres y a las grandezas, todos los presentimientos de verdad que podían insinuarse en su corazón sin embargo, se vio en él, hasta el fin, cierta resistencia a sus mejores convicciones, pues más de una vez dio pruebas de su moderación y de su equidad.

Alberto tenía necesidad de dinero, lo mismo que León. Los Juggers, ricos comerciantes de Augsburgo le habían hecho adelantos; era menester pagar sus

deudas, y a demás, aunque supo acumular dos arzobispados y un obispado, no tenía con que pagar a Roma su palium cuyo ornamento, de lana blanca bordado de cruces negras y bendecido por el papa, quien solía enviarlo a los arzobispos como insignia de su dignidad, les costaba veinte y seis mil, algunos dicen, treinta mil florines. Ocurriese naturalmente a Alberto, la idea de recurrir a los mismos medios que el papa, para obtener dinero y así pidió al mismo papa el arriendo total de las indulgencias, o como decían en Roma, de los pecados de los Germanos.

Algunas veces los mismos papas las explotaban y otras las arrendaban, como arriendan, aun hoy día, algunos gobiernos las casas de juego. Alberto ofreció a León, el partir con él las utilidades del negocio y León, aceptando la escritura de arriendo, exigió, que le pagase inmediatamente el valor del palium. Alberto, que contaba precisamente con las indulgencias para pagarlo, se dirigió de nuevo a los Juggers, quienes, creyendo bueno el negocio, hicieron el adelanto pedido con ciertas condiciones, y fueron nombrados cajeros de la empresa. Ellos eran los banqueros de los príncipes de aquel tiempo, y más tarde fueron hechos condes, por los servicios que habían prestado.

Divididos así, de antemano, entre el papa y el arzobispo, los despojos de las buenas almas de Alemania, se trataba de encontrar los que habían de ser encargados de realizar el negocio, desde luego se pensó en la orden de los Franciscanos, nombrando a su guardián socio de Alberto pero aquellos frailes se negaron, porque dicho negocio estaba ya en mala reputación entre las gentes honradas, los agustinos, entre quienes se encontraban más luces que en las demás órdenes religiosas, no hubieran tenido tanto escrúpulo. Sin embargo, los franciscanos temían disgustar al papa, que acababa de enviar a su general de Forli el capelo de cardenal, que había costado 30.000 florines a aquella pobre orden mendicante, el guardián juzgó pues más prudente no rehusar abiertamente pero suscitó a Alberto mil dificultades nunca podían entenderse por lo que el elector aceptó con gusto la proposición que se le hizo de encargarse solo del negocio. Los dominicos, por su lado, codiciaban una parte en la explotación general que iba a empezar. Tezel, célebre ya en el negocio se presentó en Mayence a ofrecer sus servicios al elector, se acordaban del talento que había mostrado, cuando publicó las indulgencias para los caballeros de la orden Teutónica de la Prusia y de la Livonia aceptaron pues sus proposiciones, y todo aquel tráfico pasó a manos de su orden. 1\

FOOTNOTES

1 Ranke, Roemische Psebste, I., 71.

Concilio de Trento, p. 4. Pallavieini, pretendiendo refutar Sarpi, confirma y aun agrava su testimonio: Suo plane of Eeio defuit (Leo.) .... venationes, facetias. Pompas adeo frequentes... [Conc. Trid. I., 8 y 9.]

1 Seckendorf, 42.

CAPÍTULO IV

Se presenta Tezel — Las confesiones — Cólera de Tezel — Lutero sin plan — Discurso de Lutero — Sueño del elector.

Según podemos pensar, Lutero oyó hablar de Tezel por primera vez en Grimma, en 1516, cuando empezaba su visita de iglesias. Un día que el mismo Lutero se hallaba con Staupitz, fueron a decir a éste, que había en Würzen un mercader de indulgencias, llamado Tezel, que hacía gran ruido y aun citaron algunas extravagantes palabras suyas, Lutero se indignó y exclamó: "Si Dios quiere, yo haré un agujero a su tambor". 1

Cuando Tezel fue a establecerse a Tüterbock, volvía de Berlín, en donde había recibido la acogida más amistosa del elector Joaquín, hermano del arrendador general. Staupitz, valido de la confianza que tenía en él, el elector Federico le manifestó, muchas veces, los abusos de las indulgencias y los escándalos de los limosneros. Los príncipes de Sajonia, indignados contra aquel comercio vergonzoso, habían prohibido al mercader Tezel la entrada en sus provincias por lo que debía residir en el territorio de su patrón, el arzobispo de Magdeburgo; sin embargo se acercaba cuanto podía a la Sajonia, Tüterbock, no distaba más que cuatro millas de Wittemberg. Este trillador de bolsas, dice Lutero, se puso valientemente a trillar el país, 3 de suerte que el dinero empezó a saltar, a caer, y a sonar en las cajas. El pueblo corrió en tropel de Wittemberg, a la feria de indulgencias de Tüterbock.

Lutero estaba todavía, en aquella época, lleno de respeto la Iglesia y al papa. Yo era entonces, dice, uno de los papistas más insensatos, de tal modo embriagado y aun abogado, en las doctrinas de Roma, que, si hubiera podido, hubiera ayudado, de buena gana, a matar a cualquiera que hubiese tenido la osadía de negar, en lo más mínimo, la obediencia al papa. 1 Yo era un verdadero Saúl, como lo son muchos todavía. Pero, al mismo tiempo, el corazón de Lutero estaba dispuesto a entusiasmarse de todo lo que conocía ser la verdad, y contra todo lo que era el error.

Yo era un joven doctor, añade, salido recientemente de la fragua, ardiente y gozoso en la Palabra del Señor. Lutero estaba sentado un día en el confesonario, en Wittemberg; muchas personas de la ciudad se presentaron sucesivamente, confesándose reos de grandes desordenes: adulterio, libertinaje, usurea, bienes mal adquiridos, he aquí las cosas que declaraban al ministro de la Palabra, aquellas almas de quienes deberá dar cuenta un día reprende, corrige, instruye,

pero, ¡cuál es su asombro, cuando aquellas gentes le responden que no quieren renunciar a sus pecados! … lleno de espanto, el piadoso fraile les declara, ya que no quieren convertirse que tampoco él puede darles la absolución, los infelices recurren entonces a sus bulas de indulgencias, las presentan y reclaman ser absueltos en virtud de ellas pero Lutero responde, que le importa muy poco el papel que le enseñan, y añade: Si no os convertís, pereceréis todos gritan, reclaman, pero el doctor está firme, es menester que dejen de hacer mal y aprendan a obrar bien, sino, no hay absolución, guardaos, añade, de escuchar los clamores de los vendedores de indulgencias, tenéis otras cosas mejores en que ocuparos, que en comprar esas licencias que os venden a precio tan vil.

Alarmados los habitantes de Wittemberg, se apresuraron de volver hacia Tezel y le dijeron que un fraile agustino no quería hacer caso de sus bulas al oír aquello, Tezel bramó de cólera y subido al púlpito, gritó, insultó, mal dijo, y para llenar más de terror al pueblo, hizo encender varias veces una hoguera en la plaza mayor y declaró que había recibido del papa la orden de quemar los herejes que osaren levantarse contra sus santísimas indulgencias.

Tal es el hecho que fue, no la causa, pero sí el motivo principal de la Reformación. Un pastor, viendo que las ovejas de su rebaño se descarrían en la vía de perdición, trata de separarlas de ella. Lutero no pensaba todavía en reformar la Iglesia y el mundo vio a Roma y a su corrupción, pero no se sublevó contra Roma, presentía algunos de los abusos bajo los cuales gemía la cristiandad pero no pensaba, en corregir aquellos abusos, no quería hacerse Reformador, 3 no tenía más plan para la Reformación de la Iglesia que para la suya propia. Dios quería la Reforma y a Lutero por Reformador, el mismo remedio que fue tan eficaz para curarle de sus propias miserias, aplicara por la mano de Dios las miserias de la cristiandad.

Lutero se mantuvo tranquilo dentro del círculo que le estaba trazado; no hizo más que ir simplemente a donde su Maestro le llamaba, cumplió en Wittemberg sus deberes de profesor, predicador, y pastor, se sentaba en el templo, a donde iban los miembros de su Iglesia a abrirle sus corazones y allí es donde iba el mal a atacarle y el error a solicitarle, querían impedirle el ejercer su ministerio, pero su conciencia ceñida a la Palabra de Dios, se resistía.

¿No era Dios quién le llamaba?, resistir era un deber, luego también un derecho, debía pues hablar. Así fueron ordenados los acontecimientos por aquel Dios quería restaurar la cristiandad por el hijo de un herrero y hacer pasar por sus fraguas la impura doctrina de la Iglesia, fin de purificarla, dice Mathesius. 1

Después de todo lo dicho no es necesario, sin duda, refutar una falsa imputación, inventada por algunos enemigos de Lutero y aun esto después de su muerte. Se ha dicho que una rivalidad entre las ordenes y el dolor de ver un comercio vergonzoso y reprobado, confiado a los dominicos más bien que a los agustinos, que hasta entonces habían gozado de él, impulsaron a Lutero a atacar a Tezel y sus doctrinas. El hecho bien probado, de que aquel tráfico fue ofrecido primero a los franciscanos, que no lo quisieron, basta para refutar este cuento, reproducido por escritores que se han copiado unos a otros. El mismo cardenal Pallavicini afirma, que los agustinos no habían tenido jamás semejante encargo. 2 Por lo demás, hemos ya visto el combate del alma de Lutero, su conducta no necesita otra explicación; era preciso que confesara altamente la doctrina a la que debía su felicidad. En el cristianismo, cuando se ha hallado un bien para sí mismo, se quiere también comunicarlo a los demás.

En nuestros días no se quieren tales explicaciones, porque se juzga que son pueriles e indignas de la gran revolución del decimosexto siglo. Se pretende que se necesita una palanca más fuerte para levantar el mundo y que la reformación no estaba en Lutero solo, sino que debía producirla su siglo.

Lutero, a quien animaban la sumisión a la verdad de Dios y la caridad hacia los hombres, subió al púlpito, preparó a sus oyentes, como debía, y, según dice el mismo, su príncipe había obtenido del papa, la capilla del palacio de Wittemberg, indulgencias particulares, algunos de los golpes que iba a descargar sobre las indulgencias del inquisidor, podían muy bien caer sobre las del elector, no importa, se expondrá a su desgracia, si hubiera tratado de agradar a los hombres, no hubiera sido siervo de Cristo.

Nadie puede probar por la Escritura, que la justicia de Dios pide una pena o una satisfacción al pecador, dice el fiel ministro de la Palabra, al pueblo de Wittemberg, el único deber que le impone, es un verdadero arrepentimiento, una sincera conversión, la resolución de llevar la cruz de Jesucristo y el consagrarse a las buenas obras. Es un gran error pretender, que puede satisfacer uno mismo la justicia de Dios por sus pecados porque Dios los perdona siempre gratuitamente, por una gracia inestimable. La Iglesia Cristiana, es verdad, puede exigir algo del pecador y por consiguiente, también eximírselo pero esto es todo....Y aun las indulgencias de la Iglesia solo son toleradas, porque hay cristianos perezosos y imperfectos, que no quieren ejercitarse con celo en las buenas obras porque aquellas no excitan a nadie a la santificación, sino que dejan a todos en la imperfección. Enseguida, hablando del pretexto bajo el que se publican las indulgencias, continua: Se haría mucho mejor en contribuir, por el amor de Dios,

a la construcción de la iglesia de San Pedro, que en comprar indulgencias con este objeto.

Pero, decís vosotros, ¿no las hemos de comprar nunca? Ya lo he dicho y repito, mi consejo es, que nadie las compre, dejadlas para los cristianos que duermen, ¡pero vosotros marchad aparte y por vosotros mismos! Es menester alejar a los fieles de las indulgencias y excitarlos a las obras que descuidan de hacer. En fin, echando una ojeada sobre sus adversarios, Lutero concluyó diciendo, y si algunos dicen que soy hereje (porque la verdad que predico es muy perjudicial a su caja), me importan poco sus dichos; son hombres melancólicos y enfermos, que jamás han comprehendido la Biblia, ni leído la Doctrina Cristiana, ni manejado sus propios doctores y que yacen envueltos en los trapos rotos de sus vanas opiniones. 1 ¡Qué Dios dé a ellos y a nosotros un sentido recto! Amén. Acabadas estas palabras, bajó el doctor del púlpito, dejando a todos sus oyentes, asombrados de su atrevido lenguaje.

Este sermón fue impreso e hizo una profunda impresión en todos los que lo leyeron. Tezel respondió a él y Lutero replicó, pero no se verificaron aquellas discusiones sino más tarde, en 1518.

Se acercaba la fiesta de todos los santos. Las crónicas de aquel tiempo mencionan una circunstancia que, aunque de poca importancia para la historia de aquella época, puede servir, sin embargo, para caracterizarla. Es un sueño del elector, que en sustancia es verdadero sin duda, si bien han podido ser añadidas algunas circunstancias por los que lo han referido. Seckendorf hace mención de él. 3 El temor de que los adversarios de Lutero dijesen que la doctrina de éste estaba fundada en sueños, ha impedido tal vez a varios historiadores el hablar de dicho sueño, observa este notable escritor.

El elector Federico de Sajonia, estaba en su palacio de Schweinitz, a seis leguas de Wittemberg, dicen las crónicas del tiempo. El 31 de Octubre a la madrugada, hallándose Federico con su hermano, el duque Juan, que entonces era corregente y reinó solo después de su muerte y con su canciller, el elector dijo al duque, es menester, hermano mío, que te cuente un sueño que he hecho esta noche y cuyo significado desearía mucho saber, ha quedado también grabado en mi espíritu, que no lo olvidaría aunque viviese mil años porque he soñado tres veces, y siempre con circunstancias diferentes.

El Duque Juan. — ¿Es bueno o malo el sueño?

El Elector. — Yo lo ignoro; Dios lo sabe

El Duque Juan. — No te inquietas de eso; ten la bondad de referírmelo

El Elector. Habiéndome acostado ayer noche triste y fatigado, quedé dormido inmediatamente que hice mi oración, reposé dulcemente, cerca de dos horas y media; habiéndome despertado entonces, estuve hasta media noche entregado a todo género de pensamientos discurría de qué modo celebraría la fiesta de todos los santos rogaba por las pobres almas del purgatorio y pedía a Dios que me condujese, a mí, a mis consejeros y a mi pueblo, según la verdad. Volví a quedarme dormido y entonces soñé que el omnipotente Dios me enviaba un fraile, que era el hijo verdadero del apóstol San Pablo, todos los santos le acompañaban, según la orden de Dios, a fin de acreditarlo cerca de mí y de declarar que no venía a maquinar ningún fraude, sino que todo lo que hacía era conforme a la voluntad de Dios, me pidieron que me dignase a permitir que el fraile escribiese algo a la puerta de la capilla del palacio de Wittemberg, lo que concedí por el órgano del canciller enseguida, el fraile fue allí y se puso a escribir con letras tan grandes, que yo podía leer lo que escribía desde Schweinitz, la pluma de que se servía era tan larga, que su extremidad llegaba hasta Roma y allí taladraba las orejas de un León que estaba echado (León X), y hacia bambolear la triple corona en la cabeza del papa todos los cardenales y príncipes, llegando a toda prisa, procuraban sostenerla, yo mismo y tu, hermano mío, quisimos ayudar también, alargué el brazo pero en aquel momento me desperté con el brazo en alto, lleno de espanto y de cólera contra aquel fraile, que no sabía manejar mejor su pluma, me sosegué un poco....no era más que un sueño. Yo estaba aun medio dormido, y cerré de nuevo los ojos y volví a soñar.

El León siempre incomodado por la pluma, se puso a rugir con todas sus fuerzas, de suerte que toda la ciudad de Roma y todos los estados del sacro imperio, acudieron a informarse de lo que era, el papa pidió que se opusiesen a aquel fraile y se dirigió sobre todo a mí, porque se hallaba en mis dominios, de nuevo me desperté y recité el Padre nuestro, pedía a Dios que preservara su santidad, me dormí de nuevo....

Entonces soñé que todos los príncipes del imperio y nosotros con ellos, acudíamos a Roma y tratábamos unos y otros de romper aquella pluma, pero cuantos más esfuerzos hacíamos, más firme estaba ella rechinaba como si hubiese sido de hierro y nos cansamos al fin, hice preguntar entonces al fraile (porque yo estaba tan pronto en Roma como en Wittemberg), donde había adquirido aquella pluma y porque era tan fuerte, la pluma, respondió, es de un ganso viejo de Bohemia, de edad de cien años yo la he adquirido de uno de mis antiguos maestros de escuela, en cuanto a su fuerza, ella es tan grande, porque no se le puede sacar

la médula y aun yo mismo estoy admirado....de repente oí un gran grito....de la larga pluma del fraile habían salido otras muchas plumas.... por tercera vez me desperté, era ya día. El duque Juan. Señor canciller, ¿qué os parece? ¡Cómo tuviéramos aquí un José o un Daniel inspirado de Dios!

El Canciller. Vuestras altezas saben el proverbio vulgar que dice, que los sueños de las jóvenes, de los sabios y de los grandes señores tienen ordinariamente alguna significación oculta pero la de este sueño no se sabrá sino de aquí a algún tiempo, cuando lleguen las cosas que tienen relación con él por lo que, dejad su cumplimiento a Dios y encomendadlo todo en su mano.

El duque Juan. Pienso como vos, Señor canciller, no es necesario que nos rompamos la cabeza para descubrir lo que esto puede significar, Dios sabrá dirigir todo para su gloria. El Elector. Hágalo así, nuestro fiel Dios. Sin embargo, yo no olvidaré nunca este sueño me había ocurrido una interpretación. Pero la guardo para mí el tiempo dirá tal vez si acerté. Así pasó, según el manuscrito de Weimar, la mañana del 31 de Octubre en Schweinitz; veamos cual fue la tarde en Wittemberg, aquí entramos de lleno en el campo de la historia.

FOOTNOTES

(1) Lingke, Reisegesch., Luthers, p. 27.

(2) Instillansejuspectori frequentes indulgentiarum abusus. (Coch-laeus, 4.)

(3) En alemán, trillar, dreschen. Luthers Opp. XVII.

(4) Inpraef. Opp. Witt., I. Monachum, et papistam insanissimum, ita ebrium, imó submersum indogmatibus papae, etc.

(5) L. Opp. (W.), XXII.

(6) Caepi dissuadere populis et eos dehortari ne inindulgentiariorum clamoribus aurem praeberent....(L. Opp., Lat. inprcef.)

(7) Wütet, schildt und maledeit grseulich auf dem Predigstuhl. (Myconius Reformationsgesch.)

(8) Haec initia fuerunt hujas controversise, inqua Lutherus nihil ad-huc suspicans aut somnians de futura mutatione rituum. (Melanch, Vita Luth.)

(9) Reí Sps.n. 12*

(10) Die verseurte Lehr durch den Ofen gehen. (P. 10.)

(11) Falsum est consuevisse hoc munus injungi Eremitanis S. Augustini....p. 14. Sauberlich.

(12) Sondern inihren locherlichen und zerrissenen opinien, vie] nahe verwesen. (L. Opp. (L.), XVII., p. 119.)

(13) También se halla en Loscher, l., 46, etc., Tenzels Anf. und Fortg. der Ref. — Tünkers Erenged., p. 148. — Lehmanns Beschr. d. Meissn. Erzgeb., etc.; y en un manuscrito de los archivos de Weimar, escrito según el cuento de Spalatin. Es según ese manuscrito, publicado en el último jubileo de la reformación (1817), que referimos este sueño.

(14) Juan. Este es una circunstancia que ha sido tal vez añadida después, por aludir a la palabra de Juan que ya hemos citado. Veas el primer libro.

CAPÍTULO V

Fiesta de todos los santos — Las tesis — Su fuerza — Moderación — Providencia — Carta a Alberto — Indiferencia de los obispos — Propagación de las tesis.

Las palabras de Lutero produjeron poco efecto, Tezel, sin alterarse, continuaba en su comercio, pronunciando sus discursos impíos, ¿guardará silencio Lutero, resignándose ver correr aquellos culpables abusos?, como pastor, escoltaba vivamente a los que recurrían a su ministerio, como predicador hacía resonar del púlpito sus avisos pero aun le quedaba el hablar como teólogo, necesita dirigirse no ya a algunas almas en el confesionario, ni a la congregación de los fieles, en el templo de Wittemberg, sino también a todos los que, como él, eran doctores de la Palabra de Dios, se resolvió pues a ello.

No trataba de atacar a la Iglesia ni al papa, al contrario, era el respeto que tenía al papa el que no le permitía callarse más tiempo sobre las pretensiones que le ofendían, era preciso que tomara el partido del papa contra los hombres audaces, que se atrevían a mezclar su venerable nombre en aquel vergonzoso tráfico, muy lejos de pensar en una revolución que destruyese la primacía de Roma, Lutero creía tener por aliados el papa y el catolicismo contra los frailes descarados. 3

La fiesta de todos los santos era un día muy importante para Wittemberg y aun más para la capilla que el elector había hecho construir allí y llenándola de reliquias. Solían sacar aquellas reliquias, adornadas de oro, plata y piedras preciosas, y ponerlas de manifiesto a la vista del pueblo, atónito y deslumbrado con tanta magnificencia. 1 Todos los que visitaban aquel día la capilla y se confesaban en ella, ganaban una rica indulgencia, así es que iba una muchedumbre de gente a aquella gran solemnidad de Wittemberg. Lutero, decidido ya, se encamina valerosamente, en la tarde del 31 de Octubre, 1517, hacia la capilla a la que se dirigía la multitud supersticiosa de los peregrinos, y fija en la puerta de aquel templo noventa y cinco tesis, o proposiciones, contra la doctrina de las indulgencias, ni el elector, ni Staupitz, ni Spalatin, ni ninguno de sus amigos, aun los más íntimos, habían sido prevenidos de ello. 3

En ellas declaraba Lutero, en forma de preámbulo, que había escrito aquellas tesis con un espíritu de verdadera caridad y con el deseo expreso de exponer la verdad al público y anunciaba hallarse dispuesto a defenderlas el día siguiente, en la misma universidad, a pesar y contra todos; fue grande la atención que

excitaron, ellas fueron leídas y releídas, y en poco tiempo, los peregrinos, la universidad y toda la ciudad se pusieron en movimiento.

He aquí algunas de dichas proposiciones:

1.ª Cuando Nuestro Maestro y Señor Jesucristo, dice, arrepentíos, quiere que toda la vida de sus fieles en la tierra sea un constante y continuo arrepentimiento

2.ª Esta palabra no puede entenderse por el sacramento de la penitencia (es decir por la confesión y la satisfacción), según es administrado por el sacerdote

3.ª Sin embargo, el Señor no quiere hablar aquí solamente del arrepentimiento interior, ella es nula si no produce exteriormente todo género de mortificación de la carne

4a. El arrepentimiento y el dolor, es decir, la verdadera penitencia, duran hasta que el hombre se disgusta de sí mismo, es decir, hasta que pase de esta vida a la eterna

5a. El papa no puede ni quiere eximir ninguna otra pena más que la impuesta por el mismo según su voluntad, conforme a los cánones, es decir a los decretos pontificios

6a. El papa no puede anular ninguna sentencia, sino solamente declarar y confirmar la remisión hecha por Dios, a menos que sea en los casos que le pertenecen, de lo contrario, la sentencia queda siempre la misma

8a. Las leyes de la penitencia eclesiástica no deben ser impuestas a los muertos, sino a los vivos

21a. Los comisarios de indulgencias se equivocan cuando dicen, que por la indulgencia del papa, se liberta el hombre de todo castigo y se salva

25a. El mismo poder que tiene el papa sobre el purgatorio en toda la Iglesia, lo tiene cada obispo en particular en su diócesis, y cada cura en su parroquia

27a. Los que pretenden que, en el acto en que suena el dinero en la caja, sale el alma del purgatorio, predican locuras humanas.

28a. Lo que sí es cierto es saber que, al punto que el dinero suena, llega la avaricia, crece y se multiplica. Pero el auxilio y las oraciones de la Iglesia no dependen más que de la voluntad y del beneplácito de Dios

32a. Los que creen estar seguros de su salvación por las indulgencias, irán al diablo con los que se las venden

35a. Los que pretenden que, para librar un alma del purgatorio o comprar una indulgencia, no es menester dolor ni arrepentimiento, enseñan doctrinas anticristianas

36a. Todo cristiano que siente un verdadero arrepentimiento de sus pecados, consigue una completa remisión del castigo y de la culpa, sin que para esto se necesiten indulgencias

37a. Todo verdadero cristiano, muerto o vivo, participa de todos los bienes de Cristo o de la Iglesia, por el don de Dios y sin bula de indulgencia

38a. Sin embargo, no se debe desechar la distribución y el perdón del papa; porque su perdón es una declaración del perdón de Dios

40a. El dolor y el arrepentimiento verdaderos solicitan y aman el castigo, pero la benignidad de la indulgencia absuelve del castigo y lo hace aborrecible

42a. Conviene enseñar a los cristianos, que el papa no piensa ni quiere que se compare en nada el acto de comprar las indulgencias, con una obra cualquiera de misericordia

43a. Conviene enseñar a los cristianos, que el que da a los pobres o presta a los necesitados, obra mejor que el que compra una indulgencia

44a. La obra de la caridad hace aumentar la caridad y vuelve el hombre más piadoso; mientras que la indulgencia no lo hace mejor, sino solamente más confiado en sí mismo y estar más resguardado del castigo

45a. Conviene enseñar a los cristianos, que el que, a pesar de ver a su prójimo a la necesidad, compra una indulgencia, no compra la indulgencia del papa, sino se atrae la ira de Dios

46a. Conviene enseñar a los cristianos, que, si no tienen superfluo, están obligados a guardar lo necesario para sus casas, sin prodigarlo en indulgencias

47a. Conviene enseñar a los cristianos, que el comprar una indulgencia es un acto libre y no obligatorio

48a. Conviene enseñar a los cristianos, que, teniendo el papa más necesidad de oración hecha con fe que con dinero, desea más aquella que éste, cuando reparte las indulgencias

49a. Conviene enseñar a los cristianos, que la indulgencia del papa es buena, si no se confía en ella pero que no hay cosa más perjudicial, si ella destruye la piedad

50a. Conviene enseñar a los cristianos, que, si el papa conociese las exacciones de los predicadores de las indulgencias, preferiría que la metrópoli de San Pedro fuese quemada y reducida a cenizas, que verla edificada con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas

51a. Conviene enseñar a los cristianos, que el papa, en cumplimiento de su deber, distribuiría su propio dinero entre las pobres gentes, que los predicadores de indulgencias despojan hoy hasta del último octavo, aunque para ello tuviese que vender la metrópoli de San Pedro

52a. La esperanza de salvarse por las indulgencias, es una esperanza errónea y ilusoria, aun cuando el comisario de indulgencias, ¿qué digo? el mismo papa quisiese sostener lo contrario, poniendo su alma en garantía

53a. Son enemigos del papa y de Jesucristo, los que prohíben la predicación de la Palabra de Dios, porque se opone la predicación de las indulgencias

55a. El papa no puede tener otro pensamiento que este, si se promulga la indulgencia, que es menos que el Evangelio, con una campana y una ceremonia, con mucha más razón deberá promulgarse el mismo Evangelio, que es más que la indulgencia, con cien campanas y cien ceremonias.

62a. El verdadero y precioso tesoro de la Iglesia es el santo Evangelio de la gloria y de la gracia de Dios

65a. Los tesoros del Evangelio son redes, con las que se pescaban antes a las gentes ricas

66a. Pero los tesoros de la indulgencia son ahora redes, con las que se pescan las riquezas de las gentes

67a. Es obligación de los obispos y de los pastores el recibir, con todo respeto, a los comisarios de las indulgencias apostólicas

68a. Pero, lo es más aun, el que se aseguren con sus propios ojos y oídos, de que los tales comisarios no predican más que sueños de su imaginación, en lugar de predicar las órdenes del papa

71a. El que hable contra la indulgencia del papa, que sea maldito

72a. Pero el que hable contra las palabras locas e imprudentes de los predicadores de indulgencias, que sea bendito

76a. La indulgencia del papa no puede quitar el más leve pecado, en lo que respecta a la culpa o a la ofensa

79a. Decir que la cruz, guarnecida con las armas del papa, es tan poderosa como la cruz de Cristo, es una blasfemia.

80a. Los obispos, pastores y teólogos que permiten que se digan tales cosas al pueblo, tendrán que dar cuenta de ello.

81a. La descarada predicación, los impudentes elogios, hacen que sea difícil a los sabios el defender la dignidad y el honor del papa, contra las calumnias de los predicadores, y las preguntas sutiles y astutas de las gentes del pueblo.

86a. ¿Por qué dicen estas, no hace construir el papa la metrópoli de San Pedro, con su propio dinero, más bien que con el de los pobres cristianos, teniendo una fortuna mayor que la de los más ricos Crassus?

92a. ¡Ojala que pudiésemos librarnos de todos los predicadores que dicen a la Iglesia de Cristo, paz, paz y no hay paz!

94a. Conviene exhortar a los cristianos, a que se dediquen seguir a Cristo, su jefe, llevando su cruz, y sin temer la muerte y el infierno

95a. Porque es mejor que entren en el reino de los cielos, sufriendo muchas tribulaciones, que descansar en una seguridad carnal, producida por los consuelos de una falsa paz

He aquí el principio de la obra. Los gérmenes de la Reformación estaban envueltos en estas tesis de Lutero, en ellas se atacaban los abusos de las indulgencias y lo que más llamó la atención; pero aquellos ataques contenían además, un principio que, aunque menos notado de la multitud, decía derribar un día el edificio del papado.

La Doctrina Evangélica de la remisión libre y gratuita de los pecados, se proclamaba públicamente por primera vez en dichas tesis y desde entonces debía entenderse la obra. En efecto, era evidente que todos los que creyesen en la remisión de los pecados, del modo que lo anunciaba el doctor de Wittemberg y tuviesen el arrepentimiento, la conversión, y la santificación, cuya necesidad exponía, era evidente que no harían ya mucho caso de los mandamientos humanos y que se des prenderían de los pañales y de los vínculos de Roma, y con seguirían la libertad de los hijos de Dios. Todos los errores debían ser disipados por aquella verdad; por la cual había empezado a entrar la luz en el alma de Lutero y propagarse también en la Iglesia. Un conocimiento claro de aquella verdad faltó a los precedentes reformadores; y de aquí la esterilidad de sus esfuerzos. El mismo Lutero reconoció más tarde, que al proclamar la justificación por la fe, había puesta el hacha en la raíz del árbol.

Atacamos la doctrina de los sectarios del papado, dice,

Huss y Wiclef, solo atacaron su vida pero haciendo lo primero, agarramos el ganso por el pescuezo, todo depende de la palabra que el papa nos ha quitado y falsificado: yo he vencido al papa, porque mí doctrina es según Dios y la suya según el diablo. 1

En nuestros días hemos olvidado también esta doctrina capital fue la justificación por la fe, aunque en sentido contrario al de nuestros padres. En tiempo de Lutero, dice uno de nuestros contemporáneos, la remisión de los pecados costaba a lo menos dinero pero actualmente cada uno se la administra gratis a sí mismo. Ambas extravagancias se parecen mucho, y hay acaso más olvido de Dios en la nuestra, que en la del decimosexto siglo.

El principio de la justificación por la gracia de Dios, que sacó 4 la Iglesia de tantas tinieblas en la época de la Reformación, es la única que puede también renovar nuestra generación, poner fin a sus dudas y oscilaciones, destruir el egoísmo que la consume, establecer la moralidad y la justicia entre los pueblos, en una palabra, unir a Dios el mundo que se ha separado de él.

Pero si las tesis de Lutero eran sólidas por la fuerza de la verdad, que en ellas resplandecía, no lo eran menos por la fe del que se declaraba defensor suyo, había

desenvainado con valor la espada de la Palabra, la fuerza de la verdad le indujo a hacer este acto de fe, comprendió que apoyándose en las promesas de Dios podía aventurar algo, según el lenguaje del mundo. El que quiere emprender alguna cosa buena, dices hablando de aquel ataque atrevido, "que la emprenda confiado en la bondad de ella, y de ninguna manera en el auxilio y en el consuelo de los hombres: además, que no tema a los hombres ni al mundo entero; porque no mentira esta Palabra, es bueno confiarse en el Señor, y seguramente, ninguno de los que se confíen en él, será confundido; pero el que no quiere ni puede arriesgar alguna cosa, confiándose en Dios, que se guarde bien de emprender nada.1 Lutero, después de haber fijado sus tesis en la puerta de la iglesia de Todos los Santos, se retiró, sin duda su tranquila celda, lleno de la paz y alegría que da una acción hecha en nombre del Señor y por la Eterna verdad.

Por más atrevidas que sean las indicadas tesis, se encuentra sin embargo en ellas al fraile; que se resiste a admitir ninguna duda sobre la autoridad de la Sede de Roma. Em pero, combatiendo la doctrina de las indulgencias, Lutero atacó, sin saberlo, muchos errores, cuya manifestación no podía agradar al papa, por cuanto que ella debía conducir, tarde o temprano, a poner en cuestión su supremacía.

Lutero no veía entonces tan lejos pero conociendo cuan atrevido era el paso que acababa de dar, creyó consiguientemente deber atenuarlo, todo cuanto lo permitiese el respeto debido a la verdad, así es que presentó sus tesis como proposiciones dudosas, sobre las que solicitaba las opiniones de los sabios, y, conformándose al uso establecido, unió a dichas tesis una solemne protesta en la que declaraba, que no quería decir ni afirmar nada, que no estuviese fundado en la Sagrada Escritura, y en los Padres de la Iglesia y en los derechos y decretales de la Sede romana.

En lo sucesivo, Lutero, viendo las inmensas y inesperadas consecuencias de aquel animoso ataque, se asombró muchas veces de sí mismo, y no pudo comprender que se hubiese atrevido a tanto; es que una invisible y más poderosa mano que la suya, tenía el hilo conductor, y dirigía al heraldo de la verdad a la senda que le ocultaba todavía, y cuyas esperanzas le hubieran hecho retroceder quizás, si las hubiese conocido, y si se hubiese avanzado solo y de sí mismo.

He entrado en esta disputa, dice, sin determinación fija y sin saberlo ni quererlo ni estar preparado para ella; tomo por testigo al Dios, que conoce todos los corazones. 1

Lutero aprendió a conocer el origen de aquellos abusos le llevaron un librito adornado con las armas del arzobispo de Mayence y de Magdebourg, el cual

contenía las reglas que se debían observar en el despacho de las indulgencias; luego el que había prescrito, o a lo menos sancionado todo, aquel charlatanismo, era el mismo joven prelado príncipe de Elegante. Lutero no veía en él, más que un superior a quien debía temer y venerar, 2 no queriendo exponer nada la casualidad, pero si dirigirse a los que están encargados de gobernar la Iglesia, envió a Alberto una carta, llena de franqueza y humildad a un tiempo fue en el mismo día en que fijó sus tesis.

Perdonadme, reverendísimo Padre en Cristo y muy ilustre príncipe, si yo que no soy más que la escoria de los hombres, tengo la temeridad de escribir a vuestra sublime grandeza. El señor me es testigo, que, conociendo cuan pequeño y miserable soy, he dudado mucho tiempo el hacerlo. Que vuestra alteza, sin embargo, deje caer una mirada sobre un poco de polvo, y según su benignidad episcopal, reciba bondadosamente esta mi petición.

Andan llevando de una parte a otra las indulgencias pontificias, bajo el nombre de vuestra gracia. No quiero quejarme tanto de los clamores de los predicadores, a quienes no he oído, como de las ideas erróneas, de la sencilla y tosca gente del pueblo, que, comprando las indulgencias, cree estar segura de su salvación.

¡Gran Dios! las almas confiadas a vuestra dirección, Excelentísimo Padre, las instruyen no para la vida sino para la muerte. La justa y severa cuenta que se os pedirá, se aumenta de día en día. No he podido callar más tiempo. ¡No! el hombre no se salva por la obra o por el ministerio de su obispo. El justo mismo se salva difícilmente y el camino que conduce a la vida es estrecho. ¿Por qué pues los predicadores de indulgencias, con cuentos ridículos, inspiran al pueblo una seguridad carnal?

Si se les cree, la indulgencia sola debe ser proclamada, exaltada. ¡Y qué! ¿No es el principal y único deber de los obispos, enseñar al pueblo el Evangelio y la caridad de Jesucristo? 1 Jesucristo no ha ordenado en ninguna parte la promulgación de las indulgencias, pero si ha mandado con vehemencia predicar el Evangelio. 3 ¡Qué horror y que riesgo para un obispo, si consiente que no se hable del Evangelio y que solo el ruido de las indulgencias suene sin cesar a los oídos de su pueblo!

Dignísimo Padre en Dios, en la instrucción de los Comisarios publicada en nombre y seguramente sin conocimiento de vuestra Gracia se dice que la indulgencia es el tesoro más precioso, que por medio de ella se reconcilie el hombre con Dios y que los que la compran no necesitan arrepentirse.

¿Qué puedo y que debo pues hacer, dignísimo obispo, serenísimo príncipe? ¡Ah! suplico a vuestra Alteza, por nuestro Señor Jesucristo, que se digne a mirar este asunto con un paternal cuidado, anular dicho libro, y mandar a los predicadores que anuncien otra doctrina al pueblo. Si no lo hacéis, temed que se levante, un día, alguna voz que refute dichos predicadores, a la confusión de vuestra Alteza Serenísima.

Lutero envió al mismo tiempo sus tesis al arzobispo, invitándole en postdata a leerlas, a fin de que se convenciera de la poca certidumbre que había en la doctrina de las indulgencias.

Se ve pues que todo el deseo de Lutero era, que se despertasen los centinelas de la Iglesia y tratasen en fin de disipar los males que la desolaban. Nada de más noble, ni más respetuoso, que aquella carta de un fraile a uno de los mayores príncipes de la Iglesia y del imperio nunca se obró más. Conforme al espíritu del precepto de Jesucristo.

Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios. No es este el modo de los fogosos revolucionarios, que desprecian todas las autoridades y censuran todas las dignidades es el grito de la conciencia de un cristiano y de un sacerdote que venera y respeta unas y otras, pero que ante todo es temeroso de Dios. Empero, todos los ruegos y suplicas fueron inútiles. El joven Alberto, ocupado en sus placeres y planes ambiciosos, no dio respuesta a una llamada tan solemne. El obispo de Brandeburgo, prelado ordinario de Lutero, hombre sabio y piadoso, a quien envió también sus tesis, respondió que atacaba el poder de la Iglesia, que se atraería sobre sí desazones y disgustos; que el asunto era superior a sus fuerzas, y que le aconsejaba mucho no se mezclara en ello.1 Los príncipes de la Iglesia cerraban los oídos a la voz de Dios, que se manifestaba de un modo tan enérgico y tierno por el órgano de Lutero: no querían comprender las señales del tiempo, experimentaban 1 Er sollte still halten; es ware einé groase Sache. (Matth. 13.)

Aquella ceguedad que ha causado la ruina de tantas potencias y dignidades. "Así el príncipe como el obispo pensaron entonces", dice Lutero más tarde, "que el papa sería demasiado fuerte para un miserable mendigo como yo".

Sin embargo, Lutero podía juzgar, mejor que los obispos, del efecto desastroso de las indulgencias en las costumbres y vida del pueblo, porque estaba en directa relación con él veía, constantemente y de cerca, lo que los obispos no conocian sino por relaciones infieles. Si los obispos le abandonaron, Dios no le abandonó. El mismo jefe de la Iglesia, que mora en el cielo y a quien ha sido dado todo poder sobre la tierra, había preparado el terreno, y depositó la se milla en su servidor;

dio alas a la semilla de la verdad y la esparció en un instante por toda la extensión de su Iglesia.

Nadie se presentó en el día señalado en la universidad, para atacar las proposiciones de Lutero el comercio de Tezel era demasiado vergonzoso y desacreditado, para que ningún otro más que él mismo, o alguno de los suyos se atreviese a tomar el guante. Mas, aquellas tesis estaban destinadas a resonar más allá de las bóvedas de una sala académica apenas habían sido clavadas en la puerta de la capilla del palacio de Wittemberg, cuando al débil sonido de aquellos martillazos respondió en toda la Alemania un golpe tal, que llegó hasta los cimientos de la arrogante Roma, amenazando con una pronta ruina las paredes, puertas y columnas del papado; aturdiendo y espantando a sus héroes, y despertando al mismo tiempo a muchos miles de hombres, del sueño del error. 1

Aquellas tesis se propagaron con la velocidad del rayo antes de un mes llegaron a Roma. "En quince días", dice un historiador contemporáneo, se divulgaron en toda la Alemania; y en treinta, recorrieron casi toda la cristiandad, como si los mismos ángeles hubiesen sido sus mensajeros y las hubiesen llevado a la vista de todos los hombres nadie podría creer el ruido que hicieron.

1 Ellas fueron después traducidas al holandés y al español, y un viajero las vendió en Jerusalén. "Todos", dice Lutero, "se quejaban de la indulgencias, y, como todos los obispos y doctores habían guardado silencio, y nadie quiso interrumpirlo el primero, el pobre Lutero llegó a ser un famoso doctor; porque a pesar de todo, decían, salió por fin uno atreviéndose a ello pero no me gustaba aquella gloria y el elogio me parecía superior al mérito". 3

Una porción de los peregrinos que habían acudido de todas partes a la fiesta de Todos los Santos de Wittemberg, llevaron a sus casas, en lugar de indulgencias, las famosas tesis del fraile agustino con lo que contribuyeron a propagarlas; todos las leían, las meditaban y comentaban, ocupase de ellas en todos los conventos, y en todas las universidades 3 todos los devotos frailes, que habían entrado en el claustro para salvar su alma, y todos los hombres rectos y honrados, se regocijaban de aquella simple y admirable confesión de la verdad, y deseaban, de todo su corazón, que Lutero continuase la obra que había empezado, Erasmo, uno de los grandes rivales del reformador y muy digno de fe, decía a un cardenal. Observo que cuanta más pureza de costumbres y piedad evangélica tiene un hombre, es menos opuesto

Lutero, alaban su vida, los mismos que no pueden soportar su doctrina el mundo estaba disgustado de una doctrina en la que hallaban tantos cuentos

pueriles y decretos humanos y tenía sed de aquella agua viva, pura y oculta, que sale de los veneros de los evangelistas y de los apóstoles, el genio de Lutero era propio para realizar aquellas cosas y su celo para una empresa tan bella debía entusiasmarle.

FOOTNOTES

(1) Cujus impiis et nefariis conciónibus incitaras Lutherus, studio pietatis ardens, edidit propositiones de indulgentiis. {Melancht., Vita Luth.)

(2) Et iniis cerras mihi videbar, me habiturum patronum papam, cujus fiducia tune fortiter nitebar. (L. Opp., Lat. inpraef.)

(3) Quas magnifico apparatu publicé populis ostendi curavit, (Cochlaeus, 4.)

(4) Cum hujus disputationis nullus etiam intimorum amicornm fue-rit conscius. (L. Epp. 1., p. 186.)

(5) Wenn man die Lehre angreiñl, so wird die Gans am Krage gegriffen. (L. Opp. (W.), XXII., p. 1369.)

(6) Harms de Kiel.

(7) L. Opp. Leip. VI., p. 5I8

(8) Casu enim, non voluntate nec studio, inhas turbas incidí: Deum ipsum testor. [L. Opp., Lat inpraef.]

(9) II Domino suo et pastori inChristo venerabiliter metuendo. Sobre de la carta. [Epp. I., p. 68.] * Fex hominum. [Epp. I., p. 68.]

(10) Ut popnlus Evangelium discat atque charitatem Christi. (Ibid.)

(11) Veheinenter praecipit. (Epp. I., p. 68.)

(12) Walther, Nachr. V., Luther, p. 45.

(13) Myconius, Hist. Ref., p. 23.

(14) Das Lied wollte meiner Stimme zu hoch werden. (L. Opp.)

(15) Inalie hohe Schulen und Klóster. (Matth. 13.)

(16) Ad hoc preestandum mihi videbatur ille, et naturS composilus et accensus studio. (Erasm. Epp. Campegio Cardinali, I, p. 650.)

CAPÍTULO VI

Reuchlin — Erasmo — Fleck — Bibra — El emperador — El papa — Micomus — Recelos — Adelmann — Un anciano sacerdote — El obispo — El elector — Las objeciones de Firfurt — Respuesta de Lutero — Combates interiores — El móvil de Lutero.

Conviene seguir a aquellas proposiciones por todas las partes a donde penetraron en el gabinete de los sabios, en la celda de los frailes y en el palacio de los príncipes, para formarse alguna idea de los distintos y prodigiosos efectos que produjeron en Alemania.

Reuchlin las recibió, estaba cansado del rudo combate que tuvo que sostener contra los frailes la fuerza que el nuevo atleta desplegaba en sus tesis, reanimó el espíritu abatido del antiguo campeón de las letras, e infundió la alegría en su corazón angustiado. "¡Gracias sean dadas a Dios!", exclamó después de haber leído las tesis, "ya por fin han encontrado un hombre que les dará tanto que hacer, que se verán obligados a dejar que acabe en paz mi vejez".

El prudente Erasmo se hallaba en los Países Bajos, cuando recibió las tesis se alegró interiormente de ver manifestados, con tanto valor, sus deseos secretos de que se corrigiesen los abusos aprobó dichas tesis, aconsejando únicamente a su autor, a más moderación y prudencia, sin embargo, ha viéndose quejado algunos en su presencia de la violencia de Lutero, dijo, "Dios ha dado a los hombres un medico, que corta así las carnes, porque sin él, la enfermedad hubiera sido incurable". Y más tarde, habiéndole pedido el elector de Sajonia, su opinión sobre el asunto de Lutero respondió, sonriéndose, nada extraño que hay causado tanto ruido, porque ha cometido dos faltas imperdonables, que son, haber atacado la tiara del papa y el vientre de los frailes.

El doctor Fleck, prior del convento de Steinlausitz, no celebraba misa hacia tiempo y nadie sabía el porqué; un día halló, fijadas en el refectorio de su convento, las tesis de Lutero se acercó a ellas, para leerlas, y apenas hubo recorrido algunas, cuando, sin poder contenerse de alegría, exclamó: "¡Oh, oh! al fin ha venido el que esperábamos hace mucho tiempo y que os hará ver a vosotros, frailes!" Después, leyendo en lo futuro, dice Mathesius y comentando el sentido de la palabra "Wittemberg," dijo, todos vendrán a esta montaña a buscar la sabiduría, y la hallaran. 'Escribió al doctor que continuara con valor aquel glorioso combate, Lutero le llama un hombre lleno de alegría y de consuelo.

Ocupaba entonces la antigua y celebre silla episcopal de Würzbourg, un hombre piadoso, honrado, y sabio, según el testimonio de sus contemporáneos era Lorenzo de Bibra, que hemos tenido ya ocasión de nombrarlo. Cuando iba un gentil hombre a decirle que destinaba su hija al claustro, le decía: "dadle más bien un marido y luego añadía, ¿necesitáis dinero para ello? yo os lo prestaré. El emperador y todos los príncipes le estimaban mucho: se dolía de los desordenes de la Iglesia y más aun de los de los conventos.

Las tesis llegaron también a su palacio, las leyó con gran júbilo, y declaró públicamente, que aprobaba a Lutero. Más tarde, escribió al elector Federico, no dejéis partir al piadoso doctor Martín Lutero, porque le culpan sin razón. El elector, satisfecho de esta atestación, escribió de su propio puño al reformador, dándole parte de ello.

El mismo emperador Maximiliano, predecesor de Carlos Quinto, leyó con admiración las tesis del fraile de Wittemberg, conoció la capacidad de aquel hombre, previó que aquel oscuro agustino podría llegar a ser un poderoso aliado para la Alemania en su lucha contra Roma así es que hizo decir al elector de Sajonia, por un enviado, Conservad con cuidado al fraile Lutero, porque podrá llegar un tiempo en que haya necesidad de él. 1 Y poco tiempo después, hallándose en la Dieta con Pfeffinger, intimo consejero del elector, le dijo, y bien, ¿qué hace vuestro agustino? ¡Verdaderamente no son de despreciar sus proposiciones ya tendrán que habérselas los frailes con él!. 3

Aun en Roma y en el Vaticano, no fueron recibidas las tesis tan mal, como podría creerse. León X las juzgó como literato, más bien que como papa la diversión que le causaron, le hizo olvidar las severas verdades que contenían; y, cuando Silvestre Prierias, maestro del Sacro Palacio, encargado de examinar los libros, le aconsejó que declarase a Lu tero hereje, le respondió, este hermano Martín Lutero, tiene un grande ingenio, y todo lo que se dice contra él, no es más que envidia de frailes". 8

Pocos hombres hubo, en quienes influyesen más las tesis de Lutero que en el escolar de Annaberg, a quien Tezel había rechazado tan implacablemente. Myconius había entrado en un convento y en la misma noche de su llegada a él, creyó ver en sueños un inmenso campo, todo cubierto de espigas maduras, "Siega," le dijo el que le guiaba pero como le dijese que no sabía hacerlo, su guía le enseñó un segador que trabajaba con increíble actividad y le dijo:

Vete allá y haz como él. 4 Myconius, ansioso de santidad como Lutero, se entregó en el convento a las vigilias, a los ayunos, a las maceraciones, y a todas

las obras inventadas por los hombres pero, al fin de todo, desesperó de llegar nunca al objeto que se propuso, abandonó los estudios y solo se dedicó a los trabajos manuales ya encuadernaba libros, ya torneaba, o bien hacía cualquiera otra obra. Aquella actividad exterior no podía aplacar sin embargo a su consciencia agitada Dios le había hablado y no podía recaer en su antiguo letargo. Aquel estado de ansiedad duró muchos años. Creen, algunos que las sendas de los reformadores eran fáciles de andar y que, abandonado las practicas de la Iglesia, no les quedaba más que gusto y comodidades; no saben los tales que aquellos reformadores llegaron a la verdad, después de muchos combates interiores, mil veces más penosos que las practicas a las que se sujetaban fácil mente los espíritus serviles.

En fin, llegó el año 1517; fueron publicadas las tesis de Lutero, las que recorrieron toda la cristiandad, y llegaron también al convento en el que se hallaba entonces el escolar de Annaberg, este se fue con otro fraile llamado Juan Voit, un rincón del claustro, a leer dichas proposiciones con toda libertad ;1 reconoció en ellas la verdad que había aprendido de su padre, se abrieron sus ojos, oyó en su interior una voz parecida a la que resonaba entonces por toda la Alemania, llenando su corazón de un gran consuelo. Veo bien, dice, que Martín Lutero es el segador que vi en sueños, y él que me ha enseñado a coger las espigas.

Luego empezó a predicar la doctrina que había proclamado Lutero, los frailes se asustaron al oírle, lo combatieron, se levanta ron contra Lutero y su convento. Este convento, respondía Myconius, es como el sepulcro del Señor, quisieran impedir que Cristo resucitare en él, pero no lo conseguirán. Por último, viendo sus superiores que no podían convencerle, le prohibieron durante año y medio, toda comunicación exterior, no permitiéndole escribir, ni recibir cartas, y amenazándole con una cárcel perpetua.

Sin embargo, llegó para él la hora de su libertad. Nombrado después pastor en Zwickau fue el primero que se pronunció contra el papado, en las iglesias de la Thuringe. Entonces pude ya, dice, trabajar con mi venerable padre Lutero, en la siega del Evangelio. Jonas, le ha llamado hombre que podía lo qué quería.1 Hubo también sin duda otras almas para las cuales las tesis de Lutero fueron el signo de la vida. Ellas introduje ron una nueva luz en muchas celdas, chozas, y palacios.

Mientras que los que entraron en los conventos para disfrutar en ellos de una buena mesa, de una vida holgazana, o de consideraciones y honores, dice Mathesius, trataron de cubrir de injurias el nombre de Lutero, los religiosos que vivían en la oración, en el ayuno y en las mortificaciones, dieron gracias a Dios desde que oyeron e] grito de aquella águila que Huss anunció un siglo antes. 3 El

mismo pueblo que no comprendía casi nada la cuestión teológica, y que solo sabía que Lutero se levantaba contra los limosneros y frailes ociosos, le acogió con demostraciones de alegría. Las proposiciones de Lutero produjeron en Alemania una sensación inmensa, sin embargo, algunos contemporáneos del reformador, previeron las graves consecuencias que podrían acarrear y los muchos obstáculos que debían encontrar, manifestaron claramente sus temores, y no se atrevían casi a alegrarse.

El excelente canónigo de Auxbourg, Bernardo Adelmann, escribiendo a su amigo Pirckheimer, le decía, Temo que el digno hombre no tenga que ceder a la avaricia y al poder de los partidarios de las indulgencias, las representaciones del mismo producen tan poco efecto, que el obispo de Auxbourg, nuestro primado y metropolitano, 3 acaba de ordenar en nombre del papa, nuevas indulgencias para san Pedro de Roma: que se apresure a buscar el apoyo de los príncipes, que se guarde de tentar a Dios, porque sería menester estar falto de juicio, para no conocer el inminente riesgo en que se halla. Adelman se alegró mucho cuando se dijo que Enrique VIII, había llamado a Lutero a Inglaterra porque creyó que allí podría enseñar en paz la verdad.

Muchos creyeron igualmente que la Doctrina del Evangelio sería apoyada con el poder de los príncipes ignoraban sin duda que ella anda sin tal poder y que, al contrario, cuando el poder la apoya, no hace las más veces otra cosa que embarazarla y debilitarla.

El famoso historiador, Alberto Kranz, se hallaba en Hamburgo, en su lecho de muerte, cuando le llevaron las tesis de Lutero. Tienes razón, ¡hermano Martín! exclamó el moribundo, ¡pero no conseguirás tu intento pobre fraile!

Vete a tu celda y di, ¡Oh Dios, ten misericordia de mí!. Un anciano sacerdote de Hexter en Westphalia, habiendo recibido y leído las tesis en su presbiterio, dijo en alemán, meneando la cabeza, ¡Querido fray Martín!, si tú consigues destruir el purgatorio y todos los mercaderes de papel, serás verdaderamente un gran caballero. Erbenius, que vivió un siglo después, escribió este dístico al pie de dichas palabras.

Quid vero nunc si viveret, Bonus iste clericus diceret.

No solo muchos amigos de Lutero concibieron temores sobre el paso que acababa de dar, sino que otros muchos le manifestaron también su desaprobación.

El obispo de Brandeburgo, afligido de ver trabada en su diócesis tan importante contienda, quiso sofocarla y se resolvió hacerlo por medios suaves en

consecuencia, envió decir a Lutero, por el avade de Lenin que no encontraba en las tesis sobre las indulgencias nada que fuese contrario

Si el buen clérigo hoy viviera, l ¡qué es lo que decir pudiera la verdad católica, que al contrario reprobaba él mismo aquellas indiscretas proclamaciones! pero que, por el amor de la paz y por respeto a su obispo, dejase de escribir sobre aquel asunto. Lutero quedó confuso al ver que un tan gran avade y tan grande obispo, se dirigiese a 61 con tanta humildad, enternecido, impelido por el primer movimiento de su corazón, respondió, me conformo, más quiero obedecer, que hacer aunque fuesen milagros, si pudiera. 1

El elector vio con sentimiento el principio de un combate, legitimo sin duda, pero cuyo fin nadie podía prever. Ningún príncipe deseaba más que Federico, la conservación de la paz pública por lo que, cuando conoció el inmenso incendio que podía causar aquel pequeño fuego, las grandes discordias y los destrozos que podía ocasionar en los pueblos aquella disputa de frailes, hizo saber a Lutero, repetidas ve ces, el sentimiento de que estaba poseido. 3

En su misma orden y hasta en su convento de Wittemberg, encontró Lutero reprobadores. El prior y subprior se asustaron de los clamores que despedían Tezel y sus compañeros. Fueron a la celda de fray Martin alterados y trémulos y le dijeron, ¡por Dios, no cubráis de vergüenza nuestra orden!. Ya las demás y principalmente la dominicana, saltan de alegría al ver que no son solas en llevar el oprobio. Estas palabras conmovieron a Lutero, pero, serenándose luego, respondió: Queridos padres, si la cosa no se ha hecho en nombre de Dios, caerá, sino, dejadla andar. El prior y subprior no replicaron. La cosa anda todavía, añade Lutero después de haber citado aquel rasgo, y si place a Dios, andará de mejor en mejor hasta el fin. Amén. 8

Lutero tuvo que sostener también otros ataques. En Erfurt le acusaron de violento y orgulloso en el modo con que condenaba las opiniones ajenas es la reconvención que se hace ordinariamente a los hombres que tienen la fuerza de convicción que da la Palabra de Dios. También le acusaban de precipitación y ligereza.

Exigen modestia de mí, respondió Lutero, y ellos la desconocen en el juicio que forman de mí. Vemos siempre la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el nuestro. La verdad no ganara por mi modestia ni perderá por mi temeridad. Deseo saber, continuó dirigiéndose a Lange, ¿cuáles son los errores que vos y vuestros teólogos habéis hallado en mis tesis? ¿Quién no sabe, que rara vez se proclama una idea nueva sin ser tildado de orgulloso y sin ser acusado de buscar disputas?

Si la misma humildad emprendiese algo de nuevo, los que son de opinión contraria, ¡dirían que aquella es orgullosa! 1

¿Por qué fueron inmolados Jesucristo y todos los mártires?, porque parecieron orgullosos, menospreciadores de la sabiduría mundana y porque anunciaron otra nueva, sin haber consultado previa y humildemente a los órganos de la opinión contraria.

Que no esperen, pues los sabios del día, que yo tenga bastante humildad, o más bien hipocresía para pedirles su consejo, antes de publicar lo que mi deber me obliga hacerlo en este caso, no debo consultar la prudencia humana, sino el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quien la contendrá?, si no lo es ¿quién la adelantara?, no, mi voluntad, ni la suya ni la nuestra, sino la tuya, oh ¡Padre Santo, que estas en el cielo! "Qué valor, qué noble entusiasmo, qué confianza en Dios y sobre todo, qué verdad en estas palabras y verdad de todos los tiempos!.

No obstante, las quejas y acusaciones que de todas partes iban a Lutero, no dejaban de hacer alguna impresión en su espíritu. Sus esperanzas fueron frustradas había creído que los jefes de la Iglesia y los sabios más distinguidos de la nación, se hubieran unido públicamente a él pero sucedió de otro modo apenas consiguió de unos pocos adictos su doctrina, algunas palabras de aprobación, soltadas en el primer entusiasmo, muchos de los que hasta entonces fue ron venerados de él, le censuraron altamente. Se vio, pues, solo en toda la Iglesia, solo contra Roma, solo al pie de aquel antiguo y formidable edificio, cuyos cimientos penetraban en las entrañas de la tierra, cuyos muros se elevaban hacia las nubes, contra el cual acababa de descargar un golpe atrevido. 1

Cayó en la turbación y en el abatimiento, renacieron con fuerza en su espíritu las dudas que creía disipadas, la idea que tenía contra si, de la autoridad de toda la Iglesia, le hacía temblar, sustraerse de aquella autoridad, recusar aquella voz a la que habían obedecido humildemente los pueblos y los siglos, oponerse a aquella iglesia que acostumbró venerar desde su infancia, como la madre de los fieles....él, fraile miserable....era un esfuerzo superior a las fuerzas humanas. 3 Ningún paso le costó más que aquel pero también fue el que decidió de la Reforma.

Nadie puede describir mejor que él, la lucha que reinaba entonces en su alma. Yo empezó esta obra, dice, con gran temor y temblor, ¿quién era yo entonces, yo, pobre, miserable, despreciable hermano, más parecido a un cadáver que a un hombre?, 3 ¿quién era yo para oponerme a la majestad del papa, a cuya presencia temblaban?, ¡No solo los reyes de la tierra, sino también, si así puedo expresarme, el cielo y el infierno, obligados a obedecer a sus menores movimientos!. Nadie

puede saber lo que sufrió mi corazón en los dos primeros años, y en que abatimiento, en que desesperación caí muchas veces.

No pueden hacerse una idea de ello, los espíritus orgullosos que han atacado después al papa con gran audacia, bien que no hubieran podido, con toda su habilidad, hacerle el más pequeño mal, si Jesucristo no le hubiese hecho ya por mí, su débil y indigno instrumento, una herida de la que no sanara jamás. Pero, mientras que ellos se contentaban con mirar y me dejaban solo en el peligro, no me hallaba tan gozoso, tranquilo y seguro del buen éxito, como lo estoy ahora, porque no sabía entonces muchas cosas que sé al presente, gracias a Dios. Es verdad que hubo muchos cristianos piadosos que aprobaron y apreciaron mucho mis proposiciones pero yo no podía reconocerlos y considerarlos como órganos del Espíritu Santo, yo no consideraba como tales, sino al papa, a los cardenales, obispos, teólogos, jurisconsultos, curas, frailes de estos esperaba yo el soplo del Espíritu.

Sin embargo, después de haber triunfado, con la escritura, de todos los argumentos contrarios, he superado por fin, con la Gracia de Cristo, y con muchas angustias, penas, y trabajos, el único argumento que me detenía todavía, a saber, que es menester escuchar a la Iglesia 1 porque yo honraba de todo corazón la iglesia del papa, como la verdadera Iglesia y lo hacía con más sinceridad y veneración que los vergonzosos o infames corruptores que, por contradecirla, la ensalzan tanto ahora. Si yo hubiera despreciado al papa, como le desprecian los que le alaban tanto con los labios, hubiera temido que se abriese la tierra y me hubiese tragado vivo, como a Coré y todos los que estaban con él.

Cuanto honran estos combates a Lutero, ¡que sinceridad, que rectitud de alma manifiestan! y ¡cuánto más digno de nuestro respeto le hacen aquellos asaltos penosos que tuvo que sostener interior y exteriormente, ¡que lo hiciera una intrepidez sin semejante combate!

Aquel trabajo de su alma nos muestra bien la verdad y la divinidad de su obra se ve que el principio y la causa estaban en el cielo. En vista de todos los rasgos que hemos indicado. ¿Quién se atreverá a decir que la Reformación fue un asunto de política? No por cierto, no fue efecto de la política de los hombres, sino el del poder de Dios. Si Lutero hubiera sido impelido por paciones humanas, hubiera sucumbido a sus temores sus equivocaciones y sus escrúpulos, hubieran ahogado el fuego que se encendió en su alma, y no hubiera producido en la Iglesia, más que un resplandor pasajero, como lo han hecho tantos hombres fervientes y piadosos, cuyos nombres han llegado hasta nosotros.

Pero ya había llegado el tiempo de Dios la obra no debía detenerse y la emancipación de la Iglesia debía cumplirse. Lutero debía, cuando menos, preparar la completa emancipación y las grandes manifestaciones que están prometidas al reino de Jesucristo así es que experimentó la verdad de esta magnífica, promesa, desfallecerán los jóvenes y se fatigaran, y los mancebos caerán de flaqueza más los que esperan en el Señor, hallaran nuevas fuerzas, tomaran alas como águilas, correrán y no se fatigaran, andarán y no se desfallecerán. (Isaías, cap. XL., VER. 30 y 31.) Este divino poder que llenaba el corazón del doctor de Wittemberg, y que le lanzó al combate, le devolvió pronto toda su primera Resolución.

FOOTNOTES

(1) Müllers Denckw. IV., 256.

(2) Alie Welt von diesem Weissenberg, Weissheit holen unii bekom-men. (p. 13.)

(3) Dass er uns den Munch Luther fleissig beware. (Matth. 15.) ' Sehmidt, Brand. Reformationgesch., p. 124.

(4) Che fratre Martino Luthero aveva un bellissimo ingegno, e che-coteste erano invidie fratesche. (Brandelli, contemporaneo de Leon y dominicano, Hist. trag., pars 3.)

(5) Melch., Adami Vita Myconii.

(6) Legit tune cum Joanne Voito, inangulum abditus, libellos Lu-iheri. (Melch. Adam.)

(7) Dui potuit quod voluit.

(8) Darvon Magister Johann Huss geweissaget. (Matth, 13.)

(9) Totque uxorem vir, añade el mismo. (Humani Documenta Litt, p: 167.)

(10) Frater, abi incellam, et dic: Miserere mei. (Lindner inLu-thers Leben., p. 93.)

(11) Bene sum contentus: malo obedire quam miracula faceré etiamsi possem. (Epp. I., 71.)

(12) Suumque dolerem saepé significavit, metuens discordias majores (Melancht., Vita Luth.)

(13) L. Opp. (L.), VI., p. 518.)

(14) Finge enim ipsam humilitatem nova conari, statira superbia> subjicirtTir ab ifs qui aliter sapinnt. (L. Epp. I , p. 73.)

(15) Solus primó eram. (L. Opp., Lat. inprsef.)

(16) Concilium immanis audacise plenum. (Pallavicini, I., 17.)

(17) Miserrimus tune fraterculus, cadaveri similior quam homini. (L. Opp. Lat, I., p. 49.)

(18) Et cum omnia argumenta superassem perscripturas, hoc unum cum summl dificultate et angustia, tandem Christo favente, vix su-peravi, ecclesiam scilicet esse audiendam. (L. Opp., Lat. I, p. 49.)

CAPÍTULO VII

Ataque de Tezel — Respuesta de Lutero — Buenas obras — Lutero y Spalatin — Estudio de la Escritura — Scheurl y Lutero — Lutero y Staupitz — Lutero y su Pueblo — Un hábito nuevo.

Habían desanimado a Lutero las quejas, la timidez o el silencio de sus amigos los ataques de sus enemigos produjeron en él un efecto contrario y esto sucede muchas veces. Los adversarios de la verdad, creyendo servir su causa con su violencia, sirven la del mismo Dios. 1 Tezel recogió, pero con mano tímida, el guante que le arrojaron. El sermón de Lutero que había sido, para el pueblo, lo que fueron las tesis para los sabios, fue el objeto de la primera respuesta de Tezel, refutó aquel discurso punto por punto y a su modo y anunció enseguida que se preparaba para combatir más largamente a su adversario, en las tesis que sostendría en la universidad de Francfort sur l'Oder.

Entonces, dice, respondiendo con estas palabras a la conclusión del sermón de Lutero, entonces podrán conocer todos quien es el heresiarca, hereje, cismático, erróneo, temerario y calumniador. Entonces verán todos quienes son los melancólicos y enfermos, los que jamás han comprendido la Biblia, ni leído las doctrinas cristianas, ni manejado sus propios doctores. Por sostener las proposiciones que avanzo, estoy pronto a sufrir todo, cárcel, tormento, agua, y fuego.

Leyendo aquel escrito de Tezel, se nota y extraña la diferencia que hay entre el alemán que usan él y Lutero, parece que una distancia de siglos los separa un extranjero tiene principalmente mucho trabajo para comprender a Tezel mientras que el lenguaje de Lutero, es casi el mismo que el de nuestros días basta comparar los escritos de ambos, para conocer que Lutero es el creador de la lengua alemana este es sin duda uno de sus menores meritos, pero no deja de serlo.

Lutero respondió sin nombrar a Tezel, porque tampoco le nombró éste pero no había ninguno en Alemania que no pudiese escribir, al frente de sus publicaciones, los nombres que ellos juzgaban conveniente callar. Tezel procuraba confundir el arrepentimiento que Dios pide, con la penitencia que la Iglesia impone, por dar más merito a sus indulgencias y Lutero se contrajo a aclarar este punto.

Para ahorrar palabras, dice en su lenguaje pintoresco, doy al viento (que está más desocupado que yo), sus demás palabras, que solo son flores artificiales y hojas secas, y me limitaré a examinar las bases de su edificio de lampazo.

La penitencia que impone el santo padre, no puede ser la que pide Jesucristo; porque el santo padre puede dispensar aquello mismo que impone; y si ambas penitencias fuesen una sola y misma cosa, se seguiría que el santo padre quita, lo que Jesucristo pone, anulando el mandamiento de Dios.

Ah, ¡qué me maltrate si quiere!, continua Lutero, después de haber citado otras falsas interpretaciones de Tezel, que me llame hereje, cismático, calumniador y todo lo que guste no por esto seré su enemigo y rogaré por él como por un amigo. Pero no es posible sufrir que trate a la Santa Escritura, nuestra consolación (Rom. XV., Ver. 4), como una mar rana trata un saco de avena. 1

Es menester acostumbrarse a ver a Lutero servirse, a veces, de expresiones acerbas y demasiado familiares, para nuestro siglo era el uso de aquel tiempo, y bajo aquellas palabras, que en nuestros días serían opuestas a la propiedad del lenguaje, se encuentran ordinariamente una fuerza y una precisión, que hacen olvidar la crudeza de ellas. Continua así.

El que compra las indulgencias, dicen también los adversarios, hace mejor que el que da limosna a un pobre que no se halla en extrema necesidad. Ahora pues, bien podríamos saber sin estremecernos, que los Turcos están profanando nuestros templos y nuestras cruces, porque tenemos en casa Turcos cien veces peores, que profanan y destruyen el único verdadero santuario, la Palabra de Dios, que santifica todas las cosas. El que quiere seguir dicho precepto, tenga cui dado de no dar de comer al hambriento, ni de vestir al desnudo, hasta que haya exhalado el alma y no tenga por consiguiente necesidad de su socorro.

Importa comparar este celo de Lutero por las buenas obras, con lo que dice sobre la justificación por la fe. Por lo demás, cualquiera que tenga alguna experiencia y algún conocimiento, no necesita de esta nueva prueba de una verdad cuya evidencia conoce, es decir, que cuanto más se adhiere uno a la justificación por la fe, tanto más conoce la necesidad de las obras y se dedica a su práctica, mientras que la relajación, en cuanto a la doctrina de la fe, conduce necesaria mente a la relajación tocante a las obras Lutero, y, antes y después de él, san Pablo, y Howard, son prueba de la primera aserción todos los hombres sin fe, de que está lleno el mundo, son pruebas de la segunda.

Después, llegando a las injurias de Tezel, Lutero se las vuelve a su modo. Al oír estas invectivas, dice, me parece oír rebuznar un gran jumento contra mí mucho me alegro de ello, oh ¡sentiría que semejantes hombres me llamasen buen cristiano! Es menester presentar a Lutero tal cual es, y con sus debilidades su propensión a la chanza, pero chanza grosera, es una de ellas, el reformador era un

grande hombre, un hombre de Dios sin duda, pero al fin era hombre y no ángel, ni tampoco un hombre perfecto. ¿Quién tiene el derecho de exigir de él la perfección?.

Por lo demás, añade, provocando a sus adversarios al combate, aunque no se acostumbra quemar a los herejes por tales motivos, ¡heme aquí en Wittemberg, yo, doctor Martin Lutero!. ¿Hay algún inquisidor que quiera preparar la palanca y hacer saltar las rocas? pues le hago saber que tiene un salvo conducto para venir, las puertas abiertas, la casa y mesa seguras, todo por los cuidados liberales del loable príncipe y duque Federico, elector de Sajonia, quien no protegerá nunca la herejía. 1

Se ve que no faltaba valor a Lutero se apoyaba en la Palabra de Dios y esta es una roca que no puede destruir la tempestad. Pero Dios, en su fidelidad, le concedía también otros auxilios. A los aplausos con que la multitud recibió las tesis de Lutero, sucedió pronto un triste silencio. Los sabios se retiraron tímidamente, al oír las calumnias y los insultos de Tezel y de los dominicos. Los obispos que habían condenado altamente los abusos de las indulgencias, cuando las vieron atacadas, no dejaron (por una contradicción de que no faltan ejemplos), de hallar inoportuno el ataque: la mayor, parte de los amigos del reformador se amedrentaron, y muchos de ellos huyeron. Mas, cuando hubo pasado el primer terror, se efectuó un movimiento contrario en los espíritus; el fraile de Wittemberg, que por algún tiempo se halló casi solo en medio de la Iglesia, se halló poco después rodeado nuevamente de muchos amigos y aprobadores.

Uno hubo sin embargo que, aunque tímido, le fue fiel en toda aquella crisis, y cuya amistad le sirvió de consolación y de apoyo dicho amigo era Spalatin. Nunca cesó la correspondencia entre ambos. Lutero, hablando a su amigo de una particular señal de amistad que había recibido de él, le decía, ¡te doy las gracias pero, que no te debo! Era el once de noviembre 1517, once días después de la publicación de las tesis, y por consiguiente en los momentos en que la efervescencia de los ánimos estaba sin duda en su colmo, cuando Lutero quiso desahogar su reconocimiento en el corazón de su amigo.

Es interesante ver a Lutero, a este hombre fuerte, que acababa de hacer la acción más animosa, declarar en la misma carta a Spalatin, de donde proviene la fuerza. Nada podemos por nosotros mismos, y sí todo por la gracia de Dios. Toda ignorancia es invencible por nosotros, y ninguna por la gracia de Dios. Cuanto más nos esforzamos a llegar, por nosotros mismos a la sabiduría, más nos acercamos a la locura. 1 No es cierto que esta ignorancia invencible disculpa al pecador, porque si así fuera, no habría ningún pecado en el mundo.

Lutero no envió sus proposiciones ni al príncipe, ni a ninguno de sus cortesanos y parece que el capellán manifestó su amigo alguna extrañeza por ello. No he querido, respondió Lutero, que mis tesis llegasen a nuestro ilustrísimo príncipe o a alguno de los suyos, antes que los que se creen señalados en ellas las hubiesen recibido por otra parte, por temor de que no creyesen que yo las publiqué de orden del príncipe o para merecer su favor y oponerme al obispo de Mayence, sé que hay muchos que piensan tales cosas pero ahora puedo jurar, con toda seguridad, que mis tesis fueron publicadas sin conocimiento del duque Federico. 3

Si Spalatin consolaba su amigo y le sostenía con su influjo, Lutero, por su parte, procuraba responder a las preguntas que le dirigía el modesto capellán, el cual, entre otras cuestiones, le puso entonces una, que aun en nuestros días se repite muchas veces, y ¿cuál es el mejor modo de estudiar la Santa Escritura?

Hasta ahora, respondió Lutero, no me habéis pedido, excelente amigo Spalatin, sino cosas que estaban a mi alcance pero el guiaros en el estudio de las Santas Escrituras, es superior a mis fuerzas, sin embargo, si absolutamente queréis conocer mi método, no os lo ocultaré.

Es muy cierto que no se puede llegar a comprender las Escrituras, ni con el estudio, ni con la inteligencia vuestro primer deber es pues empezar por la oración pedid al Señor que se digne, por su gran misericordia, concederos el verdadero conocimiento de su Palabra, no hay otro interprete de la Palabra de Dios que el mismo autor de esta Palabra, según lo que ha dicho. Todos serán enseñados de Dios, nada esperéis de vuestros estudios ni de vuestra inteligencia confiaos únicamente en Dios y en la influencia de su Espíritu, creed a un hombre que ha hecho experiencia de ello. 1 Aquí se ve cómo llegó Lutero a poseer la verdad, cuyo predicador fue, no fue, como algunos pretenden, confiándose en una orgullosa razón, tampoco, como sostienen otros, entregándose a las paciones rencorosas.

En la más pura, santa y sublime fuente, en Dios mismo, interrogado por la humildad, la confianza y la oración, fue donde se instruyó. Pero en nuestro siglo hay pocos hombres que lo imiten y por consiguiente pocos que lo comprendan. Para un espíritu grave, estas solas palabras de Lutero son una justificación de la reforma.

Lutero halló también consuelos en la amistad de seglares respetables el excelente secretario de la ciudad imperial de Núremberg, Cristoforo Scheurl, le dio tiernas muestras de su amistad. 3

Se sabe cuán dulces son al corazón del hombre las pruebas de interés que se le ofrecen, cuando se ve atacado por todas partes. El secretario de Núremberg hacía

más todavía hubiera querido ganar muchos amigos para su amigo; a quien aconsejó que dedicase una de sus obras.

Geronimo Ebner, célebre jurisconsulto nuremburgués de aquel tiempo, y Lutero le contestó con modestia, tú tienes una alta opinión de mis estudios, pero yo la tengo muy baja, sin embargo, he querido acceder a tus deseos, he buscado, pero en toda mi colección, que nunca he hallado tan mezquina, no he encontrado nada que me parezca digno de ser dedicado a tan grande hombre por un hombre tan pequeño como yo. ¡Tierna humildad!

Lutero, que no había dado ningún paso para propagar sus tesis, no las envió tampoco a Scheurl, ni al elector ni a sus cortesanos y habiéndole manifestado su extrañeza el primero, Lutero le respondió, no era mi intención dar tanta publicidad a mis tesis quería solamente conferenciar sobre su contenido, con algunos de los nuestros, 1 para que sí las hubiesen reprobado, anularlas y sí aprobado, publicarlas. Pero ya están impresas, reimpresas y difundidas mucho más de lo que yo esperaba, y tanto que me arrepiento de dicha producción, 2 no porque tema que el pueblo conozca la verdad (porque esto, y esto solo es lo que he procurado), sino porque no es ese el modo de instruirlo pues se encuentran en ellas cuestiones que son todavía dudosas para mí y si hubiese pensado que mis tesis harían tanta sensación, hay cosas que hubiera omitido y otras que hubiera expuesto con más entera seguridad. En adelante pensó de otro modo Lutero lejos de temer de haber dicho demasiado, declaró que hubiera tenido que decir más toda vía.

Pero los recelos que manifestó Lutero a Scheurl, honran su sinceridad y por ello se ve, que no tenía plan premeditado, ni espíritu de partido, que no abundaba en su sentido y que solo buscaba la verdad cuando la hubo encontrado toda entera, mudó de lenguaje. Notareis en mis primeros escritos, dice muchos años después, que concedí humildemente muchas cosas al papa, y aun cosas importantes, que ahora las juzgo y detesto como abominables y blasfematorias. 1

Scheurl no era el único seglar de consideración, que daba entonces a Lutero pruebas de amistad, el célebre pintor Alberto Durer le envió un regalo, quizás era uno de sus cuadros y el doctor le manifestó todo su agradecimiento. 3

De este modo experimentaba entonces Lutero la verdad de esta palabra de la divina Sabiduría. El íntimo amigo ama en todo tiempo y el nacerá como un hermano en el apuro. Y, también se acordaba de ella, para defender la causa de todo su pueblo. El elector acababa de imponer una contribución y se aseguraba que iba a establecer otra, probablemente por consejo de Pfeffinger, privado del

príncipe, contra el cual lanzaba muchas veces Lutero palabras picantes. El doctor se puso audazmente en la brecha. No desprecie vuestra Alteza, dice, la suplica de un pobre mendicante. Os pido, en nombre de Dios, que no impongáis nueva contribución, me ha lastimado el corazón, igualmente que a muchos de los que os son más adictos, el ver cuánto ha perjudicado la primera a la buena fama, y a la popularidad de que gozaba vuestra Alteza. Es verdad que Dios os ha dotado de una razón elevada, por lo que alcanzáis en estas cosas más que yo, y sin duda más que todos vuestros súbditos pero acaso es la voluntad de Dios que una pequeña razón instruye a una grande, para que nadie confíe en sí mismo, sino solo en Dios, nuestro Señor, el cual se digne conservar para nuestro bien vuestro cuerpo en salud y vuestra alma para la eterna beatitud. Amén.

Así es como el Evangelio, que hace honrar a los reyes, hace también defender la causa del pueblo enseña a la nación sus deberes y recuerde al príncipe los derechos de la misma.

La voz de un cristiano, como Lutero, resonando en el pala cio de un soberano, podría reemplazar, muchas veces, todo un congreso de legisladores.

En aquella misma carta, en la que Lutero daba una severa lección al elector, no temía hacerle una petición o más bien, recordarle una oferta, la de darle un habito nuevo. Aquella libertad de Lutero, en momentos en que podía temer haber ofendido a Federico, honra tanto al príncipe como al reformador. Pero si es Pfeffinger el encargado para ello, añade, que me de él hábito en realidad y no en protestas de amistad porque sabe tejer buenas palabras, de las que no sale jamás buen paño. Lutero creía que, por los fieles consejos que dio a su príncipe, merecía su hábito de corte pero sea lo que fuere, dos años después no lo había recibido, y lo pedía aun 3 esto parece indicar que no estaba Federico tan a la disposición de Lutero, como han querido decir.

FOOTNOTES

(1) Hi furores Tezelii et ejus satellilum imponunt necessilatem Lu-Ihero, de rebus iisdem copiosius disserendi et tuendae veritatis. (Me-lancht. Vita Luth.)

(2) Dass er die Schrift, unsern Trost, nicht anders behandelt wio die sau einen Habersack.

(3) L. Opp. Leips. XVII., 133.

(4) Tibi graiias ago: imó quid tibi non debeo 1 (L. Epp. I., p. 74.)

(5) Gtuantó magis conamur ex nobis ad «ipie^iiai», tanto amplius approprinquamus insipientiae. (Ibid.)

(6) Sed salvum est nunc etiam jurare, quod sine scitu rtuc< Fre4e-rici exierint. (L. Epp., I., p. 76.)

(7) Primuin, id certissimum est, sacras litterai non posse vel studio, vel ingenio penetrari. Ideó primum officium est ut ab oratione in-cipias.

(8) lgitnr de tuo studio desperes oportet omninó, simul et ingenio. Deo autem soli confidas et influxui spiritus. Experto crede ista. (L. Epp., [., p. 88, del 18 enero.)

(9) Litterse tuse, le escribe Lutero el 11 diciembre 1517, animumluum erga meam parvitatem candidum et longé ultra merita benevolenüs-sium probaverunt. (L. Epp., I., p. 79.)

(10) Non fuit consilium ñeque votum eas evulgari, sed cum paucis apud et circñm nos habitantibus primüm superipsis conferri. (L. Epp., 1., p. 95.)

(11) XJt me pseniteat hujus faeturee. (Epp. I., p. 95.)

(12) Gluae istis temporibus prosummi blasphemia et abominatione habeo el execrar. (L. Opp. Lat., Wit. inpraef.)

(13) Aceepi....simul et donum insignis viri Alberti Durer. (L. Epp., I., p. 95.)

(14) Mein Hofkleid verdienen

(15) Ibid., p.283.

(16) (Epp. L. L, 77 y 78.)

CAPÍTULO VIII

Disputa de Francfort — Tesis de Tezel — Amenazas — Oposición de Kniptrow — Tesis de Lutero quemadas — Los frailes — Paz de Lutero — Tesis de Tezel quemadas — Sentimiento de Lutero — Visita del obispo.

Poco a poco se iban calmando los espíritus y el mismo Lutero se hallaba dispuesto a declarar, que sus palabras no tenían el sentido que se les había atribuido nuevas circunstancias podían distraer la atención general y hacer que el golpe dado a la doctrina romana se olvidase, como tantos otros pero los partidarios de Roma fueron la causa de que no sucediese así, pues aumentaron la llama, en lugar de extinguirla.

Tezel y los dominicos respondieron audazmente, al desafío que se les había hecho ardiendo en deseos de acabar con el atrevido fraile, que quería trastornar su tráfico y merecer la benevolencia del pontífice romano, exhalaron un grito de furor pretendían que atacar la indulgencia mandada por el papa, era atacar a este mismo y llamaron en su ayuda a todos los frailes y teólogos de su escuela. 1 En efecto, Tezel conoció bien que un adversario como Lutero era demasiado fuerte para él desconcertado con el ataque del doctor y lleno de cólera, dejó las cercanías de Wittemberg y se fue a Francfort-sur-l'Oder, a donde llegó en noviembre de Hol. La universidad de aquella ciudad era nueva, como la de Wittemberg y fundada por el partido contrario, Conrado Wimpina, hombre muy elocuente, antiguo rival de Pollich de Mellerstadt y uno de los teólogos más distinguidos de aquel tiempo, era profesor en dicha universidad. Wimpina miraba con ojos envidiosos al doctor y a la Universidad de Wittemberg su reputación le hacía sombra Tezel le pidió una res puesta a las tesis de Lutero y Wimpina escribió dos series de antítesis, que tenían por objeto defender la doctrina de las indulgencias y la autoridad del papa.

El 20 de Enero, 1518, se verificó aquella controversia, preparada muy de antemano, anunciada con ostentación y en la que fundaba Tezel tantas esperanzas. Tocó la llamada y acudieron más de trescientos frailes de los conventos circunvecinos. Leyó Tezel sus tesis, en las que se reproducía hasta esta declaración, que cualquiera que diga, que el alma no sale del purgatorio, en el mismo instante en que suena el dinero en la caja, está en el error. 1

Pero, sobre todo, establecía proposiciones, según las cuales parecía verdaderamente estar el papa sentado como Dios en el templo de Dios, conforme al ¡lenguaje de un apóstol! Era fácil a aquel impudente mercader el refugiarse, con

todos sus desordenes y escándalos, bajo la capa pontificia. He aquí lo que dijo estar pronto a defender en presencia del numeroso auditorio que le rodeaba.

3a. Conviene enseñar a los cristianos, que el papa, por la grandeza de su poder, es superior a toda la Iglesia universal y a los concilios, y que se deben obedecer a todos sus mandamientos, con toda obediencia

4a. Conviene enseñar a los cristianos, que solo el papa tiene el derecho de decidir en puntos de la fe cristiana, y el de explicar, según su entender, el sentido de la santa Escritura, como también el de aprobar o desaprobar todas las palabras u obras de los demás

5a. Conviene enseñar a los cristianos, que en puntos de fe cristiana y necesaria a la salvación del género humano, la decisión del papa no puede ser errónea, en ningún caso

6a. Conviene enseñar a los cristianos, que en puntos de fe se debe apoyar y descansar, más bien en los juicios del papa, según se manifiestan en sus decisiones, que en los juicios de todos los hombres sabios, según los sacan de la escritura

8a. Conviene enseñar a los cristianos, que los que ofenden a la honra y a la dignidad del papa, se hacen culpables del crimen de Lesa Majestad y merecen la maldición

17a. Conviene enseñar a los cristianos, que hay muchas cosas, que la Iglesia considera como artículos ciertos de la verdad universal, aunque no se encuentren en el canon de la Biblia, ni en los antiguos doctores

44a. Conviene enseñar a los cristianos, que deben ser reputados herejes obstinados los que declaren, con sus palabras, hechos o escritos, que no retractarían sus heréticas proposiciones, aunque lloviesen sobre ellos excomuniones sobre excomuniones

48a. Conviene enseñar a los cristianos, que los que protegen el error de los herejes y impiden con su autoridad, que dichos herejes sean llevados ante el juez competente, son excomulgados que si en el espacio de un año, no se abstienen de hacerlo, serán declarados infames y atormentados cruel mente con muchos castigos, conforme al Derecho y para espanto de todos los hombres.

50a. Conviene enseñar a los cristianos, que los que ensucian tanto papel y libros, los que predican o disputan pública y malignamente sobre la confesión de boca, sobre la satisfacción de obras, sobre las ricas y grandes indulgencias del

obispo de Roma y sobre su poder que los que se adiaren a quienes predican o escriben tales cosas, complaciéndose en estos escritos, y propagándolos en el pueblo y que, en fin, los que hablan de tales cosas en secreto, de un modo despreciable y sin pudor, todos ellos deben temer el hacerse reos de las penas que hemos indicado, y precipitarse ellos juntamente con otros, en el día venidero en la eterna condenación, y acá abajo en gran oprobio desde luego porque todo el que llegue a la montaña será apedreado.

Se ve que Tezel no atacaba solo a Lutero, pues en la 48a. tesis, aludía probablemente al elector de Sajonia por lo de-más dichas proposiciones huelen bien a dominico. Amenazar todos los adversarios con crueles castigos, era un argumento de inquisidor, al cual no era posible responder. Los trescientos frailes que reunió Tezel, abrían mucho el ojo y admiraban lo que él había dicho. Los teólogos de la universidad temían demasiado ser puesto en el número de los fautores de la herejía, o estaban demasiado apegados a los principios de Wimpina, para atacar francamente las extrañas tesis que acababan de leerse.

Todo aquel asunto, de que habían hecho tanto ruido, parecía pues no deber ser más que un combate simulado pero, entre la multitud de estudiantes que asistían a la controversia, se hallaba un joven de cerca veinte años, llamado Juan Knipstrow el cual había leído las tesis de Lutero y hallándolas conformes con las doctrinas de la Escritura, indignado de ver hollada la verdad públicamente, sin que nadie se presentara a defenderla, aquel joven alzó la voz, con grande admiración de toda la asamblea, y atacó al presuntuoso Tezel. El pobre dominico, que no había contado con tal oposición, quedó confuso del todo, y después de algunos esfuerzos, abandonó el campo de batalla y cedió su lugar a Wimpina, ésta resistió con más vigor pero Knipstrow le apretó de tal modo, que para terminar una lucha impropia a sus ojos, Wimpina, que presidia, declaró cerrada la discusión y pasó, sin más, a la promoción de Tezel al grado de doctor, recompensa de aquel glorioso combate.

Wimpina, para desembarazarse del joven orador, lo hizo enviar al convento de Pyritz, en Pomerania, con orden de que lo custodiaran severamente. Pero aquella luz naciente no fue arrancada de las orillas del Oder, sino para que resplandeciese más tarde en Pomerania. 1 Dios, cuando quiere, se vale de los escolares, para confundir a los doctores.

Tezel, queriendo reparar el descalabro que había sufrido, apeló a la última ratio de Roma, y de los inquisidores, es decir al fuego. Hizo construir, en un paseo de los arrabales de Fráncfort, un pulpito y un cadalso de dirigió allá en solemne procesión, con sus insignias de inquisidor de la fe descargó del pulpito todo su

furor, lanzó rayos, y gritó con su fuerte voz, que el hereje Lutero debía ser quemado y, en seguida, colocando las proposiciones y el sermón del doctor en el cadalso, los quemó. 2

Mas diestro era en esto que en defender las tesis. En aquella ocasión no halló contradictores y su victoria fue completa. El impudente dominico volvió a entrar triunfante en Fráncfort. Cuando los partidos poderosos son vencidos, recurren a ciertas demostraciones que es menester concederles, como una consolación a su vergüenza.

Las segundas tesis de Tezel forman una época importante de la reformación: ellas trasladaron la controversia a otro terreno, es decir, de los mercados de indulgencia, a las salas del Vaticano, y la desviaron de Tezel sobre el papa, a aquel despreciable corredor que Lutero tomó cuerpo a cuerpo, las tesis substituyeron la sagrada persona del jefe de la Iglesia. Lutero extrañó mucho aquello es probable que más tarde hubiese dado él mismo espontáneamente aquel paso; pero sus enemigos le ahorraron el trabajo. Desde entonces no se trató ya de un comercio desacreditado, sino de Roma y el golpe con que una fuerte mano quiso derribar la tienda de Tezel, fue a conmover hasta los cimientos del trono del pontífice rey.

Por lo demás, las tesis de Tezel solo fueron una señal dada la turba de Roma; se levantó un grito contra Lutero entre los frailes, furiosos de ver parecer un adversario más temible aun que Erasmo y Reuchlin, el nombre de Lutero resonó de lo alto de los pulpitos de los dominicos, los cuales se dirigían las paciones del pueblo, llamando al valiente doctor insensato, seductor, y endemoniado; calificaban su doctrina de herética, y añadían, esperad solamente quince días, o cuatro semanas a lo más, y veréis quemado este insigne hereje. Si esto no hubiera dependido más que de los dominicos, la suerte del doctor Sajón hubiera sido la misma de Huss y de Geronimo, pero Dios velaba sobre él, su vida debía cumplir lo que empezaron las cenizas de Huss porque unos sirven a la obra de Dios con su vida y otros con su muerte. Muchos se quejaban ya de que toda la universidad estaba contagiada de herejía, y la declaraban infame. 1

¡Persigamos a este malvado y a todos sus secuaces!. Añadían. En muchos lugares conseguían sublevar las paciones del pueblo con aquellos gritos los que participaban las opiniones del Reformador, eran señalados a la atención pública, y en todas partes, en donde los frailes eran los más fuertes, los amigos del Evangelio experimentaban los efectos de su odio. Así empezaba a cumplirse para la Reformación esta profecía del Salvador, ¡os maldecirán, os perseguirán y dirán todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa!. (Math. V., Ver. 11.) Esta

retribución del mundo no falta en ningún tiempo a los discípulos decididos del Evangelio.

El valor de Lutero se inflamó, cuando tuvo conocimiento de las tesis de Tezel, y del ataque general que ellas anunciaban, conoció que era preciso resistir de frente a tales adversarios y para resolverse a ello, no le costó trabajo a su intrépida alma, pero al mismo tiempo la debilidad de ellos le reveló su fuerza, y le dio el sentimiento de lo que era.

Sin embargo, no se dejó arrastrar por aquellos movimientos de orgullo, tan naturales al corazón del hombre. Tengo más trabajo, escribía entonces a Spalatin, en contenerme para no despreciar a mis adversarios y para no pecar contra el Señor, que el que tendré en vencerlos son tan ignorantes en las cosas divinas y humanas, que me causa rubor tener que luchar contra ellos y sin embargo es esta misma ignorancia la que causa su increíble audacia y su imperturbabilidad. 1 Pero lo que fortalecía principalmente su corazón en medio de aquel desencadenamiento general, era la íntima convicción de que su causa era la de la verdad. No extrañéis, escribía a Spalatin, al principio del año 1518, que me insulten tanto recibo con gusto las injurias si no nos maldijeran, no podríamos creer tan firmemente que la causa que he emprendido es la del mismo Diós. 3

Cristo ha sido enviado como signo que ha de ser contradicho. Yo sé, añadía, que la Palabra de Dios ha sido de tal naturaleza, desde el principio del mundo, que todos los que han querido propagarla en el mundo, han debido, como los apóstoles, abandonar todas las cosas, y esperar la muerte si no fuere así, no sería la Palabra de Jesucristo. 3 Esta paz, en medio de la agitación, es una cosa desconocida a los héroes del mundo. Se ven hombres, colocados al frente de un gobierno o de un partido político, sucumbir bajo el peso de sus trabajos y penas; pero el cristiano adquiere, por lo común, nuevas fuerzas en la lucha y es porque conoce una fuente misteriosa de tranquilidad y animo, que ignora el que tiene cerrados los ojos al Evangelio.

Una cosa no obstante agitaba y veces a Lutero era la idea de las disensiones que podría ocasionar su enérgica oposición sabía que una palabra puede ser suficiente para inflamar todo el mundo veía a veces príncipes contra príncipes, y acaso pueblos contra pueblos su corazón alemán estaba afligido su caridad cristiana estaba alarmada deseaba la paz, empero era preciso hablar así lo quería el Señor. Tiemblo, decía, me estremezco a la idea de qué podré ser causa de discordia entre tan grandes príncipes. 1 Guardó silencio todavía algún tiempo sobre las proposiciones de Tezel, concernientes al papa si la pación le hubiera guiado, se hubiera arrojado sin duda inmediatamente y con ímpetu, sobre aquella

extraña doctrina, a cuyo abrigo pretendía ocultarse su adversario; pero no lo hizo: hay en su espera, en su reserva y en su silencio, algo de grave y solemne, que revela bastantemente el espíritu que le animaba; esperó, más no por debilidad, porque el golpe no fue sino más fuerte.

Tezel, después de su auto de fe de Francfort-sur-l'Oder, se apresuró a enviar sus tesis a Sajonia, allí servirán de antídoto, decía, a las de Lutero. Llegó un hombre de Halle Wittemberg, con encargo del inquisidor para divulgar allí sus proposiciones, los estudiantes de la universidad, que se hallaban todavía indignados de que Tezel hubiese quemado las tesis de su maestro, apenas supieron la llegada del mensajero, cuando fueron a buscarlo, le rodearon, apuraron, y asustaron, ¿cómo te atreves a traer aquí tales cosas?. Le dijeron. Algunos le compraron parte de los ejemplares que llevaba otros se apoderaron del resto y de este modo le des pojaron de toda la factura que se componía de ocho cientos ejemplares y en seguida, sin conocimiento del elector, del senado, del rector, de Lutero, y de todos los profesores, 3 fijaron en los pilares de la universidad estas palabras: "El que guste asistir a la quema y funerales de las tesis de Tezel, puede acudir a la plaza del mercado, a las dos de la tarde".

Luego que se reunió la muchedumbre a la hora indicada, entregaron a las llamas las proposiciones del dominico, en medio de grandes algazaras; un ejemplar, que escapó del incendio, fue enviado después por Lutero a su amigo Langa de Erfurt. Aquella juventud, generosa pero imprudente, siguió el precepto de los antiguos: Ojo por ojo, y diente por diente, y no él de Jesucristo. Pero, cuando los doctores y los profesores daban tal ejemplo en Francfort, ¿Se extrañará que lo imitasen los jóvenes estudiantes de Wittemberg?. La noticia de aquella ejecución académica, se divulgó por toda la Alemania, o hizo gran ruido de lo que recibió Lutero un gran sentimiento.

Me admiro, escribía a su antiguo maestro Jodocus a Er furt, de que hayáis podido creer que era yo quien había hecho quemar las tesis de Tezel. ¡Pues qué! ¿Pensáis que he perdido el juicio hasta tanto?, pero, ¿qué puedo hacer?. Cuando se trata de mí, todos creen todo de todos. ¿Puedo atar las lenguas de todo el mundo?. ¡Pues bien!, que digan, que oigan, que vean, que pretendan lo que quieran yo obraré, mientras el Señor me dé fuerzas y con el favor de Dios, nada temeré jamás. Lo que ha de suceder, dice a Lange, no lo sé y sí solo, que el peligro en que me hallo se vuelve mayor por lo mismo. Este hecho manifiesta con que ardor se adherían ya los jóvenes a la causa que defendía Lutero era un indicio de alta importancia porque un movimiento que se efectúa en la juventud, se extiende pronto necesariamente en toda una nación.

Las tesis de Tezel y de Wimpina, aunque poco estimadas, produjeron cierto efecto ellas extendían el círculo de la controversia, ensanchaban la rasgadura hecha a la capa de la Iglesia, presentaban en la contienda cuestiones del mayor interés.

Por lo mismo los jefes de la Iglesia empezaron a ocuparse más del asunto y a declararse con fuerza contra el Reformador. No sé verdaderamente en que confía Lutero, dice el obispo de Brandeburgo, para atreverse atacar así el poder de los obispos. Conociendo el obispo que aquella nueva circunstancia pedía nuevos pasos, fue él mismo a Wittemberg pero encontró a Lutero animado del gozo interior, que da una buena conciencia, y resuelto a presentar batalla comprendió el obispo que el fraile agustino obedecía a un poder superior al suyo y se volvió enojado a Brandeburgo. Un día, y era durante el invierno de 1518, estando sentado dicho obispo delante de su chimenea, y volviéndose a los que le rodeaban, dijo: No quiero dejar mi cabeza en paz, hasta que no haya echado a Martin al fuego, como este tizón y arrojó el tizón al fuego.

La Revolución del siglo XVI no debía cumplirse por los jefes de la Iglesia, como no lo fue la primera por el Sanhedrin y por la Sinagoga. Los jefes del clero, en el siglo XVI, fueron opuestos a Lutero, a la Reformación y a sus ministros, así como lo fue ron a Jesucristo, al Evangelio, y a sus apóstoles y como lo son en todos tiempos a la verdad, os obispos, dice Lutero hablando de la visita que le hizo el prelado de Brandeburgo, "empiezan a conocer, que hubieran debido hacer lo que yo hago y están avergonzados: me llaman orgulloso y audaz y no niego que lo soy pero ellos no pueden saber lo que es Dios y lo que somos nosotros.1

FOOTNOTES

(1) Suum senatum convocat; monauhos aliquot et theologos suí so-phistici utcunque tinctos. (Melancht., Vita Luth.)

(2) Reformation 8p. 1

(3) Quisquís ergó dicit, non citiús posse animam volare, quam ¡n fun do cistse denarius possit tinnire, errat (Positiones fratría Joh. Tezelii. pág. 56. L. Opp. I., p. 94.

(4) Proinfamibus sunt tenendi, quietiamperjuris capitula terribili-ter multis plectentur pcenis inomnium hominum terrorem. (Positio-nes fratris Joh. Tezelii, pos. 56, L. Opp. I. p. 98.)

(5) Spieker, G sch. Dr. M. Luthers. Beckmani Notitia Univ. Pran-cofurt, VIII., etc.

(6) Fulmina inLutherum torquet: vociferatur ubique hunc heereti-cum igni perdendum esse: propositiones etiam Lutheri et conciónem de indulgentiis publicé conjicit inflammas. (Melancht., Vita Luth.)

(7) Eó furunt usqué, ut Universitatem Witlembergenseui propter me infamem conantur facere et haereticam. (L. Epp. I., p. 92.)

(8) Furunt üsque, ut Universitatem Wittembergensem propter me infamem conantur facere et haereticam. (L. Epp. I., p. 92.)

(9) Nisi maledicerer, non crederemex Deoesse quse tracto. (L. Epp. I , p.85.)

(10) Morte eraptum est (verbum Dei), prosigue él con un lenguage lleno de energía, mortibus vulgatum, mortibus servatum, mortibus quoque servandum aut referendum est.

(11) Intertantos principes dissidii origo esse valde horreo et timeo. (L. Epp. I., p. 93.)

(12) Hace inscio príncipe, senatu, rectore, denique omnibus nobis. (L. Epp.I., p 99.)

(13) Fit ex ea reingens undique fabula. (Ibid.)

(14) Omnes omnibus omnia credunt de rae. (L. Epp. I., p. 109.1 3 Ihid., r. 98.

(15) Reformation flp. 14*

(16) Duid vel Deus vel ipsi sumus. (L. Epp. I., p. 224.)

CAPÍTULO IX

Prierio — Sistema de Roma — El diálogo — Sistema de la Reforma — Respuesta a Prierio — La palabra — El papa y la Iglesia Hochstraten — Los frailes — Responde Lutero — Eck — La Escuela — Los obeliscos — Sentimientos da Lutero — Los asteriscos — Ruptura.

Una resistencia, más grave que la de Tezel, se manifestó contra Lutero. Roma respondió una réplica salió de entre los muros del sacro palacio, no era León X, el que se contrajo a hablar de Teología, disputa de frailes, dijo un día, lo mejor es no hacer caso, y en otra ocasión, es un alemán ebrio quien ha escrito las tesis cuando haya pasado su embriaguez, hablara de otro modo. 1 Un dominico de Roma, Silvestre Mazolini de Prierio o Prierias, maestro del sacro palacio, ejercía las funciones de censor y en calidad de tal, fue el primero que tuvo conocimiento en Italia de las tesis del fraile sajón.

Un censor romano y las tesis de Lutero que encuentro. La libertad de la Palabra, la libertad de examen y la libertad de la fe van a tropezar, en la ciudad de Roma, con aquel poder que pretende tener en sus manos el monopolio de las inteligencias y abrir y cerrar a su gusto la boca del cristianismo. La lucha de la libertad cristiana, que engendra hijos de Dios, con el despotismo pontifical que produce esclavos de Roma, esta como simbolizada, desde los primeros días de la reformación, en el encuentro de Lutero y de Prierio.

El censor romano, prior general de los dominicos, encargado de decidir lo que debe decir o callar, saber o ignorar la cristiandad, se apresuró a responder. Publicó un escrito, dedicado a León X, en que hablaba con desprecio del fraile alemán y declaraba con presunción enteramente romana, que sería curioso cerciorarse si el tal Martín tiene nariz de fierro o cabeza de bronce, que no se puedan romper. 1 Y, en seguida, en forma de dialogo, atacaba las tesis de Lutero, haciendo uso ya de la burla, ya de las injurias o ya de amenazas.

Aquel combate entre el agustino de Wittemberg y el domínico de Roma, se dio sobre la cuestión misma, que es el principio de la reforma, a saber, ¿cuál es la única autoridad infalible para los cristianos?. He aquí el sistema de la Iglesia, expuesto según sus órganos más independientes.

La letra de la Palabra escrita es muerta sin el espíritu de interpretación, que hace conocer el sentido oculto es así que este espíritu no se ha concedido a cada cristiano, sino a la Iglesia, es decir a los sacerdotes luego es gran temeridad pretender, que el que ha prometido a la Iglesia de estar siempre con ella hasta el fin del mundo, haya podido abandonarla, a la influencia del error. Se dirá tal vez

que la doctrina y la constitución de la Iglesia no son ya las mismas que constan en los santos oráculos sin duda es así pero esta diferencia no es más que aparenta y solo afecta la forma y no al fondo, hay más, esta alteración es un progreso, la fuerza vivificante del Espíritu divino, ha dado realidad a lo que no era más que idea en la Escritura, ha dado cuerpo a las formas de la Palabra, perfeccionado sus bosquejos y ha completado la obra para la cual no había presentado la biblia más que diseños es menester pues comprender el sentido de la santa Escritura del modo que lo ha determinado la Iglesia, dirigida por el Espíritu Santo. Aquí los doctores católicos discrepan unos de otros.

Los cónclaves generales, dicen unos y Gerson entre ellos, son los representantes de la Iglesia, el papa, dicen otros, es el depositario del espíritu de interpretación, y nadie tiene derecho de interpretar la Escritura sino conforme a lo dispuesto por el pontífice romano. Esta era la opinión de Prierio.

Tal fue la doctrina que opuso el maestro del sacro palacio la naciente reformación. Tocante al poder de la Iglesia y del papa, avanzó tales proposiciones, que los aduladores más desvergonzados de la corte de Roma se hubieran sonrojado de establecer. He aquí uno de los puntos que sentó al frente de su escrito: Todo el que no se apoye sobre la doctrina de la iglesia romana y del pontífice romano, como sobre la infalible regla de la fe, de la que la misma Santa Escritura saca su fuerza y su autoridad, es un hereje. 1

Después, en un dialogo, cuyos interlocutores son Lutero y Silvestre, este trata de refutar las proposiciones de aquel. Los sentimientos del fraile sajón eran una cosa enteramente nueva para un censor romano, así es que hizo ver que no comprendía ni las emociones del corazón de Lutero, ni los móviles de su conducta. Prierio media al doctor de la verdad con la pequeña medida de los lacayos de Roma. ¡Oh, querido Lutero! Le dijo, si tú recibieses del papa, nuestro Señor, un buen obispado, y una indulgencia plenaria, para la reparación de tu Iglesia, andarías con más tiento y aun ensalzarías la misma indulgencia que ahora denigras. El italiano, tan pagado de su elegante educación usa a ve ces el estilo más grosero, si es propiedad de los perros el morder, dice a Lutero, creo que tu padre fue un perro. 3 El dominico tiene tal opinión de sí mismo que casi se admira de haber tenido la condescendencia de hablar con un fraile rebelde y concluye mostrando a su adversario los crueles dientes de un inquisidor.

La iglesia romana, dice, cuyo supremo poder espiritual y temporal reside en el papa, puede compeler, por el brazo secular, a los que han recibido la fe y se apartan de ella, la iglesia no está obligada a usar razones, para combatir y vencer a los rebeldes. 1

Estas palabras, escritas por una de las dignidades de la corte romana, tenían un sentido muy positivo pero, sin embargo, no espantaron a Lutero creyó, o aparentó creer, que aquel dialogo no era de Prierio, sino de Ulrich de Hütten, de uno de los otros autores de las Cartas de algunos hombres obscuros, el cual, decía, en su satírico humor, había compilado aquel montón de necedades, para enfrentar a Lutero contra Prierio. 3 No deseaba ver la corte de Roma airada contra él, sin embargo, después de haber callado algún tiempo, sus dudas, si las tenía, fueron disipadas, se puso a la obra, y dos días después su respuesta estaba preparada.3

La Biblia había formado al reformador y empezado la reformación. Lutero no tuvo necesidad del testimonio de la Iglesia para creer, su fe provenía de la misma Biblia, de dentro y no de fuera. Estaba tan firmemente convencido, de que la doctrina evangélica estaba incontrastablemente fundada sobre la Palabra de Dios, que toda autoridad exterior era inútil a su entender. Aquella experiencia que había hecho Lutero, prometía a la Iglesia un nuevo porvenir. El vivo manantial que acababa de brotar para el fraile de Wittemberg, debía llegar a ser un rio que refrigerase los pueblos. Para comprender la Palabra, es menester que el Espíritu de Dios nos dé la inteligencia de ella, dijo la Iglesia, y tuvo razón hasta aquí pero su error consistió en considerar el Espíritu Santo como un monopolio concedido a cierta casta, y en pensar que podía ser encerrado exclusivamente en ciertas asambleas, en ciertos colegios, en una ciudad, y en un conclave. El Espíritu sopla donde quiere, dijo el Hijo de Dios, (S. S. Juan, cap. III., ver. 8), y en otra ocasión eran todos enseñados de Dios. (S. Juan, VI., ver. 40.)

La corrupción de la Iglesia, la ambición de los pontífices, las pasiones de los concilios, las disputas del clero, y la pompa de los prelados, habían arrojado lejos de las mansiones sacerdotales a este Espíritu Santo, a este soplo de humildad y de paz. Había abandonado las asambleas de los soberbios, y los palacios de los príncipes de la Iglesia, y se había refugiado en las moradas de los sencillos cristianos y de los humildes sacerdotes, se separó de una jerarquía dominadora, que vivía de la sangre de los pobres, hollándolos bajo sus plantas; de un clero soberbio y ignorante, cuyos jefes sabían servirse, no de la Biblia, sino de la espada y residía, a veces en las sectas menospreciadas y otras entre los hombres de inteligencia y de saber.

La santa nube que se había alejado de las soberbias basílicas y orgullosas catedrales, había bajado a los pobres lugares habitados por los humildes, o a los gabinetes de estudio, tranquilos testigos de un trabajo concienzudo. La Iglesia degradada por su amor al poder y a las riquezas, des honrada ante los ojos del pueblo por el uso venal que hacía de la doctrina de la vida, la Iglesia, que vendía

la salvación para acumular tesoros que agotaban su Fausto y sus disoluciones, había perdido toda consideración y los hombres sensatos no daban ya ningún valor a su testimonio. Desprecian do una autoridad tan envilecida, los pueblos se dirigían con gozo hacia la Palabra divina y su autoridad infalible, como hacia el único refugio que les quedaba en un desorden tan general.

El siglo se hallaba pues preparado. El atrevido movimiento, con él que cambió Lutero el punto de apoyo de las más nobles esperanzas del corazón humano, las llevó con mano poderosa de los muros del Vaticano a la roca de la Palabra de Dios, fue saludado con entusiasmo. Es el objeto que se propuso el reformador en su respuesta a Prierio.

Deja a parte los principios que el dominico había sentado al frente de su obra pero, dice, a vuestra imitación, voy también a sentar algunos principios.

El primero es esta palabra de San Pablo Cuando nosotros o un ángel del cielo os evangelicen fuera de lo que nosotros os liemos evangelizado, sea anatema. (Galatas, cap. L, ver. 8.)

El secundo es este pasaje de San Agustín a san Gerónimo, he aprendido a no honrar más que los libros canónicos, creyendo firmemente que ninguno de ellos ha errado pues en cuanto a lo demás, no creo lo que dicen, solo porque lo dicen.

Lutero establece pues aquí, con mano firme, los principios esenciales de la Reformación la Palabra de Dios, toda la Palabra de Dios, nada más que la Palabra de Dios. Si comprendéis bien estos puntos, continua, comprenderéis también, que todo vuestro dialogo está destruido entera mente por ellos porque no habéis hecho otra cosa más, que repetir las palabras y las opiniones de santo Tomás" Y luego, atacando las acciones de su adversario, declaró francamente que pensaba que los papas y los concilios podían errar se queja de las adulaciones de los cortesanos romanos, que atribuyen al papa ambos poderes declara que la Iglesia no existe virtualmente sino en Cristo y representativamente más que en los concilios. 1 Llegando después a la suposición que había hecho Prierio, le decía, sin duda me juzgáis por vos mismo; pero, si yo aspirase al obispado, segura mente no pronunciaría los discursos que suenan tan mal a vuestros oídos. ¿Pensáis que no sé cómo se consiguen en Roma los obispados y el sacerdocio? Los mismos niños no cantan en todas las plazas de esta ciudad estas palabras tan conocidas.

Hoy el Vaticano es más inmundo, de todo lo que se ve en el mundo. 1 Eran canciones que corrían en Roma, antes de la elección de uno de los últimos papas. No obstante, Lutero habla de León con aprecio, sé, dice, que tenemos en él, como un Daniel en Babilonia, su inocencia ha puesto más de una vez su vida en peligro.

Concluye respondiendo algunas palabras a las amenazas de Prierio, en fin, decir que el papa es a la vez pontífice y emperador y que es poderoso para compeler por el brazo secular. ¿Tenéis sed de homicidio?. Pues os declaro que no me espantareis, ni con vuestras baladronadas, ni con vuestras amenazas si me matan, Cristo vive, Cristo, mi Señor y el Señor de todos, bendito eternamente. Amén.

Así, pues, Lutero levanta, con mano firme, contra el infiel altar del papado, el altar de la Palabra de Dios, única santa, única infalible, ante la cual quiere que doblen todos la rodilla y sobre el cual esta pronto a inmolar su vida.

Prierio publicó una réplica y después otro tercer libro sobre la verdad irrefragable de la Iglesia y del pontífice romano, y en el cual apoyándose en el derecho eclesiástico, decía que, aun cuando el papa llevase los pueblos en masa al diablo consigo mismo, no por esto podría ser juzgado ni destituido. 3 El papa, al fin, se vio obligado a imponer silencio a Prierio.

Luego se presentó en la palestra un nuevo adversario, que era también un dominico. Jacobo Hochstraten, Inquisidor en Colonia, a quien hemos visto ya levantarse contra Reuchlin y los amigos de las letras, tembló de cólera cuando vio la audacia de Lutero. Era preciso que el oscurantismo y el fanatismo monacal llegasen a las manos, con el que debía darles el golpe mortal. El monarquismo se formó, cuando empezó a perderse la verdad primitiva, y desde entonces los frailes y los errores crecieron a la par el hombre que debía anticipar su ruina había aparecido pero aquellos robustos campeones no podían abandonar el campo de batalla, sin presentarle un rudo combate esto lo hicieron durante toda la vida de Lutero, pero es en Hochstraten en quien está particularmente personificado dicho combate, Hochstraten y Lutero, el cristiano libre y fuerte, y el esclavo fogoso de las supersticiones monacales.

Hochstraten se irrita, se arrebata y pide a gritos la muerte del hereje. Con las llamas quiere hacer triunfar a Roma. Es un crimen de alta traición contra la Iglesia, exclama, dejar vivir, una hora más, tan horrible hereje que prepare al punto un cadalso para él. ¡Aquel consejo de sangre, ¡ay! fue demasiado bien seguido en muchos lugares así como en los primeros tiempos de la Iglesia, la voz de no pocos mártires dio, en medio de las llamas, testimonio a la verdad. Pero el hierro y el fuego fueron invocados en vano contra Lutero, el ángel del Eterno velaba continuamente cerca de él y le resguardaba. Lutero respondió a Hochstraten en pocas pero enérgicas palabras, anda, le dice al concluir, ¡delirante asesino!, que solo te sacias con la sangre de tus hermanos.

Mi sincero deseo es, que te guardes bien de llamarme cristiano y fiel y que al contrario, no ceses de tratarme como hereje. ¡Comprende bien estas cosas, hombre sanguinario!, ¡enemigo de la verdad! y, si tu furiosa rabia te arrastra a emprender algo contra mí, ten cuidado de obrar con circunspección, y después de maduro examen. Dios sabe lo que me propongo, si me concede la vida. Mi esperanza y mi paciencia, si Dios quiere, no me engañaran. 1 Hochstraten calló.

Un ataque más penoso esperaba al Reformador. El célebre profesor de Ingoldstadt, el libertador de Urbano Regius, el amigo de Lutero, el doctor Eck en fin, había recibido las famosas tesis. Eck no era hombre que quisiese defender los abusos de las indulgencias pero era doctor de la Escuela y no de la Biblia, versado en los autores escolásticos y no en la Palabra de Dios. Así, como Prierio representaba a Roma, y Hochstraten a los frailes, Eck representaba a la Escuela. Esta Escuela, que desde cinco siglos atrás dominaba la cristiandad, se alzó con orgullo para aplastar, al que osaba derramar sobre ella, ríos de desprecio. Eck y Lutero, la Escuela y la Palabra, llegaron más de una vez a las manos pero en aquella ocasión fue cuando se abrió el combate.

Eck debió hallar errores en muchas aserciones de Lutero nada nos fuerza a dudar de la sinceridad, defendía con entusiasmo las opiniones escolásticas, así como Lutero las declaraciones de la Palabra de Dios y aun se puede suponer que sintió alguna pena al verse obligado a oponerse a su antiguo amigo; sin embargo, el modo con que lo atacó parece indicar, que la pación y la envidia no fueron extrañas a su determinación.

Dio el nombre de Obeliscos a sus observaciones sobre las tesis de Lutero, al principio, por salvar las apariencias, no publicó su obra, y se contentó con comunicarla confidencial mente a su ordinario, el obispo de Eichstadt pero, ya sea por indiscreción del obispo o por la del doctor, pronto se extendieron los Obeliscos por todas partes; llegó un ejemplar a manos de Link, amigo de Lutero, y predicador en Núremberg, quien no tardó a enviárselo al reformador. Eck era un adversario mucho más temible que Tezel, Prierio, y Hochstraten; cuanto más superior era su escrito en ciencia y sutileza a los escritos de los tres citados, tanto más peligroso era: trataba con un tono de compasión a su "de vil adversario," sabiendo bien que la compasión hace más mal que la cólera; insinuaba que las proposiciones de Lutero esparcían el veneno bohemio, que sabían a Bohemia, y, con estas malignas alusiones, atraía sobre Lutero el disfavor y odio, unidos en Alemania al nombre de Huss y al de los cismáticos de su patria.

La malignidad que dejaba ver aquel escrito, indignó a Lutero pero la idea de que aquel golpe provenía de un antiguo amigo, le afligía más todavía. ¡Con qué es

menester defender la verdad con detrimento del afecto de los suyos!. Lutero desahogó su corazón y su tristeza en una carta a Egranus, pastor de Zwickau. Me llaman en los Obeliscos, hombre ponzoñoso, le dice, Bohemio, hereje, sedicioso, insolente, temerario. No hablo de las injurias más leves, como aletargado, imbécil, ignorante, menospreciador del soberano pontífice, y otras. Este libro está lleno de insultos los más feos, sin embargo, el que los ha escrito es un hombre distinguido, de un espíritu lleno de ciencia, de una ciencia llena de espíritu, y, lo que me causa más sentimiento, un hombre que me profesaba una grande amistad recientemente contraída, l es Juan Eck, Doctor en Teología, canciller de Ingoldstadt, hombre celebre y ilustre por sus escritos. Si yo no conociese los pensamientos de Satanás, me admiraría del furor que ha precipitado a este hombre a romper una amistad tan dulce y tan reciente,' y esto sin advertirme, sin escribirme, sin decirme una sola palabra.

Pero si Lutero tenía el corazón destrozado, su valor no había descaecido; se preparaba al contrario, para el combate. Regocíjate, hermano, dice a Egranus, que también había sido atacado por un impetuoso enemigo, ¡regocíjate, y que todas esas hojas volantes no te espanten!. Cuanto más se entregan mis adversarios a su furia, más avanzo. Dejo las cosas que están detrás de mí, para que ladren contra ellas, y sigo las que están delante de mí, para que ladren contra ellas a su turno.

Eck conoció todo lo que tenía de vergonzoso su conducta y procuró justificarse en una carta a Carlstadt, en la que llamaba a Lutero su amigo común, echaba toda la culpa al obispo de Eichstadt, a cuya solicitación, decía haber escrito su obra que su intención no había sido la de publicar los Obeliscos, y que, en tal caso, hubiera respetado más los vínculos de amistad que le unían a Lutero, pedía en fin que, en lugar de luchar públicamente con Lutero, éste volviese sus armas contra los teólogos de Fráncfort. El profesor de Ingolsladt, que no había temido dar el primer golpe, empezó a temer, cuando pensó en la fuerza del adversario a quien tuvo la imprudencia de provocar de buena gana hubiera evitado la lucha, pero ya era tarde.

Todas aquellas bellas palabras no persuadieron a Lutero, sin embargo, estaba resuelto a callar. Tragaré con paciencia, decía, este bocado digno del Can Cervero. Pero sus amigos fueron de otro parecer, lo solicitaron, y aun le obligaron a responder, respondió pues a los Obeliscos, con sus Asteriscos, oponiendo, dice, jugando con esta palabra, la luz y la blancura resplandeciente de las estrellas del cielo, al moho y al color lívido de los Obeliscos del doctor de Ingolstadt. En aquella obra trataba a su nuevo adversario con menos dureza que a los que había tenido que combatir antes que a él pero su indignación se traslucía en sus palabras.

Mostraba Lutero que, en el caos de los Obeliscos, no había nada de las santas Escrituras, nada de los Padres de la Iglesia, ni de los cánones eclesiásticos; que solo se encontraban en ellos glosas escolásticas, opiniones y más opiniones, y puros sueños, en una palabra, todo aquello que Lu tero había atacado. Los Asteriscos rebosan de movimiento y vida; su autor se indigna de los errores del libro de su amigo pero se compadece del hombre. 1 Profesa de nuevo el principio fundamental, que estableció en su respuesta a Prierio. El soberano pontífice es hombre, y puede ser inducido en error, pero Dios es la verdad, y nadie puede engañarle. Más adelante, valiéndose contra el Doctor Escolástico de un argumento ad hominem, le dice: Seguramente es una impudencia, si alguno enseña, en la filosofía de Aristóteles, lo que no puede probar con la autoridad de este antiguo autor.

Esto lo concedéis. Pues bien y con mayor razón, es la temeridad más impudente afirmar en la Iglesia y entre los cristianos, lo que no ha enseñado el mismo Jesucristo, luego, ¿en qué parte de la Biblia se halla, que el tesoro de los méritos de Cristo esta en las manos del papa? .Añade todavía. En cuanto a la reconvención maliciosa de herejía bohemia, sufro con paciencia este oprobio, por el amor de Jesucristo, vivo en una célebre universidad, en una estimada ciudad, en un considerable obispado, en un pode roso ducado, en donde todos son ortodoxos y en donde no se toleraría sin duda un hereje tan malo.

Lutero no publicó los Asteriscos; solo los comunicó a los amigos; no fue sino más tarde cuando se imprimieron. 4

Aquel rompimiento entre el doctor de Ingolstadt y el de Wittemberg, hizo sensación en Alemania. Tenían amigos que lo eran de uno y otro, Scheurl, sobre todo, que parecía haber sido él por quien se habían unido los dos doctores, Scheurl se alarmó, era de los que deseaban ver efectuarse la reforma en toda la extensión de la iglesia germánica, por medio de sus órganos más distinguidos. Pero, si, desde el principio, llegaron ya a las manos los teólogos más eminentes de aquella época, si, cuando Lutero se presentaba con cosas nuevas, Eck se hacía el representante de las cosas antiguas, ¡qué destrozo no se debía temer!, ¿no iban juntándose muchos adictos al rededor de cada uno de aquellos dos jefes?, ¿y no se vería formarse dos campos enemigos en medio del imperio?.

Scheurl trató pues de reconciliar a Eck y Lutero, éste declaró que estaba pronto a olvidarlo todo, que apreciaba el talento y admiraba la ciencia del doctor Eck, 1 y que lo hecho por aquel antiguo amigo, le había causado más pena que cólera. Estoy dispuesto, dice a Scheurl, para la paz y para la guerra pero prefiero la primera poneos pues a la obra afligíos con nosotros de que el diablo haya sembrado entre nosotros este principio de discordia y regocijaos luego de que Cristo la haya

disipado por su misericordia". Escribió hacia el mismo tiempo a Ek, una carta afectuosa, 2 pero Eck no respondió a la carta de Lutero, ni aun le envió ningún recado. Ya no era tiempo de reconciliar los ánimos, el combate se trababa cada vez más, el orgullo de Eck y su espíritu implacable, rompieron pronto los últimos lazos de aquella amistad que se enfriaba de día en día.

FOOTNOTES

(1) Kín voller trunkcner Deutscher. (L. Opp. (W.), XXII.. p. 1337.)

(2) An ferreum rasum aut caput aeueum gerat iste Lutherus, ut ef-fringi non possit. (Sylv., Prieratis Dialogus.)

(3) Vease Joh. Gersonis Propositiones de sensu litterati S. Scripturw (Opp , tcm. I.)

(4) A qua etiam sacra Scriptura robur trahit et auctoritatem, haereti-cus est fundamentum tertium.

(5) Si mordere canum est propium, vereor ne tibí pater cani fuerit. (Sylvestri Prieratis Dialog.)

(6) Seculari brachio potest eos compescere, nec tenerur rationibus certare ad vincendos protervientes. (Ibid.)

(7) Convenit ínter nos, esse personarum aliquem sylvestrum ex ob-scuris viris, qui tantas ineptias inhomineal luserit ad provocandum, me adversas eum. (Epp. 1., p. 87, del 14 enero.)

(8) T.I., Witt. lat., p. 170.

(9) Ego ecclesiam virtualiter non scio inChristo, representativé non ni»¡ inconcilio. (L. Opp., Lat. p. 174.)

(10) Cluando hanc pueri inomnibus plateis urbis cantant: Denique nunc facta est... faedissima Roma. (Ibid., p. 183.)

(11) Si occidor, vivit Chrislus, Dominus meus et omnium. (L. Opp. Lat., p. 186.)

(12) De jurídica et irrefragabili veritate romanae ecclesiae, lib. tertius, cap: 12.

(13) L. Opp. Leips., XVII., p. 140.

(14) Et quod magis urit, antea mihi magna recenterque contracta amicitia conjunctus. (L. Epp., I., p. 100.)

(15) Guiofurore Ule amicitias recentissimas et jucundissimas solveret. (L. Epp., I., p. 100.)

(16) Voluit tamen hanc offam Cerbero dignam absorbere patientiS. (Ibid.)

(17) Omnia scholasticissima, opiniosissima, meraque somnia. (As terisco Opp. L. Lat. I., p. 145.)

(18) Indignorrei et misereor hominis. (Ibid., p. 150.)

(19) Homo est summus pontifex, falli potest. Sed veritas est Deus, qu¡ falli non potest. (Ibid., p. 155.)

(20) Longé ergo impudentissima omnium temeritas est, aliquid inec-clesia asserere, et interchristianos, quod non docuit Christus. (Ibid., 156.)

(21) Cum privatim dederini Asteriscos meos non fit ei respondendi necessitas. (L. Epp., p. 126.)

(22) Diligimus hominis ingenium et admiramur eraditionem. (L. Epp. ad Scheurlum, 15 junio 1518, I., p. 125.)

(23) Quod ad me attinet, scripsi ad eum ipsum has, ut vides, amicis-simas et plenas litteras humanitate erga eum. (Ibid.)

(24) Nihü ñeque iitteratum ñeque verborum me participem fecit. (Ibid.)

CAPITULO X.

Las Indulgencias y las tesis — Escritos populares — Padre Nuestro — Venga tu reino — Hágase tu voluntad. Nuestro pan — Sermón sobre el arrepentimiento — La remisión viene de Cristo.

Tales eran las luchas que el campeón de la Palabra de Dios tenía que sostener, desde su entrada en la carrera de la Reformación, pero aquellos combates con los sabios de la sociedad, aquellas disputas académicas, son poca cosa para el cristiano. Los doctores humanos creen haber alcanzado el mayor triunfo, si consiguen llenar algunos diarios y salones con el ruido de sus sistemas. ¿Cómo se trata entre ellos de un asunto de amor propio o de partido, más que del bien de la humanidad, aquellos triunfos del mundo les bastan, así es que sus trabajos no son más que humo, que, después de haber ofuscado, pasa sin dejar rastro?, han descuidado de infundir en las masas el fuego sagrado, no han hecho más que instruir superficialmente la especie humana.

No es así con el cristiano, el cual trata de la salvación de las almas y no de un triunfo de la sociedad o de academia, deja pues voluntariamente la brillante pelea que podría tener fácilmente con los campeones del mundo y prefiere los oscuros trabajos que llevan la luz y la vida a las chozas de los campos y a las moradas del pueblo. Esto es lo que hizo Lutero o más bien según el precepto de su maestro, hizo estas cosas, sin dejar aquellas. Sin dejar de combatir a los inquisidores, a los cancilleres de universidad y a los maestros del sacro Palacio, se esforzó en propagar entre la multitud unos conocimientos sanos en materia de religión, a cuyo objeto se dirigían varios escritos populares que publicó entonces, tales como sus discursos sobre los Diez Mandamientos pronunciado dos años antes en la iglesia de Wittemberg y de los que hemos hablado ya y también su exposición de la oración dominical para los seglares simples e ignorantes. 1 ¿Quién no quería saber, como se dirigía entonces al pueblo el Reformador? Citaremos algunas de las palabras que enviaba a correr el país, como dice el mismo en el prefacio del segundo de dichos escritos.

La oración, este íntimo acto del corazón, será sin duda siempre uno de los puntos, por los que deberá empezar una reformación de verdad y de vida y por lo mismo, Lutero se ocupó de ello sin tardanza. Es imposible presentar en una traducción su enérgico estilo y la fuerza de aquella lengua que se formaba, por decirlo así, bajo su pluma, a medida que escribía; sin embargo ensayaremos hacerlo.

Cuando ruegues, dice, hazlo con pocas palabras, pero con muchos pensamientos y efectos, salidos de lo más profundo de tu interior, cuanto menos hables, mejor rogaras, pocas palabras y muchos pensamientos, constituyen el cristiano; y muchas palabras y pocos pensamientos, constituyen el pagano.

La oración exterior y del cuerpo es aquel silbido de los labios, aquella charla sin fundamento, que hiere la vista y los oídos de los hombres pero la oración en espíritu y en verdad, es el íntimo deseo, el movimiento, los suspiros, que salen de lo profundo del corazón. La primera es la oración de los hipócritas, y de todos los que confían en sí mismos: la segunda es la oración de los hijos de Dios, que viven en su temor.

Después, llegando a las primeras palabras de la oración del Señor, Padre Nuestro, se expresa así, entre todos los nombres, no hay ninguno que nos disponga mejor para con Dios que el nombre de Padre, no habría para nosotros tanta dicha y consuelo en llamarle Señor, o Dios, 6 Juez. A este nombre de Padre, las entrañas del Señor se enternecen porque no hay voz más amorosa y más tierna que la de un hijo por su padre.

Que estas en el cielo. El que confiesa que hay un padre que está en el cielo, se reconoce como abandonado en la tierra, de ahí viene que hay en su corazón un ardiente deseo, como el de un hijo que vive apartado de su padre, en país extraño, en la miseria y aflicción; es como si dijese, ay ¡Padre mío! Tu estas en el cielo, y yo, tu miserable hijo, estoy en la tierra, lejos de ti, rodeado de peligros, necesidades, y angustias.

Santificado sea tu nombre. El que es colérico o envidioso, el que maldice y calumnia, deshonra él nombre de Dios, en cuyo nombre fue bautizado. Haciendo un uso impío del vaso que Dios quiere que le sea consagrado, imita al sacerdote que se sirviese del cáliz para dar de beber a una marrana, o para llenarlo de fiemo.

Venga a nos él tu reino. Los que acumulan bienes, los que hacen construir edificios magníficos, los que buscan todo lo que el mundo puede dar y pronuncian con los labios esta oración, se parecen a los grandes cañones de órgano que suenan en las iglesias sin tener sentimiento ni razón.

En otra parte ataca Lutero el error, tan general entonces, concerniente a las peregrinaciones, uno va a Roma, otro en Santiago de Compostela, éste hace construir una capilla, aquel instituye una fundación para alcanzar el reino de Dios pero todos descuidan el punto esencial, que es formarse ellos mismos su reino. ¿Por qué vas a buscar el reino de Dios más allá de los mares?, ¿Cuándo debes encontrarlo en tu propio corazón?

Es una cosa terrible, prosigue, oír hacer esta oración, hágase tu voluntad. ¿Dónde se ve hacer en la Iglesia esta voluntad de Dios?, un obispo se levanta contra otro obispo, una iglesia contra otra iglesia, curas, fíales y monjas disputan, combaten, guerrean, no se ve más que discordia en todas partes y, sin embargo, cada partido pretende tener una buena voluntad y una recta intención, así es que, en honra y gloria de Dios, Lacen todos juntos una obra del Diablo.

¿Por qué decimos Nuestro pan?, continua explicando estas palabras, ¿el pan nuestro de cada día dánosle hoy?, porque no rogamos por conseguir el pan ordinario, que comen los paganos y que da Dios a todos los hombres, sino por nuestro pan, nosotros que somos hijos del Padre Celestial.

¿Y cuál es este pan de Dios?, es Jesucristo Nuestro Señor, yo soy el pan vivo que descendí del cielo y que da la vida al mundo. (S. S. Juan vi., ver. 51.) Por tanto, repárese bien en ello, todos los sermones y todas las instrucciones que no nos representan ni nos hagan conocer a Jesucristo, no pueden ser el pan cotidiano y el sustento de nuestras almas.

¿De qué sirve que haya sido preparado para nosotros semejante pan, si no nos lo dan, y por consiguiente no podemos saborearlo? Es como si hubieran preparado un magnifico festín y no hubiese nadie para repartir el pan, para llevar los platos y para dar de beber, de suerte que los convidados hubiesen de alimentarse con ver y oler. Por esto es que se debe predicar a Jesucristo solo.

¿Pero qué se entiende por conocer a Jesucristo, dices, que utilidad se saca de ello ?. Respuesta, aprender a conocer a Jesucristo, es comprender a conocer lo que dice el apóstol Jesucristo nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificación, santificación, y redención, (1ra. Corintios, i., ver. 30).

Por consiguiente tu comprenderás esto, cuando reconozcas que toda tu sabiduría es una locura vituperable, tu justicia una iniquidad reprobable, tu santidad una impureza culpable y tu redención una condenación miserable, si tú conoces que delante de Dios y de los hombres eres verdaderamente un loco, un pecador, un impuro, un hombre condenado y si muestras, no solo con palabras, sino con tus obras y del fondo de tu corazón, que no te queda ninguna consolación ni salvación sino en Jesucristo. Creer no es más que comer el pan del cielo.

Así es como Lutero permanecía fiel a su resolución de abrir los ojos a un pueblo ciego, a quien los sacerdotes llevaban a donde querían. Sus escritos, propagados en poco tiempo en toda la Alemania, producían allí una nueva claridad y sembraban abundantemente la semilla de la verdad en una tierra bien preparada.

Pero, al mismo tiempo que pensaba en los que estaban lejos, no olvidaba los que se hallaban cerca.

Los dominicos, desde sus pulpitos, anatematizaban al infame hereje. Lutero, hombre del pueblo, y, que si hubiese querido, hubiera podido con cuatro palabras sublevar la muchedumbre, desdeñó siempre tales triunfos y no pensó nunca más que en instruir a su auditorio.

Su reputación que extendía cada día y el valor con que levantó el estandarte de Cristo en medio de la Iglesia avasallada, hacían seguir sus predicaciones cada vez con más interés nunca había sido tan grande el concurso, Lutero iba derecho al fin. Un día, habiendo subido al pulpito de Wittemberg, trató de establecer la doctrina del arrepentimiento, y pronunció un discurso, que después llegó a ser muy célebre y en el que sentó muchas bases de la doctrina evangélica. Opone desde luego el perdón de los hombres, al perdón del cielo: "Hay dos remisiones", dice, la remisión de la pena y la remisión de la falta, la primera reconcilie posteriormente al hombre con la Iglesia cristiana; y la segunda, que es la indulgencia celestial, reconcilie el hombre con Dios. Si un hombre no halla en sí aquella conciencia tranquila, aquella alegría que da la remisión de Dios, no hay indulgencias que puedan ayudarle, aunque comprase todas las que ha habido en la tierra.

Luego continúa así, quieren hacer buenas obras antes que les sean perdonados los pecados, cuando es menester que sean perdonados los pecados, antes de hacer las buenas obras.

No son las obras las que arrojan el pecado, arroja el pecado y tendrás las obras, 1 Porque las buenas obras deben ser hechas con un corazón alegre y con una buena conciencia hacia Dios, es decir, con la remisión de los pecados.

Después entra en el objeto principal de su sermón, cuyo objeto fue también el de toda la Reformación. La Iglesia había reemplazado a Dios y a su Palabra, Lutero recusa dicha Iglesia, y hace depender todo de la fe y de la Palabra de Dios. El perdón de la culpa, dice, no está en poder del papa, ni del obispo, ni del sacerdote, ni de ningún otro hombre, si no que descansa únicamente en la Palabra de Cristo y en la propia fe porque Cristo no ha querido edificar nuestra consolación y nuestra salvación sobre una palabra o una obra humana, sino únicamente sobre sí mismo, sobre su obra y sobre su Palabra, tu arrepentimiento y tus obras pueden engañarte, pero Cristo, tu Dios, no te mentira, él no titubeara y el diablo no destruirá sus palabras. 2

Un papa y un obispo no tienen más poder que el menor sacerdote, cuando se trata de perdonar una culpa. Y aun si no es sacerdote, todo cristiano o cristiana,

aunque sea una criatura, puede hacer la misma cosa porque si un simple cristiano te dice, Dios perdona el pecado en nombre de Jesucristo, y si tú recibes esta palabra con firme fe y como si Dios mismo te la dirigiese, estas absuelto.

Si no crees que tus pecados te son perdonados, haces mentiroso a tu Dios y declaras estar más seguro de tus vanos pensamientos, que de Dios y de su Palabra.

En el antiguo Testamento, ni el sacerdote, ni el rey, ni el profeta, tenían el poder de anunciar el perdón de los pecados; pero en el Nuevo, todo fiel tiene este poder.

La Iglesia está llena de remisiones de pecados. 1 Si un cristiano piadoso consuela tu conciencia con la Palabra de la cruz, que sea hombre o mujer, joven o viejo, recibe esta consolación con una fe tal, que te dejes matar mil veces antes que dudar que sea así delante de Dios arrepiéntete, haz todas las obras que puedas, pero que la fe que tienes en el perdón de Jesucristo, ocupe el primer lugar y mande exclusivamente en el campo de batalla. 2

Así hablaba Lutero a su auditorio asombrado y encantan do: todos los tablados que los impudentes sacerdotes habían levantado, por su interés, entre Dios y el alma del hombre, eran desbaratados, y el hombre puesto cara a cara con su Dios. La Palabra del perdón descendía pura de lo alto, sin pasar por mil canales corruptores. Para que el testimonio de Dios fuese valido, no era menester el sello falso de los hombres. El monopolio de la casta sacerdotal estaba abolido, y la Iglesia emancipada.

FOOTNOTES

(1) L. Opp. Leips. VII., 1086.

(2) R«formation Sp.

(3) Nicht die Werke treiben die Sünde aus; sondern die Austreibung der Sünile thut gute Werke. (L. Opp. L. XVII., p. 162.)

(4) Cbristus dein Gott wird dir nicht lügen, noch wanken. (L. Opp. L. XVII., p. 162.)

(5) Ob es schon ein Weib oder ein Kind ware. (Ibid)

(6) Also sieüt au dass die ganze Kirche voll von Vergebung der Sünde isL (Ibid.)

(7) Und Hauptmann im Felde bleibe. (Ibid.)

CAPÍTULO XI

Temores de los amigos de Lutero — Viage a Heidelberg — Bibra — El palacio palatino — Rompimiento — Las paradojas — Controversia — El auditorio — Bucer — Brenz — Snepf — Conversaciones con Lutero — Trabajos de estos jovenes doctores — Efecto producido en Lutero — El viejo profesor — La ver dadera luz. — Llegada.

La llama encendida en Wittemberg debía necesariamente propagarse a otras partes. Lutero, no contento con anunciar la verdad del Evangelio en el lugar de su residencia, tanto la juventud académica, como al pueblo, deseaba esparcir en otros sitios la semilla de la Santa Doctrina. La orden de los agustinos debía convocar su capítulo general en Heidelberg, la primavera del año 1518, Lutero fue llamado a él, como uno de los hombres más distinguidos de su orden, sus amigos hicieron todo lo posible por disuadirle de emprender aquel viaje. En efecto, los frailes habían procurado hacer odioso el nombre de Lutero en todos los puntos por donde debía pasar a los insultos, juntaban las amenazas poco se necesitaba para escuchar en su tránsito un tumulto popular, cuya victima hubiera podido ser.

Sus amigos le decían, lo que no se atrevan hacer con violencia, lo harán a traición, Impero Lutero, no se detenía jamás en el cumplimiento de un deber, por el temor del peligro, aun el más inminente desechó pues los tímidos consejos de sus amigos, haciéndoles ver que confiaba enteramente en Aquel, bajo cuya protección quería emprender aquel viaje tan temible y luego que pasaron las fiestas de Pascua, se puso en marcha tranquila mente, a pie el 13 de Abril 1518.

Llevaba consigo un guía, llamado Urbano, que conducía su pequeño equipaje, y debía acompañarlo hasta Wurzbourg.

¡Cuántos pensamientos debieron presentarse en la mente del servidor del Señor durante aquel viaje! en Weissenfels, el pastor, que le era desconocido, lo reconoció al punto por el doctor de Wittemberg y le hizo buena acogida. En Erfurt, se le reunieron otros dos hermanos de la orden de los agustinos. En Judenbach, encontraron los tres al consejero intimo del elector, Degenhard Pfeffinger, que les hizo los honores de la posada en que le hallaron. He tenido el gusto, escribía Lutero a Spalatin, de hacer a este rico Señor más pobre de algunos cuartos, ya sabéis cuanto me agrada en toda ocasión hacer alguna brecha a los ricos, en beneficio de los pobres, principalmente si los ricos son amigos míos. Llegó a Cobourg, rendido de fatiga. Todo va bien, por la gracia de Dios, escribía, pero siento haber pecado en emprender a pie este viaje con todo, pienso que para tal pecado no necesito la

remisión de las indulgencias porque la contrición es perfecta y la satisfacción plena.

Estoy agobiado del cansancio y todos los carruajes están ocupados. ¿No es bastante y aun demasiada penitencia, contrición y satisfacción? El Reformador de la Alemania, no encontrando asiento en los carruajes públicos, ni ninguno que quisiese cederle el suyo, se vio precisado, en la mañana siguiente, y a pesar de su cansancio, a continuar desde Cobourg, humildemente a pie, llegó a Wurzbourg, el segundo domingo después de Pascua, hacia el anochecer; allí despachó su guía.

Hallábase en aquella ciudad, el obispo de Bibra, que había acogido con tanta aprobación las tesis de Lutero, quien llevaba para él una carta del elector de Sajonia.

El obispo, celebrando la ocasión que se presentaba de conocer personalmente aquel atrevido campeón de la verdad, se apresuró a hacerle llamar al palacio episcopal, fue a su encuentro, le habla con mucho afecto y ofreció darle un guía hasta Heidelberg pero Lutero había encontrado en Wurzbourg sus dos amigos, el vicario general Staupitz, y Lange, prior de Erfurt, quien le ofreció un asiento en su carruaje, dio pues las gracias a Bibra por su oferta y el día siguiente partieron de Wurzbourg, los tres amigos viajaron así por tres días conversando juntos y el 21 de Abril, llegaron a Heidelberg, donde Lutero fue a alojarse en el convento de loa agustinos.

El elector de Sajonia le había dado también una carta para el conde Palatino Wolfgang, duque de Baviera, Lutero pasó a su soberbio palacio, cuya situación es aun hoy día la admiración de los extranjeros el fraile de los llanos de Sajonia tenía un corazón que sabía admirar aquella posición de Heidelberg, en que se reunían los dos hermosos valles del Rhin y del Necker. Entregó su carta a Santiago Simler, intendente de la corte el cual, habiéndola leído, le dijo.

Por cierto, habéis traído una muy estimable carta de crédito. 1 El conde Palatino recibió a Lutero con mucha benevolencia y le convidó muchas veces a su mesa, igual mente que a Lange y Staupitz. Un recibimiento tan amistoso, causó el mayor consuelo a Lutero. Nos alegramos y divertimos unos y otros, en dulces y agradables conversaciones, dice, comiendo, bebiendo, pasando en revista todas las magnificencias del palacio Palatino, y admirando los ornatos, las armaduras, las corazas y en fin todo lo que contiene de notable este ilustre y verdaderamente real palacio. 3

Sin embargo, Lutero tenía que ocuparse en otra obra, debía trabajar mientras era tiempo. Trasladado a una universidad que ejercía un gran influjo en el oeste

y el sur de Alemania, debía descargar un golpe que conmoviese las iglesias de aquellos países.

Se dedicó pues a escribir tesis que se proponía sostener en un certamen público, esta clase de certámenes eran entonces bastante comunes pero Lutero creyó que, para que fuese útil el presente, debía cautivar viva mente los espíritus. Su carácter le inclinaba, por otra parte, presentar la verdad bajo un aspecto paradojal. Los profesores de la universidad no quisieron permitir que tuviese lugar la controversia en el grande oratorio de la misma, por lo que se tuvo que destinar una sala del convento de los agustinos. El 26 de abril fue el día fijado para el combate.

Heidelberg recibió más tarde la Palabra evangélica, el que hubiese asistido a la conferencia del convento, hubiera podido prever desde entonces, que la semilla del Evangelio daría frutos en aquella ciudad.

La reputación de Lutero atrajo un gran concurso de oyentes profesores, cortesanos, estudiantes, etc., asistieron en gran numero. He aquí algunas de las Paradojas del doctor; es el nombre que dio a sus tesis puede ser que aun en el día se le diese el mismo nombre, sin embargo sería fácil convertir estas Paradojas en proposiciones evidentes.

1a. La ley de Dios es una saludable doctrina de la vida; no obstante ella no puede ayudar al hombre en la investigación de la justicia; al contrario ella le perjudica

3a. Las obras del hombre, por buenas y bellas que puedan ser, no son sin embargo, según toda apariencia, más que pecados mortales.

4a. Las obras de Dios, por malas y deformes que puedan parecer, tienen no obstante un merito inmortal

7a. Las obras de los mismos justos serían pecados mor tales, si, llenos de un santo respeto al Señor, no temiesen que sus obras fuesen pecados mortales 1

9a. Decir que las obras hechas sin Cristo son, si, muertas, pero no mortales, es un olvido peligroso del temor de Dios

13a. El libre árbitrio, después de la caída del hombre, no es más que una mera palabra y, si el hombre hace lo que le es posible hacer, peca mortalmente

16a. Un hombre que cree llegar a conseguir la gracia, haciendo todo lo que le es posible hacer, añade un pecado a otro, y es dos veces culpable

18a. Es cierto que el hombre debe desesperar enteramente de sí mismo, a fin de hacerse capaz de recibir la gracia de Cristo

21a. Un teólogo de honor llama mal a lo que es bien y bien a lo que es mal; pero un teólogo de la cruz habla justamente de la cosa.

22a. La sabiduría que enseña a conocer las perfecciones invisibles en sus obras, hincha al hombre, lo ciega, y le endurece

23a. La ley provoca la cólera de Dios, mata, maldice, acusa, juzga, y condena todo lo que no está en Cristo 1

24a. Sin embargo, esta sabiduría (§ 22) no es mala, y la ley (§ 23) no es de desechar pero el hombre que no estudia la ciencia de Dios en la Cruz, cambia en mal todo lo que es bueno

25a. No es justificado el que hace muchas obras, sino el que, sin obras, cree mucho en Jesucristo

26a. La ley dice, ¡haz esto! y lo que ella manda no se hace jamás. La gracia dice, ¡cree en este! y ¡desde entonces todas las cosas están cumplidas.'

28a. El amor de Dios no encuentra nada en el hombre pero crea en él lo que el mismo hombre ama. El amor del hombre proviene de su bien-amado 3

Cinco Doctores en Teología atacaron aquellas tesis que habían leído con la extrañeza que causa la novedad. Aquella Teología les parecía muy extraordinaria, sin embargo, discutieron, según el testimonio del mismo Lutero, con una afabilidad que le inspiró mucho aprecio hacia ellos, pero al mismo tiempo con fuerza y discernimiento. Lutero, por su parte, mostró una dulzura admirable en sus respuestas, una incomparable paciencia en escuchar las objeciones de sus adversarios, y toda la vivacidad de san Pablo en resolver las dificultades que se le proponían. Sus respuestas, cortas, pero llenas de la Palabra de Dios, causaban admiración en todos los que las escuchaban. Es en todo semejante a Erasmo, decían muchos, pero le supera en una cosa, y es en que el profesa abiertamente lo que Erasmo no hace más que insinuar. 1

La controversia se acercaba a su fin. Los adversarios de Lutero se habían retirado con deshonor del campo de batalla el más joven de entre ellos, el doctor Jorge Niger, quedaba solo luchando con el vigoroso atleta y asustado de las proposiciones atrevidas del fraile agustino, no sabiendo ya a que argumentos apelar, gritó con el acento del temor, ¡sí nuestros aldeanos oyesen tales cosas, os

apedrearían y matarían!. 2 Estas palabras excitaron una risa general en el auditorio.

Nunca sin embargo hubo oyentes que escuchasen con tanta atención una controversia teológica. Las primeras palabras del reformador despertaron los espíritus, cuestiones, que poco antes hubieran mirado con indiferencia, inspiraban entonces mucho interés. En los rostros de muchos de los asistentes, se leían las nuevas ideas que hacía nacer en su espíritu, las atrevidas aserciones del doctor Sajón.

Tres jóvenes principalmente estaban vivamente conmovidos, uno de ellos, llamado Martin Bucer, era dominico, de 27 años de edad, quien, a pesar de las preocupaciones de su orden, parecía no querer perder ni siquiera una palabra del doctor. Nacido en una pequeña ciudad de Alsacia, entró a los 16 años en el convento y manifestó pronto tales disposiciones, que los frailes más instruidos concibieron grandes esperanzas del. 1 El será un día la honra de nuestra orden, decían ellos. Sus superiores le habían enviado a Heidelberg, a estudiar la filosofía, la teología, el griego y el hebreo. En aquel tiempo, estaba Erasmo publicando mu chas de sus obras y Bucer las leyó con avidez.

Poco después aparecieron los primeros escritos de Lutero. El estudiante alsaciano se dedicó a comparar la doctrina del reformador con las santas Escrituras, y algunas dudas nacieron en su espíritu, tocante a la verdad de la religión del papa.2 De este modo se esparcía la luz en aquel tiempo.

El elector Palatino distinguió al joven estudiante: su fuerte y sonora voz, el agrado de sus modales, la elocuencia de su palabra, y la libertad con que atacaba los vicios dominantes, hacían de él un predicador distinguido: fue nombrado capellán de la corte, y desempeñaba sus funciones cuando anunciaron el viaje a Heidelberg. ¡Qué alegría para Bucer! nadie fue tan solicito como él, en asistir a la sala del convente de los agustinos; llevó papel, plumas, y tintero, con idea de poner por escrito todo lo que dijese el doctor y, cuando su mano trazaba con rapidez las palabras de Lutero, la mano de Dios escribía en su corazón, con caracteres más indelebles, las grandes verdades que oía los primeros resplandores de la doctrina de la gracia se derramaron en su alma, en aquellos momentos memorables, 2 y el dominico fue convertido a Cristo.

No lejos de Bucer se hallaba Juan Brenz, o Brentius, que contaba entonces 19 años. Brenz, hijo de un magistrado de una ciudad de la Suabia, había sido inscrito a los 13 años en el registro de los estudiantes de Heidelberg. Nadie era más aplicado que él a media noche se levantaba y se ponía trabajar contrajo tal

costumbre de ello, que en toda su vida no pudo dormir después de dicha hora. Más tarde, consagró sus momentos tranquilos a la meditación de las Escrituras. Brenz fue uno de los primeros que apercibieron la nueva luz que parecía entonces en Alemania la acogió con una alma llena de amor, leyó con ansia los escritos de Lutero, ¡pero, cuál fue su dicha, cuando pudo oír al mismo en Heidelberg!, una de las proposiciones del doctor causó principalmente sensación en el joven Brenz, y fue esta

No es justificado delante de Dios el que hace muchas obras, sino el que, sin obras, cree mucho en Jesucristo.

Una piadosa mujer de Heilbronn, sobre el rio Necker, esposa de un senador de dicha ciudad, llamado Snepf, había consagrado al Señor, a imitación de Ana, su hijo primogénito, con el vivo deseo de verle entregado a la teología. Este joven, nacido en 1495, hizo rápidos progresos en las letras pero, sea por inclinación, sea por ambición, o por cumplir el deseo de su padre, se dedicó al estudio de la jurisprudencia. La piadosa madre veía con dolor a su hijo, a su Ehrard, seguir otra carrera que aquella a que le había consagrado. Ella le advertía, le instaba, le intimaba sin cesar que se acordara del voto que ella había hecho en el día de su nacimiento. En fin, vencido por la constancia de su madre, Ehrard Snepf se sometió y pronto se aficionó a sus nuevos estudios de tal modo, que nada hubiera podido separarlo de ellos.

Era íntimo amigo de Bucer y Brenz y conservó toda su vida la misma amistad, porque dice uno de sus historiadores, las amistades fundadas sobre el amor a las letras y la virtud, no se extinguen jamás. Ehrhard asistía, con sus dos amigos, a la conferencia de Heidelberg. Las Paradojas y la animosa lucha del doctor de Wittemberg le inspiraron un nuevo fervor abandonado la vana opinión de los meritos humanos, abrazó la doctrina de la justificación gratuita del pecador.

El día siguiente, Bucer fue a ver a Lutero. Tuve con él, dice, una conversación familiar y sin testigos, y la comida más exquisita, no por los platos de manjares, sino por las verdades que se me proponían. Cualquiera que fuese la objeción que yo hiciese, el doctor respondía a todo, y todo lo explicaba con la mayor claridad. ¡Oh, pluguiese Dios que tuviese tiempo para escribirte más!. 1 El mismo Lutero se enterneció al ver los sentimientos de Bucer.

Es el único hermano de su orden, escribía a Spalatin, que tenga buena fe es un joven de grandes esperanzas me ha tratado con sencillez, y tomado mucho interés en mi conversación es digno de nuestra confianza y de nuestro amor.

Brenz, Snepf y otros más, impelidos por las nuevas verdades que empezaba a nacer en su espíritu, van también a ver a Lutero hablan, conferencian con él, y le piden aclaraciones sobre lo que no han comprendido: el reformador les responde, apoyándose en la Biblia cada palabra suya hace brotar en ellos una nueva luz, y un mundo nuevo se presenta a su vista.

Después de la partida de Lutero, aquellos hombres generosos empezaron a enseñar en Heidelberg. Era menester proseguir lo que el hombre de Dios había comenzado y no dejar apagar la antorcha que había encendido. Brenz, aunque muy joven todavía, explicó el Evangelio según san Mateo, al principio en su propia habitación y después llegando ella a ser demasiado pequeña, en la sala de filosofía.

Los teólogos, llenos de envidia al ver el gran concurso de oyentes que atraía aquel joven, se irritaron en extremo. Brenz tomó entonces las órdenes, y estableció sus lecturas en el colegio de los canónigos del Espíritu Santo. De este modo el fuego encendido en Sajonia, lo fue también en Heidelberg la luz multiplicaba sus focos era, como se ha dicho, la estación de siembra para el Palatinado.

Pero no fue solo el Palatinado el que recogió los frutos de la conferencia de Heidelberg. Aquellos briosos amigos de la verdad llegaron a ser pronto grandes luminares en la Iglesia; ocuparon todos puestos eminentes, y tomaron parte en muchos debates a los que dio lugar la reformación. Strasbourg, y más tarde Inglaterra, debieron a los trabajos de Bucer un conocimiento más puro de la verdad. Snepf la profesó desde luego en Marbourg, después en Stuttgard, en Tubingue, y en Gena. Brenz, después de haber enseñado en Heidelberg, lo hizo largo tiempo en Halle, en Suabia, y en Tubingue. Volveremos a hablar todavía de estos tres hombres.

Aquella conferencia produjo adelantos en Lutero, el cual progresaba de día en día en el conocimiento de la verdad. Soy, decía, de los que han adelantado escribiendo y instruyendo a otros, y no de los que de nada llegan a ser de repente grandes y sabios doctores.

Se regocijaba de ver con que ansia recibía la verdad naciente, la juventud de las escuelas, y se disipaba su desconsuelo de ver a los viejos doctores arraigados en sus opiniones.

Tengo la magnífica esperanza, decía, de que, del mismo modo que Cristo, rechazado por los judíos, se fue hacia los gentiles, veremos también ahora la verdadera teología que rechazan estos ancianos, de opiniones vanas y fantásticas, acogida por la nueva generación. 1

Habiéndose cerrado el capítulo, trató Lutero de volver a Wittemberg. El conde Palatino le entregó, para el elector, una carta fechada el 1ro de Mayo, en la que decía, que Lutero había mostrado tanta habilidad en la conferencia, quedaba mucha gloria a la universidad de Wittemberg. ¡No quisieron permitir que volviese a pie:! los agustinos de Núremberg le condujeron hasta Wurzbourg, de allí pasó a Erfurt, con los hermanos de la misma ciudad. Apenas hubo llegado, se fue a la casa de Jodocus, su antiguo maestro. El viejo profesor, muy afectado y muy escandalizado del rumbo que había tomado su discípulo, acostumbraba poner, al frente de todas las sentencias de Lutero, un theta, letra de que se servían los griegos para indicar la condenación. 3 Había escrito Jodocus al joven doctor, haciéndole reconvenciones, y éste quería responder de palabra a sus cartas. No habiendo sido recibido, escribió a Jodocus.

"Toda la universidad, excepto un solo licenciado, piensa como yo hay más, el príncipe, el obispo, otros muchos prelados y todos los ciudadanos instruidos que tenemos, declaran unánimemente que hasta ahora no habían conocido, ni oído a Jesucristo y su Evangelio. Estoy pronto a recibir vuestras correcciones, y aun cuando sean duras, me parecerán suaves, desahogad pues vuestro corazón sin temor, descargad vuestra cólera yo no quiero ni puedo irritarme contra vos; Dios y mi conciencia me son testigos. 3

El viejo doctor quedó enternecido de los sentimientos de su antiguo discípulo: quiso probar si no habría medio de borrar el theta condenador; maestro y discípulo tuvieron una explicación, pero sin resultado. A lo menos, le he hecho comprender, dice Lutero, que todas sus sentencias son parecidas a aquel animal que, según dicen, se come a sí mismo. Pero es en vano hablar a un sordo: estos doctores se atienen testarudamente a sus frívolas distinciones, aunque confiesan no tener en su apoyo más que las luces de la razón natural, como ellos dicen, caos tenebroso, que no anunciamos otra luz que Jesucristo, única y verdadera luz. 4

Lutero salió de Erfurt, en el carruaje del convento, el que le condujo a Heisleben de allí, los agustinos del lugar, envanecidos con un doctor que daba tanto esplendor a su orden y a su ciudad, en que había nacido Lutero, le hicieron llevar.

Wittemberg, con sus propios caballos y a su costa. Todos querían dar una muestra de afecto y estimación a aquel hombre extraordinario, que cada día se hacía más celebre.

Llegó a Wittemberg el sábado después de la Ascensión. El viaje le hizo provecho y sus amigos le hallaron más fuerte y de mejor semblante que antes de su partida.

1 Se alegraron de todo lo que les refirió. Lutero descansó algún tiempo de las fatigas de su viaje, y de la conferencia de Heidelberg pero aquel reposo no fue más que una prepa ración para emprender trabajos más rudos.

FOOTNOTES

(1) L. Epp. I., p. 98.

(2) Pedester veniam. (L. Epp. I., p. 98.)

(3) L. Epp. I., p. 105.

(4) Ibid., p. 104.

(5) Ibid., p. 106.

(6) Ihr babtbei Gott einen kostlichen Credenz. (L. Epp. I., p. 111.)

(7) Ibid

(8) Justorum opera essent mortalia nisi pio Dei timore, ab ipsismet jiistis, ut mortalia timerentur. (L. Qpp., Lat. L, p. 55.)

(9) Lexiram Dei operatur, occidit, maledicit, reum facit, judicat, damnat, quicquid non est inChristo. (L. Opp., Lat., I., p. 55.)

(10) Lex dicit: Fac hoc ! et numqiiam fit. Gratia dicit: Crede ¡n hune ! et jam Jacta sunt orania. (Ibid.)

(11) Amor Dei non invenit, sed ereat suurn diligibile; amor hominis fit a suo diligibili. (Ibid.)

(12) Bucer, dans Scultetet. Annal. evange]. renovat., p. 22.

(13) Si rustici hsec audirent, cene lapidibus vos obruerent et interfice-rent. (L. Epp. I., p. 111.)

(14) Prudentioribus monachis spem de se prseclaram excitavit. (Melch., Adam., Vit. Buceri, p. 211.)

(15) Cum doctrinam ineis traditam cum sacris litteris contulisset, quaedam inpontificia religióne suspecta habere caepit. (Melch., Adam Vit. Buceri, p. 211.

(16) Prímam lucem purioris sententis de justificatione insuu pectore sensit. (Ibid)

(17) Ingens Dei beneficium laetus Brentius agnovit, et grata mente amplexus est. (Ibid.)

(18) Crebris interpellationibus eum voti quod de nato ipso fecerat, ad-rr.oneret; et a studio juris ad theologíam quasi conviciis avocare!. (Melch., Adami Snepfii Vita.)

(19) Gerdesius, Monument. antiq., etc.

(20) L. Epp., I., p. 412.

(21) L. Epp. L, p. 412.

(22) Veni autem curra qni ieram pedester. (L. Epp. I., p. 1 10.)

(23) Omnibus placitis meis nigrum theta praefigit. (Ibid , p. 111.)

(24) L. Epp., p. 111.

(25) Nisi dictamine rationis naturalis, quod apud nos idem est quod chaos tenebratum, qui non praedicamus aliam lucem, quam Christus Jesumlucem veram et solam. (L. Epp. I., p. 111.)

(26) Lia ut nonnullis videar factus habitor et corpulentior. (Ibid.)

LIBRO CUARTO - LUTERO ANTE EL LEGADO. MAYO - DICIEMBRE, 1518.

CAPÍTULO I

Arrepentimiento — El Papa — León X — Lutero a su obispo — Lutero al papa — Lutero al vicario general — Rovere al elector — Discursos sobre la excomunión — Influencia y fuerza de Lutero.

La verdad levantó, por fin, la cabeza en el seno del cristianismo victorioso de los órganos inferiores del papado, ella debía entrar en lucha con su mismo jefe, vamos a ver a Lutero debatiéndose con Roma.

A su regreso de Heidelberg fue, cuando tomó este vuelo. Sus primeras tesis fueron mal comprendidas por lo que, resolvió exponer, con más claridad, el sentido de ellas. Los clamores que un ciego odio arrancaba a sus enemigos, le hicieron conocer cuán importante era ganar, para la verdad, la parte más instruida de la nación y se decidió a apelar su dictamen, presentándole las bases sobre las que descansaban sus nuevas convicciones. Era preciso ya provocar las decisiones de Roma y no titubeó en enviar allá sus explicaciones mostrándolas con una mano, a los hombres imparciales e ilustrados de su pueblo, las ponía con la otra, ante el trono del soberano pontífice.

Aquellas explicaciones de sus tesis, que llamó resoluciones, 1 estaban escritas con mucha moderación.

Lutero procuraba atenuar los pasajes que más irritación habían causado, y en ello daba pruebas de una verdadera modestia pero, al mismo tiempo, se mostraba inalterable en sus convicciones y defendía con valor todas las proposiciones que la verdad le obligaba a sostener, repetía de nuevo, que todo cristiano que tiene un verdadero arrepentimiento, posee, sin indulgencia, la remisión de los pecados que el papa, lo mismo que el último de los sacerdotes, no puede más que declarar simplemente lo que Dios ha perdonado que el tesoro de los méritos de los santos, administrado por el papa, era una quimera y que la Santa Escritura era la única regla de la fe. Pero oigámosle a él mismo sobre algunos de estos puntos.

Empieza por establecer la naturaleza de la verdadera penitencia y opone este acto de Dios, que renueva al hombre, a las monerías de la iglesia romana. La palabra griega fie Tavo&Tte, dice, significa revestíos de un nuevo espíritu, de un nuevo sentimiento, tened una nueva naturaleza, de suerte que, dejando de ser terrestres, lleguéis a ser hombres del cielo. Cristo es un doctor del espíritu y no de la letra y sus palabras son espíritu y vida. El enseña, pues, un arrepentimiento según el espíritu y la verdad, y no esas penitencias exteriores, que pueden cumplir sin humillarse, los pecadores más orgullosos. El quiere un arrepentimiento que pueda cumplirse en

todas las situaciones de la vida, bajo la purpura de los reyes, lo mismo que bajo la sotana de los sacerdotes en medio de las pompas de Babilonia en donde se halló Daniel, igualmente que bajo los andrajos de los mendigos. 1

Más adelante se encuentran estas atrevidas palabras,

Me cuido muy poco de lo que puede agradar o desagradar al papa, es hombre como los demás y ha habido muchos papas, que han amado no solo los vicios y los errores, sino también cosas más extraordinarias escucho al papa como papa, es decir cuando habla en los cánones, según los cánones, o cuando establece algún artículo en unión con un concilio pero no, cuando habla según su sentir.

¿Si yo obrase de otro modo?, ¿no debería decir, como los que no conocen a Jesucristo que los horribles asesinatos de cristianos, con los que se manchó Julio II, han sido beneficios de un piadoso pastor para las ovejas del Señor?

Extraño mucho, continua, la simplicidad de los que dicen, que las dos espadas del Evangelio representaban el poder espiritual y el poder material. Sí, el papa tiene una espada de acero y se presenta con ella a la cristiandad, no como un tierno padre, sino como un tirano temible. ¡Ah, Dios!, en su enojo, nos ha dado la espada que hemos querido y nos ha quitado la que hemos desdeñado. En ninguna parte del mundo hay guerras más terribles que entre los cristianos. ¿Por qué el espíritu hábil, que ha discurrido este bello comentario, no ha interpretado de un modo tan sutil la historia de las dos llaves entregadas a San Pedro y establecido como dogma de la Iglesia, que una de ellas sirve para abrir los tesoros del cielo y la otra los del mundo?

Es imposible, dice también, que un hombre sea cristiano, sin poseer a Cristo y si lo posee tiene al mismo tiempo, todo lo que está en Cristo. Lo que da la paz a nuestras conciencias, es que por la fe nuestros pecados no son ya nuestros, sino de Cristo, sobre quien los ha echado Dios y que, por otra parte, toda la justicia de Cristo esta en nosotros, a quienes nos la ha dado Dios. Cristo pone su mano en nosotros y somos sanos hecha sobre nosotros su manto y estamos cubiertos porque él es el Salvador de gloria, bendito eternamente.'

Con tal perspectiva de la riqueza de la salud eterna de Jesucristo, ya no había necesidad de indulgencias. Lutero, al mismo tiempo que atacaba el papado, hablaba ventajosamente de León X.

Los tiempos en que vivimos son tan malos, dice, que aun los mayores personajes no pueden socorrer a la Iglesia. Tenemos en el día un excelente papa en León X, su sinceridad y su ciencia no tiene regocijados, ¿Pero, qué puede hacer solo este hombre, tan amable y agradable?, era digno por cierto de ser papa en tiempos mejores en nuestros días no merecemos más que Julios II, y Alejandro VI. Contrayéndose luego al asunto, dice, voy a decirlo todo en dos palabras y animosamente. La Iglesia tiene

necesidad de una Reformación. Acaso no es esta obra de un solo hombre, como el papa, ni de muchos hombres, como los cardenales y los padres de los concilios sino que debe ser la del mundo entero o más bien es una obra que pertenece a Dios solo. En cuanto al tiempo en que debe empezar una tal reformación, solo lo sabe el que ha creado los tiempos. El dique está roto y no está ya en nuestro poder el contener las olas que se precipitan con ímpetu.

Tales son algunas de las declaraciones e ideas, que dirigía Lutero a los hombres instruidos de su patria. La fiesta de Pentecostés se acercaba y en aquella época, en que los apóstoles dieron el primer testimonio de su fe en Jesucristo, fue cuando el nuevo apóstol Lutero publicó aquel libro, lleno de vida, en el que imploraba de todo corazón una resurrección de la Iglesia. El sábado 22 de Mayo, 1518, víspera de Pentecostés, envió su obra al obispo de Brandeburgo, su ordinario, escribiéndole:

Dignísimo Padre en Dios, hace tiempo que una nueva e inaudita doctrina, tocante a las indulgencias apostólicas, empezó a resonar en estos países y los sabios y los ignorantes se alteraron en tales circunstancias muchas personas, de las que algunas me eran conocidas y otras enteramente desconocidas, me solicitaron para que publicase, de viva voz o por escrito, mi opinión sobre dicha novedad, por no decir sobre la impudencia de aquella doctrina no quise romper el silencio y me mantuve retirado pero las cosas llegaron a tal punto, que la santidad del papa se halló comprometida.

¿Qué debía yo hacer?, pensé que no debía aprobar ni reprobar aquellas doctrinas, sino entablar una controversia sobre aquel punto importante, hasta que se hubiese pronunciado la santa Iglesia.

No habiéndose presentado nadie al combate, al que convoqué a todos y, habiendo sido consideradas mis tesis, no como materia de discusión, sino como proposiciones resueltas, 1 me veo obligado a publicar una explicación de ellas. Dignaos pues recibir estas inepcias 2 que os presento, cruentísimo obispo y, para que todo el mundo pueda ver que no obro con audacia, suplico a Vuestra Reverencia, que se digne tomar la pluma, y borrar o quemar todo lo que pueda desagradar. Sé que Jesucristo no tiene necesidad de mi trabajo y de mis servicios, y que sabrá bien, sin mí, anunciar buenas nuevas a su Iglesia. No es decir que las bulas y las amenazas de mis enemigos me espanten; muy al contrario si ellos no fueran tan impudentes y desvergonzados, nadie oiría hablar de mí; me encerraría en un rincón y estudiaría para mí solo. Si este asunto no es el de Dios, tampoco será el mío, ni el de ningún hombre, sino cosa de nada. Que se den gloria y honor a Aquel a quien pertenecen únicamente.

Lutero estaba lleno de respeto por el jefe de la Iglesia, suponía en León la justicia, y el amor sincero de la verdad, quiso pues dirigirse también a él ocho días después, el domingo de la Trinidad, 30 de Mayo 1518, le escribió una carta, de la que copiamos algunos pasajes.

Al muy bienaventurado Padre León X, soberano obispo, el hermano Martín Lutero, agustino, desea la salud eterna.

He sabido, santísimo Padre, que corren malos rumores tocantes a mí y que ponen mi nombre en mal olor ante vuestra santidad. Llámenme hereje, apostata, pérfido, y con otros mil nombres injuriosos. Lo que veo me asombra y lo que oigo me espanta pero el único fundamento de mi tranquilidad permanece inalterable es la conciencia pura y sosegada. Dignaos oírme, Santísimo Padre, a mí que no soy más que un niño y un ignorante.

Lutero refiere el origen de todo el asunto y luego continua así.

No se oían en todas las tabernas más que quejas sobre la avaricia de los sacerdotes, más que ataques contra el poder de las llaves y del soberano obispo toda la Alemania es testigo de ello y al oír tales cosas, mi celo por la gloria de Cristo me parece que se ha inflamado o si se quiere explicar de otro modo, mi joven y ardiente sangre se ha alborotado.

Advertí algunos príncipes de la Iglesia pero unos se burlaron de mí y otros se hicieron sordos el temor de vuestro nombre parecía retener a todos y entonces publiqué esta controversia. Y ved aquí, oh Santísimo Padre, el incendio que dicen haber convertido en llamas al mundo entero.

En tal estado, ¿qué debo hacer?, no puedo retractarme y veo que aquella publicación me atrae de todas partes un inconcebible odio. No me gusta parecer a la luz del mundo, porque carezco de ciencia y de espíritu y soy demasiado pequeño para cosas tan grandes, principalmente en este ilustre siglo en que el mismo Cicerón, si viviese, tendría que ocultarse en un rincón obscuro. 1

Pero, a fin de aplacar a mis adversarios y de responder las solicitaciones de muchas personas, publico mis pensamientos y los publico, Santo Padre, por estar más seguro al abrigo de vuestras alas. Así pues todos los que quieran, podrán comprender con que sencillez de corazón he pedido a la autoridad eclesiástica que me instruya y que respeto he manifestado al poder de las llaves. 5

Si yo no me hubiera conducido como se debe en el asunto, fuera imposible que el serenísimo señor Federico, duque y elector de Sajonia, que brilla entre los amigos de la verdad apostólica y cristiana, hubiese sufrido jamás, en su universidad de Wittemberg, a un hombre tan peligroso como pretenden que lo soy. Por tanto, Santísimo Padre, me pongo a los pies de vuestra santidad y me someto a ella, con todo lo que tengo y soy. Arruinad mi causa, o abrazadla, concededme la razón o negádmela dadme la vida o quitádmela, según os plazca reconoceré vuestra voz por la de Jesucristo, que preside y habla por vuestra boca si he merecido la muerte, no esquivo

el morir la tierra pertenece al Señor, con todo lo que contiene que él sea loado por toda la eternidad Amén ¡qué os mantenga eternamente! Amén.

Dado el día de la Santa Trinidad, año de 1518. Fray Martín Lutero, Agustino.

Cuanta humildad y verdad en aquel temor de Lutero, 6 más bien en la confesión que hace, de que su joven y ardiente sangre se ha inflamado quizás demasiado pronto. En esto se ve el hombre sincero, que, no confiando en sí mismo, teme el influjo de las pasiones en sus acciones, aun las más conformes a la Palabra de Dios. Este lenguaje dista mucho del de un fanático orgulloso. Se ve en Lutero el deseo que tenía de atraer a León a la causa de la verdad de precaver todo rompimiento y de hacer dimanar de la cumbre de la Iglesia, aquella reformación cuya necesidad proclama. Ciertamente, no es a Lutero a quien se puede acusar de haber roto en Occidente aquella unidad, que tantos hombres de todos los partidos han echado de menos después por mantenerla, todo lo sacrificó Lutero todo, menos la verdad. Fueron sus adversarios y no él, quienes, negándose a reconocer la plenitud y suficiencia de la salvación obrada por Jesucristo, desgarraron, al pie de la cruz, la túnica del Señor.

En el mismo día que escribió la citada carta, Lutero se dirigió también a su amigo Staupitz, vicario general de su orden; pues quería hacer llegar a León sus Resoluciones, por conducto de dicho amigo.

Suplicaos, le dice, que aceptéis con benignidad las miserias 1 que os enviéis y que hagáis lleguen al excelente papa León X, no es mi ánimo comprometeros con esto en el peligro en el que me hallo, pues quiero sufrir solo las con secuencias. Jesucristo, sin cuya voluntad no puede moverse la lengua del papa, ni el corazón de los reyes resolver nada, Jesucristo verá si lo que digo viene de El o de mí.

En cuanto a los que me amenazan, solo tengo que responderles las palabras de Reuchlin. El pobre nada tiene que temer, porque nada tiene que perder. 2 Yo no tengo bienes ni dinero y tampoco pido nada de esto. Si tuve en otro tiempo alguna honra y buena fama, el que ha empezado a quitármelas acabe su obra. Todo lo que queda más que este miserable cuerpo, debilitado con tantas pruebas ¡qué lo maten por fuerza o con astucia, a la mayor gloria de Dios!, así abreviaran tal vez, de una o dos horas, el tiempo de mi vida me basta tener un precioso Redentor, un poderoso Sacrificador, Jesucristo mi Señor, a quien alabaré mientras tenga un soplo de vida si hay alguno que no quiera alabarlo conmigo, ¡qué me importa!, Estas palabras nos hacen leer perfectamente en el corazón de Lutero.

En tanto que él dirigía así, con confianza, sus miradas hacia Roma, Roma pensaba ya en venganzas contra él. El 3 de abril escribió el cardenal Rafael de Rovere al elector Federico, en nombre del papa, que se tenían algunas sospechas tocante a su fe, y que debía guardarse de proteger a Lutero. El cardenal Rafael, dice este, hubiera tenido

gran placer en verme quemado por el duque Federico. 1 De este modo empezaba Roma a afilar sus armas contra Lutero y quiso descargar el primer golpe, en el espíritu de su protector si Roma hubiese conseguido privar a Lutero del abrigo bajo el cual descansaba, fácilmente hubiera llegado a hacer su presa.

Los príncipes alemanes eran muy celosos de su reputación de príncipes cristianos la más leve sospecha de herejía, les atemorizaba y la corte de Roma supo aprovechar hábilmente de aquella disposición. Por otra parte Federico había sido siempre muy adicto a la religión de sus padres. La carta de Rafael hizo una viva impresión en su ánimo pero tenía por principio no precipitar las cosas, sabiendo que la verdad no está siempre de parte del más fuerte. Los asuntos del imperio con Roma, le habían enseñado a desconfiar de las miras interesadas de esta corte había llegado conocer que para ser príncipe cristiano, no era necesario ser esclavo del papa. No era el elector uno de aquellos espíritus profanos, dice Melanchton, que pretenden sofocar todas las innovaciones, luego que se ve el principio de ellas. 3 Federico se sometió a Dios, leyó con atención los escritos que se publicaban, y no permitió destruir lo que juzgaba verdadero.

Tenía poder para ello; soberano en sus estados, gozaba en el imperio de una consideración, por lo menos tan grande como la que tributaban al mismo emperador.

Es probable que Lutero hubiese sabido algo de la citada carta del cardenal Rafael, entregada al elector el 7 de Julio y la perspectiva de la excomunión que parecía presagiar esta misiva romana, fue acaso la que le hizo subir al púlpito en Wittemberg, el 15 del mismo mes y a pronunciar sobre aquel asunto un discurso que hizo una profunda impresión. Distinguió en él la excomunión interior de la exterior, la primera, que excluye de la comunión de Dios, de la segunda que solo excluye de las ceremonias de la Iglesia. Nadie puede, dice, reconciliar con Dios al alma decaída, si no es el Eterno. Nadie puede separar a un hombre de la comunión con Dios, si no es el mismo hombre, por sus propios pecados. ¡Bienaventurado el que muere excomulgado injustamente! porque al mismo tiempo que sufre un gran castigo de parte de los hombres, por amor de la justicia, recibe de la mano de Dios la corona de la felicidad eterna.

Algunos aprobaron mucho aquel lenguaje atrevido, pero otros lo desaprobaron más.

Empero ya no se hallaba Lutero solo, pues aunque su fe no tuviese necesidad de otro apoyo que del de Dios, se formó En torno de él una falange que le defendía contra sus enemigos. El pueblo alemán había oído la voz del reformador de sus discursos, y de sus escritos, salían centellas, que despertaban y iluminaban a sus contemporáneos la energía de su fe se precipitaba en torrentes de fuego sobre los corazones adormecidos la vida que Dios puso en aquella alma extraordinaria, se comunicaba al

cuerpo muerto de la Iglesia. La cristiandad, inmóvil hacia tantos siglos, se animaba de un religioso entusiasmo la devoción del pueblo a las supersticiones de Roma, disminuía de día en día cada vez había menos manos que ofreciesen dinero para comprar el perdón, 1 y al mismo tiempo, la fama de Lutero no cesaba de aumentar, se volvían hacia él y lo saludaban con amor y respeto, como al intrépido defensor de la verdad y de la libertad sin duda no todos descubrían la profundidad de las doctrinas que anunciaba, bastaba al mayor numero el saber, que el nuevo doctor predicaba contra el papa, y que su poderosa palabra conmovía el imperio de los sacerdotes y Lutero de los frailes.

El ataque de Lutero era para ellos como uno de aquellos fuegos que se encienden en los montes, para anunciar a toda una nación el momento de romper sus cadenas. El reformador poco consideraba aun todo lo que había hecho, cuando todo lo que había de generoso entre los suyos lo había ya reconocido con aplauso por su jefe pero, para muchos, la aparición de Lutero fue todavía más. La Palabra de Dios, que manejaba con tanto poder, penetró en los espíritus como una espada de dos filos. Se vio encender en muchos corazones un ardiente deseo de obtener la seguridad del perdón y la vida eterna. Desde los primeros siglos, no tuvo la Iglesia tanta hambre y sed de la justicia. Si la palabra de Pedro el ermitaño y de Bernardo había influido en los pueblos de la edad media para hacerles tomar una cruz perecedera la palabra de Lutero contribuyó, en los de su tiempo, a que abrazaran la verdadera cruz, la verdad que salva. Las formas de la Iglesia habían destruido la vida, y la palabra poderosa, concedida a Lutero, esparció un soplo vivificante sobre el suelo de la cristiandad.

Al principio, los escritos de Lutero sedujeron tanto a los creyentes como a los incrédulos a estos, porque las doctrinas positivas, que debían establecerse más tarde, no estaban todavía plenamente desenvueltas en dichos escritos y a aquellos, porque las tales doctrinas se hallaban en germen en la fe viva, que se exponía en ellos con tanta fuerza así es que la influencia de dichos escritos fue inmensa, y ellos inundaron prontamente la Alemania y el mundo. En todas partes reinaba el íntimo sentimiento de que se presenciaba, no el establecimiento de una secta, sino un renacimiento de la Iglesia y de la sociedad. Los que nacieron entonces del soplo del Espíritu de Dios, se colocaron al rededor del que era su órgano. Lo cristiandad fue dividida en dos campos, unos combatieron con el Espíritu contra la forma, y otros con la forma contra el Espíritu. Al lado de la forma estaban, es verdad, todas las apariencias de la fuerza y de la grandeza y al lado del Espíritu la insuficiencia y la pequeñez pero la forma, destituida del espíritu, no es más que un cuerpo vacio, que puede ser abatido por el primer soplo la apariencia de su poder no sirve más que para causar la irritación contra ella y precipitar su fin. Se ve pues que la simple palabra de la verdad creó un poderoso ejército para Lutero.

FOOTNOTES

(1) L. Opp. Leipz. XVII., p. de 29 a 113.

(2) Sobre la primera tesis

(3) Tesis 26. « Tesis 80. • Tesis 37

(4) Non ut disputabilia sed aaserta acciperentur. (L. Epp. I., p. 114.) * Ineptias.

(5) Sed cogit necesitas, me anserem strepere inier olores, añade (L. Epp. I., p. 21.)

(6) Duam puré simpliciterque ecclesiastieam potestatem et reveren-tiam clavium quse sierim el coluerim. (Ibid.)

(7) Quaré, beatissime Pater, prostratum me pedibus tuse Beatitudinig offero, cum omnibus quse sum et habeo: vivifica, occide; voca, revoca; approba, reproba, ut placuerit. Vocem tnam, vocem Christi inte prasidentis et loquentis agnoscam. Si mortem merui, mori non recusabo. (L. Epp., I., p. 121.)

(8) Rcformation Bp. Q

(9) Sus Resoluciones.

(10) Aui pauperest nihil timet, nihil potest perdere. (L. Epp., 1., p. 118.)

(11) L. Opp. (W.) XV., p. 339.

(12) Nec piofana judicia sequens quae tenera initia omnium mutatio-mim celerrimé opprimi jubent. (Melancht., Vita Luth.)

(13) Deo cessit, eteaquse vera esse judicavit, deleri non voluit. (Ibid.)

(14) autem contra augebatur auctoritas, favor, fides, existima-tio, fama: qnod tam liber acerque videretur veritatis assertor. (Ibid.)

(15) Rarescebant manus largentittm. (Cochlaeus, 7.)

CAPÍTULO II

Dieta en Augsbourg — El emperador al papa — El elector a Rovere — Lutero emplazado para Roma — Paz de Lutero — Intercesión de la universidad — Breve del papa — Indignación de Lutero.

Bien se necesitaba tal ejército, porque los grandes empezaban a inquietarse, y el imperio y la Iglesia unían ya sus esfuerzos, para desembarazarse de aquel importuno fraile. Si hubiera ocupado entonces el trono imperial un príncipe fuerte y animoso, hubiera podido aprovecharse de aquellas agitaciones religiosas, y, apoyado en la Palabra de Dios y en la nación, para dar un nuevo aliento a la antigua oposición contra el papa pero Maximiliano tenía demasiada edad y además estaba dispuesto a hacer todo sacrificio para conseguir lo que miraba como el objeto de su vida, que era la grandeza de su casa, y por consiguiente la elevación de su nieto.

El emperador Maximiliano celebraba entonces una dieta imperial en Augsbourg, a la que habían acudido seis electores en persona todos los estados germánicos se hallaban representados en ella, igualmente que los reyes de Francia, de Hungría, y de Polonia. Todos aquellos príncipes y embajadores, desplegaban una gran magnificencia. La guerra contra los turcos era uno de los motivos por los que se había reunido la dieta, a la cual exhortó vivamente el legado de León X. Los Estados, enterados del mal uso que habían hecho antes de sus contribuciones, y prudentemente aconsejados por el elector Federico, se contentaron con declarar que pensarían sobre el asunto, y expusieron al mismo tiempo nuevos agravios contra Roma. Un discurso Latino, publicado durante la dieta, indicaba valerosamente a los príncipes alemanes el verdadero peligro. Pretendéis, decía el autor, poner en fuga al Turco, está muy bien pero temo mucho que os equivoquéis acerca de su persona es en Italia y no en Asia, donde debéis buscarla. 1

Otro asunto no menos importante debía ocupar a la dieta. Maximiliano deseaba hacer proclamar rey de los Romanos y sucesor suyo en la dignidad imperial, a su nieto Carlos, que también era rey de España y de Nápoles. El papa conocía demasiado bien sus intereses, para desear ver el trono imperial ocupado por un príncipe cuyo poder en Italia, hubiese podido ser temible para él. El emperador creía haber atraído su favor la mayor parte de los electores y Estados pero encontró una enérgica oposición en Federico en vano le solicitó en vano los ministros y los mejores amigos del elector unieron sus ruegos a los del emperador se mantuvo firme y mostró en aquella ocasión, como se ha dicho, que estaba dotado de una alma fuerte y no desistía jamás de una resolución tomada, una vez reconocida su justicia. El plan del emperador se frustró y desde entonces procuró captivarse la benevolencia del papa, a fin de que favoreciese sus planes y, para darle una prueba particular de su adhesión, le inscribió, el 5 de Agosto, la siguiente carta:

Santísimo Padre, hemos sabido, hace algunos días, que un hermano de la orden de los agustinos, llamado Martín Lutero, se ha puesto a sostener varias proposiciones sobre el comercio de las indulgencias lo que nos desagrada tanto más, cuanto que dicho hermano halla muchos protectores, entre los cuales hay personajes poderosos. 2 Si vuestra Santidad y los dignísimos Padres de la Iglesia (los cardenales), no emplean pronto su autoridad en poner fin a tales escándalos, dichos perniciosos doctores no solo seducirán a las gentes sencillas, sino que arrastraran a grandes príncipes en su ruina. Nosotros cuidaremos de que todo lo que vuestra Santidad ordene tocante a esto, para la gloria de Dios omnipotente, sea observado por todos en nuestro imperio.

Esta carta debió ser escrita a consecuencia de alguna discusión un poco viva entre Maximiliano y Federico. El mismo día escribió el elector a Rafael de Rovere había sabido sin duda que el emperador se dirigía al pontífice Romano, y, para parar el golpe, se ponía también en comunicación con Roma.

Nunca tendré otra voluntad, que la de mostrarme su miso a la Iglesia universal por lo que no he defendido jamás los escritos y sermones del doctor Martín Lutero, aunque he sabido que él se ha siempre ofrecido a comparecer, con un salvo conducto, ante los jueces imparciales, sabios y cristianos, para defender su doctrina, y someterse, en el caso en que se le convenciese por la misma Escritura.

León X, que hasta entonces había dejado correr el asunto, movido por los gritos de los teólogos y de los frailes, instituyó en Roma una corte eclesiástica encargada de juzgar a Lutero, y en la que era a la vez juez y acusador Silvestre Prierio, el grande enemigo del Reformador. Se instruyó pronto la causa y la corte intimó a Lutero a comparecer en persona ante ella, en el término de sesenta días.

Lutero esperaba tranquilamente, en Wittemberg, el buen efecto que pensaba debía producir la carta sumisa que dirigió al papa, cuando, el 7 de Agosto, solo dos días después del envío de las cartas de Maximiliano y de Federico, le entregaron el emplazamiento del tribunal romano. Cuando yo esperaba la bendición, dice, vi caer el rayo sobre mí. Yo era la oveja que enturbiaba el agua al lobo. Tezel escapó, y yo debía dejarme comer.

Aquel emplazamiento esparció la consternación en Wittemberg porque, cualquiera que fuese el partido que tomase Lutero, no podía evitar el peligro si se trasladaba a Roma, debía ser víctima de sus enemigos si rehusaba el ir allá, sería, según costumbre, condenado por contumaz sin poder escapar porque se sabía que el legado había recibido del papa la orden de hacer todo lo posible, a fin de irritar al emperador y a los príncipes alemanes contra el mismo Lutero. Sus amigos estaban consternados.

¿Irá el doctor de la verdad a entregar su vida en aquella gran ciudad, embriagada con la sangre de los santos, y con la de los mártires de Jesús?, ¿bastara que se levante una cabeza en medio de la cristiandad subyugada, para que caiga?, ¿Lutero, a quien Dios parece haber formado para resistir a un poder al que hasta entonces nadie pudo resistir, será también inmolado? El mismo Lutero no veía más que el elector que pudiese salvarle pero prefería morir antes que comprometer a su príncipe, sus amigos imaginaron, por fin, para no exponer a Federico que niegue a Lutero un salvo conducto y éste tendrá un motivo legítimo para no comparecer en Roma.

El 8 de Agosto escribió Lutero a Spalatin, suplicándole que interpusiese el elector su influjo, para hacerle emplazar en algún punto de Alemania más bien que en Roma. Ved, escribió también a Staupitz, de que ardides se valen para acercarse a mí, y como estoy rodeado de espinas. Pero Cristo vive y reina, ayer, hoy, y eternamente. Mi conciencia me asegura que es la verdad que he enseñado, aunque ella sea más odiosa todavía, por ser yo quien la enseño. La Iglesia es el vientre de Rebeca es menester que las criaturas se empujen hasta poner la madre en peligro. 1 Por lo demás pedid al Señor, que yo no me gloríe demasiado en esta prueba. ¡Qué Dios no les impute este mal!

Los amigos de Lutero no se contentaron con solo consultas y quejas. Spalatin escribió, de parte del elector a Renner, secretario del emperador, el doctor Martín consiente gustoso en tener por jueces a todas las universidades de Alemania, exceptuando las de Erfurt, de Leipzig y de Fráncfort sur l'Oder, que se han hecho sospechosas: le es imposible comparecer en Roma personalmente.

La Universidad de Wittemberg escribió al mismo papa una carta de intercesión, la debilidad del cuerpo de Lutero, decía ella hablando del mismo y los peligros del viaje le dificultan y aun imposibilitan para obedecer la orden de vuestra Santidad. Su pena y sus ruegos nos mueven a tener compasión de él. Os suplicamos pues, Santísimo Padre, como hijos obedientes, que os dignéis tener a Lutero por un hombre que no ha sido jamás manchado con doctrinas opuestas a la opinión de la iglesia universal.

La universidad, en su solicitud, se dirigió el mismo día a Carlos de Miltitz, gentil hombre sajón y camarero del papa, muy amado de León X. Ella rendía a Lutero, en dicha carta, un testimonio más fuerte todavía que el que había osado tributarle en la primera. El digno Padre Martín Lutero, agustino, decía ella, es el más noble y más honrado miembro de nuestra universidad. Hace muchos años que vemos y conocemos su habilidad, su saber, su alta inteligencia en las artes y en las letras, sus costumbres irreprehensibles y su conducta enteramente cristiana. 1

Esta activa caridad de todos los que rodeaban a Lutero, es su más bello elogio. Mientras que esperaban con ansia el éxito de aquel asunto, su terminación se verificó más fácilmente de lo que se hubiera podido esperar el legado de Vio, humillado de no

haber logrado su fin en la comisión que había recibido de preparar una guerra general contra los turcos, deseaba real zar o ilustrar su embajada en Alemania con algún otro acto ruidoso creía que si sofocaba la herejía, podría reaparecer en Roma con gloria, pidió pues al papa que le confiase el asunto de Lutero. León por su parte agradecía a Federico, el haberse opuesto tan fuertemente a la elección del joven Carlos conocía que aun podría tener necesidad de su auxilio. Sin hablar más del emplazamiento, encargó a su legado, por un breve datado el 23 de Agosto, que examinara el asunto en Alemania. El papa no perdía nada en obrar de aquel modo y aun en caso de obligar a Lutero a una retractación, se evitaba el ruido y el escándalo que hubiera ocasionado su comparecencia en Roma.

Os encargamos, decía, que hagáis comparecer personalmente a vuestra presencia a Lutero, que le persigáis y constriñáis sin demora, y tan pronto como hayáis recibido este nuestro escrito, por cuanto dicho Lutero ha sido declarado hereje por nuestro caro hermano Gerónimo, obispo de Asculan.

Enseguida el papa prescribía contra Lutero las medidas más severas, Invocad al efecto el brazo y el auxilio de nuestro carísimo hijo en Cristo, Maximiliano y de los demás príncipes de la Alemania, de todas las comunidades, universidades, y potentados, eclesiásticos o seculares. Y si os apoderáis del dicho Lutero, hacedle guardar con seguridad, a fin de que sea conducido a nuestra presencia.

Se ve que aquella indulgente concesión del papa era una vía más segura para llevar a Lutero a Roma, luego siguen las medidas suaves, si vuelve a entrar en sí mismo y pide perdón por un tal crimen, espontáneamente y sin ser invitado a ello, os damos el poder de recibirle en la unidad de la santa madre Iglesia.

El papa vuelve luego a sus maldiciones, si persiste en su obstinación y que no podáis apoderaros de él, os damos el poder de proscribirle de todos los puntos de Alemania, de desterrar, maldecir, y de excomulgar a todos sus adherentes, y de mandar a todos los cristianos que eviten su presencia.

Sin embargo no es bastante todavía.

Y a fin, continúa el papa, de que el contagio se expire más fácilmente, excomulgareis a todos los prelados, órdenes religiosas, universidades, ayuntamientos, condes, duques y potentados, excepto al emperador Maximiliano, que no capturaren a dicho Martín Lutero y a sus adherentes y no os los enviasen bajo buena y fiel custodia.

Y si, lo que Dios no plegue, los dichos príncipes, ayuntamientos, universidades y potentados, o cualquiera que de ellos dependiese, ofreciesen de alguna manera asilo

al dicho Martín y a sus adherentes, le diese públicamente o en secreto, por si o por otros, auxilios y consejos, ponemos en entredicho a tales príncipes, ayuntamientos, universidades y potentados, con sus ciudades, villas, pueblos y aldeas, igualmente que a las mismas ciudades, villas, pueblos y aldeas en las que pudiera refugiarse el dicho Martín, y por todo el tiempo que permaneciere en ellos y tres días más después que se haya ausentado.

Este trono audaz, que pretende representar en la tierra al que ha dicho, Dios ha enviado su Hijo al mundo no para condenar el mundo, sino para que el mundo sea salvado por él, continúa sus anatemas y después de haber dictado las penas contra los eclesiásticos, dice:

Por lo que toca a los laicos, si no obedecen al punto, sin demora ni oposición, a vuestras órdenes, los declaramos infames, a excepción del dignísimo emperador, inhábiles para cumplir todo acto legitimo, privados de la sepultura eclesiástica y despojada de todos los feudos que tengan, sea de la silla apostólica, o de cualquier Señor que puede ser. 1

Tal era la suerte reservada a Lutero. El monarca de Roma todo lo conjuró para su pérdida; todo lo removió, hasta la paz de los sepulcros; su ruina parecía inevitable; ¿Cómo se sustraerá a aquella inmensa conjuración? Pero Roma se engañó; el movimiento producido por el espíritu de Dios, no podía ser paralizado por los decretos de la cancillería.

No observaron ni aun las apariencias de una justa 6 imparcial sumaria. Lutero fue declarado hereje, no solo antes de ser oído, sino también antes de la expiración del plazo que se le dio para comparecer. Las pasiones, y en ningún caso se muestran tan fuertes como en las discusiones religiosas, se desentienden de todas las formas de la justicia. No solo en la Iglesia romana, si que también en las iglesias protestantes, se han desviado del Evangelio y en todas partes donde no se halla la verdad, se ven tan injustos procedimientos. Todo es bueno contra el Evangelio, frecuentemente se ven hombres que tienen escrúpulo de cometer la menor injusticia, pero que tratándose del cristianismo y del testimonio que se le rinde, no temen hollar bajo sus pies todas las reglas y todos los derechos.

Algún tiempo después, cuando tuvo Lutero conocimiento del citado breve, manifestó su indignación, he aquí, dice, lo más particular del asunto, el breve fue dado el 23 de Agosto y yo fui emplazado el 7 del mismo, de suerte que entre el emplazamiento y el breve han trascurrido diez y seis días, ahora bien, hágase la cuenta y se verá que el ilustrísimo Gerónimo, obispo de Asculan, ha procedido contra mí, sentenciándome, condenándome y declarándome hereje, antes que yo recibiese el emplazamiento o a lo más diez y seis días después que me fue comunicado; luego, pregunto, ¿dónde están los sesenta días que se me concedieron en el emplazamiento?

Ellos empezaron el 7 de Agosto y debían concluir el 7 de Octubre emplazar, exhortar, acusar, juzgar, condenar y declarar condenado, en un mismo día, a un hombre que vive tan distante de Roma y que ignora todas estas cosas, ¿es acaso el estilo y la moda de la corte de Roma? Que responden a todo esto sin duda que ha olvidado el purgarse la cabeza con el dedo, antes de poner en ejecución tales mentiras. 1

Pero al mismo tiempo que Roma confiaba clandestinamente sus rayos a su legado, ella procuraba, con suaves y lisonjeras palabras, separar de la causa de Lutero, al príncipe cuyo poder tenía.

El mismo día, 23 de Agosto 1535, escribió el papa al elector de Sajonia, valiéndose de los ardides de la vieja política que hemos indicado ya y esmerándose en lisonjear el amor propio del príncipe, caro hijo, decía el pontífice de Roma, cuando pensamos en vuestra noble y loable prosapia, de la que sois el jefe y ornamento cuando recordamos como habéis deseado siempre, vos y vuestros antepasados, mantener la fe cristiana y el honor y la dignidad de la santa Sede, no podemos creer que un hombre que abandona la fe, pueda apoyarse en el favor de vuestra Alteza, y soltar audazmente la rienda a su malignidad. Sin embargo, nos avisan de todas partes, que un cierto hermano Martín Lutero, ermitaño de la orden de San Agustín, ha olvidado, como hijo de malicia y menospreciador de Adiós, de su hábito y de su orden, que consiste en la humildad y en la obediencia, y que se jacta de no temer ni a la autoridad ni al castigo de ningún hombre, seguro como está de vuestro favor y protección.

Pero como sabemos que él se engaña, tenemos a bien escribir a vuestra Alteza, y exhortaros, según el Señor, a velar por el honor del nombre de un príncipe tan cristiano como vos, a defenderos de las calumnias de dicho hermano Lutero, Vos, el ornamento, la gloria, y el buen olor de vuestra noble prosapia, y a guardaros no solo de una falta tan grave como la que se os imputa, sino aun de la sospecha misma que la insensata osadía de dicho hermano, hace caer sobre vos.

León X anunciaba, al mismo tiempo a Federico, que había encargado al cardenal de San Sixto que examinara el asunto y le ordenaba que entregase a Lutero en manos del legado, por temor, añadía, volviendo aun a su argumento favorito, de que las gentes piadosas, de nuestro tiempo o del venidero, no puedan lamentarse un día y decir, la herejía más perniciosa de que haya sido afligida la Iglesia de Dios, se ha levantado con el auxilio y favor de esta alta y loable casa. 1

De este modo tomó Roma todas sus medidas con una mano hacia respirar el aroma siempre agradable de la alabanza y con la otra ocultaba sus venganzas y sus terrores. Todos los poderes de la tierra, emperador, papa, príncipes y legados, empezaban a moverse contra el humilde hermano de Erfurt, cuyos combates interiores hemos presenciado. Los reyes de la tierra se reunieron, y trataron juntos contra el Señor y contra su ungido. (P. II., ver. 2.)

FOOTNOTES

(1) Schróck, K. Gesch. n. d. R. I., p. 156.

(2) Defensores et patronos etiam potente quos dictus frater consecutus est. (Raynald., ad. ann. 1518.)

(3) L. Opp. (L.), XVTI. p, 169.

(4) Reformatioa 9p. 16*

(5) Uterus RebeccEB est: parvulos ineo collidi necesse est, etiam cisque ad periculum malris. (L. Epp., I., p. 138.)

(6) L Opp. (L.), XVII., p. 173.

(7) L. Opp. fLat.), I., 183 y 184. L. Opp. (L), XVII., 171 y 172.

(8) Dictum Lutherum haereticum perpraedictum auditorem jam declaratum. (Breve Leonis X. ad Thomam.)

(9) Brachio cogas atque compellas, eteo inpotestale tua redacto eum subfideli custodia retineas, ut coram nobis sistatur. (Ibid.)

(10) Infamiae et inhabilitatis ad omnes actus legítimos, eclesiásticae sepulturae, privationis quoque feudorum, (Breve Leonis X. ad Thomam)

(11) L. Opp. (L.), XVII., p. 176.

(12) L. Opp. (L), p. 173.

CAPÍTULO III

El armero Schwarzerd — Su mujer — Felipe — Su talento — Sus estudios — La Biblia — Llamada a Wittemberg — Partida y viaje de Melanchton — Leipsig. —

Equivocación — Gozo de Lutero — Paralelo — Revolución en la enseñanza — Estudio del griego.

Aquella carta y aquel breve de que hemos hablado, no habían llegado aún a Alemania, cuando un feliz suceso vino a consolar el corazón de Lutero, que temía verse obligado a comparecer en Roma. Le hacía falta un amigo en quien pudiese desahogar sus penas, y cuyo fiel afecto le consolara en los momentos de abatimiento y Dios le hizo encontrar todo esto en Melanchton.

Jorge Schwarzerd, era un maestro armero hábil de Bretten, pequeña ciudad del Palatinado. El 14 de Febrero 1497 tuvo un hijo, a quien hizo poner el nombre de Felipe y se hizo ilustre después, bajo el nombre de Melanchton. Bien visto de los príncipes palatinos y de los de Baviera y de Sajonia, Jorge estaba dotado de la más perfecta rectitud. Muchas veces rehusaba el precio que le ofrecían los compradores y si sabía que eran pobres, les devolvía su dinero. Tenía costumbre de levantarse a media noche y hacer de rodillas su oración si veía por casualidad llegar la mañana sin haberla hecho, estaba desazonado todo el día. Bárbara, mujer de Schwarzerd, era hija de un magistrado honrado, llamado Juan Reuter, ella era de un tierno carácter, algo inclinada a la superstición, por lo demás muy honesta y prudente. De ella son estas antiguas rimas alemanes:

(a) Faire aumóne n'appauvrit pas. Etre au temple n'empéche pas. Graisser le char n'arréte pas, Bien mal acquis ne produit pas. Liyre de Dieu ne trompe pas.

(b) Y estas otras: Ceux qui veulent plus dépenser Que leur champ ne peut rendre, Devront finir par se ruiner, Plus d'un se fera pendre.'

El joven Felipe aun no tenía once años, cuando murió su padre: dos días antes de su muerte hizo acercar a su hijo a donde se hallaba postrado, y le exhortó a conservar siempre la presencia de Dios: Preveo, dijo el moribundo armero, que llegaran terribles tempestades a conmover el mundo: yo he visto grandes cosas, pero mayores son las que se preparan.

¡Qué Dios te conduzca y te dirija! Después que Felipe hubo recibido la bendición paterna, fue enviado a Spiro, para que no presenciara la muerte de su padre, se alejó, derramando lágrimas.

El abuelo del muchacho, el digno alcalde Reuter, que también tenía un hijo, sirvió de padre a Felipe y le recibió en su casa con su hermano Jorge. Poco tiempo después, dio por preceptor a los tres muchachos a Juan Hungarus, excelente hombre, que después y hasta la edad más avanzada, anunció el Evangelio con gran fervor. No perdonaba nada a los jóvenes, antes bien los castigaba por cada falta, pero con prudencia, así es, decía Melanchton en 1554, como ha hecho de mí un gramático me

quería como a un hijo, yo le amaba como a un padre y espero que nos volveremos a ver en la vida eterna. 2

Felipe se distinguió por la excelencia de su espíritu, por su facilidad de aprender y en recitar lo que había aprendido. No podía estar ocioso y buscaba siempre alguno con quien discutir sobre lo que había oído. Pasaban con frecuencia extranjeros instruidos por Bretten, y visitaban a Reuter y al punto el nieto del alcalde se acercaba a ellos, entablaba conversación y les apuraba de tal modo en la discusión, que quedaban admirados. Reunía el vigor del talento y la dulzura del carácter, conciliándose así el afecto de todos. Era tartamudo pero, como el ilustre orador de los griegos, se aplicó con tanto empeño a corregir aquel defecto, que al fin consiguió a extirparlo radicalmente.

Habiendo fallecido su abuelo, el joven Felipe fue enviado, con su hermano y su joven tío Juan, a la escuela de Pforzheim. Aquellos jóvenes vivían en casa de una pariente suya, hermana del famoso Reuchlin. Ansioso de instruirse, Felipe hizo, bajo la dirección de Jorge Simler, rápidos progresos en las ciencias, y principalmente en el estudio de la lengua griega, a la que tenía mucha inclinación. Reuchlin solía ir a menudo a Pforzheim y conoció, en casa de su hermana, a los jóvenes pupilos no tardó en quedar sorprendido de las respuestas de Felipe y le dio una gramática griega y una biblia, dos libros que debían hacer el estudio de su vida.

Cuando Reuchlin volvió de su segundo viaje de Italia, su joven pariente, de edad de doce años, celebró el día de su arribo, representando en su presencia, con algunos amigos, una comedia latina, compuesta por él mismo, Reuchlin, encantado del talento del joven, le abrazó tiernamente, lo llamó su amado hijo y le dio, riendo, el bonete encarnado que recibió cuando fue nombrado doctor. Entonces fue cuando Reuchlin cambió a Felipe, su apellido de Schwarzerd, en el de Melanchton. Estas dos palabras significan tierra negra en alemán, y la otra en griego. Los más de los sabios traducían entonces sus nombres en griego o en latín.

A la edad de doce años Melanchton entró en la Universidad de Heidelberg, donde empezó a apagar la sed de ciencia que le devoraba y fue recibido bachiller a la edad de catorce años. En 1512, Reuchlin le llamó a Tubingue, donde se hallaban reunidos muchos sabios distinguidos.

Melanchton asistía a un tiempo a las lecciones de los teólogos, a las de los médicos y a las de los jurisconsultos. No había conocimiento que creyese deber ignorar y no buscaba en la ciencia la vanidad, pero sí su posesión y sus frutos. La santa Escritura le ocupaba principalmente. Los que frecuentaban la iglesia de Tubingue, habían notado que tenía muchas veces entre manos un libro, en el que leía durante el servicio divino. Aquel desconocido volumen parecía mayor que los manuales de oraciones y se divulgó el rumor de que Felipe leía entonces obras profanas pero se vio que el libro

que había inspirado tal sospecha, era un ejemplar de las Santas Escrituras, impreso hacía poco tiempo en Bale, por Juan Frobenius. Continuó toda su vida aquella lectura con la más asidua aplicación siempre llevaba consigo aquel precioso volumen a todas las asambleas públicas a las que era llamado. 1 Despreciando los sistemas de los escolásticos, se atenía a la simple palabra del Evangelio.

Erasmo escribía entonces a Ecolampadio, tengo los sentimientos más distinguidos y las esperanzas más magnificas de Melanchton que Cristo haga solamente que nos sobreviva largo tiempo y eclipsara totalmente a Erasmo. 2 Sin embargo, Melanchton participaba de los errores de su siglo. Me estremezco," dice en una edad avanzada de su vida, cuando pienso en la adoración que yo daba a las estatuas, cuando pertenecía aun al papismo. 3

En 1514, de edad de 17 años, fue nombrado Doctor en Filosofía y empezó a enseñar. La gracia, el atractivo, que sabía dar a sus enseñanzas, hacía un gran contraste con el método falto de gusto que los doctores y en especial los frailes, habían seguido hasta entonces. Tomó mucha parte en el combate en el que Reuchlin se hallaba comprometido con los ignorantes de su siglo. De una conversación agradable, de modales afables y elegantes, querido de todos los que le conocían, gozó pronto entre los sabios de una grande autoridad, y de una sólida reputación.

En aquel tiempo concibió el elector Federico, la idea de llamar un sabio distinguido para profesor de lenguas antiguas, a su Universidad de Wittemberg se dirigió a Reuchlin y éste le indicó a Melancthon. Federico conoció que este joven helenista daría mucho brillo a la institución que tan cara le era. Reuchlin, gozoso de ver presentarse tan bella perspectiva para su joven amigo, le escribió estas palabras del Eterno a Abraban, sal de tu país, de tu parentela, y de la casa de tu padre y yo ensalzaré tu nombre y serás bendito. Sí, continua el anciano, espero que suceda lo mismo contigo, mi querido Felipe, mi obra y mi consuelo.1

Melanchton reconoció en aquella vocación una llamada de Dios. La universidad sintió mucho su separación aun que tenía en ella envidiosos y enemigos. Dejó su patria exclamando: Cúmplase la voluntad del Señor l Tenía entonces 21 años.

Melanchton hizo el viaje a caballo, agregándose con algunos mercaderes sajones, como se suele reunir a una caravana en el desierto porque dice Reuchlin, no conocía el país ni los caminos. 3 Presentó sus respetos al elector, que se hallaba en Augsburg. En Núremberg vio al excelente Pirckheimer, a quien conocía ya y en Leipzig hizo amistad con el docto helenista Mosellanus. La universidad dio en esta última ciudad un festín en su obsequio. Era un banquete verdaderamente académico, con abundancia de platos y cada vez que presentaban uno, se levantaba uno de los profesores y dirigía a Melanchton un discurso en latín, preparado de antemano este improvisaba al punto una respuesta al fin cansado de tanta elocuencia, ilustrísimos

señores, les dijo, permitidme que responda de una vez a todas vuestras arengas porque no estando preparado, no podría variar tanto mis respuestas como vosotros vuestras alocuciones. Desde entonces llegaron los platos, sin acompañamiento de discurso. 1

El joven pariente de Reuchlin, llegó a Wittemberg el 25 de Agosto, 1518, dos días después que León X. hubo firmado el breve dirigido a Cayetano, y la carta al elector.

Los profesores de Wittemberg no recibieron a Melanchton con tanta consideración como lo habían hecho los de Leipzig. La primera impresión que produjo en ellos, no correspondió a lo que se figuraban: vieron un joven que aparentaba ser aun más joven de lo que era, de una estatura poco aventajada, de un genio corto y tímido. ¿Es éste el ilustre doctor que los mayores hombres del día, Erasmo y Reuchlin, ensalzan tanto? Ni Lutero, con quien se relacionó desde luego, ni sus colegas, concibieron grandes esperanzas de él, viendo su juventud, su cortedad, y sus modales.

Cuatro días después de su llegada, el 22 de Agosto, pronunció un discurso de inauguración toda la universidad se hallaba reunida, el muchacho, como le llama Lutero, 2 habló con un latín tan elegante, y descubrió tanta ciencia, un entendimiento tan cultivado, y un juicio tan sano, que todos sus oyentes quedaron admirados.

Terminado el discurso, todos se apresuraron a felicitarle pero nadie se alegró tanto como Lutero, el cual comunicó a sus amigos los sentimientos que llenaban su corazón. Melanchton, escribió a Spalatin el 31 de Agosto, ha pronunciado, cuatro días después de su llegada, una tan sabía y bella arenga, que todos la han oído con aprobación y sorpresa pronto nos hemos desengañado de las ideas que habíamos formado de él por su exterior; elogiamos y admiramos sus palabras y damos gracias al príncipe y a vos, por el servicio que nos habéis hecho.

No pido otro maestro de lengua griega pero temo que su delicado cuerpo no pueda soportar nuestros alimentos, y que no le conservaremos mucho tiempo, a causa de la modicidad de su sueldo. Sé que los habitantes de Leipsig se jactan ya de atraerlo a su seno. ¡Oh, mi querido Spalatin!, guardaos de despreciar la edad y la persona de éste joven, el cual es digno de todo honor.

Melanchton se dedicó luego con mucho ardor a explicar Homero, y la epístola de San Pablo a Tito. Haré todos mis esfuerzos," escribía a Spalatin, "para merecer, en Wittemberg, la estimación de todos los que aman las letras y la virtud. Cuatro días después de la inauguración, Lutero escribía todavía a Spalatin. Os recomiendo muy particularmente al muy sabio y muy amable griego Felipe. Su auditorio es siempre numeroso todos los teólogos principalmente vienen a oírle inspira tal gusto a las lenguas griegas que todos, grandes y chicos, se dedican a aprenderla. 2

Melanchton sabía apreciar y corresponder al afecto de Lutero. Pronto descubrió en él una bondad de carácter, una fuerza de espíritu, un valor y una sabiduría que no encontró hasta entonces en ningún hombre. Le veneró y le amó. Si hay alguno," decía, "a quien yo ame de lo íntimo del corazón, es Martín Lutero.*

Así se encontraron Lutero y Melanchton, cuya amistad se conservó hasta su muerte. No se puede admirar bastante la bondad y la sabiduría de Dios, al ver que reunían dos hombres tan diferentes y sin embargo tan necesarios el uno al otro. Lo que Lutero tenía de ardiente, de vehemente y fuerte, Melanchton tenía de claro, de prudente y de afable. Lutero animaba a Melanchton, y Melanchton moderaba a Lutero:eran como las capas de materia eléctrica, que unas tienen de más y otras de menos, y todas se atemperan mutuamente.

Si Melanchton hubiese faltado a Lutero, puede ser que el rio hubiese desbordado cuando Lutero faltó a Melanchton, éste vaciló, y aun cedió, allá donde no hubiera debido ceder. Lutero hizo mucho con su fuerza y energía y Melanchton, no hizo tal vez menos por una vía más lenta y más pacífica. Ambos eran rectos, francos, generosos, y llenos de amor hacia la Palabra de la vida eterna, a la que sirvieron con una fidelidad y una abnegación que no desmintieron durante su vida.

Por lo demás, la llegada de Melanchton causó una revolución, no solo en Wittemberg, sino en toda la Alemania y entre todos los sabios. El estudio que había hecho de los clásicos griegos y latinos, y de la filosofía, le dio un orden, una claridad, y una precisión en las ideas, que derramaba, sobre todos los puntos de que trataba, una nueva luz y un encanto indecible. El dulce espíritu del Evangelio fecundaba, animaba sus meditaciones y las ciencias más áridas se hallaban adornadas, en sus exposiciones, de una gracia infinita que cautivaba a todos los oyentes. Desapareció la esterilidad que había producido la escolástica en la enseñanza un nuevo método de enseñar y de estudiar empezó con Melanchton.

Gracias a él, dice un ilustre historiador alemán, 2 Wittemberg llegó a ser la escuela de la nación. Era en efecto muy importante que un hombre que conocía fondo el griego, enseñase en aquella universidad, en la que los nuevos desarrollos de la Teología llamaban maestros y discípulos a estudiar, en la lengua original, los documentos primitivos de la fe cristiana. Desde entonces se dedicó Lutero, con celo, a este trabajo. El sentido de tal o cual palabra griega, que había ignorado hasta entonces, aclaraba de repente sus ideas teológicas. ¡Qué alivio y que gozo no Calvino!, escribe a Sleidan, Dominus eum fortiore spiritu instruat, ne gravem ex ejus timiditate jacturam sentiat posteritas.

Flank sintió cuando supo por ejemplo, que el termino griego leiuvoeiu, que, según la iglesia Latina designaba una penitencia, una expiación humana, significaba una transformación o una conversión del corazón. !Se disipó entonces la espesa nube que

cubría sus ojos! Los dos sentidos dados a dicha palabra, bastan para caracterizar las dos iglesias.

El impulso que Melanchton dio a Lutero, para la traducción de la Biblia, es una de las circunstancias más notables de la amistad de aquellos dos grandes hombres. En 1517 empezó ya Lutero a ensayarse en dicha traducción, procuraba adquirir todos los libros griegos y latinos que podía y luego que se vio ayudado de su querido Felipe, su trabajo tomó un nuevo vuelo él obligaba a Melanchton a tomar parte a sus indagaciones, le consultaba sobre los pasajes difíciles y aquella obra, que debía ser uno de los grandes trabajos del reformador, avanzaba con más prontitud y seguridad.

Melanchton, por su parte, aprendía a conocer una nueva teología. La bella y profunda doctrina de la justificación por la fe, le llenaba de asombro y de gozo pero recibía con independencia este sistema que profesaba Lutero, amoldan dalo a la forma particular de su inteligencia porque aunque no tenía más que 21 años, era uno de aquellos talentos precoces que adquieren antes de tiempo todas sus fuerzas.

Pronto se comunicó el celo de los maestros a los discípulos. Se pensó en reformar el método, suprimieron, con el beneplácito del elector, ciertos cursos que solo tenían una importancia escolástica y al mismo tiempo dieron un nuevo giro a los estudios clásicos. La Escuela de Wittemberg se iba transformando, y el contraste que formaba con las demás universidades, era cada vez más notable. Sin embargo, todavía se mantenían dentro de los límites de la Iglesia, y no se figuraban estar en vísperas de una gran batalla con el papa.

FOOTNOTES

(1) Almosen geben armt nicht, etc. Wer mehr wúl verzehren, etc. (Müller's iteliquien.)

(2) Dilexitme ut filiumetegoeumat patrem: etconveniemus, spero, inviia eterna (Melanch., Explicat. Evang.)

(3) Duiescere non poterat, sed quaerebat ubique aliquera enm quo de auditis disputaret. (Camerarius, Vit. Melanch., p. 7.)

(4) Camerarius, Vita Melancht., p. 16.

(5) Is prorsius obscurabit Erasmum. (Er. Epp., I., p. 405.)

(6) Cohorresco quandó cogito quomodo ipse accesserim ad statuas inpapatu. (Explicat. Evangel.)

(7) Meum opus et meum solatium. (Corp. Ref., I., 33.)

(8) Des Wegsund der Orte unbekannt. (Corp. Ref., I., 30.)

(9) Camer., Vil. Mel., 26.

(10) Puer et adolescentulus, si setatem consideres.

(11) L. Epp., I., p. 141

(12) Ibid. L, p. 135.

(13) Ut Wittembergam litteratis ac bonis omnibus conciliem. (Corp. Ref., I., 51.)

(14) Sumraos cum mediis et infimis, studiosos l'acit gracitatis. (L. Epp.,1, 140.)

(15) Martinum, si omninó inrebus humanis quidquam, vehemenlis-simedilieu et animo integerrimo complector. (Me! Epp., I. 411.)

CAPÍTULO IV

Sentimientos de Lutoro y de Staupitz — Orden de comparecer — Alarmas y animo — El elector en casa del legado — Salida para Augsbourg — Permanencia en Weimar — Núremberg — Llegada a Augsbourg.

La llegada de Melanchton causó sin duda una agradable distracción a Lutero, en momentos tan críticos para él en los dulces desahogos de una amistad naciente y en medio de los trabajos bíblicos, a que se entregaba con nuevo celo, olvidaba sin duda, a veces, a Roma, a Prierio, a León y a la corte eclesiástica, ante la cual debía comparecer. Sin embargo no eran aquellos más que momentos fugaces y sus pensamientos se dirigían siempre hacía el temible tribunal, al que le habían emplazado enemigos implacables. ¡De qué terrores no hubiera llenado aquella idea, a cualquiera que hubiese buscado otra cosa que la verdad! Pero Lutero no temía lleno de fe, en la fidelidad y en el poder de Dios, se mantuvo firme y dispuesto a afrontar solo la cólera de enemigos, más terribles que los que habían encendido la hoguera de Huss.

Pocos días después de la llegada de Melanchton y antes que pudiese saberse la resolución del papa, que señalaba Augsburgo, en lugar de Roma, para el emplazamiento de Lutero, este escribió a Spalatin. No pido, le dice, que nuestro soberano haga lo más mínimo en defensa de mis tesis quiero ser entregado en manos de todos mis adversarios. Que deje estallar sobre mi toda la tempestad, lo que he emprendido defender, espero poder sostener con el auxilio de Cristo. En cuanto a la violencia, es preciso ceder a ella, pero sin abandonar la verdad. 1

El valor de Lutero se comunicaba. Los señores más tímidos, viendo el peligro en que se hallaba el testigo de la verdad, hallaban palabras llenas de fuerza y de indignación. El prudente, el pacífico Staupitz escribió a Spalatin el 1 de Setiembre, no dejéis de exhortar al príncipe, vuestro amo y el mío, a no dejarse espantar por el rugido de los leones que defienda la verdad, sin inquietarse ni de Lutero ni de Staupitz, ni de la orden que haya un lugar donde se pueda hablar libremente y sin temor, se que la peste de Babilonia, casi iba a decir de Roma, ataca a todo el que se opone a los abusos de los que venden a Jesucristo, yo mismo he visto en el precipitar del pueblo a un predicador que enseñaba la verdad, amarrarle y arrestarle a una cárcel y esto en un día de fiesta, otros han visto cosas todavía más crueles. Por tanto, caro amigo, procura que su Alteza persista en sus sentimientos. 1

Llegó por fin la orden de comparecer en Augsburgo, ante el cardenal legado. Era un príncipe de la Iglesia romana, con quien Lutero tenía que habérselas entonces. Todos sus amigos le instaron a que no partiese, 3 temían que aun durante el viaje, le preparasen lazos y atentasen a su vida al unos se ocupaban en buscar un asilo para él y el mismo Staupitz, el tímido Staupitz, se alteró al pensar en los peligros a que iba

a exponerse el hermano Martín, a quien sacó de la oscuridad del claustro y lanzándole a un teatro agitado, que amenazaba su vida. ¡Ah!, ¿no hubiera sido mejor para el pobre hermano, el haber permanecido siempre desconocido? Ya no era tiempo. Staupitz quiso a lo menos hacer todo lo posible por salvarle y al efecto le escribió de su convento de Salzbourg el 15 de Setiembre, instándole a que huyera y fuera a donde él estaba. Me parece, le decía, que todo el mundo está enojado y coligado contra la verdad. Jesús crucificado fue también aborrecido. Veo que no debéis esperar otra cosa que la persecución. Nadie podrá en adelante, sin permiso del papa, sondear las Escrituras y buscar en ellas a Jesucristo, a pesar de que así lo ordena el mismo.

Tenéis pocos amigos, ojalá que el temor de vuestros adversarios no impidiese, aun a estos pocos, ¡el declararse en vuestro favor! Lo más prudente es que dejéis por algún tiempo a Wittemberg y que vengáis a donde estoy entonces viviremos y moriremos juntos este es también el consejo del príncipe. 1

De varias partes recibía Lutero los avisos más alarmantes. El conde Alberto de Mansfield le hizo saber que se guardara de ponerse en camino porque algunos grandes señores habían jurado apoderarse de él y ahogarle. 3 Pero nada podía arredrar a Lutero y no pensó en aceptar la oferta del vicario general. No irá a ocultarse en la oscuridad del convento de Salzbourg permanecerá fiel en aquel teatro tempestuoso en que le ha puesto la mano de Dios. Perseverando a pesar de los adversarios, proclamando en alta voz la verdad en medio del mundo, es como se avanza el reino de esta verdad.

¿Por qué ha de huir?, No es de los que se retiran para perecer sino de los que guardan su fe para salvar su alma. Resuena sin cesar en su corazón esta palabra del Maestro, que quiere servir y amar más que la vida. El que me confesara delante de los hombres, yo lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Se ve, por todas partes, en Lutero V en la Reformación, aquel valor intrépido, aquella alta moralidad, aquella caridad inmensa, que la primera aparición del cristianismo hizo ver al mundo. Yo soy como Jeremías, dice Lutero, en el tiempo de que tratamos, el hombre de las disputas y de las discordias pero cuanto más aumentan sus amenazas, más acrecienten mi alegría, mi mujer y mis hijos están bien provistos, mis tierras, mis casas y todos mis bienes, están en buen orden. 3 Han destrozado ya mi honor y mi reputación una sola cosa me queda, y es mi miserable cuerpo que lo tomen, abreviaran así mi vida de algunas horas en cuanto a mi alma ellos no me la tomaran.

El que quiere propagar la Palabra de Cristo en el mundo, debe esperar la muerte a cada instante porque nuestro Esposo es un Esposo de sangre. 1 El elector se hallaba entonces en Augsburgo y poco antes de dejar aquella ciudad y la dieta, juzgó conveniente hacer una visita al legado. El cardenal, muy satisfecho de esta atención de un príncipe tan ilustre, prometió al elector, que si el fraile se presentaba ante 61,

le oiría paternalmente y lo despacharía con benevolencia. Spalatin escribió a su amigo, de parte del príncipe, que el papa había nombrado una comisión para oírle en Alemania que el elector no permitiría que lo llevasen a Roma, y que debiera prepararse para ir a Augsburgo. Lutero se resolvió a obedecer. El aviso que le había comunicado el conde de Mansfield, le indujo a pedir a Federico un salvo conducto; este respondió que no era necesario, y le envió solamente recomendaciones, para algunos de los consejeros más distinguidos de Augsburgo; le hizo entregar algún dinero para su viaje, y el reformador pobre y sin defensa, partió a pie, para ir a entregarse a sus adversarios.*

¡Qué sentimientos serían los suyos al salir de Wittemberg, y dirigirse hacia Augsburgo, donde le esperaba el legado del papa!, el objeto de aquel viaje no era como el del que hizo a Heidelberg, una reunión amistosa iba a comparecer a la presencia del legado de Roma, sin salvo conducto caminaba quizás a la muerte pero su fe no era aparente sino real así es que, con la paz que ella le daba, pudo avanzar sin temor, en nombre del Dios de los ejércitos, para dar testimonio al Evangelio.

Llegó a Weimar el 28 de Setiembre y se hospedó en el convento de los franciscanos. Uno de los frailes no podía apartar la vista de él era Miconius, veía por primera vez a Lutero, quería acercarse a él, decirle que le era deudor de la paz de su alma, y que todo su deseo era trabajar con él, pero Miconius estaba vigilado por sus superiores y no le permitieron el hablar a Lutero. 1

El elector de Sajorna tenía entonces su corte en Weimar, fue probablemente por esto por lo que los franciscanos acogieron al doctor. El día siguiente de su arribo se celebraba la fiesta de San Miguel. Lutero dijo la misa y aun fue invitado a predicar en la capilla del palacio era una gracia que su príncipe quería hacerle. Predicó decapite, en presencia de la corte, sobre el texto del día que era sacado del Evangelio según San Mateo, CAPÍTULO XVIII, ver. 1 y 2. Habló con fuerza contra los hipócritas y contra los que se jactan de su propia justicia pero nada habló de los ángeles, aunque se acostumbrase hacerlo en el día de San Miguel.

Aquel valor del doctor de Wittemberg de acudir tranquilamente y a pie a una llamada que a tantos otros antes de él condujo a la muerte, asombraba a los que lo veían el interés, la admiración y la compasión reinaban en los corazones. Juan Kestner, provisor de los franciscanos, lleno de espanto a la idea de los riesgos que corría su huésped, le dijo: Hermano, en Augsburgo hallareis italianos, sabios y sutiles antagonistas, que os darán mucho que hacer temo que no podáis defender vuestra causa contra ellos os echaran al fuego y sus llamas os consumirán. Lutero respondió con gravedad: Querido amigo, rogad a Dios, nuestro Señor, que está en el Cielo, diciéndole un Padre nuestro por mi y por su querido Hijo Jesús, cuya causa es la mía,

a fin de que me proteja. Si sostiene su causa, la mía está sostenida pero si no quiere sostenerla, seguro que no seré yo quien la sostendré y es Él quien sufrirá el oprobio.

Lutero continuó su viaje a pie y llegó a Núremberg y como iba a presentarse a un príncipe de la Iglesia, quiso vestirse convenientemente el hábito que llevaba estaba viejo y además había sufrido mucho en el viaje le prestó pues otro su fiel amigo Venceslao Link, predicador de Núremberg. Lutero no visitó sin duda únicamente a Link, sino también otros amigos de Núremberg, tales como Scheurl, el secretario de la ciudad, el ilustre pintor Alberto Durer, a quien Núremberg levanta actualmente una estatua, y algunos otros.

Estos excelentes amigos le animaron mucho, mientras que muchos frailes y seglares se asustaban y procuraban amedrentarle, instándole a que retrocediese. Las cartas que escribió entonces de aquella ciudad, muestran el espíritu de que estaba animado. He encontrado, dice, hombres pusilánimes que quieren persuadirme que no vaya a Augsburgo pero estoy resuelto a llegar allá. Que se cumpla la voluntad del Señor Jesucristo que reina en Augsburgo lo mismo que entre sus enemigos. ¡Qué viva Cristo, ¡qué muera Lutero y todo pecador según está escrito!, ¡qué sea ensalzado el Dios de mi salvación!, Pasadlo bien, perseverad, manteneos firme, porque es necesario ser reprobado por los hombres, o por Dios, pero Dios es verdadero y el hombre falaz.

Link y un fraile agustino llamado Leonardo, no pudieron decidirse a dejar partir solo a Lutero, al encuentro de los peligros que le amenazaban conocían su carácter y sabían que, resuelto y valiente como era, podría, quizás, no tener bastante prudencia así es que le acompañaron ambos. Estando ya a cinco leguas de Augsburgo, Lutero, que sin duda estaba agobiado por las fatigas del viaje y por las agitaciones de su corazón, sintió tan fuertes dolores de estómago, que creyó morir sus dos amigos, muy inquietos, alquilaron un carro, en el cual trasportaron al doctor, llegaron a Augsburgo el viernes 5 de Octubre en la noche y se apearon en el convento de los agustinos. Lutero estaba muy cansado, pero se repuso pronto sin duda su fe y la viveza de su espíritu, restablecieron pronto su debilitado cuerpo.

FOOTNOTES

(1) L. Epp. I., p. 139

(2) Aug. I. p. 384.

(3) ¡Contra omnium amicorum consilium compara!

(4) L. Epp. [., p. 61. ! Ut vel stranguler, vel baptizer ad mortem. (Ibid., 129.)

(5) Uxor mea et liberi mei provisi sunt. (Ibid.) Nada tenía de esto.

(6) Sic enimsponsns noster, sponsus sanguinum nobis est. (L. Epp., 1., p. 129.) Vease el Exodo cap. IV., 25.

(7) Veni igitur pedester et pauperAugustam... (L. Opp. lat. inproef.)

(8) Ibi Myeonius primum vidit Lutherum: sed ab accessu et collo-quio ejus tuncest prohibitus. (M. Adami Vita Myconii, p. 176.)

(9) Piofectó inignem te conjieient et flammis exurent. (M. Adami Vita Myconii, p. 176. Myconis ref. hist., p. 30.)

(10) Vivat Christus, moriatur Martinus...(Weismann Hist. sacr. novi Test. p. 1463.) Weismanu había leído esta carta en manuscrito No consta en la recopilación de M. de Wette.

CAPÍTULO V

De Vio — Su carácter — Serralonga — Conversación preliminar — Visita de los consejeros — Regreso de Serralonga — El prior — Prudencia de Lutero — Lutero con Serralonga — El salvo conducto— Lutero a Melanchton.

Luego que llegó Lutero a Augsburgo y antes de ver a nadie, quiso presentar al legado todos los respetos que le eran debidos y, para ello, rogó a Venceslao Link, que fuse anunciar su llegada a dicho legado Link lo hizo, declarando humildemente al cardenal, de parte del doctor de Wittemberg que éste se hallaba pronto a comparecer en su presencia, cuando lo ordenase. De Vio se alegró con esta noticia, ¡ya tenía por fin en su poder al fogoso hereje! y esperaba firmemente que el tal hereje no saldría de Augsburgo como había entrado. Al mismo tiempo que Link iba en casa del legado, el fraile Leonardo se dirigía a anunciar a Staupitz, la llegada de Lutero a Augsburgo. El vicario general había escrito al doctor, que iría ciertamente a verle, luego que supiese haber llegado a dicha ciudad. Lutero no quiso retardar un instante el instruirle de su arribo. 1

Habiéndose ya cerrado la Dieta, el emperador y los electores se había separado es verdad que aun no había partido el emperador, sino que se hallaba a la caza en las cercanías así es que solo el embajador de Roma quedaba en Augsburgo. Si Lutero hubiese ido allá durante la permanencia de la Dieta, hubiera encontrado poderosos defensores pero, en la actualidad, todo parecía deber ceder al peso de la autoridad papal.

El nombre del juez ante el cual debía comparecer Lutero, no era propio para inspirarle confianza. Tomás de Vio, sobre nombrado Cayetano, nacido en 1469 en la ciudad de Gaeta, reino de Nápoles, había dado grandes esperanzas desde su juventud. A la edad de 16 años entró en la orden de los dominicos, contra la expresa voluntad de sus padres después llegó a ser general de su orden y cardenal de la iglesia romana.

Pero lo peor para Lutero era, que aquel sabio doctor era uno de los más celosos defensores de aquella Teología Escolástica, que el Reformador había tratado siempre tan implacablemente. Aseguraban que su madre, hallándose encinta, había soñado que santo Tomás en persona instruiría al niño que diese a luz y le dirigiría al ciclo por lo que, cuando se hizo dominico, cambió de Vio. Su nombre de Jacobo, en el de Tomás. Había defendido con celo las prerrogativas del papado y las doctrinas de Tomás de Aquino, a quien tenía el papel más perfecto de los teólogos. 1 Amigo de la pompa y del Fausto, tomaba casi al pie de la letra la máxima romana, de que los legados son superiores a los reyes y en consecuencia se hacía rodear de grande aparato.

El primero de agosto había celebrado una misa solemne en la catedral de Augsburgo y en presencia de todos los príncipes del imperio, había puesto el capelo de cardenal en la cabeza del arzobispo de Mayence, arrodillado ante el altar y entregado al mismo emperador el sombrero y la espada consagrados por el papa. Tal era el hombre ante quien iba a comparecer el fraile de Wittemberg, vestido de un hábito que ni aun era suyo. Por lo demás, la ciencia del legado, la severidad de su carácter y la pureza de sus costumbres, le aseguraban en Alemania una influencia y una autoridad, que no hubieran conseguido fácilmente otros cortesanos romanos.

Sin duda fue a esta reputación de santo a la que debió sumisión sabiendo Roma que semejante reputación sería muy útil a sus miras así pues, las mismas calidades de Cayetano le hacían más temible todavía, aunque el asunto de que estaba encargado era poco complicado, Lutero estaba ya declarado hereje si no quería retractarse, él legado debía encerrarle, y si se escapaba, debía excomulgar a todo el que osase darle asilo he aquí lo que tenía que hacer, de orden de Roma, el príncipe de la Iglesia, ante el cual estaba emplazado Lutero. 1

Lutero había recobrado sus fuerzas en la noche y el sábado por la mañana, 8 de Octubre, ya repuesto de su viaje, Se puso a considerar su extraña situación, estaba sumiso y esperaba que la voluntad de Dios se manifestase por los acontecimientos no estuvo mucho tiempo esperando un personaje que le era desconocido, le avisó, como si fuera enteramente adicto a él, que iba a pasar a su casa y que se guardase de parecer ante el legado antes de la entrevista. Aquel mensaje era de un cortesano italiano, llamado Urbano de Serralonga, que había estado muchas veces en Alemania, como enviado del margrave de Montserrat; había conocido al elector de Sajonia, cerca del cual había estado acreditado, y, después de la muerte del margrave, se había adherido al cardenal de Vio.

Los modales y la astucia de aquel hombre hacían un visible contraste con la noble franqueza y la generosa rectitud de Lutero. El italiano llegó pronto al monasterio de los agustinos el cardenal le enviaba a sondear al reformador y a prepararle a la retractación que esperaba de él, Serralonga creía que la permanencia que había hecho en Alemania, le daba grandes ventajas sobre los demás cortesanos de la comitiva del legado y esperaba hacer lo que quisiese del fraile alemán se presentó, acompañado de dos criados y como que daba aquel paso de sí mismo, a causa de la amistad que le inspiraba un favorito del elector de Sajonia y de su apego a la santa Iglesia. Después de haber hecho a Lutero las demostraciones más cordiales, añadió afectuosamente el diplomático.

Vengo a daros un prudente y buen consejo, adheríos a la Iglesia, someteos sin reserva al cardenal, retractad vuestras injurias, acordaos del abad Joaquín de

Florencia que, como sabéis, dijo cosas heréticas y sin embargo no fue declarado hereje porque retractó sus errores.

Lutero trató entonces de justificarse. Serralonga, ¡Guardaos de hacerlo! ¿Queréis combatir como en un torneo al legado de su Santidad? Lutero, si se me prueba que he enseñado alguna cosa contraria a la iglesia cristiana, yo seré mi propio juez y me retractaré al punto todo consiste en saber si el legado se apoya en Santo Tomás, más de lo que la fe le autoriza a ello si es así, yo no cederé. Serralonga, ¡Hola! ¡Hola!, ¿con qué queréis hacer romper lanzas?

Enseguida se puso el italiano que decir cosas que Lutero llama horribles, pretendió que se podían sostener proposiciones falsas, siempre que diesen dinero y que llenasen las arcas que no era menester disputar en las universidades sobre la autoridad del papa que se debía afirmar al contrario que el pontífice puede, en un abrir y cerrar de ojos, mudar y suprimir artículos de fe y otras cosas semejantes. 1 Pero el astuto italiano conoció pronto que había sido demasiado fácil en hablar y volvió a querer persuadir a Lutero, que se sometiese en todo al legado y a que retractase su doctrina, sus juramentos y sus tesis.

El doctor, que al principio dio algún crédito a las encantadoras protestas del orador Urbano (como él le llama en sus relaciones), se convenció entonces que ellas se reducían poca cosa y que él era más del partido del legado que del suyo guardó pues más reserva y se contentó con decir, que estaba enteramente dispuesto a mostrar humildad y obediencia y a dar satisfacción de las cosas en que se hubiese engañado. A estas palabras, Serralonga exclamó, lleno de gozo. Voy a casa del legado y vos me seguiréis, todo irá perfectamente, y el asunto será concluido pronto.

Salió, dejando al fraile Sajón, que tenía más discernimiento que él, diciendo entre sí, este astuto Simón no ha sido muy bien instruido y adiestrado por sus Griegos. 1 Lutero flotaba entre la esperanza y el temor, sin embargo la esperanza preponderó. La visita y las extrañas aserciones de Serralonga, a quien llama torpe mediador, le reanimaron.

Los consejeros y demás habitantes de Augsburgo, a quienes el elector había recomendado Lutero, se apresuraron a ir a ver el fraile, cuyo nombre resonaba ya en toda la Alemania. Peutinger, consejero del imperio, uno de los Patricios más distinguidos de la ciudad, que convidó muchas veces Lutero a su mesa, el consejero Langemantel, el doctor Auerbach de Leipzig, los dos hermanos Adelmann, ambos canónigos, y muchos otros, pasaron al convento de los agustinos saludaron cordialmente a aquel hombre extraordinario, que había hecho tan largo viaje para ir a entregarse en manos de los agentes de Roma. ¿Tenéis un salvo conducto?, Le preguntaron.

No, respondió el intrépido fraile. ¡Qué audacia!, exclamaron entonces. Era, dice Lutero, una palabra razonable para indicar mi temeraria locura. Todos unánimemente le suplicaron que fuese a ver al legado, sin un salvo conducto del mismo emperador. Es probable que el público hubiese sabido ya algo del breve del papa, de que era portador el legado. Pero, replicó Lutero, he venido bien a Augsburgo, sin salvo conducto v sin desgracia. El elector os ha recomendado a nosotros y debéis obedecernos y hacer lo que os decimos, replicó Langemantel, con afecto, pero con firmeza.

El doctor Auerbach añadió a aquellas representaciones, sabemos que, en el fondo de su corazón, el cardenal está enojado en sumo grado contra vos. No se puede fiar en los italianos.*

El canónigo Adelmann insistió también, os han enviado sin defensa y han olvidado precisamente de proveeros de lo que más necesitabais. 1 Aquellos amigos, se encargaron de obtener del emperador el salvo conducto necesario. Luego dijeron a Lutero, que había muchas personas, aun de alta clase, que se inclinaban su favor. El mismo ministro de Francia, que salió hace pocos días de Augsbourg, ha hablado de vos del modo más honroso. * Esta noticia hizo impresión a Lutero y se acordó de ella más tarde. De este modo, lo más respetable de una de las primeras ciudades del imperio, está ya decidido por la Reforma.

Estando en aquello, se presentó de nuevo Serralonga, venid, dijo a Lutero, el cardenal os espera, voy a conduciros yo mismo a él aprended como debéis presentaros en su presencia cuando entréis en la sala en que está, os arrodillareis, pegando la cara contra el suelo; cuando os diga que os levantéis, quedareis de rodillas y para levantaros, esperareis también que os lo ordene. 3 Acordaos qué vais a comparecer ante un príncipe de la Iglesia, por lo demás, nada temáis todo se concluirá pronto y sin dificultad.

Lutero, que había prometido a aquel italiano, que le seguiría luego que le invitase, se halló embarazado sin embargo, no vaciló en comunicarle un consejo de sus amigos de Augsburgo, y le habló de un salvo conducto.

Guardaos de pedirlo, replicó al punto Serralonga, no tenéis necesidad de él, el legado está bien dispuesto a terminar la cosa amigablemente si pedís un salvo conducto, lo echareis todo a perder. *

Mi Ilustre amo, el elector de Sajonia, respondió Lutero, me ha recomendado a muchos hombres honrados de esta ciudad, ellos me aconsejan que nada emprenda sin salvo conducto debo seguir su consejo porque si no lo hago y su ceda alguna cosa, ellos escribirán al elector, que yo no he querido escucharles.

Lutero se mantuvo en su resolución y Serralonga se vio obligado a volver hacia su jefe, para manifestarle el escollo en que había tropezado su misión, cuando se lisonjeaba de verla coronada de un buen éxito.

Así se terminaron las conferencias de aquel día con el orador de Montserrat, Otra invitación hicieron también a Lutero, pero con intención bien diferente. El prior de los carmelitas, Juan Frosch, era su antiguo amigo y dos años antes había sostenido tesis como Licenciado en Teología, bajo la presidencia de Lutero, fue pues a verle y le suplicó encarecidamente que pasase en su convento reclamaba el honor de tener por huésped al doctor de Alemania ya no temían el obsequiarle a la faz de Roma ya el débil se había transformado en el más fuerte Lutero aceptó y pasó del convento de los agustinos al de los carmelitas.

No se acabó el día sin que hiciese serias reflexiones, las solicitaciones de Serralonga y los temores de los consejeros, le hacían ver a un mismo tiempo la posición difícil en que se hallaba, no obstante tenía por protector al Dios que está en el cielo, y, guardado por él, podía dormir sin susto. El día siguiente, era el domingo, 9 de octubre hubo un poco más de reposo, sin embargo, Lutero tuvo que sufrir otro género de fatiga, no se trataba en toda la ciudad más que del doctor Lutero y todo el mundo quería ver, como escribe él mismo a Melanchton, a este nuevo Erostrato, que había causado tan inmenso incendio. 1 Las gentes iban a su encuentro y el buen doctor se sonreía sin duda de aquella curiosidad.

Debía también sufrir otra especie de importunidad. Si estaban deseosos de verle, lo estaban aun más de oírle por todas partes le pedían que predicase. Lutero no tenía mayor gozo que el de anunciar la Palabra, se hubiera complacido en predicar a Jesucristo en aquella gran ciudad y en las solemnes circunstancias en que él se hallaba pero guardó en aquella ocasión, como en muchas otras, los justos mandamientos y el respeto debido a sus superiores, negase pues a predicar, por temor de que no creyese el legado, que lo hacía por causarle pena y por ofenderle. Aquella moderación y aquella prudencia valían, sin duda, tanto como un sermón.

Entre tanto, los familiares del cardenal no le dejaban en paz, ellos volvieron a la carga, y le dijeron, el cardenal os asegura toda su gracia y su favor, ¿Y por qué teméis?, con mil otras razones procuraban hacer que se decidiese a presentarse al cardenal. Es un padre lleno de misericordia, le dijo uno de los enviados pero otro le dijo al oído, no creáis lo que os dicen no guarda su palabra. Lutero se mantuvo firme en su resolución.

El lunes, por la mañana, 19 de octubre, Serralonga volvió al ataque, el cortesano había tomado a pecho el triunfar en su negociación, apenas se presentó a Lutero, cuando le dijo en latín, ¿por qué no vais al palacio del cardenal?, os espera con la

mayor benignidad después de todo, solo se trata de seis letras, Revoca, retracta. Venid, nada tenéis que temer.

Lutero recapacitó que aquellas seis letras eran muy importantes pero, sin entrar en una discusión profunda, respondió, luego que tenga el salvo conducto, compareceré. Serralonga se encolerizó al oír tales palabras, insistió, solícito de nuevo pero halló a Lutero inflexible, entonces, más colérico aun, exclamó, ¿tú crees sin duda que el elector tomará las armas en tu favor y que se expondrá por ti a perder el país que recibió de sus padres?, Lutero. ¡Dios me guarde!, Serralonga. Abandonado de todos, ¿Dónde te refugiarás?, Lutero, elevando hacia lo alto de mirada llena de fe, debajo del cielo.

Serralonga permaneció un instante silencioso, tocado de aquella sublime respuesta, que no esperaba y luego continuó así, ¿qué harías si tuvieses en tu poder al legado, al papa y a todos los cardenales, así como ellos te tienen ahora ti? Lutero. Les tributara todo respeto y honor pero la Palabra de Dios es para mí antes que todo. Serralonga, riendo y moviendo uno de sus dedos a la manera italiana, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡todo honor!, no creo nada. Luego salió y no volvió más a casa de Lutero pero se acordó mucho tiempo de la resistencia que encontró en el Reformador y de la que su mismo amo debía también experimentar pronto. Más tarde le veremos pidiendo a gritos la sangre de Lutero.

No hacía mucho tiempo que Serralonga se había separado del doctor cuando éste recibió en fin el salvo conducto que deseaba sus amigos lo habían obtenido de los consejeros del imperio. Es probable que estos hubiesen consultado el asunto con el emperador que no estaba lejos de Augsburgo y aun podría creerse de lo que el cardenal dijo después, que no queriendo ofenderle, le pidieron su consentimiento, quizás también, por esto mismo, hizo de Vio sondear a Lutero por Serralonga, porque, oponerse abiertamente a que se le diese un salvo conducto, hubiera sido revelar las intenciones que querían tener ocultas, hubiera sido más seguro inducir a Lutero a que se desistiera por sí mismo de su petición pero conocieron pronto, que el fraile sajón no era hombre que se doblegaba.

Enfin Lutero va a comparecer. Al pedir un salvo conducto, no pretendió apoyarse en un brazo carnal, porque sabía muy bien que un salvo conducto imperial no salvó de las llamas a Huss, creyó solamente hacer su deber, sometiéndose a los consejos de los amigos de su amo.

El Eterno decidirá. Si Dios le pide su vida, esta pronto a dársela alegremente. En aquel momento solemne, siente la necesidad de entretenerse aun con sus amigos, principalmente con aquel Melanchton, tan caro ya a su corazón y aprovecha algunos instantes de soledad para escribirle. Compórtate como hombre, le dice, como acostumbras hacerlo. Enseña a nuestra cara juventud lo que es recto y según Dios.

En cuanto a mí, voy a ser inmolado para ti y para ella, si es la voluntad del Señor. 1 Mas, quiero morir y aun, lo que sería para mí la mayor desgracia, estar privado eternamente de tu dulce sociedad, que retractar lo que he debido enseñar y perder así, quizás por mi falta, los excelentes estudios a los que nos dedicamos actualmente.

La Italia está sumergida, como en otro tiempo el Egipto, en tinieblas tan espesas, que se pueden tocar con la mano. Todos ignoran a Cristo y todo lo que tiene relación con él, y sin embargo, ellos son nuestros señores y amos, en cuanto la fe y a las costumbres. Así la cólera de Dios se cumple en nosotros, como dice el profeta. Les daré jóvenes por gobernantes y los niños dominaran sobre ellos. Compórtate bien según el Señor, mi querido Felipe y aleja la cólera de Dios por medio de ardientes y puras oraciones.

Habiendo sido informado el legado, de que Lutero debía comparecer ante él, el día siguiente convocó los italianos y los alemanes de su mayor confianza, a fin de convenir en el modo de proceder con el fraile sajón. Las opiniones fueron varias, es menester, decía uno, obligarle a que se retracte, es menester echarle mano, decía otro y encerrarle, otro pensó que era mejor deshacerse de él, y otro que se debía procurar ganarle con dulzura y bondad, parece que el cardenal adoptó desde luego el último parecer.

FOOTNOTES

1 L. Epp. I., p. 144,

1 Divi Thomas summa cum commentariis Thomas de Vio. Lud-guni, 1587. ftel'oiBuüoa Bp. 17*

* Bula del papa. (L. Opp. (L.) XVII., p. 174.)

1 Et nutu solo omnio abrogare, etiam ea quse fidei essent. (L. Epp. I., p. 144.)

2 L. Opp. (L.), XVII., p. 179.

1 Hunc Sinonem, parúm consulté instructum arte pelasga. (L. Epp. I., p. 144.) Vease Eneida de Virgilio, cantico II.

2 Mediator ineptus. (L. Epp. I., p. 144.)

3 Sciunt enim eum inme exacerbatissimum intús, quicquid simulet foris... (L. Epp. I.. p. 143.)

4 L. Opp. (L.). XVII., p. 201.

1 L. Opp. (L.), XVII., p.203.

2 Seckend., p. 114.

3 Scckeud., p. 130.

* L. Opp. (L.), 179.

* Omnes cupiunt videre hominem, tanti incendii Herostratum. (L. Epp. I., p. 146.)

1 L.Epp. (L.)XVll., p.205.

1 Etubi manebis'í Respondí: Subcosio. (L. Opp. inpraef.)

1 Ego proillis ei vohis vado immolari... (L. Epp. 1, p. 14G.)

2 L. Opp. (L.)XVII., p. 183.

CAPÍTULO VI

Primera comparecencia — Primeras palabras — Condiciones de Roma — Proposiciones presentadas para su retractación — Respuesta de Lutero — él se retira — Impresión causada en ambas partes — Llegada de Staupitz — Comunicación al legado.

Llegó por fin el día de la conferencia, que fue el martes 11 de octubre. Sabiendo el legado que Lutero había declarado, estar pronto a retractar lo que le probasen ser contrario la verdad, estaba lleno de esperanza, no dudando que sería fácil, a un hombre de su clase y de su saber, el conducir al fraile a la obediencia de la Iglesia.

Lutero pasó al palacio del legado, acompañado del prior de los carmelitas, su hospedero y amigo, de dos hermanos de dicho convento, del doctor Link y de un agustino, probablemente el que había ido de Núremberg con él. Apenas hubo entrado en el palacio del legado, cuando todos los Italianos, que formaban su comitiva, se acercaron a él, todos querían ver al famoso doctor y se agrupaban tanto a su alrededor, que tenía trabajo para avanzar. Lutero encontró al nuncio apostólico y a Serralonga, en la sala en que le esperaba el cardenal. El recibimiento fue frio, pero atento y conforme la etiqueta romana. Lutero, siguiendo el consejo que le había dado Serralonga, se prosternó ante el cardenal cuando este le dijo que se levantara, se quedó de rodillas y a una nueva orden del legado, se levantó enteramente. Muchos de los italianos más distinguidos y adictos al legado, penetraron en la sala para asistir a la entrevista deseaban mucho ver al fraile alemán humillarse ante el representante del papa.

El legado guardó silencio. Aborrecía a Lutero, como adversario de la supremacía teológica de Santo Tomás y jefe de un partido nuevo, activo, contrario, en una universidad naciente, cuyos primeros pasos inquietaban mucho a los tomistas. Se complacía en ver humillado a Lutero en su presencia y pensaba que éste iba a cantar la palinodia, dice un contemporáneo. Lutero, por su parte, aguardaba humildemente, que el príncipe le dirigiera la palabra pero viendo que no lo hacía, tomó su silencio por una invitación a hablar el primero y lo hizo en estos términos.

Dignísimo Padre, en virtud del emplazamiento de su Santidad Pontificia y a petición de mi Ilustre Señor, el elector de Sajonia, comparezco ante Vuestra Eminencia, como un hijo sumiso y obediente de la Santa Iglesia Cristiana y confieso que soy yo quien he publicado las proposiciones y tesis de que se trata. Estoy pronto a escuchar obedientemente aquello de que se me acusa, y si me he engañado, a dejarme instruir según la verdad.

El cardenal, queriendo parecer un padre tierno y compasivo para un hijo extraviado, tomó entonces el tono más amistoso alabó la humildad de Lutero, le

manifestó todo su gozo, y le dijo, caro hijo, tú has sublevado toda la Alemania con tus doctrinas sobre las indulgencias, he sabido que eres un doctor muy sabio en las Escrituras y que tienes muchos discípulos por lo que, si quieres ser miembro de la Iglesia y hallar en el papa un señor benévolo, escuchadme.

Después de este exordio, no titubeó el legado en manifestar de golpe a Lutero todo lo que esperaba de él tanta era la confianza que tenía en su sumisión. He aquí, le dijo, tres artículos que, por orden de nuestro Santísimo Padre, el papa León X, debo presentarte. Primeramente, es menester que entres en ti mismo, que reconozcas tus faltas y que retractes tus errores, tus proposiciones y tus discursos y en segundo lugar, debes prometer abstenerte en adelante de divulgar tus opiniones y en tercer lugar, es menester que te obligues a ser más moderado, y a evitar todo lo que pueda causar trastorno en la Iglesia.

Lutero, Pido, Dignísimo Padre, que se me comunique al breve del papa por el que habéis recibido pleno poder para tratar este asunto.

Serralonga y los demás italianos, de la comitiva del cardenal, se admiraron al oír semejante petición y aunque el fraile alemán les parecía ser un hombre muy extraño, no podían desechar el asombro, que les causó aquella palabra tan atrevida. Los cristianos, acostumbrados a las ideas de justicia, quieren que se obre justamente hacia los demás y hacia sí mismos pero los que obran habitualmente de un modo arbitrario, se sorprenden cuando se les pide que obren conforme a las reglas, formas y leyes.

De Vio. Esa petición, carísimo hijo, no puede ser concedida, debes reconocer tus errores, tener cuidado en lo sucesivo con tus palabras y no reincidir en las mismas faltas, de suerte que podamos dormir sin inquietud ni cuidado, entonces, según la orden y la autoridad de nuestro Santísimo Padre el papa, yo arreglaré el asunto.

Lutero. Dignaos pues hacerme conocer en que he podido haber errado.

Al oír esta nueva petición, los cortesanos italianos, que esperaban ver al pobre alemán pedir misericordia de rodillas, se asombraron aun más que antes. Ninguno de ellos hubiera querido rebajarse a responder a una petición tan imprudente pero De Vio, que creía haber poca generosidad en aplastar con el peso de toda su autoridad, aquel infeliz fraile y que confiaba además en su ciencia para conseguir fácilmente una victoria, consintió en manifestar a Lutero los hechos de que le acusaban, aún en entrar en discusión con él.

Es menester hacer justicia a aquel general de los dominicos, reconociendo en él más equidad, más miramientos y menos pasión, que otros en iguales circunstancias. Tomando un tono de condescendencia le dijo, ¡carísimo hijo!, he aquí dos proposiciones que has avanzado, las que debes retractar ante todo, I a. El tesoro de las indulgencias

no se compone de los méritos y sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo. 2 a. El hombre que recibe los santos sacramentos, debe tener fe en la gracia que se le ofrece.

Estas dos proposiciones daban, en efecto, un golpe mortal al tráfico romano. Si el papa no tenía poder para disponer su gusto de los méritos del Salvador, si, recibiendo los billetes que negociaban los corredores de la Iglesia, no se recibía una parte de la justicia infinita, dichos papeles perdían todo su valor y no se debía hacer más caso de ellos que de cualquier otro pedazo de papel. Otro tanto se puede decir de los sacramentos. Las indulgencias eran más o menos un ramo extraordinario del comercio de Roma y los sacramentos eran su comercio habitual, las entradas que producían no eran pequeñas, pretender que era necesaria la fe para que los tales sacramentos fuesen verdaderamente útiles al alma cristiana, era privarles de todo su atractivo a los ojos del pueblo porque no es el papa quien da la fe, ella está fuera de su poder y procede solo de Dios declararla necesaria, era pues arrancar del poder de Roma la especulación y todas sus utilidades. Lutero, atacando ambas doctrinas, imitó a Jesucristo, el cual, desde el principio de su ministerio derribó las mesas de los cambistas y echó fuera del templo a los mercaderes, no hagáis de la casa de mi Padre un lugar de mercado, dijo Jesucristo.

Para combatir estos errores, continuó Cayetano, no quiero invocar la autoridad de Santo Tomás y demás doctores escolásticos, no quiero apoyarme más que en la Santa Escritura y hablar contigo amistosamente. Pero apenas comenzó De Vio a desenvolver sus pruebas, cuando se separó de la regla que dijo quería seguir. 1 combatió la primera proposición de Lutero por una Extravagante 3 del papa Clemente y la segunda con todo género de opiniones de los escolásticos. La discusión se estableció, desde luego, sobre la constitución del papa en favor de las indulgencias.

Lutero, indignado de ver cuanta autoridad atribuía el legado a un decreto de Roma, exclamó, yo no puedo recibir tales constituciones como pruebas suficientes para cosas tan grandes porque ellas alteran la Santa Escritura y no la citan jamás al caso. De Vio, el papa tiene autoridad y poder sobre todas las cosas. Lutero, con viveza, ¡menos sobre la Escritura!, 1 De Vio, burlándose, ¡Menos sobre la Escritura! ¿No sabéis que el papa es superior a los concilios? recientemente aun ha condenado y castigado al concilio de Bale. Lutero.

La Universidad de Paris ha apelado sobre eso. De Vio, los señores de la Universidad de Paris recibirán la pena.

La discusión entre el cardenal y Lutero siguió después sobre el segundo punto, es decir sobre la fe, que Lutero declaraba ser necesaria para que fuesen útiles los sacramentos. Lutero, según acostumbraba, citó muchos pasajes de la Escritura en favor de la opinión que sostenía pero el legado los acogió con carcajadas. “Sin duda habláis de la fe general”, dijo. ¡No!, respondió Lutero.

Uno de los italianos, maestro de ceremonias del legado, enfadado de la resistencia de Lutero y de sus respuestas, deseaba ardientemente hablar, a cada instante quería tomar la palabra, pero el legado le imponía silencio, al fin hubo de reaprehenderle tan fuertemente, que el maestro de ceremonias salió de la sala todo confuso.*

En cuanto a las indulgencias, dijo Lutero al legado, si se puede mostrarme que me engaño, estoy pronto a dejarme instruir en este punto se puede disimular algo sin ser mal cristiano pero en cuanto al artículo de la fe si yo cediese lo más mínimo, sería renegar de Jesucristo, no puedo pues ni quiero ceder sobre esto y con la Gracia de Dios, no cederé jamás. De Vio, empezando a enojarse.

Que quieras o no quieras, es menester. Que hoy mismo retractes este artículo, o sino, por solo él, voy a condenar toda tu doctrina. Lutero, no tengo más voluntad que la del Señor, él hará de mí lo que quiera pero, aun cuando tu viese mil cabezas, preferiría perderlas todas, antes que retractar el testimonio que he dado a la Santa Fe de los cristianos. De Vio, no he venido aquí a disputar contigo, retracta o prepárate a sufrir las penas que has merecido.*

Bien vio Lutero que era imposible terminar la cosa en una conversación, su adversario estaba delante de él lo mismo que si hubiese sido el mismo papa y pretendía que él (Lutero) aceptase humildemente todo lo que le dijese, mientras que el mismo cardenal no oía sus respuestas, por más fundadas que fuesen en la Santa Escritura, sino levantando los hombros y manifestando con sus gestos la ironía y el desprecio, creyó por tanto, que el partido mejor sería responder por escrito al cardenal, este medio, decía Lutero entre sí, proporciona a lo menos un consuelo a los oprimidos, otros podrán juzgar del asunto y el injusto adversario, que con sus clamores queda dueño del campo de batalla, puede ser atemorizado. 2

Habiendo manifestado Lutero la intención de retirarse, le dijo el legado, ¿quieres que te dé un salvo conducto para ir a Roma?, Hubiera querido Cayetano que Lutero aceptara aquella oferta porque se hubiera librado de una tarea, cuyas dificultades empezaba a tocar y entonces Lutero y su herejía hubieran caído en manos que habrían sabido dar buena cuenta pero el Reformador, que leía todos los peligros de que estaba cercado, aun en Augsburgo, se guardó bien de aceptar una proposición que hubiera tenido por resultado entregarle, atado de pies y manos, a la venganza de sus enemigos, la rechazó pues todas las veces y fueron muchas, que plugo a de Vio renovarla. El legado disimuló la pena que le causaba la negativa de Lutero, apelando a su dignidad y despidió al fraile con una sonrisa de compasión, con la que procuraba ocultar su desengaño y al mismo tiempo con la urbanidad de un hombre que espera obtener mejor resultado en otra ocasión.

Al pasar Lutero por el patio del palacio, se le acercó el italiano charlatán, maestro de ceremonias, a quien las reprimendas de su Señor habían obligado a salir de la sala

de la conferencia, gozoso de poder hablar, lejos de la mirada de Cayetano y ardiendo en deseos de confundir con sus luminosas razones al abominable hereje, empezó atacarle con sus sofismas, sin dejar de andar pero Lutero, fastidiado de aquel tonto personaje, le respondió con una de aquellas palabras mordaces que le ocurrían tan a menudo y el pobre maestro de ceremonias, avergonzado, se retiró en el palacio del cardenal.

Lutero no había formado muy alta idea de su adversario, quien oyó, según escribió después a Spalatin, proposiciones que eran enteramente contrarias a la Teología y que en boca de otro hubieran sido consideradas como archihereticas: sin embargo, De Vio era reputado como el más docto de los dominicos y el segundo después de él era Prierio.

De aquí se puede inferir, dice Lutero, ¡lo que debían ser los de la décima o centésima clase! 1

Por otra parte, el modo noble y decidido del doctor de Wittemberg, había sorprendido mucho al cardenal y sus cortesanos. En lugar de un pobre fraile pidiendo perdón por favor, encontraron un hombre libre, un cristiano firme, un doctor instruido, que pedía que apoyasen con pruebas las injustas acusaciones y que defendía victoriosamente su doctrina. Todos estaban escandalizados en el palacio de Cayetano del orgullo, de la obstinación y de la impudencia del hereje. Lutero y De Vio aprendieron a conocerse mutuamente y ambos se preparaban para su segunda entrevista.

Una sorpresa muy agradable esperaba a Lutero, a su vuelta, al convento de los carmelitas, el vicario general de la orden de los agustinos, su amigo, su padre, Staupitz, había llegado en Augsburgo.

No habiendo podido impedir que Lutero pasara a dicha ciudad, Staupitz daba a su amigo una nueva y tierna prueba de su afecto trasladándose él mismo allá con la esperanza de serle útil. Aquel excelente hombre preveía, que la conferencia con el legado tendría las más graves consecuencias y la amistad que profesaba a Lutero le causaba temores. Después de una sesión tan penosa, fue un gran alivio, para el doctor, el estrechar en sus brazos a un amigo tan querido. Le refirió como le había sido imposible conseguir una respuesta que valiese algo, y como se había contentado el legado con exigir de él una retractación, sin haber tratado de convencerle. Es preciso, dijo Staupitz, responder al legado por escrito.

Por lo que acababa de saber de la primera entrevista, Staupitz no esperaba nada de bueno de las demás, se resolvió pues a un acto que juzgó ya necesario, se decidió a desatar a Lutero de la obediencia hacia su orden, de este modo creía Staupitz conseguir dos objetos, si, como todo parecía indicarlo, sucumbía Lutero en aquel

asunto, evitaba que la vergüenza de su condenación manchase la orden, y, si el cardenal le mandaba que obligase a Lutero al silencio o a la retractación, tendría un pretexto para no hacerlo. 1 La ceremonia se efectuó en las formas acostumbradas. Lutero conoció todo lo que debía esperar en lo sucesivo, su alma se conmovió vivamente al ver rotos los lazos que formó en la exaltación de su juventud, la orden que escogió le desecha, sus protectores natos le abandonan y llega a ser extraño a sus mismos hermanos; sin embargo, aunque estos pensamientos habían entristecido su corazón, recobró toda su alegría, pensando en las promesas del Dios fiel que ha dicho, yo no te desampararé, yo no te abandonaré.

Cuando los consejeros del emperador hicieron saber al legado, por conducto del obispo de Trento, que Lutero estaba provisto de un salvo conducto imperial, y que nada intentase contra él, De Vio se enfureció y contestó bruscamente con estas palabras enteramente romanas, está bien, pero yo haré lo que manda el papa. 1 Sabemos lo que el papa había mandado.

FOOTNOTES

(1) L. Opp. (L.), XVII., p. 180.

(2) Así llaman ciertas constituciones de los papas, recogidas e insertadas al cuerpo del derecho del canon.

(3) Salvi ScripturS. 3 L. Opp. (L.), XVII., p. 180.

(4) L. Opp. (L.), XVII., p. 180, 183, 206, etc.

(5) Ibid., p.209.

(6) L. I., p. 173.

(7) Darinn ihn Dr. Staupitz von dem Kloster-Gehorsam abeolvirt. (Math. 15.)

(8) L. Opp. (L.), XVN., 201.

CAPÍTULO VII

Segunda comparecencia — Declaración de Lutero — Respuesta del logado — Volubilidad del legado — Petición de Lutero.

El día siguiente, miércoles 12 de octubre, se prepararon en ambas partes para la segunda entrevista que parecía deber ser decisiva. Los amigos de Lutero resueltos a acompañarle al palacio del legado, se fueron al convento de los carmelitas, el decano de Trento, Peutinger, los dos consejeros del emperador y Staupitz, llegaron sucesivamente, poco después el doctor tuvo la alegría de ver reunidos a ellos el caballero Felipe de Feilitzsch y el doctor Ruhel, consejeros del elector, que habían recibido orden de su amo, para asistir a las conferencias y proteger la libertad de Lutero. Ellos debían estar a su lado, dice Mathesius, como el caballero de Chlum estuvo al lado de Huss en Constanza. El doctor tomó además un notario y acompañado de todos sus amigos, pasó al palacio del legado.

En aquel momento Staupitz se acercó a Lutero, conociendo su situación y sabiendo que si su mirada no estaba fija en el Señor que es el rescate de su pueblo, debía sucumbir y con tono grave le dijo, querido hermano, tened siempre presente que habéis emprendido estas cosas en el nombre del Señor Jesucristo. 1 Así rodeaba Dios, a su humilde servidor de consuelos y estímulos.

Lutero encontró un nuevo adversario en el palacio del legado era el prior de los dominicos de Augsburgo, que estaba sentado al lado de su jefe. Lutero, conforme la Resolución que había tomado, había escrito su respuesta y después de los saludos de costumbre, leyó con voz fuerte la declaración siguiente, declaro, que venero la Santa Iglesia romana y que seguiré en venerarla. He buscado la verdad en las discusiones públicas y todo lo que he dicho, tengo, aun en este momento, por justo, verdadero y cristiano.

Sin embargo soy hombre y puedo engañarme; por lo que estoy dispuesto a dejarme instruir y corregir, en las cosas en que he podido haber errado. Declaro estar pronto a responder, de palabra por escrito, a todas las objeciones y a todas las reconvenciones que pueda hacerme el señor legado. Declaro estar pronto a someter mis tesis a las cuatro universidades de Bale, de Fribourg en Brisgau, de Lovaina y Paris, y a retractar lo que ellas declaren erróneo. En una palabra, estoy pronto a todo lo que se puede exigir de un cristiano. Pero protesto solemnemente contra el giro que se ha querido dar a este asunto, y contra la extraña pretensión de obligarme a retractarme sin haber sido refutado. 1

Nada más equitativo sin duda que estas proposiciones de Lutero, las que debían embarazar mucho al juez, a quien se había prescrito de antemano la sentencia que debía dar. El legado, que no esperaba semejante protesta, procuró ocultar su

turbación, afectando reír de ella y revistiéndose de la mayor dulzura. Esta protesta, dijo a Lutero sonriendo, no es necesaria, no quiero discutir contigo, ni en público ni en privado pero deseo arreglar el asunto con bondad y como un padre. Toda la política del cardenal consistía, en dejar en un lado las severas formas de la justicia, que protege a los que son perseguidos y en tratar la cosa como un asunto de administración entre un superior y un inferior, ría cómoda que abre a la arbitrariedad el campo más vasto.

Continuando De Vio, con el tono más afectuoso, dijo, caro amigo, te ruego que abandones tu inútil intento, entre más bien en ti mismo, reconoce la verdad y estoy pronto a reconciliarte con la iglesia y con el soberano obispo.

Retrasa amigo, retracta, tal es la voluntad del papa. ¡Qué quieras o no quieras, poco importa!, te sería difícil dar creces contra el aguijón.

Lutero, que se veía tratado como un hijo rebelde y excluido de la Iglesia, exclamó: ¡No puedo retractarme!, pero prometo responder por escrito ayer debatimos bastante. 1

De Vio se enojó de esta expresión, que le recordaba que no había obrado con bastante prudencia pero se repuso y dijo sonriéndose: ¡Debatir! caro hijo, yo no he debatido contigo, ni quiero tampoco debatir pero estoy pronto, por complacer al serenísimo elector Federico, a oírte y exhortarte amistosa y paternalmente.

Lutero no comprendió por que se escandalizó tanto el legado, de la expresión que había usado porque, decía, si yo no hubiera querido hablar cortésmente, hubiera debido decir, no debatir, sino disputar y querellar pues esto es verdaderamente lo que hicimos ayer.

Sin embargo, De Vio, que conocía que en presencia de los testigos respetables que asistían a la conferencia, era menes ter aparentar, a lo menos, que trataba de convencer a Lutero, volvió a las dos proposiciones que le había señalado como errores fundamentales, bien decidido a dejar hablar al reformador lo menos posible. Válido de su volubilidad italiana, le abruma de objeciones y no da lugar a las respuestas, ya chancea, ya sermonea, tan pronto declama con un fervor apasionado, haciendo una mezcla de cosas las más disparatadas y citando a santo Tomás y a Aristóteles, grita y se enfurece contra todos los que no piensan como él, apostrofa

Lutero; este quiere tomar la palabra muchas veces, pero el legado le interrumpe al punto y le llena de amenazas: ¡retractación, retractación! es todo lo que pide de Lutero, vocea, manda, quiere hablar solo. 3 Staupitz trató de contener al legado: "Dignaos, permitir,", le dijo, que el Doctor Martín tenga tiempo de responderos. Mas el legado recomenzó sus discursos, citó las extravagantes y las opiniones de Santo

Tomás, estaba decidido a perorar durante la entrevista, no pudiendo convencer a su adversario, ni atreverse a condenarlo, quiere a lo menos aturdir, embrollar.

Lutero y Staupitz vieron claramente que era menester renunciar a la esperanza, no solo de instruir a De Vio en una discusión, sino también a hacer una profesión de fe útil, Lutero volvió pues a la demanda que hizo al principio de la sesión y la que fue eludida entonces por el cardenal, ya que no se le permitía hablar, pedía, que a lo menos, se le permitiese escribir y entregar su respuesta escrita al legado. Staupitz lo apoyó, muchos otros asistentes unieron sus instancias a las de él y Cayetano, a pesar de toda su repugnancia a lo escrito, porque sabía que los escritos permanecen, consintió por fin en ello. Así se separaron, viendo postergada la esperanza que tenían de terminar el asunto en aquella conferencia, era preciso esperar los resultados de la siguiente.

El permiso que dio a Lutero el general de los dominicos, para tomar tiempo de responder por escrito sobre las dos acusaciones claramente pronunciadas por él, tocante a las indulgencias y la fe, no era más que mera justicia y sin embargo debemos agradecer a De Vio, como una prueba de moderación y imparcialidad.

Lutero salió del palacio del cardenal, contento por habérsele concedido su solicitud. Tanto 4 la ida como a la vuelta, fue el objeto de la atención pública. Todos los hombres instruidos se interesaban en su asunto, como sí hubiesen debido ser juzgados ellos mismos, conocían que la causa que se litigaba entonces en Augsburgo, era la del Evangelio, de la justicia y de la libertad, la plebe solamente estaba por Cayetano y ella dio sin duda al reformador algunas pruebas significativas porque éste se apercibió de ello. 1

Cada vez se hacía más evidente, que el legado no quería oír de Lutero más que esta palabra: Retracto, y Lutero estaba resuelto a no pronunciarla. ¿Cuál será el resultado de una lucha tan desigual?, ¿cómo creer que todo el poder de Roma, en pugna contra un solo hombre, no conseguirá aplastarlo? Lutero ve esto, siente el peso de aquella terrible mano, bajo la cual ha ido a ponerse, pierde la esperanza de volver jamás a Wittemberg, de volver a ver a su querido Felipe, de hallarse otra vez en medio de aquella generosa juventud, en cuyos corazones amaba tanto esparcir las semillas de la vida, ve la excomunión suspendida sobre su cabeza, y no le queda ninguna duda de que ella le alcanzara pronto, 1 estas previsiones afligen su alma, pero no la abaten, su confianza en Dios no se altera, Dios puede romper el instrumento que ha tenido a bien emplear hasta entonces, pero él sostendrá la verdad, suceda lo que sucediere, Lutero debe defenderla hasta el fin. Se dedicó pues a preparar la protesta que quería presentar al legado, parece que consagró a este trabajo, una parte del día 13.

FOOTNOTES

(1) Seckend, p. 137.

(2) Lóscher, 2, 463. L. Opp. (L.), XVII., 181, 209.

(3) Digladiatúm, baWillé. (L. Epp., I., p. 181.)

(4) L. Opp. (L.). XVII., p. 181, 209. Decies feré caept w. Joquere toties rursús tonabat et solus regnabat.

(5) L. Opp. (L.), XVII. p. 186.

(6) L. Opp. (L.), XVH., p. 185…

CAPÍTULO VIII

Tercera comparecencia — Tesoro de las indulgencias — La fe — Humilde petición — Respuesta del legado — Réplica de Lutero — Cólera del legado — Lutero sale — Primera defección.

El viernes, 14 de octubre, volvió Lutero al palacio del cardenal, acompañado de los consejeros del elector, los italianos le rodearon como siempre y asistieron en gran número a la conferencia, avanzó Lutero y presentó al legado su protesta, los familiares del cardenal veían con asombro aquel escrito, tan atrevido a su entender. He aquí lo que el doctor de Wittemberg declaraba en él a su amo. 1

Vos me atacáis sobre dos puntos desde luego me oponéis la constitución del papa Clemente VI, en la que se dice, que el tesoro de las indulgencias es el mérito del Señor Jesucristo y de los santos, lo que yo niego en mis tesis. Panormitanus, (Lutero designaba con este nombre a Ivés, autor de la famosa recopilación del Derecho Eclesiástico intitulado: Panormia y obispo de Chartres al fin del onceno siglo). Panormitanus declara, en su primer libro, que, en lo concerniente a la santa fe, no solo un concilio general, sino cualquier fiel es superior al papa, si puede citar las declaraciones de la Escritura y mejores razones que las del papa. 1 La voz de nuestro Señor Jesucristo es superior a las de todos los hombres, cualquiera que sean sus nombres. 3

Lo que me causa mayor pena, y me da más que pensar, es que dicha constitución encierra doctrinas enteramente contrarias a la verdad, ella declara que el mérito de los santos es un tesoro, mientras que toda la Escritura atestigua, que Dios recompensa mucho más de lo que hemos merecido.

El profeta exclama, Señor no entres en juicio con tu siervo, porque ningún viviente será justificado delante de ti. 1 Por más honrosa y digna de alabanza que pueda ser la vida de los hombres, desdichados de ellos, dice San Agustín, si se les juzgara sin misericordia. 2

Así pues los santos no son salvados por sus méritos, sino únicamente por la misericordia de Dios, como he dicho. Sostengo esto y me mantengo firme en ello. Las palabras de la Santa Escritura, que declaran que los santos no tienen bastantes méritos, deben ser superiores a las palabras de los hombres, que afirman que tienen de sobra. Porque el papa no es superior, sino inferior, a la Palabra de Dios.

Lutero no se contentó con lo dicho, mostró que si las indulgencias no pueden ser el mérito de los santos, tampoco lo son del de Cristo. Hace ver que las indulgencias son estériles e infructuosas, por cuanto no tienen otro efecto, que el de dispensar a los hombres de hacer buenas obras, tales como la oración y la limosna. No, exclama, el mérito de Cristo no es un tesoro de indulgencias que presenta del bien, sino un tesoro

de gracia que vivifica. El mérito de Cristo es aplicado al fiel sin indulgencias y sin llaves, solo por el Espíritu Santo y no por el papa. Si hay alguno que tenga opinión mejor fundada que la mía, añade, al terminar lo que toca al primer punto, que la haga conocer y entonces me retractaré.

Yo he afirmado, dice llegando al segundo artículo, que ningún hombre pueda ser justificado delante de Dios, sino por la fe, de tal manera que es necesario que el hombre crea con toda certeza que ha obtenido misericordia. Dudar de esta misericordia, es rechazarla. La fe del justo es su justicia y su vida.

Lutero prueba su proposición con una multitud de declaraciones de la Escritura. Dignaos pues interceder por mí, cerca de nuestro Santísimo Señor el papa León X, añade, a fin de que no me trate con tanto disfavor. Mi alma busca la luz de la verdad. No soy tan orgulloso, ni tan codicioso de la vana gloria, que tenga vergüenza de retractarme, si he enseñado cosas falsas. Mi mayor alegría será ver triunfar lo que es según Dios. Solo pido que no se me fuerce hacer nada contra el grito de mi conciencia.

El legado tomó la declaración de manos de Lutero y después de haberla recurrido, le dijo fríamente: Has hecho una parladuría inútil, has escrito muchas vaciedades, has respondido tontamente a los dos artículos y has ensuciado tu papel con muchos pasajes de la Santa Escritura, que no vienen al caso. Y en seguida, con aire desdeñoso, tiró De Vio la protesta de Lutero, como si no hiciese caso de ella y recomenzando en el tono que había producido bastante buen efecto en la última entrevista, se puso a gritar con todas sus fuerzas que Lutero debía retractarse.

Este permaneció incontrastable. ¡Hermano, hermano!, exclamó entonces De Vio en italiano, la última vez fuiste muy bueno, pero hoy eres enteramente malo. Luego empezó el cardenal un largo discurso, sacado de los escritos de Santo Tomás, ensalza de nuevo la constitución de Clemente VI, insiste en sostener que, según dicha constitución, los méritos que se distribuyen a los fieles por medio de las indulgencias son los mismos de Jesucristo. Cree haber reducido a Lutero al silencio, este toma la palabra varias veces, pero De Vio regaña, vocea sin cesar y pretende, como la antevíspera, obrar solo en el campo de batalla.

Este modo de obrar pudo haber producido algún efecto la primera vez pero Lutero no era hombre que sufriese otro tanto la segunda, al fin estalló su indignación, viendo que era su turno de asombrar a los espectadores, que le creían ya vencido por la volubilidad del prelado. ¡Retracta, retracta!, repetía, le vio mostrándole la constitución del papa y entonces, Lutero aceptando la objeción favorita del cardenal, le hizo pagar cara la temeridad que tuvo de entrar en lucha con él. ¡Pues bien!, exclamó con fuerza, si se puede probar, por esa constitución, que el tesoro de las indulgencias es el mérito mismo de Jesucristo, consiento en retractar, conforme la voluntad y el querer de Vuestra Eminencia.

Los italianos, que no esperaban nada de aquello, se animaron y no podían contener su alegría, al ver caído por fin en el lazo el adversario. En cuanto al cardenal, estaba como fuera de sí. Reía a carcajadas, pero con una risa mezclada de indignación y cólera, agarró el libro que contenía la famosa constitución y ufano de la victoria que creía segura, leyó en alta voz y con gran fervor. 1 Los italianos triunfaban, los consejeros del elector estaban inquietos y perplejos, Lutero atendía a su adversario y cuando, por fin, llegó el cardenal a estas palabras, el Señor Jesucristo ha adquirido este tesoro con sus padecimientos, Lutero le cortó diciendo.

Dignísimo Padre, considerad y meditad con atención esta palabra ha adquirido. 1 Cristo ha adquirido un tesoro por sus méritos, luego los méritos no son el tesoro porque, para hablar según los filósofos, la causa es diferente de lo que deriva de ella. Los méritos de Cristo han adquirido al papa el poder de dar indulgencias al pueblo pero no son los mismos méritos del Señor los que distribuye la mano del pontífice. Así pues, mi conclusión es verdadera y esa constitución, que invocáis con tanto imperio, da testimonio conmigo a la verdad que proclamo.

De Vio tenía todavía el libro en sus manos y sus miradas fijas en el fatal pasaje, nada tenía que responder y se vio cogido el mismo en la red que tendió, en la que le retuvo Lutero con mano fuerte, dejando asombrados a los cortesanos italianos que le rodeaban. Aunque el legado hubiese querido eludir la dificultad, no había medio, porque había abandonado, hacía mucho tiempo, los testimonios de la Escritura y de los Padres, se refugió en la extravagante de Clemente VI, y quedó preso.

Sin embargo, era demasiado fino para dejar ver su turbación, queriendo ocultar su rubor, el príncipe de la iglesia muda bruscamente de objeto y se contrajo con violencia a otros artículos. Lutero, que conoció aquella hábil maniobra, no le permitió escapar, cerrando por todos lados la red que había echado sobre el cardenal. Reverendísimo Padre, le dijo con una ironía mezclada de respeto, vuestra Eminencia no puede pensar, sin duda, que nosotros los alemanes no sepamos la gramática, ser un tesoro y adquirir un tesoro son dos cosas muy distintas.

¡Retracta, retracta!, le dijo, y si no lo haces, te envío a Roma, para que comparezcas ante los jueces encargados de examinar tu causa. Te excomulgo a ti, a todos tus secuaces y a todos los que te son o fueren favorables y los expulso de la Iglesia. Estoy revestido, por la Santa Sede Apostólica, de plenos poderes para ello. 1 ¿Piensas que tus protectores me contendrán?, ¿crees que el papa se cuida de la Alemania? El dedo meñique del papa es más fuerte que todos los príncipes alemanes. 2 Dignaos, respondió Lutero, enviar al papa León X, con mis humildísimas suplicas, la respuesta que os he entregado por escrito.

El legado, al oír estas palabras, muy contento de hallar un momento de descanso, se revistió de nuevo del sentimiento de su dignidad, y dijo a Lutero con soberbia y

cólera: retractara o no vuelvas. 2 Esta palabra hizo impresión a Lutero, se inclinó y salió resuelto ya a responder de otro modo que por discursos los consejeros del elector le siguieron y el cardenal y los italianos quedan mirándose unos a otros, confusos todos del resultado del debate.

Así despidió orgullosamente, a su humilde adversario, el representante del sistema dominicano, cubierto con el resplandor de la púrpura romana. Pero Lutero sabía que hay un poder, la doctrina cristiana, la verdad, que no podrá ser nunca subyugado por ninguna autoridad temporal o espiritual. De los dos combatientes, el que se retiró quedó dueño del campo de batalla.

Este es el primer paso de la separación de la Iglesia del papado.

Lutero y De Vio no volvieron a verse pero el Reformador hizo en el legado una impresión poderosa, que no se borró jamás enteramente. Lo que Lutero había dicho sobre la fe, y lo que De Vio leyó en los escritos posteriores del doctor de Wittemberg, modificó mucho los sentimientos del cardenal. Los teólogos de Roma vieron con sorpresa y descontento, lo que Lutero avanzó acerca de la justificación, en su comentario de la epístola a los romanos. La Reformación no reculó y se retractó pero su juez, el que no había cesado de gritar, ¡retracta! cambió de ideas y retractó indirectamente sus errores. Así fue coronada la inalterable fidelidad del Reformador.

Lutero volvió al monasterio, en el que halló la hospitalidad. El se mantuvo firme, dio testimonio a la verdad, hizo lo que le tocaba hacer, ¡Dios hará lo demás! Su corazón estaba lleno de paz y de alegría.

FOOTNOTES

(1) L. Epp. (L.), XVÍÍ., p. 187.

(2) Ostendit inmateria fidei, non modo generale concilium esse superpapam, sedetiam quemjibet fidelium, si melioribus nitatur auc-toritateet ratione quam papa. (L. Opp. Lat. I., 209.)

(3) CXLITI. ver. 2. Confes. IX.

(4) Tustitia jusii et vita ejus, est fides ejus. (t. Opp. Lat. t, p. Sil.)

(5) Refomation Sp. J Q*

(6) Legit fervens et anhelans. (L. Epp. I., p. 145.)

(7) Acquisivit. (Ibid.)

(8) L. Opp. (L.), XVII., p. 197.

(9) L.Opp. (W.), XXII., p. 1331.

(10) Revoca aut non revertere. (L. Opp. (L.), XVII., p. 202.)

CAPÍTULO IX

De Vio y Staupitz — Staupitz y Lutero — Lutero a Spalatin — Lutero a Carlstadt — La comunión — Link y De Vio. — Partido de Staupitz y de Link — Lutero a Cayetano — Silencio del cardenal _ Despedida de Lutero — Partida — Apelación al papa.

Entretanto, las noticias que le anunciaban no eran muy satisfactorias, en toda la ciudad corría el rumor de que, si no quería retractarse, debían agarrarle y encerrarle en un calabozo y aun aseguraban que el mismo Staupitz, vicario general de la orden, había consentido en ello. 1 Lutero no pudo creer lo que se decía de su amigo. ¡No, Staupitz no le traicionará! En cuanto a los designios del cardenal, no se podía casi dudar, en vista de sus propias palabras. Sin embargo, no quiso huir del peligro, su vida, así como la misma verdad, estaba en manos poderosas y a pesar del riesgo en que se hallaba, se decidió a no salir de Augsburgo. El legado se arrepintió pronto de su violencia; conoció que había salido de sus límites, y procuró volver a entrar en ellos.

Apenas acabó de comer Staupitz, (la entrevista se verificó en la mañana, y acostumbraban comer al mediodía), cuando recibió un mensaje del cardenal, invitándole a que pasara a su palacio, Staupitz lo hizo, acompañado de Venceslao Link. 2 El vicario general halló al legado solo con Serralonga, De Vio se acercó al punto a Staupitz y le dijo con tono afable, procurad persuadir a vuestro súbdito a que haga una retractación, fuera de esto, os aseguro que estoy muy contento de él y no tiene mejor amigo que yo. Staupitz, ya lo he hecho y le aconsejaré otra vez, que se someta con toda humildad a la Iglesia. De Vio, será menester que respondáis a los argumentos que saca de la Santa Escritura. Staupitz. Debo confesaros, Eminentísimo Señor, que eso es superior a mis alcances porque el Doctor Martín tiene más espíritu y más conocimiento que yo de las Santas Escrituras.

Esta franqueza del vicario general hizo sonreír, sin duda, al cardenal, aunque por otra parte sabía bien él mismo, lo difícil que era convencer a Lutero. Continuó, diciendo a Staupitz y a Link, ¿y sabéis acaso que, como sectarios de la doctrina herética, estáis expuestos vosotros mismos a las penas de la Iglesia? Staupitz, dignaos continuar la conferencia con Lutero, abrid una discusión pública sobre los puntos controvertidos. De Vio, asustado al oír tal pensamiento. no quiero discutir más con ese animal, porque tiene en la cabeza ojos penetrantes y asombrosas especulaciones.

Staupitz obtuvo, por fin, del cardenal, que entregaría por escrito a Lutero lo que debía retractar. El vicario general volvió a donde se hallaba Lutero y en la perplejidad en que le dejaron las representaciones del cardenal, trató de inducir a Lutero a algún acomodamiento. Para eso es menester, le dijo Lutero, que refutéis las declaraciones de la Escritura que he avanzado. Eso es superior a mis alcances, dijo Staupitz. Pues bien, replicó Lutero, es contra mi conciencia el retractarme, mientras no puedan

explicarme dichos pasajes de la Escritura. ¡Qué!, continuó, el cardenal pretende, según me aseguráis, que quiere arreglar así el asunto, sin que resulte para mi vergüenza ni desventaja. ¡Ah!, esas son palabras romanas, que en buen alemán significan que sería mi oprobio y mi eterna ruina. ¿Qué otra cosa debe esperar él que, por temor de los hombres y contra la voz de su conciencia, reniega la verdad?

Staupitz no insistió, dijo solamente a Lutero que el cardenal había consentido en entregarle, por escrito, los puntos cuya retractación solicitaba. En seguida, sin duda, le hizo saber su resolución de dejar a Augsburgo, en donde nada tenía ya que hacer. Lutero le comunicó un designio que había formado, para consolar y fortificar sus almas. Staupitz prometió volver y se separaron por poco tiempo.

Habiendo quedado Lutero solo en su celda, volvió sus pensamientos hacia sus queridos amigos, se trasladó mentalmente a Weimar en Wittemberg, deseaba informar al elector de lo que pasaba y temiendo ser indiscreto dirigiéndose al mismo príncipe, escribió a Spalatin, suplicándole hiciese conocer a su amo el estado de las cosas, le refirió todo el asunto, hasta la promesa hecha por el legado, de dar por escrito las puntos controvertidos y concluyó diciendo, en este estado está la cosa pero no tengo esperanza ni confianza en el legado. Yo no quiero retractar ni una sola sílaba y publicaré la respuesta que le entregué para que, si llegase a la violencia, se cubre de vergüenza en toda la cristiandad.

Después el doctor aprovechó algunos momentos, que le quedaban todavía, para comunicar noticias a sus amigos de Wittemberg.

Paz y felicitad, escribía al doctor Carlstadt, recibid estas dos palabras como si fueran una larga carta, porque el tiempo y los acontecimientos me apuran, en otra ocasión os escribiré y también a otros más extensamente. Hace tres días que se trata de mi asunto y las cosas han llegado a tal punto, que no me dejan ninguna esperanza de volver a veros y solo puedo prometerme el ser excomulgado. El legado no quiere, de ninguna manera, que yo discuta, ni en público ni en privado no quiere ser un juez para mí, dice, sino un padre y sin embargo no quiere oír de mí más palabras que estas, yo me retracto y declaro que me he engañado. Y yo no quiero pronunciarlas.

Los riesgos de mi causa son tanto mayores, cuanto que ella tiene por jueces no solo a enemigos implacables, sino también a hombres incapaces de comprenderla. No obstante, el Señor Dios vive y reina, yo estoy bajo su tutela, y no dudo que, accediendo a las oraciones de algunas almas piadosas, me enviara auxilios, creo sentir que ruegan por mí.

O volveré hacia vos sin lección, o bien, herido de excomunión, tendré que buscar refugio en otra parte. Sea lo que fuere, comportaos animosamente, manteneos firme y exaltad Cristo intrépido y alegremente.

El cardenal me llama siempre su caro hijo, pero sé lo que significa esto; estoy persuadido, sin embargo, que yo sería para él el hombre más agradable y más caro si quisiese pronunciar esta sola palabra, revoco, es decir, me retracto; pero yo no me convertiré en hereje, retractando la fe que me ha hecho cristiano; antes ser arrojado, maldito, quemado, muerto.

Pasadlo bien, mi querido doctor y mostrad esta carta a nuestros teólogos, a Amsdorff, a Felipe, a Otten y demás, a fin de que todos roguéis por mí, y también por vos porque es así mismo vuestro, el negocio que se trata aquí, es él de la fe al Señor Jesucristo, y de la gracia de Dios. 1

Que dulce pensamiento es, ¡La fe en el Señor es nuestro negocio!, él llena siempre de consuelo y de paz a los que han dado testimonio a Jesucristo, a su divinidad y a su gracia, cuando el mundo hace llover sobre ellos por todas partes sus juicios, sus exclusiones y su disfavor. ¡Y cuanta dulzura también en esta convicción, que manifiesta el Reformador, siento que ruegan por mí. La Reformación fue la obra de la oración y de la piedad, la lucha de Lutero y De Vio, fue la del elemento religioso, que reaparecía lleno de vida, contra los restos expirantes de la dialéctica, habladora de la Edad Media.

Así se entretenía Lutero con sus amigos ausentes. No tardó en volver Staupitz, el doctor Ruhel y el caballero de Feilitzsch, ambos enviados del elector, llegaron también al convento igualmente que otros amigos del Evangelio. Lutero, viendo así reunidos aquellos hombres generosos, próximos a dispersarse y de los que quizás iba a separarse el mismo para siempre, les propuso celebrar, todos juntos, la cena del Señor, aceptaron y aquel pequeño rebaño de fieles participó del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. ¡Qué sentimientos llenaban los corazones de aquellos amigos del Reformador en el momento en que, celebrando con él la eucaristía, pensaban que era acaso la última vez que podrían hacerlo!, ¡qué alegría y que amor animaban el corazón de Lutero, viéndose recibido por su divino Maestro, con tanta liberalidad, en el momento que los hombres le repudiaban!, ¡qué solemne debió ser aquella cena y que santa aquella noche! 1

El día siguiente, sábado 15 de octubre, esperaba Lutero los artículos que debía enviarle el legado, pero no recibiendo ningún mensaje de él, suplicó a su amigo el Doctor Venceslao Link, que fuese al palacio del cardenal. De Vio recibió Link del modo más afable y le aseguró que quería obrar amistosamente. No miro ya, le dijo, al Doctor Martín Lutero como a hereje, no quiero excomulgarle esta vez, si no me vienen otras órdenes de Roma, he enviado por expreso su respuesta al papa. Luego, para dar pruebas de sus buenas disposiciones, añadió: Si el Doctor Martín Lutero quisiese retractar solamente lo que respecta a las indulgencias, pronto se concluiría el asunto, pues, por lo que toca la fe a los sacramentos, es artículo que cada uno puede

interpretar y entender a su modo. Spalatin, que refiere estas palabras, hace esta observación maliciosa pero justa. De ahí resulta claramente, que Roma busca más bien el dinero, que la Santa Fe y la salud de las almas. 3

Link volvió a la morada de Lutero donde halló a Staupitz y les dio cuenta de su visita. Cuando habló de la concesión inesperada del legado, dijo Staupitz: Hubiera valido la pena, que el Doctor Venceslao hubiese tenido consigo un notario y testigos para poner por escrito dicha palabra porque si aquella declaración llegase a ser conocida, causaría gran perjuicio a los romanos.

Sin embargo, cuanto más suaves eran las palabras del prelado, tanto menos se confiaban en él los honrados germanos. Muchos de los hombres de bien, a quienes había sido recomendado Lutero, se reunieron en consejo. "El legado," dijeron, prepara alguna desgracia en el caso del correo de que habla y es muy de temer, que seáis todos agarrados y encarcelados.

Por esta razón, se decidieron Staupitz y Venceslao a dejar la ciudad, abrazaron a Lutero, que se obstinaba en querer permanecer en Augsburgo, y salieron apresuradamente, por dos distintos caminos, para ir a Núremberg, llevando consigo vivas inquietudes sobre la suerte del testigo animoso que dejaban tras sí.

Pasó el domingo bastante tranquilamente. Lutero esperaba un mensaje del legado, pero en vano y como no le hacía saber nada, Lutero resolvió escribirle. Staupitz y Link, antes de partir, suplicaron a Lutero que mostrase al cardenal toda la condescendencia posible. Lutero no había experimentado aun a Roma y sus enviados, aquel era su primer ensayo, si la condescendencia no surtía efecto, que daría advertido por otra vez. Por lo que toca a sí mismo, no hay día en que no se reprehenda y clame por la facilidad con que se deja arrastrar a expresiones demasiado fuertes, ¿y por qué dejara de confesar al cardenal, lo que todos los días confiesa a Dios? Lutero tenía por otra parte un corazón fácil a ablandarse y que no sospechaba el mal. Tomó pues la pluma y con sentimientos de un respetuoso afecto, escribió al cardenal lo que sigue.

Con fecha 11 de octubre:

Dignísimo Padre en Dios,

Vuelvo todavía a suplicar a vuestra bondad paternal, no de viva voz sino por escrito, que me escuchéis con benignidad. El reverendo Doctor Staupitz, mi carísimo Padre en Cristo, me ha invitado a humillarme a renunciar a mi propio dictamen y a someter mi opinión al juicio de los hombres piadosos e imparciales. El ha elogiado también vuestra bondad paternal y me ha convencido enteramente de los sentimientos favorables, de que estáis animados con respeto a mí cuya noticia me ha llenado de gozo.

Ahora pues, Dignísimo Padre, confieso, como lo he hecho ya antes, que no he mostrado, como se suele decir, bastante modestia, dulzura y respeto por el nombre del soberano pontífice y sí bien he sido grandemente provocado, comprendo que hubiera sido mejor para mí, tratar el asunto con más humildad, mansedumbre y veneración y no responder al necio según su necedad, por no hacerme semejante a él. (Proverbios XXVI., 4.)

Esto me aflige mucho, y pido perdón. Quiero informar de esto al pueblo desde el púlpito, como ya lo he hecho otras veces. Quiero aplicarme, con la gracia de Dios, hablar mejor. Hay más, estoy pronto a prometer, sin que se me pida, no decir una sola palabra tocante las indulgencias, si este punto está arreglado. Pero también, que los que me han forzado a tratar de él, se obliguen por su parte a moderarse en adelante en sus discursos o a callarse.

Por lo que hace a la verdad de mi doctrina, la autoridad de Santo Tomás y de otros doctores no basta para mí, es menester que yo oiga, si soy digno de ello, la voz de la esposa que es la Iglesia porque es cierto, que ella oye la voz del Esposo que es Cristo.

Ruego pues, con toda humildad y sumisión, a vuestro amor paternal, que transmita, toda esta materia, tan incierta hasta hoy, a nuestro Santísimo Señor León X, a fin de que la Iglesia decida, pronuncie, ordene y que yo pueda retractarme con buena conciencia, o creer con sinceridad. 1

Leyendo esta carta se presenta naturalmente una reflexión, se ve que Lutero no obraba en fuerza de un sistema formado de antemano, sino únicamente en virtud de convicciones, arraigadas sucesivamente en su espíritu y en su corazón, bien lejos de que hubiese en él un sistema decidido, una oposición calculada, estaba a veces, sin saberlo, en con tradición consigo mismo, reinaban todavía en su espíritu convicciones antiguas, bien que otras contrarias hubiesen tomado ya lugar en él.

Y, sin embargo, ha venido a buscar, en estas pruebas de sinceridad y de verdad, armas contra la reforma y han escrito la historia de las variaciones de ella, porque ha seguido la ley obligatoria del progreso, impuesta en todas las cosas al espíritu humano, ¡y, en los mismos rasgos que muestran su sinceridad y la hacen por consiguiente honrosa, ha encontrado uno de los más eminentes genios cristianos, sus más fuertes objeciones!, ¡increíbles extravíos del espíritu humano!

No recibió Lutero respuesta de su carta, Cayetano y sus cortesanos, después de haberse agitado tanto, quedaron repentinamente inmóviles, ¿cuál podría ser la razón de ello?, ¿sería acaso la calma que precede a un temporal? Algunos son de la opinión de Palavacini, que dice: El cardenal creía que el orgulloso fraile, a modo de un fuelle inflado, ¡perdería poco a poco el aire de que estaba lleno y se haría enteramente humilde!

Otros que piensan conocer mejor el manejo de Roma, creen estar seguros de que el legado quería apoderarse de Lutero, pero que, no atreviéndose a llegar a tal extremo de su propia autoridad, a causa del salvo conducto imperial, esperaba la respuesta de su mensaje de Roma.

Otros, en fin, no querían admitir, que el cardenal quisiese esperar tanto tiempo. El emperador Maximiliano, decían ellos y esto podría ser muy bien la verdad, no tendrá más escrúpulo para entregar a Lutero al juicio de la Iglesia, a pesar del salvo conducto, que Segismundo para haber entregado a Huss al concilio de Constancia. El legado se hallaba quizás en negociaciones con el emperador. La autorización de Maximiliano podía llegar por momentos si antes mostraba tanta oposición al papa, ahora, y hasta que la corona imperial ciñese la cabeza de su nieto, parecía querer adularlo. No había un instante que perder.

Preparad, dijeron a Lutero, los hombres generosos que le rodeaban, preparad una apelación al papa y salid de Augsburgo sin demora. Lutero, cuya presencia en aquella ciudad era ya enteramente inútil hacía cuatro días y que había mostrado bastante, quedándose en ella después de la partida de los consejeros sajones, enviados por el elector, para velar sobre, su seguridad, que nada temía y que estaba pronto a responder todo, cedió por fin a los consejos de sus amigos pero, antes quiso instruir a De Vio de su determinación, escribiéndole el martes, víspera de su partida, cuya segunda carta es más firme que la primera parece que Lutero, viendo que todas sus condescendencias eran inútiles, quería levantar la cabeza, poseído del sentimiento de su derecho y de la injusticia de sus enemigos.

Dignísimo Padre en Dios, escribió a De Vio, vuestra paternal bondad ha visto, sí, visto, digo, y suficientemente reconocido mi obediencia. He emprendido un viaje tan largo, rodeado de grandes peligros, con un cuerpo debilitado y a pesar de mi extrema pobreza, en cumplimiento de la orden de nuestro Santísimo Señor León X, he comparecido en persona ante vuestra eminencia, en fin, me he echado a los pies de su Santidad y estoy esperando lo que tenga a bien resolver, dispuesto a aceptar su sentencia, sea de condenación o de justificación. Tengo pues la convicción, de no haber omitido nada de lo que conviene a un hijo obediente a la Iglesia.

En consecuencia, pienso no deber prolongar aquí inútilmente mi permanencia, lo que por otra parte me sería imposible, faltándome recursos; y vuestra paternal bondad me ha mandado, en alta voz, que no parezca más a su vista, si no quería retractarme.

Así, pues, parto en el nombre del Señor, en busca de un asilo, donde pueda vivir en paz, si es posible. Varios personajes, de más valer que yo, me han aconsejado apelar de vuestra paternal bondad, y aun de nuestro Santísimo Señor León X, mal informado, a él mismo mejor informado. Aunque se, que esta apelación será mucho

más agradable a nuestro serenísimo elector, que una retractación, no obstante, si yo no hubiera debido consultar más que a mí mismo, no lo hubiera hecho. No he cometido ninguna falta, y nada debo temer.

Habiendo escrito Lutero esta carta, que no fue entregada al legado sino después de su partida, se dispuso a dejar Augsburgo; Dios lo guardó allí hasta entonces y su corazón alababa al Señor por ello, pero no debía tentar a Dios, abrazó a sus amigos, Peutinger, Langemantel, los Adelman, Auerbach y al prior de los carmelitas, que le había dado una hospitalidad tan cristiana, el miércoles antes de amanecer, estuvo levantado, y pronto a partir. Sus amigos le recomendaron que tomase muchas precauciones, por temor de que, sabiendo su proyecto, no pusiesen obstáculo a él. Siguió aquellos consejos en cuanto pudo, un caballito, que Staupitz le dejó, fue llevado a la puerta del convento, volvió a despedirse de sus hermanos y montó y partió, sin tener riendas para su caballo, sin botas, espuelas ni armas.

El magistrado de la ciudad le dio, por guía, un hombre que conocía perfectamente los caminos, el cual le condujo, en medio de la obscuridad, por las silenciosas calles de Augsburgo, dirigiéndose hacia un postigo abierto en la muralla de la ciudad, uno de los consejeros, Langemantel, había dado orden de que le fuese abierto. Todavía se hallaba en poder del legado y la mano de Roma podía extenderse hasta él, sin duda que, si los italianos hubiesen sabido que se les escapaba su presa, se hubieran enfurecido, ¿quién sabe si el intrépido adversario de Roma no será todavía agarrado y puesto en un calabozo? En fin, Lutero y su guía llegaron al postigo, pasaron por él y fuera ya de Augsburgo, lanzaron sus caballos a galope, y se alejaron velozmente.

Lutero, al partir, había dejado su apelación al papa en manos del prior de Pomesaw; sus amigos no querían que se entregara al legado, el prior quedó encargado de hacerla fijar, dos o tres días después de la partida del doctor, en la puerta de la catedral, en presencia de notario y testigos, lo que se efectuó.

Lutero declaraba, en aquel escrito, que apelaba del santísimo Padre el papa, mal informado, al Santísimo Señor y Padre en Cristo, León X, de nombre, por la gracia de Dios, mejor informado. 1 Aquella apelación había sido redactada en estilo y formas debidas, con intervención del notario imperial, Gall de Herbrachtingen, en presencia de dos frailes agustinos, Bartolomé Utzmair y Wenzel Steinbies y estaba fechada del 16 de Octubre. Cuando supo el cardenal la partida de Lutero, se asombró y aun según asegura, en una carta al elector, se irritó y enfureció.

En efecto había motivo para irritarse. Aquella partida, que daba fin tan bruscamente a las negociaciones, frustraba las esperanzas de que se había lisonjeado tanto tiempo su orgullo, ambicionaba el honor de curar las llagas de la Iglesia, de restablecer en Alemania el influjo vacilante del papa y no solo se le escapaba el hereje sin ser castigado, si que también sin que hubiese conseguido el humillarlo. La

conferencia no sirvió más que para patentizar, por un lado, la sencillez rectitud y firmeza de Lutero y por otro, la imperiosa e irracional conducta del papa y de su embajador. Supuesto que Roma nada ganó en ella debió perder necesariamente, no habiendo sido reafirmada su autoridad, hubo de sufrir nuevo descalabro. Después de aquello, ¿qué debieron decir en el Vaticano?, ¿qué mensajes debieron llegar de Roma? Se desentenderían, sin duda, de las dificultades de la situación del legado e imputarían a su inhabilidad el mal resultado del negocio. Serralonga y los italianos, que se creían tan hábiles, estaban furiosos de verse burlados por un fraile alemán. De Vio tenía mucho trabajo en ocultar su irritación semejante afrenta pedía venganza y lo veremos pronto exhalar su cólera en su carta al elector.

FOOTNOTES

(1) L. Opp. (L.), XVII., p. 210. Ibid , p. 204.

(2) Ego nolo ampliús cum hac bestia disputare. Habet enim profundos oculos et mirabiles speculationes incapite suo. (Myconius, p.33.)

(3) L. Opp. (L.), XVII., p. 210. • L. Epp. I., p. 149.

(4) L. Epp., I., p. 159.

(5) L. Opp., (L.) XVII., p. 178. 3 Ibid. p. 183.

(6) L. Opp. (L.) 198.

(7) Historia de las variaciones, de Bossuet. (Libro I., p. 25, etc.)

(8) TTt follis Ule ventosa elatione disten tus... (p. 40.)

(9) Meliús informantlum. (L. Opp. Lat. I., p. 219.)

CAPÍTULO X

Huida de Lutero — Admiración — Deseo de Lotero — El legado al elector — F. l elector allegado — Prosperidad de la universidad.

Lutero continuaba con su vía, huyendo de Augsburgo apuraba su caballo y lo hacía andar tanto como lo permitían las fuerzas del pobre animal, se acordaba de la huida real o supuesta de Huss, el modo con que le alcanzaron, y la aserción de sus adversarios, que pretendieron que habiendo Huss anulado, con aquella fuga, el salvo conducto del emperador, tenían el derecho de condenarle a las llamas. 1 Sin embargo, aquellas inquietudes no molestaron sino superficialmente el corazón de Lutero, fuera de la ciudad, en la que pasó diez días bajo el terrible poder de Roma, que inmoló tantos millares de testigos de la verdad, sintiéndose ya libre, respirando el aire puro de los campos, atravesando pueblos y aldeas y viéndose tan admirablemente libertado por el brazo del Señor, toda su alma bendecía al Eterno. Con razón podía decir entonces, nuestra alma como pájaro escapó del lazo de los cazadores, ¡el lazo fue quebrado y nosotros fuimos librados! (Ps. CXXIV. ver. 7.)

El corazón de Lutero se hallaba pues lleno de alegría pero sus pensamientos se volvían también hacia De Vio, el cardenal, se dijo a sí mismo, hubiera querido tenerme en su poder y enviarme a Roma, sin duda esta pesaroso de que yo me le haya escapado, se figuraba que era dueño de mí en Augsburgo, creía tenerme en sus manos, pero tenía la anguila por la cola, ¿no es una vergüenza que esas gentes me estimen tanto? Darían muchos doblones por tenerme entre ellos, mientras que nuestro Señor Jesucristo fue vendido solo por treinta dineros de plata. 1

Lutero hizo catorce leguas en aquel día, cuando llegó a la posada donde quería pasar la noche, estaba tan cansado, (su caballo tenía un trote muy duro, nos dice un historiador,) que, bajando del caballo, no pudo tenerse en pie y se tendió sobre la paja, donde disfrutó sin embargo algún descanso. El siguiente día continuó su viaje, en Núremberg encontró Staupitz, que visitaba los conventos de su orden. En aquella ciudad fue donde vio por la primera vez el breve, que en vio el papa a Cayetano tocante a él, se indignó al leerlo y es muy probable que, si lo hubiese visto antes de su partida de Wittemberg, no hubiera comparecido jamás ante el cardenal. Es imposible creer, dijo, que ninguna cosa tan monstruosa emane de un soberano pontífice. 2

Por todas partes en el camino era Lutero el objeto del interés general. En nada había cedido. Una victoria semejante, conseguida por un pobre fraile sobre un representante de Roma, llenaba de admiración todos los corazones. La Alemania parecía vengada de los desprecios de Italia. La palabra eterna fue más honrada que la del papa. Aquel vasto poder, que hacía tantos siglos, dominaba el mundo, sufrió una formidable derrota. La marcha de Lutero fue un triunfo. Se alegraban de la obstinación de Roma, esperando que ella causara su ruina. Si ella no hubiese querido

conservar tráficos vergonzosos, si hubiera tenido bastante prudencia para no despreciar a los alemanes, si ella hubiese reformado los abusos intolerables, quizás, según las miras humanas, todo hubiera continuado en el estado de letargo, del que se despertó Lutero pero el papado no quiso ceder y el doctor se vio obligado a descubrir aquellos y otros errores y avanzar en el conocimiento y en la manifestación de la verdad.

Lutero llegó el 26 de octubre a Graefenthal, situado al extremo de las selvas de la Thuringue, donde encontró al conde Alberto de Mansfield, el mismo que le había disuadido tanto de que fuera a Augsburgo. El conde rió mucho al ver su singular tren y le obligó a ser su huésped, poco después siguió su camino.

Se apresuraba con el deseo de estar en Wittemberg el 31 de octubre, pensando que el elector se hallaría allí para la fiesta de todos los santos y que podría verlo. El breve que leyó en Núremberg, le hizo ver todo el peligro de su situación, en efecto, condenado ya en Roma, no podía pensar en permanecer en Wittemberg, ni en conseguir ningún refugio en un convento, ni en encontrar en ninguna otra parte seguridad y paz. La protección del elector podría quizás defenderlo, pero no estaba seguro de ella. Nada podía esperar ya de los dos amigos, que tuvo hasta entonces en la corte de aquel príncipe, Staupitz había perdido el favor de que gozó tan largo tiempo y dejado la Sajonia y Spalatin, aunque amado de Federico, no tenía mucha influencia sobre él. El mismo elector no conocía bastante la doctrina del Evangelio para exponerse, por ella, a peligros manifiestos. A pesar de todo, creyó Lutero que lo mejor que podía hacer era volver Wittemberg, y esperar allí lo que el Dios eterno y misericordioso dispusiese de él. Si, como pensaban muchos, lo dejaban tranquilo, quería consagrarse enteramente al estudio y a la enseñanza de la juventud. 1

Lutero estuvo de vuelta en Wittemberg el 30 de Octubre pero se apresuró inútilmente, porque ni el elector ni Spalatin había ido para la fiesta. Sus amigos se alegraron mucho al verlo. El mismo día de su llegada escribió a Spalatin, he vuelto hoy a Wittemberg sano y salvo, por la Gracia de Dios pero ignoro cuanto tiempo estaré aquí. Estoy lleno de gozo y paz, de suerte que me admiro, de que la prueba que sufro, pueda parecer tan grande a tantos grandes.

De Vio no esperó largo tiempo, después de la partida de Lutero, para manifestar al elector toda su indignación. Su carta respira venganza, da cuenta de la conferencia a Federico, con un aire de confianza: Puesto que el hermano Martín, dice al terminar, no puede ser traído, por vías paternales, a reconocer su error y a permanecer fiel a la iglesia católica, ruego a vuestra Alteza que lo envíe a Roma, lo arroje de sus estados. Conviene que sepáis que este asunto arduo, malo y lleno de ponzoña, no puede durar ya largo tiempo porque, luego que yo haga conocer a nuestro santísimo señor tanta astucia y malicia, dará pronto fin a él. En un post tariptum escrito de su propia mano,

el cardenal solicitaba del elector, que no manchase vergonzosamente su honor y el de sus ilustres antepasados, por un miserable fraile. 1

Nunca sintió, quizás, el alma de Lutero más noble indignación, que cuando leyó la copia de aquella carta, que le envió el elector. El sentimiento de los padecimientos que estaba destinado a sufrir, el precio de la verdad por la que combatía y el desprecio que le inspiraba la conducta del legado de Roma, llenaban a la vez su corazón. Su respuesta, escrita en aquella agitación de alma, respira aquel valor, aquella elevación y aquella fe que se encuentran siempre en él, en las épocas más difíciles de su vida. Da cuenta a su turno, de la conferencia de Augsburgo expone enseguida la conducta del cardenal y luego continúa así:

Si yo fuera el elector, respondería al legado: Prueba que hablas con ciencia, le diría, que pongan por escrito todo el asunto, entonces yo enviaré el hermano Martín a Roma, por mí orden será aprehendido y muerto. Yo tendré cuidado de mi conciencia y de mi honor y no permitiré que sea manchada mi gloria. Pero, mientras tu ciencia cierta huya la luz y solo se de a conocer con clamoreos, no puedo creer en las tinieblas.

Esto es lo que quisiera responder, Excelentísimo Príncipe. Que el reverendo legado o el mismo papa, especifiquen por escrito mis errores, que expongan sus razones que me instruyan, a mí que deseo ser instituido, que lo pido, quiero, y espero con tantas instancias, que un turco mismo no se negaría a hacerlo. Si no me retracto y no me sentencio a mí mismo, luego que se me haya probado, que los pasajes que he citado, deben comprenderse de otro modo que yo los he comprendido, entonces, o Excelentísimo Elector, que vuestra alteza sea el primero en perseguirme y arrojarme de sus estados, que la universidad me repudie y trate con indignación. ¡Hay más, y tomo al cielo y a la tierra por testigos, que el Señor Jesucristo me repela y me condene!

Las palabras que digo no son dictadas por una vana presunción, sino por una indestructible convicción. Quiero que el Señor Dios me retire su gracia, y que toda criatura de Dios me niegue su favor, si, cuando se me muestre una doctrina mejor, no la abrazo.

Si me desprecian demasiado a causa de la humildad de mi estado, a mí, pobre frailezuelo, y si no quieren instruirme en el camino de la verdad, suplique, Vuestra Alteza, al legado que le indique por escrito en que he errado y si niegan este favor a vuestra misma Alteza, que escriban su concepto a su majestad imperial o a algún arzobispo de Alemania. ¿Qué debo o puedo decir más?

Vuestra alteza oiga la voz de su conciencia y de su honor y no me envíe a Roma, porque es imposible que yo pudiese estar con seguridad allí, pues que el papa mismo no lo está. Ningún hombre puede exigir esto de vuestra alteza, sería mandaros que vendieseis la sangre de un cristiano. Ellos tienen papel, plumas y tinta y también

infinitos notarios y les es fácil escribir en que y porque he errado. Estando yo ausente, les costara menos instruirme por escrito, que inmolarme con astucia hallándome presente.

Me resigno al destierro porque mis adversarios me preparan lazos por todas partes y en ninguna puedo vivir seguro. Para que no os venga ningún mal por mi causa, abandono en nombre de Dios vuestros estados. Voy a donde el eterno y misericordioso Dios quiere que viva. Que haga de mí lo que sea su voluntad.

Así pues, serenísimo elector, os saludo con veneración, os recomiendo al Eterno Dios y os rindo inmortales acciones de gracias, por todos los beneficios que me habéis dispensado. Cualquiera que sea el punto en que fije mi futura residencia, me acordaré eternamente de vos y rogaré incesantemente y con gratitud por vuestra felicidad, y por la de los vuestros 1. Estoy todavía, gracias a Dios, lleno de gozo y le bendigo porque Cristo, su Hijo, me juzga digno de sufrir por una causa tan santa. ¡Qué él mismo guarde a vuestra ilustre Alteza! Amén.

Esta carta tan llena de verdad, hizo una profunda impresión al elector. Fue conmovido por una elocuentísima carta, dice Maimbourg. Nunca pensó el elector en entregar un inocente al poder de Roma, tal vez hubiera invitado a Lutero, a que permaneciese algún tiempo oculto pero no quiso ni aun aparentar el ceder en cierto modo a las amenazas del legado. Escribió a su consejero Pfeffinger, que se hallaba cerca del emperador, que instruyese a dicho príncipe del verdadero estado de las cosas y lo suplicara escribiese a Roma que terminasen aquel asunto o a lo menos que lo hiciesen juzgar en Alemania, por jueces imparciales. 3

Algunos días después, el elector respondió al legado, supuesto que el Doctor Martín Lutero ha comparecido a vuestra presencia en Augsburgo, debéis estar satisfechos. No esperábamos que, sin haberlo convencido, pretendieseis obligarlo a retractarse. Ninguno de los sabios, que se hallan en nuestros principados, nos ha dicho que la doctrina de Martín fuese impía, anticristiana y herética. El príncipe rehúsa, enseguida, el enviar a Lutero a Roma y el arrojarlo de sus estados.

Esta carta, que se le comunicó a Lutero, le llenó de alegría. ¡Buen Dios!, escribió a Spalatin, ¡con que gozo la he leído y releído! Sé cuanta confianza se puede tener en estas palabras, llenas de fuerza y de modestia tan admirables.

Temo que los romanos no comprendan todo lo que ellas significan pero comprenderán a lo menos, que lo que creían concluido, no está ni aun empezado. Dignaos presentar al príncipe mis acciones de gracias. Es extraño que él que (de Vio), hace poco tiempo, todavía era fraile mendicante como yo, no tema dirigirse sin respeto a los más poderosos príncipes, interpelarlos, amenazarlos, ordenarles y tratarlos con

increíble orgullo. Que aprenda que el poder temporal es de Dios y que no es permitido hollar la gloria. 1

Lo que sin duda animó a Federico a responder al legado, en un tono que éste no esperaba, fue una carta que la universidad le envió. Ella tenía sus buenas razones para pronunciarse en favor del doctor porque cada día florecía más y eclipsaba todas las demás escuelas. Una multitud de estudiantes acudían a ella, de todos los puntos de Alemania, para oír a aquel hombre extraordinario, cuyas enseñanzas parecían abrir, a la religión y a la ciencia, una nueva era. Aquellos jóvenes, llegados de todas las provincias, se pasaban luego que divisaban, de lejos los campanarios de Wittemberg, levantaban entonces sus manos al cielo y alababan a Dios, porque hacia brillar en aquella ciudad, como en otro tiempo en Sion, la luz de la verdad y la enviaba hasta a los países más remotos. 3 Una vida, y una actividad desconocidas hasta entonces, animaban la universidad. Aquí se excitan al estudio como las hormigas, escribía Lutero.

FOOTNOTES

Weissmann, Hist. Eccles. f., p. 1237.

Reformación Sp

L. Opp. (L.) XVII., p. 202.

Epp. I., p. 106.

L. Opp. (L.), XVII. p. 183.

L. Opp. (L.) XVII., p. 203.

Ego enim ubicnmque ero gentium, illustrisimae Dominalionis tuaj numqnam non ero memor...(L. Epp. 1., p. 187.)

L.Opp. (L-) XVII., p. 244.

L. Epp. I., p. 198.

Scultet. Annal. I., p. 17.

Studium nostrum more formicarum fervet. (L. Epp. I., p. 193.)

CAPÍTULO XI

Proyecto de partida — Despedida a la iglesia — Momento crítico — Entrega de Lutero — Valor del mismo — Descontento de Roma — Apelación a un concilio.

Pensando Lutero que podía ser arrojado pronto de la Alemania, se ocupaba de la publicación de las actas de la conferencia de Augsburgo. Quería que dichas actas quedasen como testimonio de la lucha entre Roma y él. Veía acercarse la tempestad, pero no la temía. Esperaba de día en día las maldiciones de Roma y disponía y lo ordenaba todo, a fin de estar listo cuando ellas llegasen.

Habiendo levantado mi hábito y apretado mi cordón, decía, estoy pronto a partir como Abraham, sin saber a dónde iré, o más bien sabiéndolo, porque Dios está en todas partes. Tenía la intención de dejar una carta de despedida. Ten en tal caso valor para leer la carta de un hombre maldito y excomulgado, escribía a Spalatin.

Sus amigos estaban muy solícitos y temerosos por él, le suplicaban que se constituyese prisionero, a fin de que aquel príncipe le hiciese guardar en alguna parte segura. Sus enemigos no podían comprender lo que le inspiraba tanta confianza. Un día hablaban de él en la corte del obispo de Brandeburgo y se preguntaban en que apoyo podía fundarse. Es Erasmo, decían, es Capitán, son otros hombres sabios en quienes confía. No, no, respondió el obispo, el papa se inquietaría muy poco de esos tales, es en la Universidad de Wittemberg y en el duque de Sajorna, en quienes descansa.... Así unos y otros ignoraban cual era el castillo en que se había refugiado el Reformador.

Se presentaban al espíritu de Lutero proyectos de partida, no era el temor de los peligros el que se los sugería, sino la previsión de los obstáculos interminables, que hallada en Alemania la libre profesión de la verdad. Si permanezco aquí, decía, me quitaran la libertad de decir muchas cosas si me ausento, desahogaré libremente los pensamientos de mi corazón y ofreceré mi vida a Jesucristo. 1

La Francia era el país en que esperaba Lutero poder anunciar la verdad sin trabas. La libertad de que gozaban los doctores y la Universidad de Paris le parecía digna de envidia. Estaba, por otra parte, de acuerdo con ellos sobre muchos puntos. ¿Qué hubiera sucedido si hubiese pasado de Wittemberg a Francia?, ¿se hubiera establecido la Reformación allí como en Alemania?, ¿Hubiera sido destronado el poder de Roma, en aquella Francia que estaba des tinada a ver combatir, en su seno, los principios jerárquicos de Roma y los destructivos de una filosofía religiosa y llegado a ser la misma nación el gran foco de luz evangélica? Inútil es hacer sobre esto vanas suposiciones pero tal vez hubiera producido. Lutero, en Paris, algún cambio en los destinos de la Europa y de la Francia.

El alma de Lutero estaba vivamente agitada. Predicaba muchas veces en la iglesia de la ciudad, en lugar de Simón Heyens Pontanus, pastor de Wittemberg, que estaba casi siempre enfermo. En todo evento, creyó deber despedirse de aquel pueblo, a quien había anunciado con frecuencia la salud eterna. Soy, dijo un día en el pulpito, un predicador poco estable, ¡cuántas veces no he partido de repente sin despedirme de vosotros? Por si llega otra vez tal caso y que no haya de volver, recibid aquí mi despedida. Y luego, habiendo añadido algunas otras palabras, concluyó diciendo, con moderación y dulzura, os advierto, en fin, que no os espantéis, si descargan sobre mí con furia las censuras papales; no lo imputéis al papa, y no deseéis mal ni a él ni a ningún otro mortal, antes bien encomendadlo todo a Dios.

Pareció por fin llegado el momento. El príncipe hizo saber a Lutero, que deseaba verle fuera de Wittemberg. Los deseos del elector eran sagrados para él, para que dejara de conformarse a ellos; hizo pues sus preparativos de partida, sin saber a dónde dirigirla sus pasos; quiso no obstante reunir por última vez a sus amigos y les preparó, con este motivo, una comida de despedida. Sentado con ellos en la mesa, disfrutó todavía de su grata conversación y de su tierna era y de solicita la corte amistad, la abrió y estando y la leyó así, Leo Primio se llevan una su carta corazón, porque contenía una nueva orden de partir.

El príncipe le preguntaba, ¿Por qué tardaba tanto en alejarse?, su alma quedó sumergida en la mayor tristeza, sin embargo se reanimó y levantando la cabeza, dijo con firmeza y alegría, mirando a los que le rodeaban: Padre y madre me abandonan, pero el Señor me recoge. Era urgente partir, sus amigos estaban conmovidos. ¿Qué iba a hacer de él? Si su protector le rechaza, ¿quién querrá recibirle? Y el Evangelio y la verdad y aquella obra admirable. Todo va caer sin duda con el ilustre testigo. La Reformación parecía estar ya pendiente de un hilo y en el momento en que Lutero saliese de Wittemberg, ¿no se rompería aquel hilo?, Lutero y sus amigos hablaban poco. Heridos del golpe que recibía su hermano, derramaban lágrimas sus ojos. Pero, pocos instantes después, llegó otro mensaje; abrió Lutero la carta, no dudando encontrar en ella nueva intimación pero, ¡oh poderosa mano del Señor!, ya es salvo por de pronto. Todo cambió de aspecto, cómo el nuevo enviado del papa espera, le escribían, que todo podrá arreglarse por medio de una conferencia, quedaos todavía. 1

¡Qué importante fue aquella hora!, ¿qué hubiera sido de Lutero, si, obedeciendo como siempre a la voluntad de su príncipe, hubiese salido de Wittemberg luego que recibió su primera carta? Nunca hubo situación más crítica que aquella, para Lutero y para la obra de la Reformación, parecían ya rotos sus destinos y un instante bastó para cambiarlos. Llegado al grado más inferior de su carrera, el Doctor de Wittemberg volvió a subir rápidamente y desde entonces no dejó de acrecentar su influencia. El

eterno ordena, según la expresión de un profeta y sus siervos bajan los abismos o suben a los cielos.

Spalatin hizo llamar a Lutero a Lichtemberg, para tener una entrevista con él, según las órdenes de Federico. Hablaron en ella largamente sobre el estado de las cosas. Si llegan las censuras de Roma, dijo Lutero, yo, por cierto no permaneceré en Wittemberg. Guardaos, repuso Spalatin, ¡de precipitar demasiado vuestro viaje a Francia! * Se separó de él, diciéndole que esperase sus avisos. Solo os pido que encomendéis mi alma a Cristo, decía Lutero a sus amigos. Veo que mis adversarios se afirman en la idea de perderme pero Cristo me afirma al mismo tiempo en la de no cederles.

Lutero publicó entonces las Actas de la Conferencia de Augsburgo. Spalatin le había escrito, de parte del elector, que no lo hiciese pero era ya tarde. Una vez hecha la publicación, el príncipe dio su aprobación a ella. ¡Gran Dios!, decía Lutero en el prefacio, ¡qué nuevo, que espantoso crimen, el buscar la luz y la verdad! y sobre todo en la Iglesia, es decir en el reino de la verdad. Te envío mis Actas, escribía a Link; ellas son más decisivas de lo que esperaba sin duda el Señor legado pero mi pluma está preparada para producir mayores cosas. Ignoro yo mismo de donde me vienen tales pensamientos. En mi concepto, el asunto ni aun esta empezado, y por consiguiente falta mucho para que los grandes de Roma puedan esperar su fin. Te mandaré lo que he escrito, para que veas si he acertado creyendo que el Anticristo, de que habla San Pablo, reina actualmente en la corte de Roma. Creo poder demostrar que él es hoy peor que los mismos turcos.

Por todas partes llegaban a Lutero malos avisos. Uno de sus amigos le escribía, que el nuevo enviado de Roma había recibido la orden apoderarse de él, y de entregarlo al papa. Otro le refería que, estando de viaje, se encontró en cierta parte con un cortesano y que habiéndose suscitado la conversación sobre los asuntos que agitaban entonces a la Alemania, el tal cortesano le declaró haberse comprometido entregar a Lutero en manos del soberano pontífice. Pero cuanto más aumenta su violencia y furor, escribía el reformador, tanto menos tiemblo. *

Se hallaban en Roma muy descontentos de Cayetano. El despecho que tenían de haber salido mal en el negocio, se descargó desde luego sobre él. Los cortesanos romanos se creyeron autorizados para imputarle la falta de prudencia y sagacidad que, según ellos, debían ser las primeras calidades de un legado y el no haber sabido ablandar, en circunstancias importantes, el rigor de su teología escolástica. Suya es toda la falta, decían, su tosco pedantismo lo ha echado todo a perder; ¿Por qué irritó a Lutero con injurias y amenazas, en lugar de atraerlo con promesas de un buen obispado y aun con las de un capelo de Cardenal V? Aquellos mercenarios juzgaban al Reformador por sí mismos. No obstante era preciso reparar la falta. Por una parte,

Roma debía pronunciarse, por otra debía contemplar al elector, que podía ser muy útil para la elección que debían hacer pronto de un emperador. ¡Cómo era imposible a los eclesiásticos romanos, saber en qué consistía la fuerza y el valor de Lutero!, se figuraban que el elector estaba mucho más implicado en el asunto, de lo que era realmente. Se resolvió pues el papa a seguir otro rumbo. Hizo publicar, por su legado en Alemania, una bula, en la que confirmaba la doctrina de las indulgencias, precisamente sobre los puntos impugnados, pero sin mencionar al elector ni a Lutero.

Cómo el Reformador había dicho siempre, que se sometería a la decisión de la Iglesia romana, creyó el papa que debía, en aquellas circunstancias o mantener su palabra o mostrarse abiertamente perturbador de la paz de la Iglesia y menospreciador de la Santa Sede Apostólica. En cualquiera de los dos casos, parecía que debía ganar el papa pero no se gana nada en oponerse obstinadamente a la verdad. En vano había amenazado el papa, con la excomunión, a todo el que enseñase otra cosa que lo ordenado por él, la luz no se detiene en tales ordenes. Hubiera sido más prudente morigerar, con ciertas restricciones, las pretensiones de los traficantes de indulgencias. Aquel decreto de Roma fue pues una nueva falta. Legalizando errores insoportables, indignó a todos los hombres prudentes e imposibilitó la vuelta de Lutero al seno de la iglesia romana. Se creyó, dice un historiador católico, gran enemigo de la reformación, 1 que aquella bula no fue publicada más que para el interés del papa y de los limosneros, que empezaban a ver, que nadie les quería dar nada por aquellas indulgencias.

El cardenal de Vio publicó el Decreto en Lintz, en Austria, el 13 de Diciembre, 1518 pero ya Lutero se había puesto a cubierto de sus tiros. El 28 de Noviembre había apelado, en la capilla del Cuerpo de Cristo en Wittemberg, del papa a un concilio general de la Iglesia. Preveía la tempestad que iba a descargar sobre él, sabía que solo Dios podía conjurarla pero lo que a él le tocaba hacer, lo hizo. Debía sin duda abandonar a Wittemberg, aunque no fuera más que por el elector, luego que llegasen allí las maldiciones romanas, sin embargo, no quería separarse de Sajonia y de Alemania sin hacer una protesta ruidosa, la que fue redactada en efecto y a fin de que estuviese corriente para ser divulgada, luego que descargaran sobre él los furores de Roma, como dice él mismo, la hizo imprimir bajo la expresa condición de que el librero le entregaría todos los ejemplares; pero aquel hombre, codicioso de ganancia, los vendió casi todos, mientras que Lutero esperaba tranquilamente la entrega, éste se incomodó pero la cosa estaba ya hecha. Aquella protesta atrevida se esparció por todas partes.

Lutero declaraba de nuevo en ella, que no tenía intención de decir nada contra la santa Iglesia, ni contra la autoridad de la Sede Apostólica y del papa bien aconsejado. Pero, prosigue, atendido que el papa, que es el vicario de Dios en la tierra, puede, como todo hombre, errar, pecar, mentir, y que la apelación a un concilio general es el

único medio de salvación contra las acciones injustas a las cuales es imposible resistir, yo me veo obligado a recurrir a ella.

He aquí pues la Reformación colocada en un nuevo terreno. Ya no es del papa, ni de sus resoluciones, de quienes se la hace depender pero sí de un concilio universal. Lutero se dirigió a toda la Iglesia y la voz que salió de la capilla del Cuerpo de Cristo, debe ser oída de todos los rebaños del Señor. No faltaba valor al Reformador y dio una nueva prueba de él. ¿Le faltará Dios?, esto es lo que nos enseñaran los diversos períodos de la Reformación, que deben todavía desenvolverse a nuestra vista.

FOOTNOTES

(1) Cluia Deus ubiqué. (L. Epp. I., p. 188.)

(2) Ut principi me incaptivitatem darem. (Ibid., p. 189.)

(3) Si iero totum effundam et vitam ofteram Christo. (L. Epp. I., p. 190.)

(4) Deo rera committerem. (Ibid., p. 191.)

(5) Valer und Mutter verlassen mich, aber der Herr nimml mich auf.

(6) L. Opp. XV., 824.

(7) Ne tam cito inGalliam irem. (L. Epp. I., p. 195.)

(8) Irmat Christus propositum non cedendi inme. (Ibid.)

(9) Resista necdum habet Initium suum meo judicio. (Ibid., p.193.)

(10) Sarpi, Concilio de Trenlo, p. 8.

(11) Duo illi magis furunt, et vi affectant viam, eo minus ego terreor. (L. Epp. I., p. 191.)

(12) Maimbourg, p. 38.

(13) Loscher, Ref. Act.

FIN DEL TOMO PRIMERO.